René Le Forestier

La franc-masonería ocultista en el siglo XVIII & la Orden de los Elegidos Cohen

VOLUMEN I

Doctrina - Prácticas - Fuentes

EMINVES

Título: *La francmasonería ocultista en el Siglo XVIII*
Subtítulo: *& la Orden de los Elegidos Cohen - Volumen I - Doctrina - Prácticas - Fuentes*
Autor: Rene le Forestier
© traducción Ernesto Milá
© EMInves
Edición original: Dorbon-Airé - París 1928.
Primera Edición - Junio 2025
email: eminves@gmail.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Indice

ADVERTENCIA..... 11

LIBRO I

DOCTRINAS Y PRÁCTICAS DE LOS ELEGIDOS COHENS 21

Capítulo I
La «Reintegración»: cosmología y antropología 22

Capítulo II
La «Reintegración»:
Tipología, Aritmosofía, Geometría mística 44

Capítulo III
«Las Operaciones» 80

Capítulo IV
Naturaleza y significado de los «Pasos» 108

Capítulo V
Las Operaciones y el Culto divino..... 127

LIBRO II

LOS ELEGIDOS COHEN Y LA TRADICIÓN OCULTISTA 155

Capítulo I
El esoterismo judío desde sus orígenes hasta
el siglo XVIII 157

Capítulo II
Las fuentes de la reintegración: la Biblia y el Talmud . 181

Capítulo III
Las fuentes de la Reintegración:
la Cábala y las tradiciones orientales..... 212

Capítulo IV
La magia de los Cohen elegidos 247

Capítulo V
Cristianismo esotérico 287

Capítulo VI
Gnosticismo y misticismo racionalista..... 319

SUMARIO TOTAL DE LA OBRA 357

René Le Forestier

La franc-masonería ocultista en el siglo XVIII & Orden de los Elegidos Cohen

VOLUMEN I

La primera edición de esta obra se publicó en 1928 con el título de *La Franc-Maçonnerie occultiste au XVIII^e^ Siècle & L'Ordre des Élus Cohens – Avec 4 schémas réconstitués du Tableau du Monde primitif et des Tracés d'Invocations*, publicado por Dorbon-Ainé, 19, Boulevard Haussmann, 19 – París.

Hemos colocado entre corchetes las aclaraciones que da el autor a ideas expuestas en la jerga propia de Martínez de Pasqually y añadido unas pocas Notas sobre expresiones en desuso en lengua castellana.

Para la traducción hemos utilizado el ejemplar depositado en la Bibliotheque de Sciences-Po . con el número 1704209.

ADVERTENCIA

«Hay -dice Maeterlinck en su *Trésor des Humbles*-, siglos perfectos en los que reinan con gran pureza la inteligencia y la belleza, pero en los que el alma no se muestra en absoluto. Está muy lejos del siglo XVIII, al menos en la superficie, porque sus profundidades, con Claude de Saint-Martin, Cagliostro, que es más serio de lo que se cree, Pasqualis y tantos otros, aún nos ocultan muchos misterios». Hechas todas las reservas sobre la «gravedad» del Gran Copto, que sigue siendo muy cuestionable, incluso después de la reciente defensa del Dr. Marc Haven, no podemos sino aprobar la cita que sitúa fuera de toda comparación al filósofo de Amboise y al Maestro de los Elegidos Cohens; su único error sería quizás dar prioridad al primero sobre el segundo. Saint-Martin y Pasqually son sin duda los representantes más típicos de las tendencias místicas de su tiempo, los líderes más ardientes de la resistencia opuesta por el espiritualismo al progreso del materialismo racionalista, pero, considerando la influencia ejercida por cada uno de ellos, parece injusto para Pasqually situarlo en segundo lugar. Las obras del Filósofo Desconocido fueron leídas en toda Europa, es cierto, pero, oscuras tanto en la forma como en el fondo, solo eran comprensibles para unos pocos privilegiados, y el autor del tratado *Des Erreurs et de la Vérité* fue siempre menos un líder de escuela que un místico mundano y un extático solitario. Pasqually, que fue el primer y, durante bastante tiempo, el único guía de Saint-Martin en

los caminos del ocultismo, fue, por el contrario, un líder que supo dar cuerpo a sus doctrinas, encontrar la manera de aplicarlas en la práctica y reclutar discípulos fieles en una sociedad secreta fuertemente organizada. La importancia histórica de Pasqually es, por tanto, muy superior a la de Saint-Martin, y hacer la historia de la Orden de los Elegidos Cohens es, en palabras de Maeterlinck, esclarecer uno de los misterios que esconden las profundidades del siglo XVIII.

Este estudio está tanto más justificado cuanto que la sociedad fundada hacia 1760 por Pasqually es, tanto por sus doctrinas como por su objetivo, el más interesante de los grupos ocultistas que, en aquella época, se refugiaron bajo la acacia masónica.

Desdeñando las ventajas materiales e inmediatas que muchos adeptos buscaban en el estudio de las ciencias secretas, «deteniéndose», como dice el Sr. Dermenghem en una feliz fórmula, «en el ambiguo plano astral, en lugar de elevarse al plano divino», los discípulos de Pasqually no pidieron a la alquimia tesoros o la panacea, a la astrología la averiguación del futuro, a la Cábala remedios contra los peligros o las enfermedades que amenazan la vida humana. Practicaban la teúrgia, no para poner a los espíritus a su servicio y, a través de ellos, dominar la naturaleza o adquirir conocimientos trascendentales, sino porque les atormentaba la necesidad de saber si pertenecían a la clase de los mortales privilegiados a los que la divinidad concede el favor de manifestaciones sobrenaturales, presagio de su futura bienaventuranza. Los ritos que tomaron prestados de la magia ceremonial son menos medios de coacción que modos más eficaces de adoración y súplica. Los Elegidos Cohens eran, como indica el segundo término de su do-

ble nombre, los «sacerdotes» de una religión esotérica cuyas aspiraciones místicas se alejaban con gran ímpetu del mundo material. El perfecto desinterés de estos «hombres de deseo» por los bienes terrenales, su profundo desprecio por los resultados positivos y prácticos que tantos ocultistas esperaban de su comercio con el más allá, el fervor y la tenacidad de sus esfuerzos por obtener una respuesta a la pregunta que turbaba su alma inquieta imponen respeto, independientemente de la opinión que se pueda tener sobre el fondo mismo de su credo y sobre el culto que lo expresaba.

Por otra parte, Martínez de Pasqually construyó un sistema metafísico y místico extremadamente curioso. Compuesto de materiales tomados de la tradición secreta, presenta un eco, débil pero aún muy nítido, de las diversas doctrinas esotéricas que tomaron cuerpo en Oriente en los primeros siglos de nuestra era, tras recoger la herencia del pasado más remoto, y que penetraron posteriormente en Occidente a través de la Cábala judía.

Así, la Orden de los Elegidos Cohens constituye, bajo la cobertura de la masonería, uno de los últimos eslabones de la larga cadena de asociaciones, misteriosas y celosamente cerradas, cuyos miembros pretendían, mediante procedimientos mágicos, comulgar con «lo divino» para participar en el privilegio de una inmortalidad bienaventurada. Los discípulos de Martínez son, en el siglo XVIII, los sucesores de los sacerdotes mistéricos de Asia, Egipto, Grecia e Italia, de los valentinianos, los órficos y los fieles de Mitra; profesaban, en la época de la Ilustración, las doctrinas místicas de los neoplatónicos, los gnósticos y los cabalistas y cultivaban, en la época de la *Enciclopedia*, la «sabiduría secreta de los antiguos».

* * *

El plan adoptado para este estudio viene impuesto por la doble faceta que presenta la asociación de la que se ocupa. La Orden de los Elegidos Cohens es, en cuanto a la forma, un rito masónico que practica los tres grados simbólicos y designa sus grados superiores con denominaciones familiares para todos los Hermanos; pero, en cuanto al fondo, es una agrupación ocultista que persigue, por medios propios, un objetivo místico cuidadosamente oculto, y esto prevalece sobre aquello. El Elegido Cohen es mucho menos interesante como masón que como teúrgo. Por lo tanto, era necesario en primer lugar, y a ello se dedican los dos primeros libros, poner de relieve las doctrinas esotéricas de la asociación, dar a conocer la naturaleza y el objetivo de los procedimientos mágicos mediante los cuales intentaba entrar en relación con el mundo sobrenatural y buscar en los sistemas místicos anteriores el origen de sus teorías y prácticas. Una vez trazados los rasgos originales y característicos de este retrato, solo quedaba resumir en el tercer libro la historia de la sociedad, es decir, exponer su organización y mostrar el papel que desempeñó en el mundo masónico y en los círculos místicos.

* * *

Las fuentes utilizadas son de dos tipos: 1º obras generales y monografías; 2º documentos recientemente publicados o utilizados de forma incompleta en estudios anteriores.

En la primera categoría figuran, por orden cronológico:

(Guillemin de Saint-Victor): *Recueil précieux de la Maçonnerie adonhiramite*, 1785.

Pernéty: *Dictionnaire mytho-hermétique*, 1787.

Barruel: *Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme*, 1796.

J.-J. Mounier: *De l'influence attribuée aux Philosophes, aux Francs-maçons et aux Illuminés sur la Révolution de France*, 1801.

Thory: *Annales originis Magni Galliarum Orientis*, 1812.

A. Lenoir: *La Franche Maçonnerie rendue à sa véritable origine*, 1814.

Thory: *Acta Latomorum*, 1815.

J. De Maistre: *Soirées de Saint-Pétersbourg*, 1821.

Molitor: *Philosophie der Geschichte*, 1824.

Franck: *Kabbale*, 1843.

Gérard de Nerval: *Notice sur Cazotte* (incluido en una de las reimpresiones del *Diable Amoureux*), 1845.

Kloss: *Geschichte der Freimaurerei in Frankreich*, 1852.

Card: *Essai sur les doctrines et sur la vie de Saint-Martin*, 1852.

Ragon: *Orthodoxie maçonnique, suivie de la Maçonnerie Occulte*, 1853.

Matter: *Saint-Martin, le Philosophe Inconnu, sa vie, ses écrits, son maître Martinez et leur groupe*, 1862.

Saint-Martin: *Correspondance inédite avec Kirchberger*, 1862. Allgemeines Handbuch der Freimaurerei, 1863-1867.

Franck: *Saint-Martin et son maître Martinez de Pasqualis*, 1866.

F. Fabre: *Documents maçonniques*, 1866.

De Gleichen: *Souvenirs*, 1868.

Craignet: *Pythagore et la philosophie pythagoricienne*, 1874.

Daruty: *Recherches sur le Rite Ecossais*, 1879.

Nettelbladt: *Geschichte freimaurerischer Systeme in England*, Frankreich und Deutschland, 1879.

A. Probst: *Corneille Agrippa*, 1881-1882.

Gould: *History of Freemasonry,* 1884.

Cornelius Agrippa: *De la Philosophie Occulte* (traducción de Jules Bois : Haute Science, 1893-1894).

Allgemeines Handbuch der Freimaurerei, 1900-1901 (Esta nueva edición, concebida con un espíritu más científico que la anterior, no puede sustituirla, ya que, en aras de la concisión y la objetividad, ha sacrificado lamentablemente la abundante documentación que hacía de la edición de 1863-1867 una recopilación, un tanto caótica, pero valiosa, de textos y citas particularmente instructivos).

Bischoff: *Thalmud-Katechismus*, 1904.

Bischoff: *Im Reiche der Gnosis*, 1906.

Begemann: *Vorgeschichte und Anfaenge der Freimaurerei in England*, 1909.

Wolfstieg: *Bibliographie der freimaurerischen Literatur*, 1911.

De Faye: *Gnostiques et gnosticisme*, 1913.

Bischoff: *Kabbalah*, 1917.

Alfaric: *Ecritures manichéennes*, 1918.

Saint-Yves: *Essais de Folklore biblique*, 1923.

Vulliaud: *La Kabbale juive*, 1923.

Frazer: *Le Rameau d'Or*, 1924.

Frazer: *Le Folklore dans l'Ancien Testament*, 1924.

Zielinski: *La Sibylle*, 1924.

A. Lantoine: *La Franc-Maconnerie chez elle*, 1925.

Wittemans: *Histoire des Rose-Croix*, 1925.

Kreglinger: *Religion d'Israël*, 1926.

La segunda categoría comprende textos tomados de tratados dogmáticos o de la correspondencia confidencial de los adeptos, y que han sido ampliamente utilizados. Se encuentran en las siguientes publicaciones:

Martinès de Pasqually: *Traité de la Réintégration des êtres*.

Esta obra fundamental, obra del fundador y jefe de la Sociedad, se imprimió por primera vez en 1899; una copia manuscrita, encontrada entre los papeles de Saint-Martin, fue facilitada por su propietario, el historiador M. Matter, a Franck, quien reprodujo las 26 primeras hojas en su *Saint-Martin*. Los dos textos solo presentan diferencias insignificantes.

Papus: *Martinez de Pasqually*, 1895.

Papus: *Louis-Claude de Saint-Martin*, 1902.

Los documentos reproducidos en estas dos obras proceden de la Logia de los Elegidos Cohens de Lyon. Estos restos de archivos estaban compuestos, según su editor, por 28 cartas de Pasqually a Willermoz

(1767-1774), 48 cartas de Saint-Martin al mismo (1771-1790), 10 cartas de otros miembros de la Orden (1778-1787), catecismos, comunicaciones e informes. En su primer libro, Papus extrae de la correspondencia de Pasqually con Willermoz diversas indicaciones y fechas; además, analiza 20 cartas del primero al segundo, una carta del segundo al primero, e imprime los catecismos de varios grados. En el segundo libro publicó íntegramente 45 cartas de Saint-Martin a Villermoz. Las obras de Papus solo tienen interés por los textos originales que dan a conocer, ya que los comentarios con los que los acompaña el editor son extremadamente tendenciosos. El Dr. Encausse, que bajo el nombre de Papus intentó resucitar la antigua sociedad llamándola Orden Martinista, no parece haber comprendido muy bien quiénes eran y qué buscaban aquellos de quienes se proclamaba sucesor; tampoco consideró necesario estudiar, ni siquiera superficialmente, la historia de la masonería y del ocultismo, sobre los que despotrica con imperturbable seguridad cometiendo los errores más monumentales.

G. Bord: *La Franc-Maçonnerie en France des origines à* 1815, 1908.

El autor ha extraído de un archivo, cuyo lugar no indica, algunos documentos de primer orden: cartas de adeptos y notas biográficas sobre algunos de ellos.

Nouvelle Notice Historique sur le Martinésisme et le Martinisme (Introducción a una nueva edición de *Enseignements Secrets* de Martinez de Pasqually, por Franz von Baader), 1900.

Esta obra firmada con pseudónimo, se centra princi-

palmente en refutar las fantasías de Papus, e incluye numerosas citas de cartas de adeptos conservadas en archivos privados.

J. B. Willermoz: *Les Sommeils,* 1926.

Contiene una importante correspondencia entre Willermoz y el barón de Turkhein.

* * *

Las obras más citadas figuran en la lista siguiente, precedidas de los números romanos que las representan en las referencias que aparecen al pie de página:

I. *Traité de la Réintégration*.

II. Papus : *M. de Pasqually*.

III. Papus : *Saint-Martin*.

IV. *Nouvelle Notice Historique*.

V. Bord : *Franc-Maçonnerie*.

VI. Willermoz : *Sommeils*.

VII. Gleichen : *Souvenirs*.

VIII. Matter : *Saint-Martin*.

IX. Franck : *Saint-Martin*.

X. Thory : *Acta Latomorum*.

XI. Thory : *Annales originis*.

LIBRO I

Doctrinas y prácticas de los Elegidos Cohens

Capítulo I
La «Reintegración»: cosmología y antropología

El «*Tratado de la reintegración de los seres en sus primeras propiedades, virtudes y poderes espirituales y divinos*», obra dogmática y compendio de la doctrina secreta enseñada por Pasqually, tiene la forma de un curso impartido ex cathedra. El autor se dirige al lector en tono de maestro que habla con sus discípulos; prevé sus objeciones y las refuta de antemano, se adelanta a las preguntas que podrían plantearle y se esfuerza por disipar sus posibles dudas atestiguando su buena fe y la exactitud de sus informaciones. Este tratado, escrito exclusivamente para los miembros de la Orden, fue el Evangelio de los Elegidos Cohens. Se entregaba una copia a todos los contribuyentes de la sociedad, al igual que los cuadernos de grado y las instrucciones (III, 84). Comenzada en febrero de 1771, la obra, a la que Pasqually se dedicó por completo a principios de 1772 (III, 85), quedó inconclusa[1].

1 J. B. Willermoz, que fue uno de los principales discípulos de Pasqually, afirmaba en una carta dirigida en 1821 al barón de Tiirkheim (VI, 144) que el tratado «solo llega hasta Saúl». La edición de la Biblioteca Rosacruz, de la que se han tomado las citas que se encuentran en este capítulo y en los siguientes, también se detiene en el primer rey de los hebreos. Tûrkheim tuvo en sus manos otro manuscrito, traído a Alsacia por un estrasburgués que había vivido en Burdeos, en la época en que Pasqually enseñaba allí; las

Pero, por incompleta que sea, el tratado presenta en sus 388 páginas impresas en octavo, un desarrollo lo bastante importante como para dar una idea suficiente del sistema místico de la sociedad.

Lo que, además, consuela al lector al encontrarse en la última página ante un texto bruscamente interrumpido, es que las doctrinas que constituyen la base del tratado solo pueden extraerse a costa de un trabajo bastante penoso. La obra delata a la vez la precipitación con la que fue redactada, la inexperiencia del autor y su falta de cultura francesa. Pasqually ignora por completo las reglas más elementales de la composición. Incapaz de seguir, o incluso de concebir, un plan lógico y claro, se pierde en digresiones o repeticiones y se esfuerza en vano por retomar de vez en cuando el hilo interrumpido de su discurso.

El cansancio del lector que vaga sin guía por este laberinto se ve aún más acentuado por la barbarie del estilo y la oscuridad de los términos. El tratado ha sido concebido en una lengua extranjera, como revelan giros y expresiones tales como «por un tiempo inmemoriales», «tener fuerza de ley sobre», y errores de lengua y sintaxis, de los que se encuentran demasiados ejemplos en las citas y que hacen que algunos pasajes sean casi ininteligibles. Confuso, oscuro e incorrecto a lo largo de toda la obra, el estilo se vuelve francamente insoportable cuando el autor pretende elevar el tono. Dos invocaciones, elegidas al azar, pueden dar una

---

frases inicial y final, que cita íntegramente (VI, 142), coinciden, salvo una variante insignificante, a las de la edición rosacruz, pero señala una división en 732 párrafos que parece haber ignorado el manuscrito de M. Matter. Este último, que tuvo ante sus ojos dos copias del tratado, señala que en ninguna de ellas la obra está terminada (VIII, 13).

idea de lo que Pasqually es capaz de escribir cuando aspira a lo sublime. Moisés, al ofrecer un sacrificio al Señor entre el desierto de Madian y el monte Horeb, le dirige la siguiente oración: «¡Oh, Eterno! ¡creador de todos los poderes! Escucha el sacrificio que te ofrezco con toda santidad y en la pureza del poder divino que te ha complacido darme en tu misericordia y para tu mayor gloria. Me someto por completo a tu infinita grandeza. Dispón de mí según tu voluntad; recibe el sacrificio que te ofrezco de mi alma, de mi corazón y de mi cuerpo y de todo lo que me pertenece espiritual y temporalmente; recíbelo en expiación por el pecado del padre de los hombres y el de toda su posteridad. Así como todo viene de ti, todo vuelve a ti» (I, 247). Adán, haciendo acto de contrición tras su primera falta, se expresa en estos términos: «Padre de caridad, de misericordia; Padre vivificante y de vida eterna; Padre Dios de los Dioses del cielo y de la tierra; Dios fuerte y muy fuerte; Dios de justicia, de castigo, de recompensa; Dios de paz y clemencia, de compasión caritativa... Dios de paz y satisfacción... Dios magnífico de toda contemplación de los seres creados y de las recompensas inalterables; Dios padre de misericordia sin límites hacia su débil criatura; escucha a quien gime ante ti por la abominación de su crimen» (I, 30-31).

* * *

El *Tratado de la Reintegración* se presenta como una especie de resumen y versión secreta de los primeros libros del *Pentateuco*, en particular del *Génesis* y el *Éxodo*. Expone a su manera la creación de Adán y Eva, trata del pecado original, narra la historia de la posteridad de la primera pareja y de los descendientes de Caín y Set, describe el diluvio, y pasa a Noé, Abraham y su descendencia, la posteridad de

Isaac, narra la salida de Egipto, se extiende con complacencia sobre el papel desempeñado por Moisés, dice unas palabras sobre los Jueces y se interrumpe bruscamente tras la entrevista entre Saul y la Pitonisa.

El relato pierde claramente todo interés para Pasqually en cuanto Moisés abandona la escena. El legislador de los hebreos es para nuestro autor el personaje central. Con el pretexto de exponer la enseñanza que Moisés, intérprete de Jehová, dio al pueblo de Israel, Pasqually atribuye al profeta, «que habla con verdad según el Eterno»[2] (I, 312), y presenta como reveladas por Dios mismo las teorías metafísicas que da a conocer a sus discípulos. Esta tendencia, tan claramente acusada en la segunda mitad del tratado, ya se vislumbra en la primera, ya que la supuesta historia de los patriarcas, desde Adán hasta Jacob, solo sirve para ilustrar alegóricamente las doctrinas místicas expuestas por la Reintegración.

Estas doctrinas constituyen una cosmogonía y una antropología esotéricas, pretenden dar la clave del destino pasado, presente y futuro del hombre y se justifican mediante una exégesis bíblica que toma prestados sus métodos del simbolismo, la aritmosofía y la geometría mística.

* * *

La cosmología de la *Reintegración* es esencialmente una pneumatología.

«Antes del tiempo, Dios emanó seres espirituales» (I, 17). «Estos Espíritus emanados, procedentes de la cuádruple esencia divina, se distinguían entre sí por sus virtudes,

2 Siguiendo la excelente fórmula de Matter, Pasqually no es más que el «secretario de Moisés» (VIII, 17).

sus poderes y sus nombres; formaban cuatro clases, mucho más poderosas que las de los Querubines, los Serafines, los Arcángeles y los Ángeles que Dios creó posteriormente, ya que tenían en sí mismos una parte del poder divino» (I, 8). Solo estos «seres espirituales divinos», emanados directamente de Dios y que eran innatos en la divinidad como «el fluido seminal de la reproducción de las formas» es innato en los diferentes organismos que componen el universo material, son «reales e imperecederos», es decir, tienen una existencia personal, absoluta y eterna; existirán siempre «en el círculo de la divinidad» (I, 176-177).

Pero sucedió que algunos de «estos jefes espirituales divinos prevaricaron» abusando de la libertad que Dios les había concedido. Dios había dejado a los seres emanados libres de actuar «conforme a sus pensamientos y voluntades particulares, pues no está en Él, leer en las causas segundas ni impedir su acción, sin derogar su propia existencia de Ser Necesario y su poder divino» (I, 21-22). «Dios solo puede leer en el pensamiento cuando este se concibe y no puede destruir la voluntad de los seres espirituales» (I, 49).

Los espíritus rebeldes quisieron desempeñar un papel superior al que se les había asignado. Como «agentes secundarios», solo debían actuar como instrumentos de la divinidad. Impulsados por el orgullo, quisieron emanar a su vez seres espirituales que solo dependieran de ellos. Así, invadieron la omnipotencia divina al pretender dar origen por su propio poder «a las causas tercera y cuarta» (I, 11).

La culpa de los primeros espíritus, esa «simple voluntad criminal», que es el «principio del mal espiritual», tuvo tres consecuencias importantes.

En primer lugar, Dios creó el mundo material «para que fuera el lugar fijo donde estos Espíritus perversos tuvieran que actuar, ejercer en privación (es decir, privados de toda comunicación con Dios) su malicia» y para ser «el límite de sus malas operaciones» (I, 12). En esta prisión, los espíritus caídos, al no formar ya parte de la divinidad, que había roto toda relación con ellos, fueron «emancipados», es decir, libres no solo de querer, sino también de actuar con total independencia en el ámbito que se les había asignado[3] (I, 12).

En segundo lugar, la divinidad, para dotar a esta prisión de una especie de guardián, procedió a una segunda emanación, la del «Menor Espiritual», comúnmente llamado Adán o «Primer Padre Temporal», pero que los iniciados denominan «Réau» o «Roux», términos que significan «Hombre-Dios muy fuerte en sabiduría, virtud y poder». Este ser espiritual, dotado de los tres dones «que son en él el pensamiento, la imagen y la semejanza del Creador» (I, 22, 223), estaba destinado a oponerse sin cesar «al mal demonio para contenerlo y combatirlo». Para estar a la altura de su tarea, recibió el mismo poder con el que habían sido

3 El significado de la palabra «emancipado» no siempre se indica de forma tan clara. Pasqually parece haber distinguido en principio: 1) la emanación, estado de los espíritus que existen en el círculo de la divinidad y destinados a actuar de acuerdo con sus designios; 2) la emancipación, que es el estado de los espíritus enviados por el Creador a otros círculos, donde disfrutan, por su cuenta y riesgo, de completa libertad de acción. Así es como define (p. 293) al hombre actual: «un ser emancipado del círculo de la divinidad». Pero a menudo también utiliza la palabra «emancipado» en el sentido de «emanado», como por ejemplo en la página 299, donde «emancipación divina» significa exactamente «emanada». La terminología incierta del tratado contribuye en gran medida a su oscuridad.

dotados todos los primeros Espíritus en el momento de su emanación y, aunque emanado después de ellos, se convirtió en su superior y su mayor por su estado de gloria y la fuerza del mandato que recibió del Creador» (I, 13). Todos los Espíritus le fueron sometidos: los Espíritus perversos, porque habían perdido su poder original como castigo por su prevaricación, y los Espíritus buenos, porque el Menor había recibido, en el momento de su emanación, el poder que originalmente había sido otorgado a los primeros Espíritus emanados (I, 19). «Como la prevaricación de los espíritus ocurrió antes de que los Menores fueran emanados, estos no pudieron recibir ninguna mancha ni comunicación [contagio]; por lo tanto, no se produjo ningún cambio en su clase y por esta razón fueron los depositarios del gran poder de la divinidad. Se les confió el temible poder cuaternario (autoridad sobre los Espíritus), ya que estos Menores eran «Espíritus puros e inmaculados, emanados del seno mismo de la justicia y la santidad para manifestar la fuerza y la gloria del Creador» (I, 313). El Primer Adán, tipo epónimo y representante en la historia bíblica de la clase de los Menores Espirituales, venía, por tanto, en la jerarquía celestial inmediatamente después del Creador. No tenía en su ser ninguna partícula de materia. Es cierto que estaba revestido de una forma, pero de una «forma gloriosa»[4] (I, 2), «para actuar con toda su voluntad sobre las formas activas y pasivas» (I, 2). Este «Dios emanado», al que estaban sometidos los ángeles (I, 25), era el verdadero «Émulo» [discípulo] del Creador. Su poder se extendía sobre todo el universo, o «creación universal», y sobre todas sus partes, es decir, sobre la tierra, donde se encuentra la «creación

4 Las «formas activas y pasivas» se refieren a los organismos vivos y los cuerpos inanimados.

general», «parte general de la que emanan todos los elementos necesarios que sustancian lo particular», y sobre la «creación particular», o conjunto de seres que existen «tanto en el cuerpo celeste como en el cuerpo terrestre», el «particular» que comprendía «todo ser activo y pasivo que habita desde la superficie terrestre y su centro hasta el centro celeste llamado misteriosamente [es decir, por los iniciados] cielo de Saturno»[5]. En una palabra, al Primer Adán estaban sometidos el universo, la tierra y todos los habitantes de los círculos celestiales (I, 13, 14, 50, 320).

Finalmente, como consecuencia de la rebelión de los primeros seres espirituales, «todos los Espíritus, incluso los que permanecieron fieles, están sometidos al Menor, y los habitantes del mundo divino sufrieron las consecuencias de la primera prevaricación y las sufrirán hasta el fin de los tiempos. Expían el crimen de los primeros Espíritus, como los Menores actuales expían el crimen del primer hombre» (I, 347). «Apenas fueron expulsados los espíritus perversos de la presencia del Creador, los espíritus inferiores y menores ternarios recibieron el poder de poner en práctica la ley innata en ellos de producir esencias espirituales para la formación del mundo temporal, con el fin de contener a los prevaricadores en los límites tenebrosos de la privación divina. Al recibir este poder, fueron inmediatamente emancipados; su acción, que era pura, espiritual y divina, cambió tan pronto como el Espíritu prevaricó; ya no eran más que seres espirituales temporales destinados a cum-

5 Pasqually suele ser fiel a estas definiciones; solo varía en un pasaje en el que dice expresamente: «Aquí la palabra «general» se refiere a los animales irracionales y la palabra «particular» a aquellos que están animados por un ser espiritual divino, tanto celestial como supracelestial» (I, 287).

plir las diferentes leyes que el Creador les había prescrito para el cumplimiento íntegro de su voluntad. Fue entonces cuando los Espíritus menores cuaternarios emanaron del seno de la divinidad y ocuparon en la inmensidad divina el lugar del que los Espíritus menores ternarios acababan de ser emancipados para actuar temporalmente» (I, 312-313). «Sin la prevaricación de los primeros Espíritus, los Espíritus divinos no habrían estado en absoluto sometidos a lo temporal. Sin esta prevaricación, no se habría producido ningún cambio en la creación espiritual; no habría habido ninguna creación de límites divinos, ya fueran supra celestiales, celestiales o terrestres, ni Espíritus enviados para actuar en las diferentes partes de la creación, ya que los Espíritus menores terciarios nunca habrían abandonado el lugar que ocupaban en la inmensidad divina para llevar a cabo la formación de un universo material» (I, 319-320).

En el universo, compuesto ahora por cuatro mundos, el divino, el supra celestial, el celestial y el terrestre (I, 331), Dios formó cuatro clases de Espíritus: superior, mayor, inferior y menor (I, 309). Los espíritus superiores y mayores, que actúan en un medio donde todo es espíritu y nada es materia, nunca han poseído el poder de producir «esencias espirituosas»[6]. Los espíritus inferiores y menores tuvieron la facultad de producir «esencias espirituales temporales»[7], pero solo la utilizaron en el momento en que fueron ema-

6 Es decir, elementos puros, constitutivos de los cuerpos materiales. El adjetivo «espirituoso» lo deriva Pasqually de la palabra «espíritu», siguiendo el sentido que le daba el uso en el siglo XVIII en expresiones como «espíritu de vino», «espíritu de sal», etc.

7 Sustancias compuestas de espíritu y materia que, al combinarse, dieron origen a los organismos vivos (entre los que se encuentran los astros). «Temporal» siempre significa «material» en la terminología especial de Pasqually.

nados, para formar «el mundo temporal que debía servir para molestar a los espíritus prevaricadores»[8].

El papel asignado a los espíritus supracelestiales fue «asegurar la correspondencia del hombre con el Creador y servir de doble límite a las criaturas que gobiernan los mundos celestial y material en los que están encerrados los espíritus prevaricadores» (I, 332-334). Como auxiliares de Adán, velaban por la inviolabilidad de las fronteras que separaban el mundo supra celeste de las prisiones de los espíritus malignos. Como agentes de las leyes del universo, estaban especialmente encargados de la conservación del tiempo, es decir, del mantenimiento de la energía vital en el universo material (I, 321) Los espíritus inferiores, habitantes del mundo celestial, estaban especialmente encargados de asegurar la existencia de la materia (I, 321). El Hombre-Dios, que residía en el mismo dominio, actuaba allí como «espíritu divino puro» (331).

El orden establecido por el Creador no solo tenía por objeto asegurar la solidez de la prisión que encerraba a los espíritus rebeldes. Su objetivo principal era poner al Hombre-Dios en condiciones de cumplir en las mejores condiciones posibles la tarea que le había sido encomendada. Situado en el mundo celestial, muy similar a los mundos supra celestial y divino y es también la morada de la divinidad (I, 331), Adán tenía asegurada la ayuda directa de ésta, con la que, por otra parte, estaba en contacto a través de los espíritus del mundo supracelestial, agentes de la Providencia. Por lo tanto, se puede decir que «todas estas cosas habían sido dispuestas así únicamente para el hombre» y que,

8 En otras palabras: los espíritus inferiores crearon los cuerpos celestes o astros, los espíritus menores el cuerpo terrestre, es decir, en total, los dos mundos materiales.

«como debían servir de límites a los espíritus perversos, estaban sometidas al Menor para que este pudiera ejercer sobre ellas su poder y su mando según su voluntad y según las leyes del orden» (I, 330).

* * *

Tal era la sublime condición del Hombre-Dios, Adán, Roux o Réau; pero, por desgracia, disfrutaba, como los primeros Espíritus emanados, del libre albedrío y, como ellos, abusó de ese peligroso privilegio. Su orgullo le llevó a considerar que el poder que Dios le había concedido sobre la creación universal era casi tan grande como el del Creador. El pecado de orgullo fue inmediatamente conocido por los «demonios malvados», es decir, los espíritus caídos. Uno de los principales espíritus se presentó ante Adán «bajo la apariencia de un cuerpo glorioso» y lo persuadió para «practicar la ciencia demoníaca más eficiente que la ciencia divina que el Creador le había dado para someter a todos los seres» (I, 8/9). El tentador le dijo a Adán: «Adán, tienes innato en ti el Verbo de la creación en todas sus formas... obra [crea] criaturas, pues eres creador. Obra ante aquellos que están fuera de ti: todos rendirán homenaje a la gloria que te es debida» (I, 14).

La afirmación del «demonio malo» estaba en parte fundada, pero eludía un detalle importante. Es cierto que Adán tenía en sí mismo «el verbo poderoso de la creación de su forma espiritual gloriosa», poseía «un verbo de reproducción espiritual y gloriosa» (I, 163), pero solo podía utilizarlo con la ayuda del Creador. «La voluntad del Primer Hombre habría obrado y el pensamiento divino espiritual habría actuado igualmente, colmando inmediatamente el fruto de

la operación del Menor con un ser tan perfecto como él... Adán habría sido verdaderamente el Creador de una posteridad de Dios» (I, 14). De su «forma impasible (no sujeta al sufrimiento) debían emanar formas gloriosas como la suya, para servir de morada a los Menores espirituales que el Creador enviaría allí» (I, 15); del «Hombre-Dios de la tierra universal» surgiría «una posteridad divina y no una posteridad de carne».

Cediendo a la sugerencia pérfida del Tentador, Adán decidió crear «seres espirituales» sin la cooperación divina (I, 13), en presencia de «los que estaban fuera de él» y para ganarse su admiración. Esta culpa fue más grave que aquella a la que el universo debe su origen. Es cierto que la culpa de Adán «aunque parte de su voluntad, no deriva de su pensamiento», ya que la idea le había sido inspirada por los espíritus perversos. Pero la prevaricación de Adán fue más grave que la de los Primeros Espíritus por el hecho de que Adán hizo uso de toda su virtud y poder divino contra el Creador, realizando por deseo de los demonios y por su propia voluntad un acto de creación, lo que los espíritus perversos no habían tenido tiempo de hacer, ya que el Creador impidió que se manifestara su mala voluntad (I, 17).

El castigo no se hizo esperar y fue doblemente severo: primero con el resultado del acto criminal, luego con el cambio de condición del culpable. Dios encerró «en la forma de materia creada por Adán, un ser inferior que el miserable Adán sometió a una espantosa prisión de tinieblas» (I, 36). En lugar de una forma gloriosa, similar a la suya, Adán no produjo más que una «forma tenebrosa» [material] (I, 36) a la que llamó, cuando vio el resultado de su temeraria empresa, «Houwa» o «Hommesse», es decir,

místicamente «carne de mi carne, huesos de mis huesos y obra de mi operación concebida y ejercida con la obra de mis manos» (I, 53).

«El Creador dejó subsistir la obra impura del Menor para que fuera perseguido de generación en generación, por un tiempo inmemorial, teniendo siempre ante sus ojos el horror de su crimen... para que su posteridad no pudiera alegar la ignorancia (desconocimiento) de la prevaricación y aprendiera en ello que los castigos y miserias que soporta y soportará hasta el fin de los siglos no provienen del Creador, sino de nuestro primer padre, creador de la materia impura y pasiva» (sometida al sufrimiento) (I, 29).

Además, Adán fue expulsado del mundo celestial y precipitado «a los abismos de la tierra de donde había salido el fruto de la prevaricación» (I, 30). El Creador, al mismo tiempo, transformó la forma gloriosa de Adán en una forma material «pasiva y sujeta a la corrupción» (I, 28). «Este segundo cuerpo de materia terrenal tenía la misma apariencia que el cuerpo glorioso del que Adán había sido emanado» (I, 54); esta forma corporal, similar a la que Adán había dado involuntariamente a Houwa, era una copia burda, una reproducción pesada de la forma gloriosa, pura e inalterable con la que originalmente había sido revestido el Hombre-Dios (I, 28, 35).

Prisionero de esta forma material, Adán se vio obligado a vivir en la misma tierra «sobre la que antes del pecado reinaba como Hombre-Dios y sin confundirse con ella ni con sus habitantes» (I, 315). Allí se vio obligado «a actuar como un ser puramente espiritual temporal (compuesto de alma y cuerpo), sujeto al tiempo y al castigo del tiempo» (la muerte) al que antes no estaba sujeto» (I, 315). La forma de

materia que había creado en su orgullo criminal, Houwa, le sirvió para continuar la raza de los Menores caídos, ya que «condenado a reproducirse materialmente, no pudo hacer uso más que de las esencias espirituales materiales para su reproducción»; hizo uso de un «Verbo que pone en movimiento, emana y emancipa las esencias espirituales según la ley de la naturaleza espiritual temporal» por lo que solo puede crear «formas corporales materiales» (I, 315-316).

Por último, y esta fue la consecuencia más terrible de su culpa, Adán se encontró separado de Dios y expuesto a las insidias de los espíritus perversos. Cuando se encontraba en su «estado de gloria», conocía directamente los pensamientos del Creador y los de los demonios; leía en unos y otros de forma improvisada porque «el privilegio del espíritu puro y simple (no aprisionado en la materia) es poder leer en el Espíritu con su correspondencia espiritual natural» (I, 139). Debido a esta comunicación inmediata con el pensamiento divino, era «pensante». Pero, si «nada puede escapar al conocimiento del Espíritu, ocurre todo lo contrario entre los hombres» (I, 139), ya que «el cuerpo no es más que un caos [prisión] para el alma, es decir, para el Espíritu Menor» (I, 162) que se encuentra encerrado en él. Así como «la forma se volvió pasiva, de *impasiva* que habría sido si Adán hubiera unido su voluntad a la del Creador» (I, 162), así «el alma se volvió sujeta al tormento de la privación» (I, 53); de modo que después de la caída, Adán, que antes era «pensante», cuando «como puro espíritu leía abiertamente los pensamientos y las operaciones divinas», se volvió «pensativo»[9], es decir, ya no tenía más que un co-

9 Pasqually parece haber dado este significado particular e inusual al adjetivo «pensativo» por analogía con «pasivo», que, para él, como hemos visto, significa: propenso al sufrimiento.

nocimiento efímero y fragmentario del pensamiento divino a causa de ciertas emanaciones que los iniciados llaman «buen entendimiento». Además, fue, para su desgracia, mucho más abierto a las sugerencias del demonio, porque el pensamiento demoníaco se le transmitía directa y constantemente a través del «intelecto malo», mientras que el pensamiento divino no podía penetrar en su espíritu hasta que se abría camino a través del intelecto bueno «que prepara y dispone al alma particular menor para recibir la impresión del Espíritu mayor bueno», de modo que «el Menor no piensa sino en el tiempo [a intervalos], por unión completa con el espíritu bueno» (I, 34-36, 75-76). En otras palabras, el Menor, antes en comunicación constante con el pensamiento divino, cuando moraba en forma luminosa en el mundo celeste, se encontró, tras ser exiliado, en el mundo terrenal y con un cuerpo material, bajo el poder de los espíritus perversos que ocupan su prisión, solo puede resistir sus seducciones por la gracia que Dios le concede para ayudarle a triunfar sobre «las nociones intelectuales que recibe de los malos espíritus» (I, 36).

Sin embargo, el papel que Dios había asignado a Adán cuando lo emanó le imprimió un carácter indeleble. El poder conferido al Hombre-Dios era «tan grande que, a pesar de su propia prevaricación, seguía siendo superior a cualquier otro Espíritu, ya emanado o emancipado» (I, 314). Así, «el Menor, por el contrario, no ha perdido en absoluto esta comunicación; ha conservado la facultad y el poder que había recibido desde su emanación en el cuerpo universal» (I, 313). El severo castigo que le fue infligido le indujo al arrepentimiento. Adán se arrepintió de su culpa y Dios se apiadó de él. No dejó a Adán en el mismo plano que los «demonios menores a los que estaba sometido». Se

reconcilió espiritualmente con él, restableciéndole «en las mismas virtudes y potencias que tenía antes contra los infieles de la ley divina. Con esta reconciliación (Adán) tuvo por segunda vez poderes a favor y en contra de todo ser creado» (I, 24). Pero el Adán terrenal, abatido y sumido en la materia, ya no podía pretender la posesión íntegra de los privilegios de los que había disfrutado el Hombre-Dios en estado de inocencia; así, «el Creador... no le devolvió más que un poder inferior al que poseía antes de su crimen» (I, 50).

La caída de Adán, como la de los primeros Espíritus, tuvo consecuencias universales. Los Espíritus emanados, que ya habían sufrido a causa de la rebelión de sus hermanos, se vieron doblemente afectados por la prevaricación de Adán y por el perdón que se le concedió: «siendo la prevaricación [de Adán] infinitamente mayor que la de los demonios, estos mismos Espíritus, habitantes de la inmensidad divina, sintieron entonces una atracción aún más fuerte que la primera vez, y esta maldita operación del hombre provocó en ellos un nuevo cambio en sus leyes de acción y de operación, es decir, que en el instante del crimen de Adán, el Rey Creador impuso su ley a los seres espirituales de su inmensidad y sus leyes de acción y operación ya no fueron las mismas, tal y como eran, no solo antes de la prevaricación de los primeros espíritus, sino en el momento de la emanación del primer hombre» (I, 164). «Así como estos pagan el tributo a la justicia del Eterno por la prevaricación del primer Menor cometida en el centro del Universo temporal, así los habitantes del mundo divino pagan el tributo a la justicia del Creador por la expiación del crimen de los primeros espíritus» (I, 180). Dado que el guardián encargado de la prisión de los espíritus perversos había tenido que

abandonar su puesto por indignidad, los espíritus buenos tuvieron que asegurar por sí solos la vigilancia de los dos mundos inferiores con el fin de impedir que los espíritus perversos abandonaran su lugar de exilio (I, 172); además, se vieron obligados a servir de mediadores entre Dios y el Menor. «Sin la prevaricación del hombre, los espíritus divinos solo habrían estado sometidos de una sola manera a lo temporal (para contribuir al mantenimiento y a la duración fija del universo); con la prevaricación del hombre, estos espíritus se vieron obligados a contribuir a la reconciliación y a la purificación de los Menores» (I, 165).

* * *

Adán, caído pero perdonado, se mostró indigno de la misericordia divina al cometer una nueva falta. Cuando Adán y Eva «salieron de su primer lugar operante»[10], recibieron la orden de reproducir formas similares a las suyas, pero obedecieron con la «furiosa pasión de los sentidos de su materia», por lo que la Divinidad se negó a cooperar en su obra. Así, su primogénito Caín, es decir, «hijo de mi dolor», cayó en manos de las potencias demoníacas, con gran desesperación de Adán (I, 32).

Este nuevo castigo no provocó en el culpable más que un arrepentimiento pasajero y pronto volvió a caer en el mismo error. Se abandonó una vez más con Eva al delirio de los sentidos, engendrando dos hijas: Cainan y Aba I, y luego, tras un intervalo de seis años, otros cuatro hijos, dos varones y dos mujeres (I, 33-34). Sin embargo, el primo-

10 Es decir: se habían visto obligados a abandonar el mundo celeste, donde podían permanecer los seres parcialmente materiales en que se habían convertido.

génito de la segunda serie había sido engendrado y concebido de acuerdo con los deseos del Creador. «Adán y Eva cooperaron en la forma de su hijo Abel, es decir, sin exceso de sus sentidos materiales». Así, «el Creador no pudo negarse a corresponder a su operación, asignando a la forma que habían operado un ser menor dotado de toda virtud y sabiduría espiritual divina» (I, 101). Adán llamó a este hijo Aba IV, es decir, «hijo de la paz», o Abe X, es decir, «hijo criado por encima de todo sentido ritual» (I, 67), y fue «el Hombre-Dios justo en la tierra» (I, 65). Caín, furioso por haber sido obligado a ceder su derecho de primogenitura a Abel y animado por sus dos hermanas, Cainan y Aba I, pensó «en rendir culto a los falsos dioses y al Príncipe de los demonios para que le dieran un poder superior al que el Creador había dado a su hermano Abel» (I, 71), y, dominado por el odio, mató a Abel fingiendo abrazarlo (I, 73). La sangre expiatoria del Justo, a quien el Señor había dotado de su sabiduría, selló la segunda reconciliación de Adán con Dios y, al anunciar a Eva el trágico fin de su hijo predilecto, Adán le reveló que «sus crímenes habían sido expiados por la víctima Abel, su hijo» (I, 74). Pero el asesinato de Abel había privado a los hombres de una luz que iluminaba su oscuro camino. Dios derramó los dones de aquel Justo sobre otro Menor: «Adán, con el beneplácito del Creador, concibió una tercera descendencia a la que llamó Set, que significa: admitido a la posteridad de Dios» (I, 118) y «el mismo Creador instruyó por medio de su enviado Elí al santo hombre Set sobre los secretos medios espirituales divinos que contenían y dirigían toda la naturaleza, tanto material como espiritual» (I, 119).

* * *

Desde la tercera posteridad de Adán, el destino de la humanidad estuvo fijado para siempre; el esquema y los personajes del drama que se desarrollará hasta nuestros días en la tierra están delineados para «todos los tiempos». El género humano está compuesto por dos clases: los descendientes de Caín y la posteridad de Set. Los primeros son los réprobos, los prisioneros de la materia. Hábiles en las artes útiles, aprenden a construir ciudades, a fundir metales, a explotar las minas, a cazar animales salvajes (I, 90-91), pero el Señor los dejó vagar en las tinieblas espirituales. Después de que el diluvio destruyera a la primera humanidad corrupta, la raza maldita renacería con los descendientes de Cam. Los segundos aprendieron de Set a practicar el culto agradable a Dios (I, 129), pero estos predilectos del Señor eran débiles como el primer hombre. La descendencia de Set se unió, a pesar de la prohibición divina, con «las hijas de los hombres», es decir, las hijas concubinas de la posteridad de Caín, «y olvidó todo el conocimiento espiritual divino que Set les había comunicado» (I, 130). La historia del pueblo judío no será más que el relato detallado de esas caídas seguidas de un arrepentimiento y una reconciliación efímeros. Los judíos, aunque iluminados en varias ocasiones por un enviado divino, pronto olvidaron las sublimes verdades que les fueron reveladas; perdieron entonces toda comunicación con Dios y generaciones enteras se perdieron en las tinieblas, hasta que apareció un nuevo profeta cuyas enseñanzas no pudieron tener un éxito más duradero.

La Biblia, interpretada correctamente, nos informa del destino del Menor, que forma parte de la descendencia de Set. Espíritu caído del cielo, su decadencia nunca es definitiva. «Toda forma corporal es siempre un caos para el alma

espiritual divina, porque esta forma de materia no puede recibir la comunicación del intelecto espiritual divino, ya que no es más que un ser aparente. Por el contrario, el Menor, con su emanación, es susceptible de recibir, en todo momento, esta comunicación, porque es un ser eterno» (I, 162). Él puede ser «reintegrado» incluso en este mundo, en la condición en la que Dios había puesto a Adán después de la segunda reconciliación con Él, y disfrutar de los privilegios que entonces se le habían concedido al padre del sacrificado Abel. Esta reconciliación debe ser el fin supremo de todos los esfuerzos del Menor, y él mismo debe comprometerse en el camino de la salvación. Se trata esencialmente de una voluntad libre. Los pensamientos, buenos o malos, le llegan, es cierto, de seres distintos de él: el pensamiento «santo» le es sugerido por un Espíritu divino, el pensamiento criminal por un «demonio malo» (I, 32), pero conserva el libre albedrío, ya que estas sugerencias no son «voluntad divina operante» y el Menor es dueño de aceptarlas o rechazarlas (I, 34). Por otra parte, la presciencia divina no puede coaccionar la voluntad humana, ya que Dios no puede prever las decisiones que tomará el Menor y los actos que se derivarán de ellas; si ha establecido todo lo que existe en el universo con leyes inmutables, ha dejado a la criatura plena libertad, ya que «no tiene en sí mismo la presciencia (sic) y no participa en absoluto en las causas segundas de este universo» (I, 386). Por último, si el hombre, sumergido en la atmósfera demoníaca de este mundo material en el que respira a cada instante «intelecto malo», no parece capaz de resistirle, el Creador ha restablecido el equilibrio separando «del círculo espiritual divino un espíritu mayor para que sea guía, apoyo, conductor, consejero y compañero del menor, que emana y desciende

de la inmensidad para incorporarse al círculo de la materia elemental [mundo material] (...) para ir a obrar, según su libre albedrío, en el círculo terrestre» (I, 290). Así, el Menor puede, en la lucha contra los espíritus perversos, oponer a dos débiles influencias malignas: el espíritu demoníaco y el intelecto maligno, tres potencias espirituales fuertes que son: el alma, dotada del conocimiento innato del bien, las sugerencias del espíritu mayor que está junto a él y el intelecto bueno (I, 20).

Pero, si esta lucha victoriosa contra las tentaciones demoníacas y los lazos de la materia es una condición previa y necesaria para la reconciliación, no basta para asegurarla. Para alcanzar su objetivo, el Menor necesita la ayuda del Menor Elegido. La ayuda que le presta el «Reconciliador» es doble: le transmite las instrucciones recibidas directamente del Creador, relativas al culto que debe ofrecerse a la Divinidad con una «operación espiritual» (I, 129, 40, 43) y comunica a los «hombres del deseo», a quienes es enviado, los dones que ha recibido (I, 43) marcándolos con el «carácter» o «sello» místico, sin el cual ningún Menor puede ser reconciliado, ya que, al no haber recibido esta misteriosa ordenación, sigue siendo, sean cuales sean sus méritos personales, un Menor «en privación» (sin comunicación con Dios) (I, 40, 42, 45, 48, 49).

Estos seres sobrenaturales, los Menores Elegidos, destinados por el Creador a marcar a los seres espirituales menores que deben acompañar el triunfo de la manifestación de la justicia divina (I, 37) «recibieron el nacimiento y la vida temporal solo por la voluntad y la operación divina... y aunque su forma había sido emanada de la posteridad de Adán, el Menor que habitaba esa forma era verdaderamente un ser puro pensante sin ser nunca pensativo... porque el

Eterno le manifestaba su voluntad con la visión de uno de sus diputados que le anunciaba, sin ningún misterio, lo que debía hacer para cumplir con exactitud la voluntad divina» (I, 37-38).

Los Menores Elegidos viven al margen de la sociedad humana para no contaminarse con ella. «El Eterno los aparta de los profanos [los hace vivir lejos de los profanos] y de los impuros permanentes de la tierra, poniéndolos al abrigo de toda comunicación intelectual con los menores ordinarios» (I, 372). Aparecen como meteoros luminosos a lo largo de los siglos; el Eterno los llama por caminos desconocidos y las generaciones que les siguen no saben que han existido, ya que el «Creador tolera que estos mortales ordinarios olviden, con el paso del tiempo, la memoria de los seres e ignoren la morada fija y el camino tomado para llegar a ella, ignoren también sus obras, acciones y operaciones espirituales temporales» (operaciones con las que el Espíritu divino se manifiesta en el mundo material) (I, 372). Así, los hombres a quienes el Eterno quería convertir en «hijos de Dios» pierden rápidamente el recuerdo de las fórmulas y ceremonias del culto divino que les había enseñado el último Menor Elegido que apareció entre ellos; transgreden la prohibición de contraer uniones con las «hijas de los hombres», es decir, las Menores «en privación», de modo que su posteridad «decae de todo conocimiento espiritual divino», por lo que se hace necesario el envío de otro profeta (I, 129-130).

Capítulo II
La «Reintegración»: Tipología, Aritmosofía, Geometría mística

Las doctrinas cosmológicas, pneumatológicas y antropológicas expuestas en el capítulo anterior constituyen la esencia del *Tratado de la Reintegración* y podríamos limitarnos a este breve análisis si quisiéramos simplemente dar cuenta de las ideas que contiene. Pero en esta obra cambiante y confusa, la forma ofrece tanto interés como el contenido. Al igual que en las alfombras orientales, en las que motivos muy sencillos se repiten infinitamente con diferentes colores y siguiendo disposiciones variadas, el *Tratado* recurre, para retomar los mismos temas, a modos de demostración, curiosos por su extrañeza y que, a veces, profundizan en principios ya conocidos.

En primer lugar, la exégesis bíblica, que es, como ya se ha visto, la base misma sobre la que se apoya la exposición dogmática de Pasqually, se aplica sistemáticamente, aunque los relatos bíblicos se presentan a modo de un vasto fresco alegórico. Para el iniciado que sabe comprender el sentido secreto de las Escrituras, todo es simbólico hasta en los más mínimos detalles: los acontecimientos, los lugares, los edificios y los muebles no son más que figuras, la mayoría de los personajes son reproducciones de los tipos fundamentales: el Menor en privación, el Menor reconci-

liado, el Menor regenerado, el Menor Elegido, los Espíritus de los distintos órdenes, hasta el Creador. Dado que Dios se manifiesta a través de emanaciones, el mundo de los espíritus, el mundo de la materia y el destino del hombre se reflejan íntegramente y casi en cada página de los textos sagrados. La abundancia de apocalipsis escriturales es tal que debemos limitarnos a dar algunos ejemplos.

El Paraíso Terrenal es la imagen de la «primera cuna gloriosa» [luminosa] (I, 25) en la que se encontraba Adán. El arca de Noé representa «el envoltorio caótico que contenía todo principio de creación de formas corporales» (I, 164) y los Menores que se encontraban encerrados en una profunda oscuridad, mientras flotaba sobre las aguas, representan «el retiro de los Menores reconciliados y de los Justos, bajo las sombras de la gran Luz [sumergidos en el Limbo] en el que descansarán efectivamente un tiempo en espera» (I, 171).

La paloma que salió del arca, voló por primera vez alrededor y volvió a posarse es «la verdadera figura del espíritu angelical divino que dirigía y conservaba el arca y todo lo que contenía y comunicaba a Noé la voluntad del Creador» (I, 174).

La «gran señal de fuego de varios colores, en forma de semicírculo, con un extremo apoyado en el monte Ararat y el otro en el arca» era la aparición de los «siete espíritus universales principales» (I, 174-175).

El Sinaí al que ascendió Moisés mientras el pueblo permanecía al pie del monte simboliza «la distancia que existe entre el Ser Creador y la criatura en general o la tierra» (I, 281). La lucha de Moisés contra los magos de Egipto demuestra que «todo se realiza en el universo por acción y

contracción [reacción]; sin ello, nada tendría movimiento en la vida y, sin vida, no habría formas corporales. Del mismo modo, sin la reacción demoníaca, nada tendría vida espiritual fuera de la circunferencia divina» (I, 259). La transformación en serpiente de la vara de Moisés y de la de su adversario, el mago, es «la explicación real del cambio de las formas gloriosas de los espíritus superiores demoníacos y de los menores espirituales divinos en forma de materia terrenal vil que los mantiene en privación». El retorno de las varas a su estado primitivo «muestra que todas las especies de formas que actúan en este universo no existen realmente en la naturaleza, ni por sí mismas, sino solo por el ser que las anima, y que todo lo que parece existir se disipará tan rápidamente como has visto desaparecer estas dos serpientes». Anuncia, por tanto, «la destrucción de la tierra que habitas y la de sus habitantes» (I, 255/256).

El paso del Mar Rojo es un vasto símbolo: la primera división que atravesó el mar representa a los hombres que abandonarán la tierra cuando el Creador los libere de las tinieblas. Los guerreros israelitas que marchaban siguiendo la primera división e iluminados por la luz de la columna de fuego «representan con su elección la que hizo el Creador con un número de Espíritus mayores para ser los guías y defensores mientras tú, Israel, librarás la guerra espiritual contra los enemigos, y estos Elegidos no son otra cosa que la sombra y los instrumentos de los espíritus superiores que el Creador ha unido a Israel» (I, 259). «Las diferentes marchas que hizo el faraón persiguiendo a los israelitas nos representan los artificios y subterfugios que utilizó el espíritu demoníaco para atacar su intelecto abominable y destruir con ello el poder del hombre... Pero como el espíritu divino protector y defensor de los hombres utiliza

los mismos medios para molestar al espíritu demoníaco, se sirvió del mismo Israel para llevar a cabo la destrucción de Egipto» (I, 255-256).

El monte Moria es llamado «misteriosamente [místicamente] por los amigos de la Sabiduría [los iniciados] tierra elevada por encima de todo sentido» porque la construcción del Templo, al que servía de base, «simbolizaba realmente la emanación del primer hombre». La justificación de esta interpretación radica en el hecho de que el templo de Salomón fue construido sin la ayuda de instrumentos metálicos, para demostrar que el Creador había formado al primer hombre «sin la ayuda de ninguna operación física material» (I, 25).

El Tabernáculo es el símbolo: 1º. del mundo supracelestial; 2º. del mundo celestial; 3º. del cuerpo del hombre; 4º. del mundo o círculo universal (I, 350). De hecho, es en el Tabernáculo donde Moisés realizaba «una parte de la acción de los habitantes espirituales del mundo supracelestial, sin confundir la acción con ningún ser espiritual» (I, 351). Entraba en él cada vez que tenía que pedir algo en favor de Israel, comunicándose directamente «con el Eterno y con los Espíritus puros del supracielo» (I, 181). Por otra parte, el tabernáculo representa la parte celestial con sus cuatro puertas[11], «que son la verdadera representación de las cuatro potencias espirituales que el Creador ha dado a su menor y con las que puede hacer uso de las de los cuatro jefes regionales (Espíritus que gobiernan las regiones del Norte, del Este, del Oeste y del Mediodía) y de todo lo que depende de ellos» (I, 351). En tercer lugar, el tabernáculo, en el que Moisés encerró la Ley divina, es la imagen del

11 La Biblia no da al Tabernáculo más que una sola puerta, abierta hacia el Oriente.

«mundo particular, o pequeño mundo, que no es otra cosa que el cuerpo del hombre» o de la «forma corporal de materia aparente (sensible), en la que se encuentra el Menor o el alma espiritual divina» (I, 353). «Así como los habitantes del supracielo, del cielo y del círculo universal actúan cada uno por su cuenta en el temible tabernáculo, así todos estos seres espirituales diferentes trabajan y actúan en el cuerpo del hombre con el Menor que está encerrado en él» (I, 353). La puerta oriental del tabernáculo representa el corazón del hombre (I, 356), a través de ella penetran en el hombre «los espíritus más sublimes, tanto buenos como malos» (I, 358). La puerta occidental representa el ojo del hombre, la puerta meridional representa el oído (I, 356). Por último, el «tabernáculo alude verdaderamente al círculo universal, en cuanto que todo ser espiritual, inferior, mayor y menor, realiza en el tabernáculo las mismas operaciones que en la inmensidad universal» (I, 353).

* * *

El significado de los «tipos» es mucho más instructivo que el de los símbolos, ya que «un tipo dice más que un símbolo: un tipo es una figura real de un hecho pasado, como de un hecho que debe ocurrir en breve» (I, 153); «un tipo anuncia un acontecimiento infalible y que está sometido al decreto inmutable del Creador» (I, 158). Esto demuestra que «todas las épocas y las elecciones primeras se repiten entre los hombres y nos hacen saber que se repetirán hasta el fin de los siglos» (I, 215).

Los tipos son, en el mundo sensible, los reflejos simultáneos o repetidos de las entidades trascendentes: el Creador, los espíritus superiores y los mayores. Manifiestan, en los

distintos períodos de la historia de la humanidad, la eminente dignidad del hombre, su pasado y su futuro. Reaparecen en series y a menudo en tríadas. Los principales personajes bíblicos pueden representar varios de ellos, según los actos que les atribuye la Escritura.

El tipo del Creador es reproducido por Adán, que engendra una posteridad temporal (I, 80), por Moisés cuando, según las instrucciones divinas, transmite el plan del arca de la Alianza (I, 354). El tipo del Espíritu del Creador «que flota sobre el fluido radical para disolver el caos»[12] (I, 240) se repite «verdaderamente» en Moisés, que flotó en su cuna sobre el Nilo, y en Noé, llevado por el arca durante el diluvio (I, 240).

El tipo del Espíritu Mayor y el del Espíritu Inferior «que tiene en su poder la construcción de las formas» (I, 354) se encuentran en Moisés y en Bezalel. Así como Moisés comunicó «a Bezalel las órdenes del Creador para la construcción del tabernáculo, así el Creador comunicaba directamente a los espíritus inferiores las leyes de la creación de las esencias espirituales; así como yo le di a Bezalel el plano de su obra, así los espíritus superiores recibieron de un delegado superior la imagen de la forma aparente del universo; finalmente, así como Bezalel encontró fácilmente todos los materiales necesarios (...) así los espíritus inferiores (...) produjeron ellos mismos las tres esencias fundamentales de todos los cuerpos con los que formaron el templo universal» (I, 183). El tipo de los espíritus emanados se encuentra en la posteridad de Adán (I, 80). El de los siete espíritus divinos superiores principales y el de los siete seres espirituales mayores principales «que trabajan para la

12 Alusión al *Génesis* I, 2: "Y el Espíritu de Dios descansaba sobre las aguas".

conservación y el sostenimiento de este universo» se repite en la segunda posteridad de Noé (I, 81).

«Caín, hijo mayor de Adán, es el tipo de estos primeros espíritus emanados del Creador, y su crimen es el tipo del que cometieron estos primeros espíritus contra el Eterno. Abel, segundo hijo de Adán, con su inocencia y santidad, es el tipo de Adán emanado después de los primeros espíritus en su estado primitivo de justicia y gloria divinas. La destrucción del cuerpo de Abel, obra de su hermano mayor Caín, es el tipo de la operación que los primeros espíritus llevaron a cabo para destruir la forma de gloria de la que estaba revestido el primer hombre y hacerlo así susceptible de ser como ellos, privados de la divinidad» (I, 81-82). El tipo del primer príncipe de los demonios se repite en el faraón «que endureció el corazón de su pueblo contra Israel» (I, 275).

Abraham e Ismael reviven los tipos de Adán y Caín «en sus operaciones materiales» (I, 214). De hecho, «Ismael representa igualmente el tipo de la operación física de Adán para la reproducción de su posteridad carnal, operación que Abraham repite de acuerdo con su concubina. Su hijo Ismael, nacido de la lujuria de sus sentidos materiales, fue excluido de la casa paterna porque había sido concebido sin la participación de la voluntad divina, sino solo con la concupiscencia de los sentidos de la materia. El pan y el agua que Ismael y Agar, su madre, recibieron de Abraham y con los que se dirigieron adonde el destino los llevaría al desierto, representaban el último alimento espiritual y temporal que recibían de aquel patriarca; ese tipo repetía también el último alimento espiritual que recibió Caín, después de haber concebido [proyectado] cometer el asesinato de su hermano Abel» (I, 213-214).

«Agar, habiendo representado el tipo de la hermana de Caín, su cómplice y la más culpable, la falta de alimento material en la que se encontró con su hijo y que los llevó a implorar al Creador, representa el dolor y la consternación en que se encontraron Caín y su hermana cuando asesinato de su hermano Abel y que se vieron por ello excluidos de toda participación en las ciencias y los alimentos espirituales divinos. El ángel que se apareció a Agar e Ismael, que sació su hambre y su sed y les indicó el lugar donde el Eterno había fijado su morada, nos recuerda la gracia que el Eterno concedió a Caín y a su hermana, al hacer que su ángel los marcara en la frente con el sello invencible de la Divinidad, lo que anunciaba a ambos que habían obtenido la misericordia del Creador y que volverían a disfrutar del alimento espiritual divino que les había sido negado a causa de su crimen» (I, 214).

Por otra parte, Abraham repite el tipo de Adán, padre de Abel, ya que «después de haber sido reconciliado en parte con el Creador, tuvo, por autoridad divina, un hijo de su esposa Sara, aunque su avanzada edad no le permitía concebir. El hijo concebido sin la pasión de los sentidos materiales fue llamado Isaac, lo que repite perfectamente el nacimiento de la segunda posteridad de Adán en su hijo Abel. Isaac, perfectamente instruido en las ciencias espirituales divinas, manifestó a su padre el deseo de realizar el gran culto divino para la gloria del Creador. Le dijo, según la instrucción interior que había recibido del intelecto divino espiritual, que era hora de que hiciera uso de todas las ciencias divinas en las que había sido instruido y que ofreciera un sacrificio al Eterno» (I, 215-216).

Jacob y Esaú son las réplicas del Espíritu Prevaricador y del Menor, primero inocente y luego caído. De hecho, Jacob

«fue el primero en ser concebido, Esaú el segundo», como los Espíritus emanados antes que Adán. Pero Esaú, al haber venido al mundo primero, poseía el derecho de primogenitura, al igual que el Menor tenía al principio el derecho y el poder de mandar a los Espíritus Prevaricadores. Él había sido despojado de ese privilegio por las intrigas de Jacob, «a quien la Escritura ha dado el nombre de suplantador», como Adán fue privado de él por dejarse tentar por el demonio y mereció el castigo porque, como Adán, «prefirió el culto terrenal al del Creador; se ocupó completamente de la caza en lugar de dedicarse a combatir el intelecto demoníaco que se había apoderado de su hermano Jacob» (I, 324).

Los Patriarcas representan a todos los personajes del drama eterno. Son el tipo del Espíritu Mayor divino «que sirve como Espíritu particular a cada ser Menor y debe conducirlo ante el Creador». Habían recibido «el doble poder divino y, además, el poder de hacer reversible ese carácter sobre los Menores en privación, y ello mediante su operación [acción] espiritual sobre los Menores» (I, 43). Por eso Abraham, Isaac y Jacob son «los tipos de la acción divina operada por el espíritu divino en los menores pasados y presentes, pero también en los menores futuros» (I, 235). Estos tres patriarcas repitieron posteriormente el tipo del Primer Hombre, Réau o Roux: «el doble poder espiritual divino que había sido confiado al primer menor, para que manifestara la gloria y la justicia del Eterno contra los espíritus prevaricadores. Es esta potencia divina la que tus padres conocieron bajo los nombres de Abraham, Isaac y Jacob» (I, 324).

Del mismo modo, se reproduce en tríada el tipo del Menor que ve la gloria del Creador: primero vienen Adán,

Abel y Set, luego Noé, Sem y Jafet, y finalmente Abraham, Isaac y Jacob (I, 253).

Un tipo muy representado es el del Menor Elegido ya manifestado por los Patriarcas[13]. Sus representantes fueron sucesivamente: Abel, Enoc, Noé, Melquisedec, José, Moisés, David, Salomón, Zorobabel (I, 110). Abel, que representa además el tipo de Adán emanado tras la prevaricación de los primeros Espíritus (I, 82), es el «tipo de los menores dotados de gracia divina que el Creador habría hecho nacer entre los hombres» (I, 102) y reconcilió a Adán con el Creador (I, 74). Enoc «obró en favor de la posteridad de los hijos de Set, tanto vivos como muertos, sobre los que hizo pasar el carácter o el sello auténtico de su operación» (I, 48). Noé reconcilió la tierra con Dios; Melquisedec «confirmó estas tres primeras reconciliaciones hablando bien de las obras de Abraham y de sus trescientos siervos» (I, 38).

Todos los acontecimientos relatados en la Biblia son tipos, simples o múltiples. La exégesis tipológica proporciona tal cantidad de asociaciones significativas que el propio Pasqually renuncia a agotar su fuente. Baste citar tres ejemplos extraídos del *Éxodo*. El tipo de la culpa de Adán fue reproducido por el pueblo de Israel cuando fundió el becerro de oro, ya que: «¡Esperabas producir con ese medio

13 A menudo se confunde en la «Reintegración» entre el Menor Elegido y el enviado divino que le transmite la inspiración divina. Por ejemplo, leemos (I, 23) que el sello puesto por el Creador sobre los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob «era un ser espiritual superior, más poderoso que los Menores gloriosos, y que ellos solo podían distinguirlo por las diferentes acciones espirituales que este mismo ser realizaba...». Este ser espiritual superior se llama una vez Elí, cuando sirve de intermediario entre el Eterno y Set (I, 62). Por otra parte, Noé, Abraham y Moisés se comunican directamente con el Eterno.

una figura semejante a la del hombre para luego erigirla en Dios! (...) Tu orgullo fue humillado cuando no recibiste más que una forma inanimada de bestia y sin ninguna sustancia de acción» (I, 291-292). Moisés, al subir con él al Sinaí y luego llevar de vuelta al pie del monte a Josué, designado por él para sucederle, representaba «el Espíritu mayor que el Creador hace salir del círculo espiritual divino para ser la guía, el apoyo, el conductor, el consejo y el compañero del Menor que emana y desciende de la inmensidad para incorporarse al círculo de la materia elemental». Josué, al descender del monte con Moisés, «representaba perfectamente el tipo del Menor espiritual que el Eterno emancipa de su inmensidad para ir a obrar, según su libre albedrío, en el círculo terrestre» (I, 290).

La organización del culto divino por parte de Moisés presenta un conjunto de tipos variados. El Creador había ordenado a Moisés que tomara a su hermano Aarón como intérprete y que se hiciera asistir por Ur, para llevar a cabo sus operaciones espirituales; el nombre de Aarón significa: «Hombre elevado en la gracia divina o profeta divino» y el nombre de Ur: «Fuego del Señor o Espíritu de la Divinidad»[14]. «Moisés era el tipo del Creador, Aarón el del libertador, Ur el del conductor y Josué el del defensor. Cada uno de estos cuatro hombres representa un tipo de la cuádruple esencia divina» (I, 270).

* * *

14 El papel de portavoz de Moisés, atribuido por el Señor a Aarón, es conforme a las indicaciones dadas en el Éxodo (IV, 14-16; 20-27). Ur figura en el mismo Libro (XVIII, 10, 12) donde ayuda a Aarón, durante el combate contra los amalecitas, a tener alzadas al cielo los brazos de Moisés.

Las aclaraciones que nos proporciona la comprensión de los símbolos y los tipos se completan con los datos de la ciencia secreta de los números. Esta ciencia no tiene nada que ver con la aritmética. Expresión de relaciones externas y superficiales para el profano, el número es, para el iniciado, un símbolo y un tipo; tiene un valor absoluto y trascendente, una realidad sustancial; es la esencia y la razón de ser de las cosas. «Todas las leyes de la creación temporal y todas las acciones divinas se basaban en diferentes números (...) cada número era coetáneo con el Creador y con estos diferentes números el Creador formaba cada figura, todas sus convenciones de creación y todas sus convenciones con su criatura».

Los números son los «medios espirituales secretos que contienen y dirigen toda la naturaleza»; representan las «leyes inmortales del Eterno» (I, 119). «Es esta virtud de los números la que ha hecho decir a los sabios de todos los tiempos que ningún hombre puede ser sabio, ya sea en lo espiritual divino, ya sea en lo celeste, terrestre y particular (cielo de los astros, tierra y seres vivos) sin el conocimiento de los números. Una cosa es el conocimiento de las leyes de la naturaleza espiritual, otra es el conocimiento de las leyes del orden y de la convención de los hombres materiales. Las leyes de los hombres varían como la sombra; las de la naturaleza espiritual son inmutables, ya que todo es innato en ellas desde su primera emanación» (I, 78).

La aritmosofía ha sido conocida por los hombres por revelación divina: «El propio Creador instruyó a través de su enviado Elí, al santo hombre Set» sobre la ciencia de los números (I, 119) y Pasqually, tras exponer ampliamente el valor místico de los números 10, 7, 6, 4, asegura haber reproducido exactamente «las sublimes instrucciones espi-

rituales que Set recibió del Creador por medio de su representante Elí» (I, 66).

Es, por tanto, en la aritmosofía donde Pasqually encuentra la justificación y el desarrollo de su cosmología y antropología místicas[15].

La *Unidad*, primer principio de todo ser espiritual y temporal, pertenece al Creador (I, 78).

El *Dos* es el «número de la confusión», aquel que «dirige la asociación de la voluntad del hombre con la sugestión demoníaca» (I, 75). Esta unión fue la primera culpa de Adán, cuya consecuencia fue «la operación de confusión» de la que salió Eva. Así, «el número de la confusión pertenece a la mujer» (I, 78).

El *Tres* o el *Ternario* es el tipo de materia. Representa tres sustancias fundamentales: azufre, sal y mercurio «emanadas de la imaginación y la intención del Creador» y cuyas diversas combinaciones produjeron los elementos constitutivos de los cuerpos terrestres y celestes y de los organismos vivos. Sea cual sea la infinita cantidad de «principios espirituales» y sus manifestaciones, en última instancia se reducen a las tres sustancias originales. Así, «el número ter-

15 A este respecto, Pasqually alude, para luego desmentirlo, a una tradición de origen medieval según la cual Set había escrito sobre dos columnas, una de ladrillos y otra de piedras, los elementos de la «ciencia divina» que le habían sido confiados por Adán y que él había salvado del diluvio. Pasqually sostiene que «las ciencias espirituales naturales» (en particular la aritmosofía) no pudieron «como se ha dicho» ser comunicadas a Set por su padre «ya que Adán, con la prevaricación, fue despojado de todo poder espiritual y no obtuvo después de la prevaricación más que un simple poder menor, que no podía transmitir por iniciativa propia, sino solo con la autoridad suprema de la Divinidad» (I, 66/67).

nario enseñará a conocer la unidad ternaria de las esencias espirituales de las que se sirvió el Creador para la creación de las diversas formas materiales aparentes [visibles]» (I, 77). Así, Bezalel y sus dos ayudantes en la construcción del arca «aluden realmente al número ternario que constituye la facultad poderosa de los seres inferiores productores de las tres esencias espirituales de las que derivan todas las formas corporales» (I, 355). La composición en tres partes se encuentra en el cuerpo del hombre y en lo que constituye la existencia del Menor. De hecho, «el cadáver completo de una forma humana» se divide en tres partes: la cabeza, el tronco y los huesos ilíacos. Cada una de estas partes tiene propiedades y facultades peculiares y «estas diferentes facultades constituyen una alusión perfecta a los tres reinos que conocemos en la naturaleza: el animal, el vegetal y el mineral» (I, 160). Del mismo modo, el cuerpo del hombre tiene tres vidas: la vida de la materia, el instinto o vida pasiva, que anima al animal irracional como al animal racional; la vida «espiritual demoníaca», que puede introducirse en la vida pasiva; y la vida «espiritual divina», que preside las otras dos (I, 99-100). El papel del Terciario no consiste solo en hacernos conocer la composición de la materia. No solo «indica las tres esencias espirituales que componen todas las formas, la acción directa de los Espíritus inferiores y ternarios, ya que han emanado mercurio, azufre y sal para la estructura del universo» (I, 323), por lo que es el signo específico de la clase de los Espíritus llamados «ternarios» (I, 309), sino que también es el Verbo, ya que es la causa de «la creación de toda forma, con la unión de la intención, la voluntad y la palabra que crea la acción divina» (I, 58).

El *Cuatro* o *Cuaternario* es «el número espiritual divino del que se sirvió el Creador para la emanación espiritual de

todo ser» (I, 78). «Cuádruple potencia divina» es la cifra de las clases de Espíritus superiores, mayores, inferiores y menores, que son los modos de manifestación de la Divinidad (I, 309). Número de la energía creadora, el Eterno se sirvió de él para emanar y emancipar al Menor espiritual (I, 124).

El hombre tiene en sí mismo la repetición del número cuaternario que lo hace corresponder con su Creador: «el cuerpo 1 (que es el) órgano de tu alma 2, tu alma órgano del Espíritu Mayor [Espíritu de lo Celestial] 3, y el Espíritu Mayor órgano de la Divinidad 4» (I, 306).

«Todos los seres emanados y emancipados (contenidos en las cuatro clases de Espíritus: superiores, mayores, inferiores y menores), así como sus leyes y potencias, derivan del mismo número cuaternario o de la cuádruple esencia de la Divinidad que lo contiene todo» (I, 310).

«El Eterno había revestido al hombre de todo el poder espiritual divino, en cuanto acto (la manifestación, el producto) de la cuádruple esencia de la Divinidad» (I, 320). «El Menor, al emanar de la cuádruple esencia, llevaba necesariamente el número de su emanación, que lo distinguía de todas las emanaciones espirituales anteriores a él y lo situaba por encima (*«au dessous»* es un error evidente del texto) de todo ser espiritual emanado» (I, 322).

Del cuaternario «derivan todas las cosas temporales y toda acción espiritual» (I, 325).

Es el número del «eje de fuego central» el que se han condensado, modelado y combinado «los principios espirituales, producidos en un estado de indiferencia» (por naturaleza inertes) para dar origen a «todas las formas corporales y, con su acción, las mantiene durante el curso de su duración temporal fijada por la voluntad del Creador».

Puesto que «ningún cuerpo puede existir si no contiene un vehículo de fuego central, sobre el cual los habitantes del eje actúan continuamente como si derivaran de sí mismos»[16]. «El fuego central dirige continuamente su acción sobre todas las formas corporales de la materia aparente, consolidadas por esta misma operación, para comunicarles el movimiento, la facultad de actuar y de reaccionar».

«Este eje central es el agente general, particular y universal [es decir, que actúa sobre la tierra, sobre los seres vivos y sobre todo el universo], adherido a los centros supracelestiales y órgano de los espíritus inferiores que lo habitan y que operan en él sobre el principio de la materia corporal aparente». El cuerpo del hombre contiene «un vehículo de este fuego que es principio de la vida material». Lleva «el número cuaternario, es decir: 1º. el eje central, 2º. el órgano de los espíritus inferiores, 3º. el órgano de los espíritus mayores (es decir, los espíritus inferiores son el órgano de los espíritus mayores), 4º. los espíritus superiores, órganos de la Divinidad» (I, 84-87, 100, 122, 283, 306).

El número Cuatro, como número del eje central del fuego, «contribuye a la perfección de las formas que adquieren en la materia indiferente, porque da movimiento y acción a la forma corporal y porque preside a todo ser creado, siendo el número principal del que todo deriva» (I, 124). Además, el Cuaternario es el signo de la correspondencia espiritual del alma humana con la triple esencia divina a través del Espíritu mayor bueno. De hecho, esta relación comprende cuatro términos: alma menor, intelecto divino,

16 Esta frase, incomprensible debido al lenguaje de Pasqually, parece querer decir que la vida no puede existir en ningún organismo si no hay una partícula de fuego central (calor animal), con la que los Espíritus Inferiores que presiden el eje, animan los cuerpos.

Espíritu mayor bueno, Divinidad (I, 76). Además, el cuerpo del hombre es el órgano del alma, esta es el órgano del intelecto bueno, que es el órgano del Espíritu mayor, este último el órgano del Creador divino: gradación que da el número Cuatro (I, 77). Por último, el cuaternario es el número que indica al Menor de dónde viene y cuál era en origen su potencia. Adán poseía en otro tiempo el cuaternario; su caída se lo quitó. Podrá recuperarlo sumando los cuatro caracteres que lo componen y que designan las diversas facultades que había recibido del Creador; entonces será capaz de conocer «todos los números de poder espiritual innatos en él» (I, 124-125).

El *Cinco* o *Quinario* es el número del espíritu demoníaco (I, 78). El Quinario fue creado por los demonios cuando quisieron añadir al Cuaternario, número de su emanación, una unidad arbitraria, es decir, cuando la voluntad de crear sin el consentimiento y la cooperación de la Divinidad quiso unirse a la energía creadora divina. Esta prevaricación de los espíritus perversos «desnaturalizó su poder espiritual transformándolo en poder limitado y puramente material, bajo la guía de un jefe elegido entre ellos» (I, 323-324).

El *Seis* o *Senario*, que los iniciados llaman «número de las operaciones diarias» (I, 78), es el número de la creación, ya que «el número senario es aquel con el que el Creador hizo salir de su pensamiento todas las especies de imágenes de formas corporales aparentes que subsisten en el círculo universal». Es la explicación de los seis días de la creación según el *Génesis*; la imagen simbólica utilizada por la *Biblia* significa que el Creador, «puro espíritu superior al tiempo y a la duración posterior», «operó seis pensamientos divinos para la creación universal» (I, 123-124). «Cada uno de estos días o de estos mil años no debe considerarse más que

como la duración de la operación de los seis pensamientos divinos» (I, 303). Estos seis días anuncian la duración y los límites de la existencia de la materia, que «durará seis mil años en toda su perfección» (I, 303).

Siete o *Septenario* es el número «más perfecto que el Creador empleó para la emancipación de todos los espíritus fuera de la inmensidad divina» (I, 122). Su valor indudable se manifiesta en la imposibilidad de dividirlo en dos partes iguales «sin destruirlo o desnaturalizarlo» (I, 123). Su indivisibilidad por dos, número de la confusión, es el signo de su perfección (I, 123). Es el signo de los Espíritus Superiores «que debían servir como primer agente y causa segura, para contribuir a operar todo tipo de movimiento en las formas creadas en el círculo universal». Puesto que la «partícula de fuego increado *excentral*[17] nunca produciría nada en las formas corporales si no fuera puesta en acción por una causa principal y superior», es decir, los «agentes septenarios espirituales divinos que presiden como jefes las diferentes operaciones y los diferentes movimientos de todos los cuerpos a los que hacen operar sus pensamientos y su voluntad según los han concebido». Así como la acción del Menor tiene por órgano el cuerpo, la forma corporal humana, los Espíritus septenarios tienen por órgano los seres corpóreos (I, 64). El Eterno, después de «operar seis pensamientos divinos para la creación universal», en el

17 Esta expresión inusual se refiere probablemente a la energía vital que emana del centro divino. ¿El «fuego del eje central» antes mencionado es una manifestación material de ésta, del mismo modo que el mercurio ordinario era, para los alquimistas, la forma bruta del «mercurio de los filósofos»? La suposición parece lógica; pero, de hecho, Pasqually utiliza las dos expresiones indistintamente sin parecer establecer ninguna diferencia entre ellas.

séptimo día dio «siete dones espirituales» y «atribuyó siete espíritus principales a toda su creación para sostenerla en todas sus operaciones temporales, según la duración septenaria que le ha fijado» (I, 105). «Esta unión de los siete espíritus principales nos es indicada por la operación de los siete planetas que actúan para la modificación, la temperatura y el sostenimiento del universo» (I, 203).

«El número septenario se calcula filosóficamente [místicamente] con siete mil años en cuanto al tiempo y la duración; pero cuando la Escritura dice que en el séptimo día Dios se dedicó a su obra bendiciendo la creación universal, hay que entender con esta bendición la unión de los siete espíritus divinos principales que el Creador reunió en cada criatura incluida o contenida en toda su creación universal» (I, 78). La «correspondencia» de los siete Espíritus Mayores que el Creador «había fijado en su universo para instruir a la criatura inferior y menor sobre su voluntad y elevarla (...) La Sagrada Escritura nos lo enseña aún con los siete ángeles, los siete arcángeles, los siete serafines, los siete querubines, los siete lugares espirituales, los siete tronos, las siete dominaciones, las siete Potencias, los siete Jueces de Israel, los siete principales bajo Moisés y Aarón, los setenta años del Cautiverio e central, las siete semanas de Daniel, los siete días de la semana, el candelabro de siete brazos que fue colocado en el Templo de Salomón y que aún se encuentra en la iglesia de San Pedro en Roma... ...» (I, 203).

Pero el Septenario «que dio la perfección a todo ser creado, es el mismo que destruirá y abolirá todas las cosas». Cuando el Senario haya agotado su poder, es decir, cuando se haya cumplido el efecto de cada uno de los seis pensamientos, llegará el séptimo período, el séptimo milenio, en el que «la materia caerá en un terrible deterioro en el

que subsistirá hasta su completa disolución» (I, 308). El eje central disipará tan rápidamente como las ha formado las formas aparentes (I, 82). Pues «así como el fuego elemental tiene la propiedad de reducir a cenizas todo lo que abraza, así el eje de fuego central tiene la facultad de devorar y disipar por completo todo lo que se reintegra en él, sin que quede de ello ninguna apariencia ni sustancia conveniente y apta para ser habitada por un espíritu» (I, 254). En ese momento, «el Creador reabsorberá la materia con tanta rapidez y facilidad como la concibió para la creación de su obra. Así, como todo habrá durado en una sucesión, de grado en grado, con el orden divino, así todo se acercará gradualmente a su fin y volverá a su principio» (I, 302). «Finalmente, el Universo, habiendo sido concebido en toda su perfección con el número siete, será igualmente reintegrado por este mismo número en la imaginación de aquel que lo concibió» (I, 106). No quedarán «huellas de la creación cuando sea reintegrada en su principio de emanación» (I, 291).

El *Ocho* es el número de la «doble potencia espiritual divina que fue confiada al Primero Menor (Adán) para que manifestara la gloria y la justicia del Eterno contra los espíritus prevaricadores» (I, 168). El Creador lo atribuyó a los Elegidos Espirituales o Menores Elegidos «a quienes quiere favorecer y anteponer a la manifestación de su gloria» (I, 168). El Octonario también pertenece a los Espíritus del Supracielo, que «actúan no solo en el mundo celeste y en el mundo material (...) sino también en el círculo del eje universal» tienen una doble acción «con su rango y con su misión, tienen el acto de la doble potencia» porque «sirven como doble defensa contra la atrocidad de las operaciones demoníacas» (I, 324-225-335).

El *Nueve* es demoníaco, porque es el número de la materia multiplicada por sí misma (I, 41). La *Escritura* (esotérica) da numerosas pruebas del carácter diabólico del nueve, he aquí un ejemplo: Caín y las dos hermanas «no tenían más que una sola intención, un solo pensamiento y una sola acción (...) estas tres personas, poseídas por el príncipe de los demonios (formaron) el número nueve sumando los tres principios espirituales, las tres virtudes [facultades] y las tres potencias» (I, 88). La prueba de que el número nueve es malo es que la suma de las cifras de cualquier múltiplo de nueve siempre da 9. Así, cuando Caín se unió a las dos hermanas para llevar a cabo una operación demoníaca, los execrables operadores formaban el número 27 con la suma de sus tres números demoníacos 9; se obtiene el mismo total sumando sucesivamente ocho veces el número 3 a sí mismo; pero 27 = 2+7, es decir, 9; así, 27x9 = 243, pero este último número = 2+4+3 = 9 (I, 78-79).

Diez o *Denario* es el «número divino» (I, 78). Los iniciados lo representan con el número 1 inscrito en un círculo. El Denario es el origen «de todo ser espiritual mayor, menor e inferior y de toda ley de acción, ya sea espiritual o espiritual» (I, 323), ya que «contiene los primeros nueve números». «Ningún menor puede ser sabio sin un conocimiento perfecto de este gran número denario del Eterno y de todo su contenido de emancipación y creación» (I, 326). Los espíritus de la primera clase se denominan superiores o denarios (I, 309). Hubo diez patriarcas y diez menores elegidos (I, 364). Estos grupos de seres privilegiados «forman el número completo denario espiritual divino» (I, 110).

Al *Once* se atribuye[18] a toda especie de forma corporal completa, análoga al cuerpo terrestre y a todo lo que de él deriva» (I, 174).

El *Doce* fue «el principio de la división del tiempo» (I, 307).

La aritmosofía no solo enseña el valor místico de los primeros doce números, sino que también nos indica la forma de generarlos entre sí y de atribuir a las cifras con las que se expresan un valor y una realidad absolutos. Al descomponer los números, sumarlos o multiplicarlos, al sumar sus signos para obtener nuevos números, encontramos la confirmación de los principios que hemos expuesto.

La prueba de que la manifestación del poder divino es idéntica a este poder proviene del hecho de que el Cuaternario contiene el Denario divino (I, 323), ya que la suma de los cuatro números que están en potencia en el Cuaternario (1+2+3+4) da 10. «Suman estos cuatro caracteres de esta manera: 1 y 2 hacen 3, 3 y 3 hacen 6, 6 y 4 hacen 10, y tendréis vuestro número denario, que es la gran y primera potencia divina» (I, 120, 306). Además, las cuatro primeras cifras son los elementos que componen los cuatro números de la potencia divina, es decir: 10 «gran y primera potencia divina»; 7 (=3+4) «segunda potencia del Creador»; 6 (=1+2+3) «tercera potencia del Creador»; 4 «número cuaternario que termina y concluye las cuatro potencias divinas del Creador contenidas en su número coeterno denario» (I, 121).

Podemos agrupar los cuatro primeros números de la siguiente manera:

18 El texto dice «contrario», una errata que hace ininteligible la frase.

1 + 2 = 3 número de la materia

1 + 2 + 3 = 6 número de la creación

1 + 2 + 3 + 4 = 10 número del poder divino (I, 326).

Por otra parte, el cuaternario está formado por el 1 (número de la Unidad divina) y el 3 (número de la materia) (I, 120). Es el número del Menor, que tiene su origen en una emanación de la Unidad divina contenida en la materia, en castigo por el primer pecado de Adán. La propiedad del Cuaternario, demostrada anteriormente, es decir, que constituye el Denario con la suma de los números que contiene, prueba que el Menor es superior a los dos mundos, mayor e inferior, ya que, para formar el número perfecto denario del Creador, se ven obligados a sumar 7+3 (I, 322).

El Quinario, «número que utilizan los demonios para operar la contracción [reacción] contra la acción puramente espiritual divina», se compone de 2 (número de la confusión y de la generación carnal) + 3 (número de la materia) (I, 325).

El Senario, «número de los pensamientos divinos que permitieron la realización de la creación universal temporal», puede descomponerse de tres maneras diferentes: con 1+2+3, con 2+4, con 3+3 (número de la materia sumado a sí mismo) (I, 120, 325). Esto significa que la creación del universo tiene como fórmula: Unidad divina + generación material + materia; o bien: generación material + Emanación; o también: materia combinada con la materia.

El Septenario es la suma de 4 y 3, por lo que el 7 es «el número que constituye la potencia de acción del Espíritu mayor, que es doble, es decir, con el número 3 actúa sobre las formas y con el número 4 sobre el alma del Menor» (I, 120, 325).

El alma pasiva [vegetativa] tiene el ternario y el alma *impasiva* [espiritual] tiene el cuaternario (I, 363). Pero estas dos vidas, inferior y menor, pasiva e *impasiva*, derivan de un Espíritu Puro y están estrechamente unidas, lo que demuestra la suma del Terciario y el Cuaternario, cuya suma es el Septenario, número del Espíritu Mayor del que derivan (I, 364).

El Octonario, «número de la doble potencia espiritual divina», está formado por 1+3+4 y «la unidad se une al Terciario solo para formar con el Cuaternario el número de la doble potencia» (I, 325-326).

El Novenario, formado por «la unión del número Quinario, imperfecto y corruptible, con el número Cuaternario, perfecto e incorruptible», «es el número de la subdivisión de las esencias espirituales de la materia y de las esencias espirituales divinas». «Con esta unión, el hombre degrada su potencia espiritual divina convirtiéndola en espiritual demoníaca» (I, 325).

Por último, si consideramos por separado las cifras que expresan ciertos números, si, teniendo en cuenta su valor, las multiplicamos o las sumamos, obtenemos otros números representados por cifras que son otra revelación.

Por ejemplo, multiplicando el Terciario por el Cuaternario «que se encuentra exactamente en los mundos terrenal, celestial y supracelestial», se obtiene el producto 12, cuyas cifras sumadas (1+2) dan 3, «lo que te confirmará que la forma corporal de todos los seres existentes en estos tres mundos deriva de los tres principios: azufre, sal, mercurio (I, 307).

Si se multiplica el número de las siete estrellas componentes, cada una, de las innumerables constelaciones di-

fundidas dentro de los siete círculos planetarios, por el número de las siete virtudes adheridas a cada una de las pequeñas estrellas o «signos planetarios ordinarios», el producto es 49, cuyas cifras sumadas (4+9) dan 13; ahora bien, este número está expresado por 1 y 3, cuya suma da 4 o el cuaternario (I, 136).

La suma de las cifras de las proporciones del arca de Noé, es decir, 300 codos de largo, 50 de ancho y 30 de alto, en total 380, es decir, 3+8 = 11, «número de cada especie de forma corporal completa, análoga al cuerpo terrestre» (I, 174).

Añadiendo el cuaternario al número 12, producto del «cuaternario de 3», se obtiene el número 16, es decir: 1+6 = 7 «producto espiritual que te demuestra que nada existe ni puede existir si no es con el Espíritu y, al mismo tiempo, te demuestra que tu emanación es espiritual» (I, 310).

Finalmente, añadiendo al Denario la serie de números que contiene, es decir, 10+2+3+4+5+6+7+8+9+1, obtenemos el número 55, que podemos leer como 5 y 5, «que te revela la división del denario en dos números quinarios demoníacos. De hecho, la prevaricación de los primeros Espíritus radica en haber querido dividir y subdividir la cuádruple esencia divina y esto con su facultad espiritual (...) ya no encontraron ni la unidad cuaternaria ni la unidad denaria pura y simple, sino solo dos números quinarios en lugar del denario divino que querían tener en su poder y en su posesión» (I, 326-327).

* * *

Los números no son las únicas hipóstasis de las realidades trascendentes que nos revela el *Tratado de la Reintegra-*

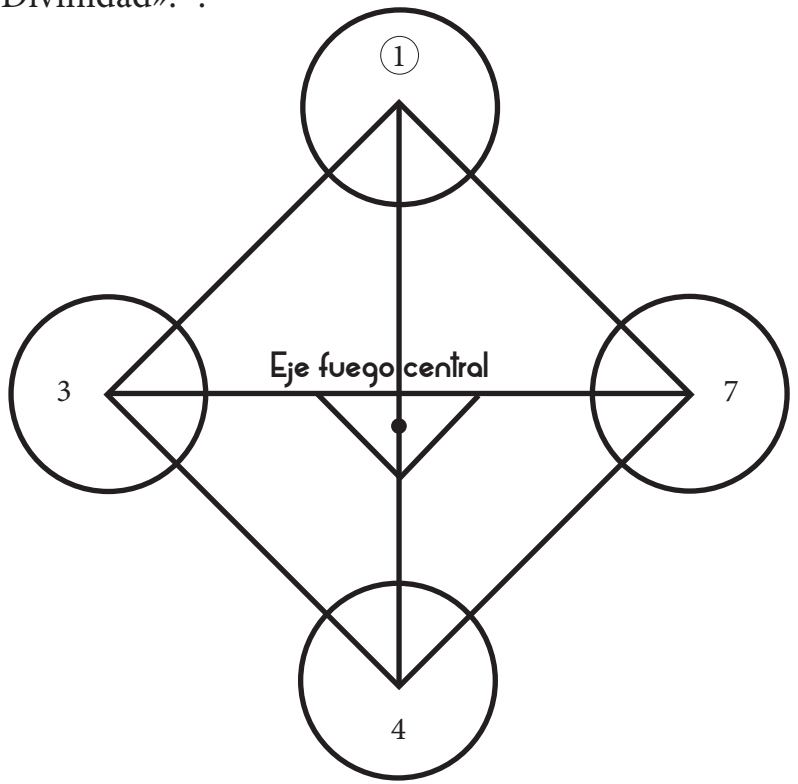
ción. Estas realidades se dan a conocer al iniciado también mediante figuras geométricas que no debemos considerar como simples esquemas destinados a representar gráficamente verdades meramente inteligibles, sino como uno de los aspectos con los que se manifiestan la inteligencia y la voluntad divinas.

La situación del universo, antes de la caída del Primer Hombre, está indicada por la «figura universal en la que opera toda la naturaleza espiritual, mayor, menor e inferior» (I, 321). Se compone de cuatro circunferencias opuestas dos a dos y cuyos centros están unidos por rectas; en el centro de la figura hay un triángulo equilátero cuya cúspide está dirigida hacia abajo y cuya base se confunde con la recta horizontal que une los centros de las dos circunferencias de derecha e izquierda.

El círculo superior que lleva el Denario es el «círculo espiritual divino cuyo centro es el tipo de la divinidad». Este círculo «marca la cabeza superior supracelestial y la inmensidad de los espíritus superiores denarios». Su centro es el vértice de un gran triángulo isósceles cuyos dos triángulos coinciden con los centros de los dos círculos de la derecha y de la izquierda. El círculo de la derecha, en el que está inscrito el Setenario, «marca la inmensidad de los Espíritus mayores que están bajo los Espíritus denarios». El círculo de la izquierda, que lleva el ternario, «marca la inmensidad de los espíritus inferiores que están bajo los espíritus denarios y septenarios». Se opone al gran triángulo isósceles, con la base, otro triángulo cuya cúspide está inscrita en el círculo inferior que lleva el cuaternario. Este último círculo «marca la inmensidad de los menores espirituales divinos».

«Los cuatro círculos son el tipo de la cuádruple esencia divina. esencia divina». El círculo del Denario representa

«la unidad absoluta de la Divinidad». El círculo del Septenario es «la primera emanación espiritual que el Creador emancipó del círculo de la Divinidad». El círculo Cuaternario es «la tercera emanación emancipada del círculo de la Divinidad».[19].



Reconstrucción hipotética (las indicaciones del *Tratado* presentan contradicciones)

La superioridad del Menor espiritual divino [animado por el Espíritu de Dios] está marcada por la posición de su dominio. De hecho, el círculo cuaternario se encuentra frente al círculo denario, mientras que los círculos terna-

19 Aunque Pasqually no lo diga expresamente, parece que el círculo del Ternario haya sido la segunda emanación que tuvo lugar tras la revuelta de los Espíritus perversos y que precedió a la del Menor u Hombre-Dios

rio o inferior y septenario o mayor se encuentran fuera de la «perpendicular que pertenece solo al círculo menor del Hombre-Dios» y se encuentran uno frente al otro «para comunicarse directamente las órdenes que reciben y que recibirán del Creador hasta el fin de los tiempos acerca de sus acciones espirituales temporales». Así, los Espíritus de las clases mayor e inferior «encargados de la conservación del tiempo y de la materia, solo pueden actuar en la latitud universal» [en el universo material]. El Menor, por el contrario, «actuaba en la inmensidad supracelestial o en la creación universal, mandaba a los Espíritus mayores e inferiores y su poder se extendía en la inmensidad de la longitud» [hacia los mundos superiores].

Las indicaciones dadas por las respectivas posiciones de los círculos se confirman y precisan mediante las rectas que unen sus centros. Estas líneas no solo demuestran que «todo ha sido ordenado para que sea y actúe en íntima correspondencia», sino que cada una de ellas tiene otro significado particular. La línea horizontal derecha que une el centro del círculo septenario con el del círculo ternario es el eje central de fuego, «fuego que es el principio de la vida de todo ser de cuerpo creado», y el pequeño triángulo al que sirve de base es el «cuerpo general terrestre»[20] [la tierra]. La línea recta vertical que, partiendo del centro del círculo denario, atraviesa el cuerpo general terrestre, corta en el centro el eje de fuego central y termina en el centro del círculo cuaternario, establece la superioridad del Menor sobre todos los Espíritus, ya que demuestra que «ningún ser

20 En otras palabras, la Tierra, creada para ser la prisión de los espíritus perversos, recibe la energía vital emitida por los círculos mayor e inferior conservadores del tiempo y de la materia, entre los cuales se encuentra situada, y que actúan sobre ella «en latitud».

espiritual ha conservado tan claramente como el Espíritu Menor la correspondencia directa con el Creador». Los Espíritus del Supracelestial no están exentos de obedecer al Menor. De hecho, hay que observar que la perpendicular que parte del mismo centro del denario atraviesa este último, morada de los Espíritus del Supracielo, lo que demuestra que «si actúan no solo sobre el mundo celeste y el mundo material, sino también sobre el círculo del eje universal [eje de fuego central que da vida al universo]» y si «la unión entre el hombre y Dios se realiza» a través de ellos, sin embargo, siguen estando «sometidos unos a otros».

Los lados de los dos grandes triángulos son muy instructivos. Los del triángulo superior muestran la acción de la Causa Primera que se ejerce directa y simultáneamente sobre los círculos mayores e inferiores. Los lados del triángulo inferior, que, saliendo del círculo cuaternario, terminan en los extremos de la base del triángulo superior, en el mismo punto donde se encuentran los centros de los círculos septenario y ternario, demuestran a la vez la superioridad del Menor sobre los Espíritus de estos círculos y la «perfecta correspondencia que todos estos seres espirituales (mayores, inferiores y menores) tienen con el Creador del que emanan»[21] (I, 296-297, 390, 314, 321, 329-330).

21 La situación del Primer Hombre antes de la caída, «la capa espiritual en la que el Creador colocó a su primer Menor», también está representada por siete círculos concéntricos. «Por los 6 círculos el Creador representaba al Primer Hombre los 6 inmensos pensamientos que había empleado para la creación de su templo universal [universo] y particular [seres]. El 7º, unido a los otros 6, anunciaba al hombre la conexión que el Espíritu del Creador establecía con él para ser su fuerza y su apoyo. (I, 26).

La figura con la que se manifestaba la economía del universo en el que habitaba el Hombre-Dios fue destruida por el pecado de Adán. Después de la caída, «el hombre ya no está frente a la divinidad, como lo demuestra la posición del círculo cuaternario». Los dos triángulos ahora están separados para expresar la privación del Menor sometido «a los castigos del cuerpo y del espíritu» (I, 332). Pero esta figura solo tiene un interés retrospectivo para el hombre de hoy; no solo revela el pasado, sino que anuncia el futuro. La «reintegración» consistirá para «la posteridad Menor espiritual de Adán» en volver al círculo cuaternario, «primer centro que el Menor ha habitado desde su emancipación divina» y del que la culpa de Adán ha excluido a sus descendientes «por toda la duración de un solo tiempo» (I, 299).

La esfera en la que el Menor espiritual está condenado a vivir «durante toda la duración de un solo tiempo» está simbolizada por los tres círculos, que el profano conoce, pero cuya verdadera naturaleza y destino ignora. Los hombres de todas las épocas y hasta nuestros días han estudiado con cuidado el «círculo sensible» [la tierra], el «círculo visual» [el cielo de los planetas] y el «círculo racional» [el cielo de las estrellas fijas]; pero con este estudio solo han tratado de ampliar su «conocimiento del espacio y de los límites de la creación universal, general y particular» y «de procurarse con mayor certeza los diferentes medios para recorrer toda la superficie terrestre». Su espíritu, sumido en las tinieblas, no consideraba estos círculos más que como algo material y «apto para satisfacer sus pasiones codiciosas de materia» (I, 46-47). El iniciado considera estos círculos «espiritualmente». Sabe que deben ser su morada hasta el fin de los tiempos porque son los «tres círculos diferentes

donde los espíritus menores realizan sus operaciones espirituales puras y simples, según el orden inmutable que han recibido del Creador, para llegar a su reconciliación y a su reintegración en lo supracelestial» (I, 286). Identifica el círculo sensible con el «círculo menor» [morada del hombre caído], el círculo visual con el «círculo intelecto» [morada de los Espíritus que introducen en el espíritu del Menor el intelecto bueno o malo] y el círculo racional con el «círculo mayor» [morada de los Espíritus Septenarios].

El iniciado sabe también que, en realidad, los diferentes cuerpos planetarios y elementales residen en los intervalos de estos tres círculos, que «no son más que una extensión distinta en la que los menores equitables [los Justos] terminarán de realizar su acción temporal invisible para el hombre corporal [oculta a los profanos esclavos de la materia]». Esta operación [reconciliación] comienza en el círculo sensible; los Menores pasan al círculo visual, donde se realiza la fuerza de su operación espiritual, que llamamos reacción de operación [(operación más fuerte y más prolongada][22] (…), (luego ellos) van a disfrutar del descanso a la sombra de la reconciliación, en el centro que llamamos racional... lugar donde descansan los justos en espera de que el Primer Hombre y su posteridad sean reintegrados en el círculo divino» (I, 47, 171).

22 Este fragmento muy oscuro parece significar que el Menor abandona el círculo sensible a través de la muerte corporal y luego pasa en el círculo visual un espacio de tiempo superior al de su vida terrestre; Pasqually sostiene en efecto (I, 47) que «la extensión de este segundo círculo es infinitamente mayor que la del primero, en el que los Menores han completado el curso de la operación natural de su ser».

El universo se compone, por lo tanto, tras la caída de Adán, de cuatro círculos: «el cuerpo que habitas era el tipo del círculo sensible, porque le es inmediatamente adherente. Este círculo sensible es adherente al círculo visual; este lo es al círculo racional y el racional al supracelestial»[23] (I, 286).

El triángulo equilátero completa la serie de figuras místicas. El triángulo, en última instancia, no es más que la transcripción gráfica del Ternario, ya que «no representa otra cosa que las tres esencias espirituales que han cooperado en la forma general terrestre»; uno de los ángulos representa el azufre, otro la sal y el tercero el mercurio (I, 126). Por consiguiente, dado que el número 3 es «el principio de toda vida corporal» (I, 304), «la figura exacta del templo general terrestre (es) un triángulo equilátero» (I, 82). Esta figura triangular indica, por lo tanto, no la forma aparente, sino la naturaleza y la composición de los cuerpos materiales. Por lo tanto, la realidad trascendente se refleja siempre en el mundo material y, si para nuestros ojos carnales la tierra es redonda, en sentido místico sigue siendo de forma triangular. Así, cuando Adán, por orden del Eterno, dividió la tierra con sus hijos, no pudo hacer más que tres partes, «ya que la tierra no tenía más y su forma era perfectamente

23 En otro lugar (I, 294), Pasqually habla de 4 círculos supracelestiales: «Estos 4 círculos supracelestiales son también llamados espirituales divinos, porque se adhieren al círculo de la Divinidad y contienen solamente seres espirituales, desprovistos de cuerpos materiales. Estos espíritus no son todos denarios, sino que cada ser espiritual que habita estos círculos ha recibido, en el momento de su emancipación, las leyes divinas particulares según las cuales debe operar su poder. Así, ningún ser que habite uno de estos círculos realiza las mismas acciones las mismas acciones ni los mismos poderes que los habitantes de los otros círculos».

triangular» (I, 69). Adán recibió el oeste, Caín el sur y Set el norte[24]. «Así como solo hay tres círculos perfectos: el sensible, el visual y el racional, solo hay tres ángulos terrestres, al igual que la creación universal está dividida en tres partes» (I, 138). Por la misma razón, en la tierra solo pueden existir tres naciones principales, representadas primero por los descendientes de Caín y Set y por la posteridad femenina de Adán, y luego por los tres hijos de Noé: Cam, que recibió el sur, Sem, que recibió el oeste, y Jafet, al que se le dio el norte. (I, 132-133).

El triángulo es también la figura del hombre caído, que «con los tres principios espirituales que componen su forma de materia aparente [visible] y con las tres proporciones que reinan en ella, es la figura exacta del templo general terrestre» (I, 82).

Pero, al igual que los tres círculos esféricos del mundo material están dominados por el círculo supracelestial, así

24 Las libertades que Pasqually se tomaba con los términos cosmográficos se manifiesta, en otro lugar, por el sentido particular que da a las palabras «latitud», «longitud» y «horizonte». «El espacio, dice, que se encuentra entre el extremo del mundo material y el extremo del mundo celeste forma la longitud de los límites fijados a los espíritus prevaricadores. La extensión de estos mismos límites en latitud es toda la superficie horizontal del mundo material, y el mundo celeste es la envoltura del mundo material. Debes concebir que la longitud que va de uno de estos dos mundos al otro es mayor y más considerable que en la cara horizontal del mundo material, ya que este mundo de materia solo tiene tres horizontes notables [¿sensibles?]: Norte, Sur y Oeste, y que el mundo celeste tiene cuatro regiones sin horizontes, porque, en efecto, los horizontes solo pertenecen al mundo material, cuyos habitantes están sujetos a ser alimentados y sustanciados por los elementos materiales y están expuestos al cambio de las estaciones» (I, 333).

el triángulo o figura ternaria contiene el Cuaternario, que se manifiesta en el triángulo con un punto en el centro, símbolo conocido solo por los iniciados (I, 126, *La Reintegración* muestra el dibujo). «Esta figura designa claramente el número cuaternario con las tres bases unidas y el punto que está en el centro» (I, 323). Indica que «no es sino la unión del principio espiritual o del número cuaternario con estas tres esencias (azufre, sal y mercurio) lo que les ha dado un vínculo íntimo y les ha hecho adoptar una sola figura y una sola forma, que representa verdaderamente el cuerpo general terrestre dividido en tres partes: Oeste, Norte, Este»[25] (I, 126). El punto inscrito en el triángulo es la figura del Sinaí, donde Dios habló a Moisés dictándole las leyes. «Esta montaña espiritual, que lleva el número denario, ocupa el centro del receptáculo general [universo] y, dado que la tierra tiene forma triangular, esta montaña debe estar en la tierra como el punto o el centro está en un triángulo» (I, 238). Lo que nos hace saber que «esta tierra encierra en sí misma un ser vivo emanado del Creador y similar al que está encerrado en la forma aparente de todos los Menores» (I, 287).

El triángulo con el punto fue representado en la cima del monte Moria, donde Jacob marcó «con tres piedras triangulares» el lugar donde tuvo la visión. «El lugar [...] representaba la forma corporal de la tierra. Él permaneció en el centro del triángulo para indicar que el Creador había colocado al Hombre-Dios en el centro de la tierra y, por lo tanto, en el centro del universo, para mandar y gobernar a todos los seres emanados y creados» (I, 232).

25 Pasqually olvida en este momento que suele atribuir el papel de catalizador al «eje central de fuego», pero no es la primera vez que comete una incoherencia.

* * *

La simbología, la tipología, la aritmosofía y la geometría mística, como hemos aprendido al leer el presente capítulo, no son más que variantes de los principales temas expuestos en el capítulo anterior. Pero estos temas reproducen un motivo fundamental que es la preocupación por establecer el origen sublime del hombre, la eminente dignidad del Menor, la grandeza de su parte pasada y futura. Hacia este punto central convergen las doctrinas cosmológicas y pneumatológicas y todo el aparato de pruebas extraídas de los modos más insólitos de demostración.

El Primer Hombre, Adán o Roux, o Réau, Menor Espiritual «emanado y emancipado» por virtud del Cuaternario (I, 67, 81, 124, 223) era «Hombre-Dios de la tierra universal» (I, 13), un «Dios emanado» y «el verdadero emulo (discípulo) del Creador» (I, 13, 25). Superior en poder a los primeros Espíritus emanados, es decir, a aquellos mucho más cercanos a la Divinidad, él mandaba a todos los Seres que operan en los mundos espirituales y en los mundos materiales (I, 13).

Con su caída perdió esta situación privilegiada; sin embargo, algunos de sus descendientes podrán recuperarla: «El hombre no se arrastrará siempre por la tierra, sino que un día se revestirá del poder primitivo y entonces caminará erguido contra aquellos que lo hicieron degenerar» (I, 255). Con la «reintegración», es decir, con el retorno al antiguo estado de cosas, «la posteridad menor espiritual de Adán» será reintegrada en el círculo cuaternario, «primer centro que el Menor ha habitado desde su emancipación divina» y del cual la culpa de Adán ha excluido a sus descendientes

«por la duración del tiempo» [la duración del mundo material] (I, 299).

Pero la tesis del *Tratado de la Reintegración* sobre el destino humano presenta lagunas o, al menos, puntos oscuros. Si bien marca con vigor el punto de partida y muy claramente el punto de llegada, solo da una vaga idea del período intermedio, es decir, de los deberes y poderes del «Menor espiritual temporal» durante su vida terrenal y de los medios que se le ofrecen para trabajar en este mundo por la futura reintegración. En qué consisten exactamente la «reconciliación» y la «regeneración», cuáles son los modos y los efectos de la ayuda ofrecida al Menor espiritual por el Menor Elegido o Reconciliador, cuál es la naturaleza del culto impuesto por la Divinidad: sobre todos estos puntos importantes, el *Tratado* solo da indicaciones confusas o procede con alusiones de las que no proporciona la clave.

Por otra parte, este silencio parece natural si se tiene en cuenta que el *Tratado* es una obra dogmática y no un ritual. Explica y justifica este último, no lo sustituye. Por lo tanto, es necesario recurrir al ritual de los Elegido Cohens para aclarar los puntos que el *Tratado* deja en la oscuridad. Solo comprenderemos plenamente las doctrinas enseñadas por Pasqually después de haber constatado a qué prácticas se dedicaban sus discípulos y qué resultados creían obtener.

Capítulo III
«Las Operaciones»

Ningún documento conocido nos da una idea exacta y completa del carácter y el ceremonial de las Operaciones de los Elegidos Cohen. Los planos, cuadros y bocetos de figuras a los que se refería Saint-Martin, entonces secretario de Pasqually, cuando transmitía a los Adeptos de Lyon las instrucciones del Maestro, indispensables como un mapa para el viajero que se aventura en una región desconocida, no han llegado hasta nosotros.

Por otra parte, no es seguro que los Elegidos Cohen hayan estado nunca en posesión de instrucciones completas y definitivas. La correspondencia de los Adeptos demuestra que los cuadernos de las Operaciones estaban apenas esbozados cuando Pasqually comenzó a hacer «trabajar» a sus discípulos[26] y, esforzándose por terminar el trabajo, instado por la impaciencia de estos, iba un poco a ciegas, sin un plan establecido, prometiendo mucho, cumpliendo poco, a veces olvidando lo que había establecido unos meses antes y cayendo en contradicciones que luego se veía obligado a reconocer[27]. En abril de 1770, es decir, tres años después de

26 Las cartas enviadas por Pasqually y Saint-Martin a Willermoz «para completar su instrucción», muestran que el ritual de las Invocaciones a menudo varió entre 1768 y 1771.

27 Willermoz, impresionado por las diferencias que notaba entre lo que se prescrito en 1771 y lo que Pasqually le había comunicado realmente en París en 1767, pidió en mayo de 1771 aclaraciones

la organización de la Orden, Pasqually anunció que estaba a punto de dedicarse al trabajo de las Invocaciones para los siete días de operación semanal, cada una de las cuales debía estar dirigida a uno de los genios buenos de los planetas y a su jefe supremo. Prometía que redactaría inmediatamente las Invocaciones para todas las Operaciones de cada mes, de cada equinoccio, excepto los dos solsticios (II, 106). Parece que este breviario quedó en estado de proyecto, ya que no se vuelve a mencionar posteriormente; en cualquier caso, el ritual de la Operación principal, la del equinoccio, aún no había recibido una forma definitiva al año siguiente. El Trabajo Equinoccial al que Willermoz debía dedicarse, por primera vez, en septiembre de 1771, le había sido entregado en julio como plan provisional que se desarrollaría al año siguiente. Es cierto que Pasqually le hizo decir que recibiría el ritual completo cuando estuviera más avanzado en la iniciación y que debía reservar la instrucción ya recibida para «cuando hiciera mayores progresos». Pero de la carta se desprende, si nos tomamos la molestia de leer entre líneas, que la insuficiente preparación del adepto no era más que una excusa para enmascarar la vergüenza del Maestro, incapaz de proporcionar el ritual completo en la fecha fijada. Cuatro años antes, Pasqually había prometido a Willermoz una «gran invocación de medianoche» para el Trabajo Equinoccial, pero como la gran invocación aún no estaba lista, Pasqually descubrió de repente que «no era urgente» y ordenó a Willermoz que se contentara por esta vez con las «pequeñas invocaciones particulares» que le en-

sobre varias contradicciones flagrantes. Saint-Martin respondió que Pasqually había reconocido que Pasqually había olvidado lo que había enseñado anteriormente al adepto lionés y esta admisión iba acompañada de una nueva instrucción que tenía en cuenta las objeciones de Willermoz. (III, 98-99).

viaría seis meses más tarde (III, 102, 103, 108). Al terminar ese plazo, Willermoz recibió, para el trabajo del Equinoccio de Primavera, una nueva «pequeña invocación», pero le faltaba el plano completo de los tres círculos, que le era necesario para poner fin a la incertidumbre sobre el espacio necesario para el trazado (III, 110).

La lentitud con la que Pasqually construía su edificio no le protegía de los errores. Se vio obligado a reducir a proporciones más modestas el plano original, que durante la ejecución resultó demasiado ambicioso. En abril de 1770, tras prometer a Willermoz que trabajaría en los «cuatro círculos» (II, 105) y tras anunciar, a finales de 1771, el envío del plan, en enero de 1772 le hizo llegar, con el pretexto de no «cansarlo demasiado», un plan de solo tres círculos (III, 112). De hecho, el ritual de las Operaciones aún no se había completado definitivamente cuando Pasqually abandonó Francia en mayo de ese mismo año. Solo en octubre de 1773, es decir, cuando la Orden estaba en vías de disolución, envió desde Puerto Príncipe los «varios cuadros de operación y las diferentes invocaciones que deben seguir a los cuadros» (II, 195).

No hay pruebas de que estos cuadernos, en los que los adeptos descubrieron muy pocos detalles nuevos (III, 149, 153), completaran la construcción.

Lo que sigue es la reconstrucción hipotética de un ritual apenas esbozado, pero que da una idea suficiente de la naturaleza, la economía general y el propósito esencial de las ceremonias teúrgicas a las que se dedicaban los discípulos de Pasqually.

* * *

La ceremonia más simple era la «Invocación diaria», que más tarde se denominó «Trabajo diario del Réau-Croix». Pasqually había prescrito inicialmente dos invocaciones al día, reduciéndolas luego a una sola. Esta dejó de ser obligatoria a diario, pero se podía realizar todos los días, sin tener en cuenta ni los meses, ni los días de la luna, ni siquiera las horas de la noche.

El adepto trazaba el círculo, en cuyo centro colocaba la vela y escribía la «W». También podía trazar cualquier «convención» (jeroglífico). Entraba en el círculo con una vela en la mano para leer la invocación, que comenzaba con estas palabras: «Oh Qadosh, oh Qadosh, oh Qadosh, ¿quién me permitirá ser como era en mi primer principio de creación divina? ¿Quién me concederá ser en virtud y poder espiritual eterno...» (III, 95, 99, 103)?

Una ceremonia más importante era la «Invocación de los Tres Días». Estos tres días consecutivos debían caer en el período comprendido entre la «renovación de la luna» (luna nueva) y el final del primer cuarto. Con esta salvedad, el Elegido Cohen podía, a su antojo, proceder a las Invocaciones desde el primer hasta el decimocuarto día de luna nueva.

El operador trazaba en el suelo de la habitación un círculo de tres pies de diámetro, en cuyo centro inscribía la «W». Podía dibujar en el círculo «signos arbitrarios de convención, siempre que sus intenciones tendieran únicamente al bien». Inciensaba el círculo pasando por encima de él una vasija nueva que contenía brasas sobre las que había echado algunas pizcas de la siguiente mezcla balsámica: «azafrán, incienso macho, flor de azufre, granos de amapola blanca y negra, clavo, canela blanca en rama, mástique en

lágrimas[28], sandracca[29], nuez moscada y semillas de pino». Con el incensario en la mano, se daba vueltas alrededor del círculo, partiendo del oeste hacia el norte. Después de colocar una «estrella» [vela] en el oeste, de pie en el círculo, con una vela en la mano izquierda para iluminar el papel, se leía la «Oración de invocación» y los «conjuros». Esta ceremonia, que se realizaba cada día, podía repetirse tres veces seguidas[30].

Papus distingue dos categorías de Operaciones propiamente dichas y ve en ellas dos grados de iniciación, ya que, según él, las Operaciones de 1770 corresponderían a un

28 El mastique es una resina que se obtiene mediante incisiones en la corteza del lentisco, habitual en las costas mediterráneas. Desde muy antiguo se ha utilizado con fines terapéuticos. El mástique en lágrimas es de color amarillo pálido, superficie pulverulenta, es quebradiza, vidriosa, de transparencia opalina, con olor dulce y agradable y sabor resinoso aromático. [NdT]

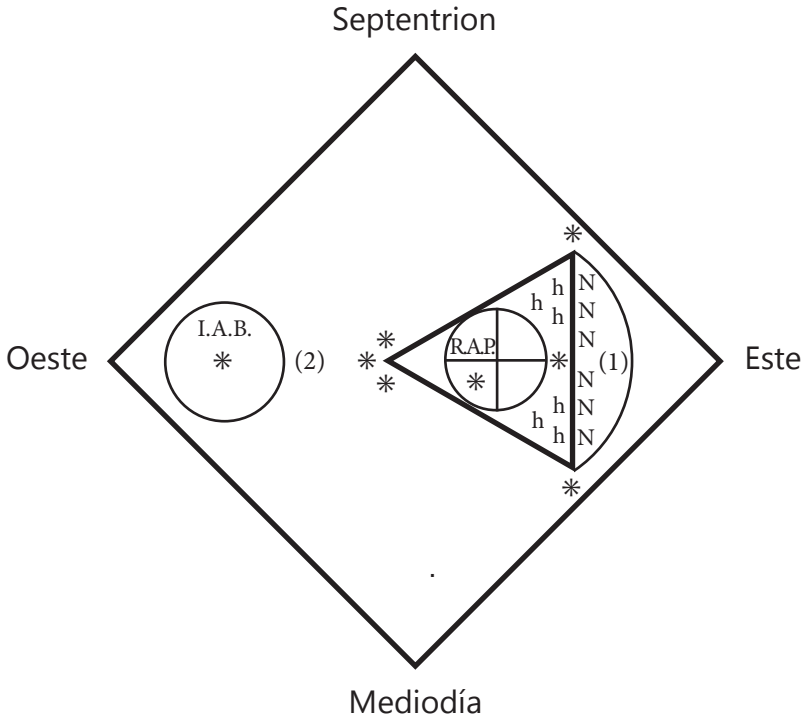
29 Resina extraída del *Tetraclinis articulata*, árbol originario del norte de África. Actualmente se utiliza para la preparación de pinturas y combinado con goma laca es apreciado como protector de muebles y de instrumentos musicales. [NdT]

30 La carta del 24 de mayo iba acompañada de 3 cuadernos de 6 páginas que contenían el texto francés de la instrucción sobre la llamada invocación diaria. Esta instrucción, que indicaba «las palabras y todas las demás partes tanto de la operación como del ceremonial» no fue publicada por Papus. Una carta de Pasqually a Willermoz, fechada el 16 de febrero de 1770, (III, 92.) alude también a «otro trabajo, que puede hacerse, después del Trabajo de los 3 días, cada semana, cada mes, o dos o tres veces al año», según la voluntad de Willermoz de emprenderlo. Esta operación podría realizarse «en todos los lugares», sin trazar un círculo y «sin ninguna otra forma de procedimiento». Como la carta del 16 de febrero se escribió en un momento en que Willermoz pedía instrucciones a gritos, es posible que Pasqually quisiera calmar su impaciencia con vagas promesas.

grado iniciático más elevado que las elaboradas en 1768. Me parece que podríamos estar más cerca de la verdad dando a esta clasificación un valor puramente cronológico. Dado que Pasqually modificó a menudo, en esos dos años, las instrucciones en los puntos esenciales, se puede admitir que el Ritual redactado en 1770 no es más que el desarrollo del Ritual comunicado en 1768 y que este último estaba destinado, no a superponerse a este, sino a sustituirlo. Papus, por otra parte, no observó que la correspondencia alude no a dos, sino a tres rituales sucesivos, ya que las Instrucciones dadas en 1772 prescriben un trazado y unas ceremonias diferentes de los indicados en 1770. Por otra parte, si bien el segundo y el tercer Ritual pueden pretender cierta superioridad sobre el primero desde el punto de vista litúrgico, la disposición general, el carácter y el propósito de las tres Operaciones son idénticos.

El Operador vestía un atuendo especial. Iba completamente de negro: chaqueta, pantalones, medias. Si deseaba cumplir perfectamente con las instrucciones, se hacía confeccionar un sombrero y zapatos forrados con suelas de corcho «para que no hubiera nada inmundo ni impuro en el lugar ni en su vestimenta». Los zapatos debían ser, en cualquier caso, del tipo denominado «pianelle», es decir, sin talón, para poder llevarlos «a modo de zapatillas» y quitarse rápidamente. Sobre el vestido negro se ponía una túnica blanca con un gran dobladillo rojo en la parte inferior, de aproximadamente un pie de ancho; las mangas «a modo de alba», también con un dobladillo rojo de medio pie de alto; el cuello tenía el mismo dobladillo de tres dedos de alto. Sobre la túnica se ponía, además, un collar azul alrededor del cuello; un cordón negro desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda, luego un pañuelo rojo «de

derecha a izquierda alrededor de la cintura...» y, por último, otro pañuelo verde mar «de izquierda a derecha sobre el pecho» (II, 83/84).



Leyenda:

(1): Cuarto de círculo.

(2): Círculo de retirada,

N: nombres de profetas y apóstoles,

h: jeroglíficos de profetas, apóstoles y ángeles.

Los puntos rodeados de rayos indican el lugar de las «Estrellas» (velas).

El dibujo anterior se ha reconstruido, a falta de documento gráfico, comparando diversos pasajes de las cartas de Pasqually a Willermoz; la carta del 11 de septiembre de 1768, en particular, aporta mucha información sobre el tema (II, 80-82). El apéndice de *L.-C. de Saint-Martin*, publicado en 1902 por Papus, debería haber incluido al menos cuatro figuras que reprodujeran los trazados de la Cámara de Operaciones. página 95 se refiere a la 4ª figura en relación con la «simple ordenación de Gran Arquitecto», ningún ejemplar contiene las figuras prometidas.

La operación prescrita en 1768 se repetía durante tres noches consecutivas. Cada mañana, el operante leía el Oficio del Espíritu Santo; por la noche, hacia las diez, entraba solo en la habitación, que debía estar protegida de miradas indiscretas. Recitaba los siete salmos y las letanías de los santos, que leía en un misal. Luego, con tiza, dibujaba en el suelo las figuras prescritas. Primero trazaba en la esquina este de la habitación un cuarto de círculo cuyo segmento estaba orientado hacia el este. Después de tirar de la cuerda del segmento, inscribía en el triángulo isósceles obtenido un pequeño círculo atravesado por una cruz. A continuación, dibujaba en la esquina oeste de la habitación un círculo completo llamado «Círculo de Retiro». Las dos figuras estaban separadas por un espacio de dos pies de ancho. En el Círculo de Retirada y en el Cuarto de Círculo escribía las letras y los jeroglíficos: en particular, las letras mayúsculas R A P en la sección oeste de la cruz inscrita en el pequeño círculo y las letras I A B en el Círculo de Retirada.

Una vez colocada las marcas de tiza, el operador disponía las ocho velas que había traído consigo: tres en la esquina del Cuarto de Círculo, una junto a las letras R A P, dos en cada extremo del arco del círculo, una en el centro de la cuerda y la última en el centro del Círculo de Retirada. Una vez terminado este trabajo preparatorio, para el que se habían previsto dos horas, el adepto estaba listo para la operación que debía comenzar a medianoche en punto.

Al dar las doce en punto, el operante se quitaba las zapatillas, movía la vela encendida del Círculo de Retirada y la colocaba a su derecha, fuera del círculo en el que se tumbaba boca arriba con la frente apoyada en las muñecas cruzadas. Después de permanecer seis minutos en esa posición,

se levantaba, encendía las velas del Cuarto de Círculo con fuego «nuevo», colocaba en el extremo del Cuarto de Círculo la vela situada junto a las letras R A P y la situada en el centro de la cuerda del segmento y se postraba en el Cuarto de Círculo. Se volvía a poner las zapatillas y se colocaba en el Círculo de Retiro, con la rodilla derecha en el suelo y las manos en ángulo recto sobre el suelo. En esta posición, «relevaba» [señalaba] los nombres inscritos en los dos círculos y en el Cuarto de Círculo, es decir, los pronunciaba tres veces insertándolos en la siguiente fórmula: «In quali die X, X, X, invocavero te, velociter exaudi me». Pedía a Dios que, en virtud del poder que había dado a sus siervos, le concediera la gracia que deseaba «con corazón sincero, verdaderamente contrito y sumiso». Le suplicaba que «repitiera»[31], como señal de su misericordia, uno de los jeroglíficos que había trazado con tiza en el centro de la habitación, entre el cuarto de círculo y el círculo de retiro. Entonces tomaba en incensario, con asa y nueva, que contenía los carbones encendidos con «fuego nuevo», echaba en ella una pizca de la mezcla aromática cuya composición se ha descrito anteriormente y la pasaba alrededor del Cuarto de Círculo. Después de echar otras tres pizcas, inciensaba cuatro veces el ángulo oeste. Una vez terminadas las fumigaciones, el operador apagaba las velas, excepto la del centro del Cuarto de Círculo, que trasladaba al Círculo de Retirada, donde se colocaba él mismo, y después de recitar las Invocaciones observaba los «pasos».

La primera noche, el operante debía salir del Círculo de Retirada entre la una y media y las dos de la madrugada. En ese momento, borraba todas las figuras trazadas en el suelo

31 La explicación de este término, así como el de «pasos», que se encontrará más adelante, se dará en el próximo capítulo.

repitiendo las invocaciones de los signos que representaban a los espíritus buenos y el «conjuro» de los espíritus malos (III, 109). Una vez desaparecido todo rastro del trabajo, se retiraba de la sala de la operación.

Las ceremonias descritas anteriormente se repetían durante las dos noches siguientes, con la única diferencia de que el operante, cada vez, debía orientar de forma diferente, girándolo de un extremo a otro, el pequeño talismán triangular que le servía de «escudo» contra los espíritus malignos (II, 84-89).

* * *

Las operaciones a las que se refiere exclusivamente la correspondencia de 1770 son llamadas por los adeptos «Trabajos Equinocciales». Su preparación fue larga, ya que solo se pusieron en práctica dos años después (III, 115)[32].

El Trabajo Equinoccial duraba tres días. La operación del primer día comenzaba con el «conjuro del mediodía» (es decir, de las potencias infernales)[33]. Dado que es una de las pocas oraciones que nos han llegado en documentos auténticos, he aquí el texto:

«Te conjuro, Satanás, Belzebú, Barán, Leviatán[34] y

32 El primer trabajo de Equinoccio realizado de forma correcta fue el de marzo de 1772.

33 Se trata probablemente de la «gran invocación de la medianoche precisa» mencionada por Saint-Martin en una carta a Willermoz del 8 de junio de 1771 (III, 100).

34 Belcebú y Leviatán fueron muy temidos durante toda la Edad Media; habían desempeñado un papel destacado en el asunto de las posesiones de Loudun, durante el reinado de Luis XIII; el nombre de otro el nombre de otro demonio, Balam, que también se distinguió en esta ocasión, recuerda el demonio exorcizado en

todos vosotros, seres espantosos, inicuos, seres de confusión y abominación, todos vosotros estad en guardia, listos a mi voz y a mi orden, todos vosotros, grandes y poderosos demonios de las cuatro regiones universales y todas vosotras, legiones demoníacas, espíritus sutiles de confusión, error y persecución, escuchad mi voz, temblad cuando la oigáis, sobre todo en todas vuestras malditas operaciones; os lo ordeno en nombre de Aquel que decretó la pena de muerte eterna contra todos vosotros, jefes de los demonios regionales, contra vuestros seductores, los menores espirituales divinos.

Y a ti, Satanás, te conjuro, te ato y te limito en tu temible región en nombre del Altísimo, Dios Eterno Vengador y Remunerador, Vaur, décimo nombre que el eterno Creador concedió al poder de su ser menor, para que tuviera autoridad sobre ti y sobre todos los que están sometidos a tu dominio diabólico, por este mismo nombre tres veces santo te aprisiono y te anulo en tus abismos de tinieblas y privación espiritual, superior 10, mayor 7, inferior 3 y menor espiritual divino 4[35], que mi pensamiento actúe sobre ti, Satanás, con mi omnipotencia y con la de aquellos que me rodean, a quienes el Creador sometió espiritualmente para que fueran mi apoyo, mi guía y mi escudo invencible.

---

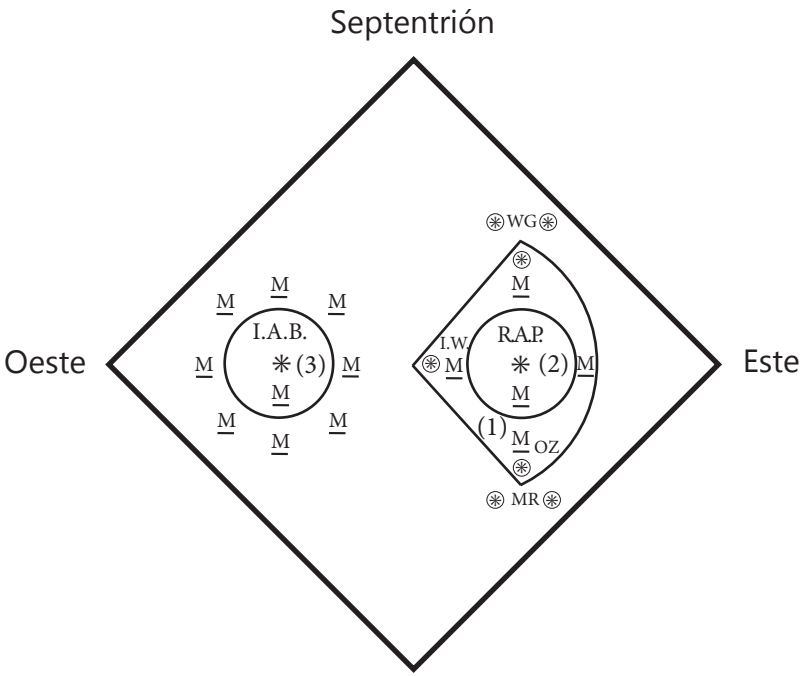
la tercera línea por el operador.

35 Sobre el significado de estos números, véase lo dicho en el capítulo anterior sobre la aritmosofía de Pasqually. Del mismo modo, los nombres de Satanás Belcebú y Baran están, al principio de la exconjuración, suscritos con el número 5 y el de Leviatham con el número 11.

> Te ordeno, Satanás, por las cuatro Potencias divinas, Vabaham 10, Vakiel 10, Diamel 10, Arai 10 y por la de los cuatro Jefes Espirituales divinos regionales Diaphas 8, Diamaim 7, Memaiai 3, Elì 4, que seas contenido por el Eterno en los límites que te fijo, que seas privado para siempre de todo poder y correspondencia conmigo, que ninguna de tus acciones pueda llegar hasta mí, sino que sean confundidas y aniquiladas según mi poder sobre ti y sobre todos los tuyos, que son semejantes e iguales a ti en virtud y poder demoníaco, a quienes confino y ato en la región meridional para mayor vergüenza tuya y de tu impía corte; que así se haga como he deseado y como ha pronunciado el poder del Hombre-Dios de la tierra. Amén».

El mismo conjuro se repetía para Belzebú, Barán y Leviatán, cuyos nombres sustituyen sucesivamente al de Satanás, y cada vez el exorcista presentaba en el ángulo del mediodía el talismán que tenía en la mano (III, 96-98). Así tenía el «escudo» con el que podía «estar seguro de si, en el primer o en el segundo día, se presentaba algo» [un espíritu maligno] (III, 100).

A continuación, el operador recitaba una invocación especial, seguida de la del primer día del Trabajo de los Tres Días. En el segundo día repetía el conjuro del mediodía, la invocación especial, y luego recitaba la segunda invocación del «Gran Trabajo». En el tercer día, el programa consistía, después del conjuro y la invocación especial, en el «Gran conjuro de la serpiente», excluyendo las dos invocaciones del Gran Trabajo.



Leyenda:

(1): Cuarto de círculo.

(2): Círculo de Comunicación.

(3): Círculo de Retiro.

M : «Palabras», es decir, nombres secretos o jeroglíficos que representan a los Espíritus Tutelares.

Las otras iniciales, no subrayadas, representan los nombres de los Espíritus Septenarios.

Los puntos rodeados de rayos representan las «Estrellas» [velas] colocadas en el centro de los círculos.

Estas diversas ceremonias de defensa o propiciatorias constituían la introducción a la "Operación" propiamente dicha, para la cual la correspondencia de Pasqually indica dos rituales muy diferentes, uno de 1770 y otro de 1772.

El primero, sobre el que una carta de Pasqually a Willermoz del 13 de marzo de 1770 da información muy de-

tallada (II, 94-98), requería un trazado compuesto por el Cuarto de Círculo, dibujado en el ángulo Este, con las letras R A P y conteniendo un gran Círculo llamado Círculo de Comunicación (II, 90), el Círculo de Retirada, situado en el ángulo oeste, con la inscripción I A B y siete pequeños círculos. La ubicación de estos estaba marcada en el plano con letras que no eran simples puntos de referencia, sino que tenían un significado místico y probablemente representaban las iniciales de los nombres de los Espíritus Septenarios invocados. Dos pequeños círculos se encontraban en el extremo del segmento del círculo orientado hacia el mediodía, junto a las letras M R; otros dos se correspondían con el extremo opuesto, el norte, junto a las letras W G; otros dos completaban los ángulos formados por el extremo del segmento y el inicio de los rayos junto a las letras O Z e I A[36]; el séptimo y último estaba inscrito en el ángulo saliente junto a las letras I W.

Las «estrellas» o velas aparecían «con el número ocho» en el lado este del plano: iluminaban el Círculo de Comunicación y los siete pequeños círculos. Una novena vela estaba colocada al oeste, en el centro del Círculo de Retirada.

En cada uno de los dos grandes círculos estaba inscrita una «palabra», es decir, el nombre secreto de un Espíritu. Otras palabras estaban escritas en el exterior; había cuatro, frente a los puntos cardinales, alrededor del Círculo de Comunicación y un número indeterminado alrededor del Círculo de Retirada.

El operador, después de encender las velas, recitaba los «siete salmos de David» y luego se postraba siete veces: pri-

36 Las dos indicaciones que da la carta de Pasqually sobre la posición de estos dos círculos son particularmente oscuras; la interpretación adoptada aquí parece la más probable.

mero en I A B, luego en M R, en W G, en R A P, en O Z, en I A y, por último, en I W. Inciensaba tres veces el Círculo de Retirada; tres veces cada uno de los dos pequeños círculos en M R y los dos en W G; tres veces el Círculo de Comunicación; tres veces cada uno de los pequeños círculos en O Z y en I A; cuatro veces el pequeño círculo en I W : «en total 28 veces que daban el número misterioso 10» (por suma mística 28 = 2+8 = 10).

Después de las incensaciones, el Operante apagaba las velas de los pequeños círculos pronunciando cada vez la palabra escrita junto a cada una de ellas y borrándola luego con la mano; comenzaba por M R, continuaba por W G, pasaba a O Z e I A, para terminar por I W A, a continuación, pasaba al Círculo de Comunicación, «ponía la rodilla derecha en el suelo y la izquierda levantada» y «relevaba», es decir, pronunciaba en voz alta y luego borraba las cuatro palabras escritas alrededor del círculo, empezando por la del oeste, para continuar con la del sur, la del norte y la del este. «Las cuatro palabras relevadas significaban las cuatro regiones celestes y aquellos que las dirigen espiritualmente».

A continuación, tomaba la vela situada en el centro del Círculo de Comunicación para iluminarse y leía las Invocaciones situadas sobre la «palabra marcada junto a las letras R A P». Una vez terminada la lectura, borraba la palabra, se colocaba de pie en el Círculo de Retirada, con el rostro vuelto hacia el este, con la palabra marcada junto a la letra I A B entre las piernas, después de haber «ocultado» (véase la página 77) la vela de este círculo, la única que quedaba encendida; de este modo, «hacía sus observaciones».

Cuando llegaba el momento de retirarse de la Cámara de Operaciones, volvía a colocar la vela en el Círculo de

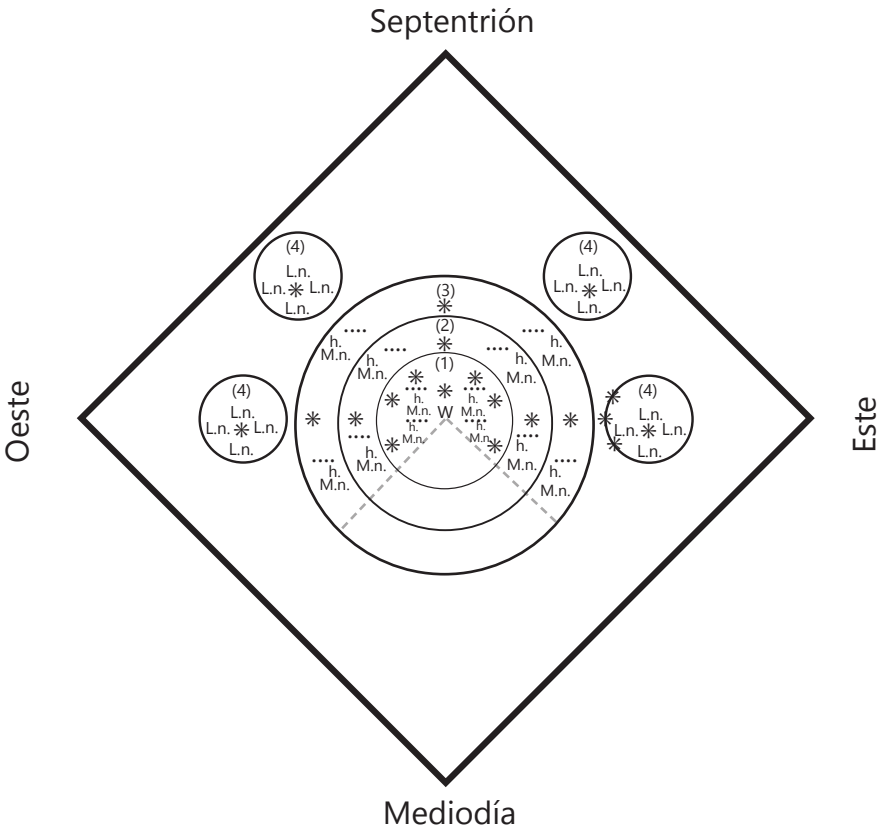
Retirada, «relevaba» las palabras escritas en el círculo y alrededor del círculo «con las mismas prácticas y ceremonias» anteriores y encendía una vela con la llama de la del Círculo de Retirada, a la que «habiendo consagrado una palabra [pues una palabra le había sido consagrada], donde debía ser apagada como las demás, para poder devolver el Espíritu que se le había atribuido».

* * *

Las indicaciones que nos proporciona la correspondencia sobre el ritual de 1772 son más claras, ya que fueron redactadas por la pluma de Saint-Martin, que no tropezaba en cada frase como lo hacía Pasqually[37].

El trazado se modifica completamente. Se compone esencialmente de tres círculos concéntricos, con la W en el centro común y llamados respectivamente: Círculo del Centro, Círculo del Mediodía y Círculo Exterior. Dos rayos, marcados por líneas punteadas, en dirección sur y terminando en la circunferencia del Círculo Exterior, delimitaban la «parte del Sur» y se recomendaba al oficiante que «trazara fielmente la parte del Sur, sin añadir ni quitar nada en la zona situada entre las dos líneas». Las partes de la circunferencia exterior que miran al este, al norte y al oeste están flanqueadas por cuatro pequeños círculos llamados círculos de correspondencia.

37 St-M. a Will, 27 de enero de 1772; carta que acompaña a un plano de tres círculos, que sólo conocemos por los comentarios de St-M. (III, 111-114). St-M. a Will, 14 de febrero de 1772; respuesta a cuatro preguntas formuladas por Will formuladas por Will. sobre el ritual (III, 115).



Leyenda.

(1): Círculo central.

(2): Círculo central.

(3): Círculo exterior.

(4): Círculo de correspondencia.

Nn: nombres de espíritus acompañados de un Denarius, Octonarius, Septenarius o Ternarius.

h : jeroglíficos o «caracteres» de los Patriarcas, Profetas y Apóstoles.

Ln : letra con un número al principio de los cuatro nombres elegidos del repertorio.

Los puntos rodeados de rayos representan las velas que iluminan los círculos.

Las velas colocadas en el Círculo de Correspondencia del Este son «las velas de los ausentes».

Las tres cuartas partes septentrionales y occidentales de cada círculo grande tienen cuatro nombres de Espíritus, acompañados respectivamente por el Denario, el Octonario, el Septenario y el Ternario, y coronados por jeroglíficos o caracteres de Patriarcas, Profetas y Apóstoles «unidos al trabajo para aumentar su fuerza [teúrgica] y contener mejor al Maligno». Sobre estos signos, el plano presenta unas líneas punteadas que indican el lugar donde el operador debía escribir doce nombres de Espíritus, elegidos libremente tanto en la lista de nombres de la Invocación Especial como en el Repertorio alfabético de 2400 nombres místicos que le habían sido comunicados[38], con la condición de que cada nombre estuviera marcado en el repertorio con un número sagrado (I0, 8, 7, 3) correspondiente al que acompañaba al nombre fundamental sobre el que debía colocarse. El operador también tomaba del repertorio los cuatro nombres que inscribía en el Círculo de Correspondencia, teniendo cuidado de que todos los nombres que componían cada grupo comenzaran con la misma letra y llevaran, en el repertorio, el número inscrito en el plano, en el Círculo de Correspondencia.

La iluminación se componía de 17 velas, siete en el Círculo del Centro, una de ellas en el W; tres en el Círculo Medio, tres en el Círculo Exterior; una en cada círculo de Correspondencia. Además, las «velas de los ausentes», colocadas en la parte del Círculo de Correspondencia del Este que mira hacia los grandes círculos, representaban a los Elegido Cohens que, en sus respectivas viviendas, se

38 El 7 de julio de 1771, St-Martin envió a Willermoz una colección alfabética de nombres místicos y jeroglíficos de profetas y apóstoles «para que supiera dónde encontrarlos cuando se le ordenara utilizarlos» (III, 102).

dedicaban al mismo tiempo al Trabajo Equinoccial. Había tantas velas como operantes simpáticos[39].

El operador se postraba cuatro veces: una hacia el Oeste, una hacia el Este, una hacia el Norte y la última hacia el Mediodía. «Consagraba» (con incienso) los cuatro Círculos de Correspondencia según el Ritual del Trabajo de los Cuatro Círculos[40] y luego, de pie en el Círculo del Centro, invocaba los doce nombres fundamentales, haciendo seguir a cada uno de ellos el nombre que había añadido en el trazado. Recitaba una invocación particular, que contenía siete nombres que tomaba a su antojo de la invocación especial y de «los del trabajo»; entre estos nombres elegía «como jefe» al que consideraba más poderoso, reservándose el derecho de elegir, pero solo entre los seis nombres ya elegidos, otro «jefe» si el primero «ya no le convenía» [es decir, si la Operación del día anterior no había dado los «pasos»].

Una vez realizadas estas ceremonias, el operante se situaba en la parte del Círculo Exterior, en el Oeste, «para la contemplación de los pasos».

* * *

Por muy importantes que fueran las ceremonias de las Operaciones: postraciones, fumigaciones, invocaciones con oraciones y figuras trazadas, no eran del todo eficaces; eran necesarias, pero no suficientes. Para validar su acción

39 En nuestro plano aparecen cinco, porque el Trabajo del Equinoccio de marzo de 1772 fue realizado por seis adeptos (III, 115).

40 Las prescripciones para incensar son probablemente todo lo que se escribió que se escribió de este ritual de la Obra de los Cuatro Círculos que no parece nunca completado ni puesto en práctica en su totalidad.

eran indispensables tres factores: la virtud mística del operante, una influencia astral favorable y la concurrencia de la gracia divina.

La virtud mística del adepto, a su vez, dependía de tres condiciones: de su estado de gracia, de una facultad sobrenatural que le confería la iniciación en la orden y de la cooperación simpática a distancia de sus iguales en la iniciación. «La sola precisión de la ceremonia no basta —escribía Pasqually en 1768 a Bacon de la Chevalerie—, también son necesarias la exactitud y la santidad de vida del jefe que dirige los círculos de adopción intelectual (al adepto que quiere entrar en relación con los Espíritus), necesita una preparación espiritual hecha de oración, retiro y espera» (V, 229). El Elegido Cohen debía observar una «regla de vida» muy ascética. Se le prohibía «durante toda su vida» alimentarse de sangre, grasa y riñones de cualquier animal, así como comer carne de paloma doméstica (III, 76-77). Podía entregarse con extrema moderación a los placeres de los sentidos, ya que, para poder alcanzar el grado supremo, debía abstenerse de cualquier materia impura y, sobre todo, de la «fornicación (relaciones sexuales) que perturba el alma» (II, 105). Debía observar un largo período de ayuno en cada equinoccio; debía abstenerse de comer once horas antes de cada operación, es decir, después de haber almorzado a mediodía en punto y haberse levantado de la mesa a la una en punto, solo podía «comer después de terminar la operación, que comenzaba a medianoche». Sin embargo, podía beber, si lo necesitaba, pero solo agua, ya que el café y los licores estaban estrictamente prohibidos (II, 77-88).

Se le prescribía dedicarse a ciertos actos de devoción especial. Los jueves debía recitar el Espíritu Santo, a cual-

quier hora del día. Si deseaba conciliar la ayuda especial de los Apóstoles, podía recitar ese día el «Miserere Mei» y el «De Profundis», por la noche antes de acostarse. Recitaba el Miserere de pie en el centro de la habitación con «el rostro vuelto hacia el ángulo que mira al sol naciente» y, para recitar el De Profundis, «se arrodillaba con el rostro postrado en tierra». Si tenía la costumbre de recitar otra oración de uso común, podía hacerlo, pero las oraciones prescritas para el jueves eran «indispensables como el régimen de vida» (II, 77-79). Se preparaba para las Operaciones con un retiro o «cuarentena» que le imponía un tipo de vida difícilmente compatible con las obligaciones profesionales o mundanas de un hombre que se ocupa de negocios o que frecuenta la sociedad[41].

El estado de gracia era la mejor defensa contra los demonios. Para evitar el peligro, que las simples invocaciones (III, 93) no presentaban, de ser «molestado por los malos espíritus», el operador disponía, ciertamente, de armas poderosas: los conjuros y el talismán triangular que llamaba escudo. Pero estas armas eran ineficaces si el Elegido Cohen actuaba sin estar «perfectamente puro». Uno de los principales discípulos de Pasqually, Bacon de la Chevalerie, nos ha dejado un testimonio de los peligros a los que se ex-

41 El 4 de marzo de 1771, Saint-Martin duda de que Pasqually, que se encuentra entonces en París, pueda realizar la Obra del Equinoccio, ya que «las circunstancias no le permiten hacer todos los preparativos necesarios al respecto» (III, 85). Es posible que el término «cuarentena», utilizado por Saint-Martin para designar el retiro observado por un adepto, el abate Fournie, (III, 144), no indica exactamente un período de cuarenta días; la palabra puede haber sido utilizada como sinónimo de un período de recogimiento, sin haber conservado su sentido etimológico, como ocurrió con la cuarentena sanitaria.

ponía con una imprudencia tan grave. De repente, se sintió derribado por un adversario de una fuerza superior a la suya; «oprimido por un frío glacial que subía de los pies al corazón, creyó estar en el camino de la aniquilación, cuando, por suerte, lanzándose al círculo de retirada, le pareció sumergirse en un baño tibio y delicioso que le hizo volver en sí y recuperar las fuerzas al instante» (VII, 152).

A la preparación, tanto física como moral, debía añadirse obligatoriamente la virtud de la ordenación. Era necesario que el operante hubiera sido ordenado Réau-Croix por tres «Maestros Potentísimos», es decir, por tres Elegido Cohens que ya poseyeran el carácter sagrado.

La ordenación se confería con tres ceremonias idénticas, celebradas durante tres noches consecutivas y oficiadas cada una de ellas por un Maestro Potentísimo diferente. El oficiante trazaba los círculos y realizaba «tanto en oración como en perfumes» los mismos actos litúrgicos de una Operación ordinaria, y luego ofrecía un «holocausto de expiación». La víctima era una cabeza de cabrito o, en su defecto, de cordero macho, aún con la piel y el pelo. Era absolutamente necesario que la cabeza fuera negra, «de lo contrario, el holocausto sería un acto de gracia y no de expiación». El oficiante preparaba la cabeza «como se prepara el corzo antes de degollarlo». Encendía tres «fuegos nuevos» en el horno «según la antigua costumbre, en la que se utilizaban recipientes con rejilla [cuyo fondo tenía forma de rejilla] para hacer los holocaustos en el campo». Sobre el fuego situado al norte de la Cámara de Operación, colocaba la cabeza con los ojos, pero sin la lengua ni el cerebro; el cerebro se ponía sobre el fuego del mediodía y la lengua sobre el del oeste[42].

42 Esta orientación era, además, ficticia, ya que la estufa «que

Cuando la carne comenzaba a consumirse, el candidato ponía la rodilla derecha en el suelo, echaba tres granos de sal bastante grandes en cada fuego y pasaba tres veces las manos sobre la llama de cada uno, en señal de purificación. A continuación, recitaba una oración, pronunciaba «la palabra inefable» y «relevaba» [pronunciaba en voz alta antes de borrarlos] los caracteres, los números y los jeroglíficos que, al comienzo de la ceremonia, habían sido escritos delante de los hornos[43] (V, 229).

Tras el holocausto que precedía a cualquier otra ceremonia, el candidato recitaba, además de las conjuraciones e invocaciones ordinarias, conjuraciones e invocaciones especiales, y luego el oficiante le hacía beber «el cáliz de la ceremonia» y le daba a comer «el pan místico». Por último, el oficiante recogía con cuidado las cenizas de los tres fuegos y las unía a las de ordenaciones previas, que en parte le habían sido devueltas anteriormente.

Una vez ordenado, el nuevo Réau-Croix dejaba el título de Respetable Maestro para asumir el de Potentísimo Maestro; recibía el escapulario y el talismán similares a los que llevaban sus hermanos y su nombre era inscrito «en las circunferencias secretas y en el repertorio universal del Gran Soberano» (V, 229-230).

---

representaba el Norte», en la que se consumía la mayor parte del holocausto, estaba, «para facilitar la combustión, y probablemente también para preservar el olfato de los presentes, colocado bajo la chimenea de la sala, independientemente de su relación con los puntos cardinales.

43 La instrucción recomienda disponer de agua «como convenga», sin que el contexto indique si se trata de agua lustral especialmente consagrada, o de un suministro ordinario de agua destinada a apagar el fuego una vez quemada la carne.

La mística virtud del Réau-Croix se veía reforzada por la cooperación simpática de su jefe y sus colegas. Los conjuros e invocaciones con los que rechazaba a los malos espíritus y llamaba a los buenos no eran del todo eficaces si no se reforzaban con los conjuros e invocaciones simultáneas de los demás Réau-Croix. La colaboración del jefe de la Orden constituía, evidentemente, la ayuda más importante. Él estaba representado místicamente por la vela que ardía en el centro del Cuarto de Círculo y «esta única luz era el símbolo de su presencia simpática en las operaciones»[44]. La ceremonia de ordenación no podía prescindir de su ayuda a distancia (II, 117) y renovaba esta prescripción formal con motivo de cada preparación importante enviando a cada Réau-Croix la misteriosa influencia capaz de dar a los ritos una fuerza irresistible «contra los malos demonios y sobre los seres buenos».

Pero por muy indispensable que fuera la colaboración del Maestro de los Elegidos Cohens, el apoyo prestado por los demás Réau-Croix a las operaciones individuales no era menos necesario. Las «velas de representación», colocadas en el plano de 1768 entre el segmento del círculo y la cuerda del arco, y las «velas de los ausentes», que figuran en el plano de 1772, realizaban místicamente la presencia de los demás Réau-Croix que «operaban» al mismo tiempo, en comunión de intenciones con el oficiante. Los Réau-Croix eran avisados con quince días de antelación de la fecha de

44 Pasqually prometió a Bacon abandonar sus asuntos domésticos «para estar dispuesto a fortalecerle en su operación» cuando el Sustituto Universal procediera a la ordenación de Willermoz, y al mismo tiempo advirtió al destinatario que estuviera en «su esquina oriental los días 27, 28 y 29 de septiembre de 1768» para recibir su ordenación simpática de virtud y poder en relación con su dignidad y condición de Réau-Croix» (V. 228; II, 82).

una ordenación, para poder colaborar a través del espacio (V, 230). Dado que el éxito de las operaciones dependía en gran medida de su sincronización, Pasqually se encargaba de dar, al menos ocho días antes, todas las instrucciones necesarias para que sus discípulos pudieran «ponerse en regla» (II, 79). Este acuerdo previo no permitía cambiar la fecha comunicada anteriormente, por muy legítimos que fueran los escrúpulos que pudieran llevar a uno de los participantes a solicitar un aplazamiento. Willermoz, habiendo pedido a Pasqually, el 5 de febrero de 1772, que retrasara cuatro días el Trabajo de Equinoccio prescrito para el 5 de marzo siguiente, a fin de que el retiro preparatorio que debía observar no llamara la atención de los profanos obligándole a mantenerse al margen de las celebraciones del Carnaval, el Maestro le hizo decir a través de su secretario que el aplazamiento no era posible. «Todos los preparativos y órdenes se habían dado para el día 5», el cambio habría causado un trastorno considerable y «habría expuesto, tal vez, a los Réau-Croix lejanos a perder el plazo fijado para los trabajos que debían realizarse simultáneamente» (III, 114).

* * *

La fecha de la Operación no podía cambiarse tampoco por otra razón más imperiosa, a saber, el hecho de que estaba determinada por circunstancias astronómicas. El momento en que tiene lugar la Operación tiene una importancia fundamental porque, calculado con exactitud, procura al oficiante la concurrencia de una influencia astral favorable. Este es uno de los puntos de la doctrina sobre el que Pasqually se expresa con mayor claridad: «Todas estas cosas (invocaciones, conjuros, operaciones), dice, se dan con

precisión de hora, días, semana, luna, meses y años», de modo que «una operación de principio [en línea de principio] fuera de su tiempo, es infructuosa» por lo que «solo siguiendo escrupulosamente lo que Dios mismo nos prescribe podemos esperar el éxito de los trabajos» (V, 229).

A la influencia de los astros se añadía, para determinar definitivamente la fecha de las Operaciones, la de los números. Pasqually señala que eligió los días 11, 12 y 13 de mayo para la ordenación de Willermoz no solo para que coincidieran con los días de la estación, sino sobre todo porque la suma mística de 11, es decir, 1+1, da 2, «número de confusión» [malas influencias que deben alejarse con conjuros], la de 12 da 3, «número terrestre y corporal» [elementos materiales de la Operación], y la de 13 da 4, «número de potencia» [sobre los Espíritus] (V, 229)[45].

* * *

Sin embargo, si el éxito de las Operaciones depende a la vez de la observancia escrupulosa del ritual, de la ordenación y de la pureza física y moral del oficiante, tres elementos cuyo «efecto aumenta sin duda con el tiempo, con las instrucciones y los cuidados que cada uno puede aportar» (III, 88), si depende también de la colaboración del Maestro y de los Adeptos, así como de la influencia de los astros y los números, el Elegido Cohen no debe olvidar que la Divinidad es siempre libre de rechazar un favor del que, en

45 El papel místico de los números se revela en el de las operaciones y ceremonias: «Los diversos actos ceremoniales de nuestras operaciones son 4, con lo cual se nos da una sola potencia para cada (operación) de modo que (las cuatro operaciones forman) 4 potencias, lo que completa, con las cuatro ceremonias, el número infinito 8» (V, 229).

última instancia, es la dispensadora suprema. Pasqually se encarga de recordar a menudo, ya sea directamente o a través de la pluma de su secretario, el principio esencial a los discípulos decepcionados por el resultado negativo de sus Operaciones. Les hace observar «que no le corresponde a él satisfacer plenamente al hombre en este sentido, sino que solo a Dios le pertenece esta sublime operación» (V, 228), que «incluso cuando nos consideramos en las mejores condiciones, cuando todas las ceremonias se realizan con la máxima regularidad, la Cosa puede no revelarse hasta que le plazca, ya que está muy poco a disposición del hombre, hasta el punto de que este nunca puede, a pesar de sus esfuerzos, estar seguro de obtenerla» (III, 88).

* * *

Por muy extrañas que nos hayan parecido hasta ahora las prácticas de los Elegido Cohens, aún no conocemos su característica más notable. De hecho, lo que las distingue de las ceremonias mágicas tradicionales, con las que podríamos confundirlas, son los fines para los que han sido concebidas y ordenadas. El ritual, la regla de vida, la ordenación, la cooperación simpática, la influencia astral son medios que convergen hacia un fin preciso: el «trabajo» tiende a obtener un resultado en el que los adeptos ven la recompensa suprema de su ascetismo, de su devoción y de sus vigilias. Una operación es menos un acto de fe, de adoración o incluso de propiciación que una experiencia en el sentido científico del término. El objetivo de esta experiencia es la creación de un fenómeno, que ya hemos visto señalado con el misterioso nombre de «paso» y que el confidente más íntimo de Pasqually nos presenta como la revelación sobrenatural de una «Cosa» normalmente ocul-

ta tras un velo que la Divinidad a veces permite que los iniciados levanten. Conocer el modo y el alcance de esta revelación significa tener la clave del sistema teosófico de los Elegidos Cohen.

Capítulo IV
Naturaleza y significado de los «Pasos»

Los adeptos siempre han hablado de forma velada sobre el propósito y la naturaleza de sus «operaciones», los resultados que esperaban obtener o que creían obtener y los poderes sobrenaturales a los que se dirigían. Por amor al secreto y quizá también por una especie de temor religioso que les impedía expresar claramente el objeto de su culto, designaban con el nombre convencional y vago de «la Cosa» tanto sus trabajos como las manifestaciones de los seres misteriosos que evocaban y estos seres mismos. Sin embargo, leyendo atentamente la correspondencia de los iniciados y anotando las confidencias que se les escapaban a algunos de ellos, podemos levantar parcialmente el velo que oculta el santuario.

El fin último de una Operación era provocar una manifestación de orden sobrenatural. Este fenómeno, esencialmente momentáneo y fugaz, y por esta razón llamado «Paso» en el lenguaje de los adeptos, afectaba de diversas maneras a los sentidos del operador. Este sentía «la piel de gallina en el cuerpo» (II, 92), «que anunciaba el comienzo de la tracción que la Cosa ejerce sobre el que trabaja» (II, 92), o bien oía sonidos, o veía chispas y destellos (II, 92). Saint-Martin insistía de manera particular en las Instrucciones que daba al adepto lionés Willermoz por parte del Maestro, sobre los fenómenos auditivos y visuales. Le

recomendaba que no se le escapara nada de «lo que impacta en vuestros sentidos de la vista y del oído» (III, 90). Por lo tanto, el operador debía tener cuidado, para no ser sorprendido por la «rapidez de los pasos» (II, 109), debe prestar atención a todo lo que pudiera impactar, aunque fuera de la manera más vaga y breve, en su oído o en sus ojos, y recordar, hasta el límite extremo de su atención, que «a menudo somos más sordos o ciegos de lo que creemos» (III, 90); los fenómenos visuales eran más frecuentes y, por lo general, «la manifestación se producía con una visión» (II, 87). Parece también que la horrorización y los sonidos misteriosos solo se señalaban como premios de consolación para los adeptos que nunca veían nada (III, 90). El abate Fournié, uno de los operadores más favorecidos, da a conocer, basándose en su propia experiencia, que Pasqually poseía el don de «reforzar» sus enseñanzas con visiones «exteriores», al principio vagas y rápidas como un relámpago, luego cada vez más nítidas y prolongadas (IX, 18). Según el propio Maestro, esos destellos podían ser de varios colores: «blanco, azul, blanco-rojo claro, de color mixto o totalmente blanco» (II, 92). Para que pudieran verse, al final de la Operación, la vela situada al oeste, fuera del Cuarto de Círculo, se retiraba y se oscurecía un poco. La semioscuridad permitía «que las cosas que debían aparecer estuvieran libres de cualquier luz elemental [material], ya que las cosas tienen en sí mismas su propia luz, ya sea blanca o de otro color» (II, 94).

Que los adeptos hubieran visto o creído ver tales manifestaciones luminosas era lo que afirmaban, además de las declaraciones del propio Pasqually, los «certificados» firmados por algunos de ellos: el marqués de Hauterive, el capitán de artillería Defore, el barón de Calvimont, el acau-

dalado bordelés Defournier, los «Venerables Hermanos» Tabory, Schild y Marcadi. Estos «émulos» [discípulos] favorecidos de manera especial por la «Cosa» tenían, incluso antes de alcanzar el grado supremo de la iniciación, pero «ordenados regularmente», visiones similares «de día y de noche, sin velas ni ninguna otra luz» (II, 93).

Estos destellos fugaces se consideraban la manifestación de un Espíritu que respondía a la llamada del operador. La forma que tomaban se asemejaba a la de los jeroglíficos trazados en el suelo de la Cámara de Operaciones[46]. Si se establecía o se suponía una relación, el operante pensaba que la «Cosa», cediendo a sus súplicas y dejándose vencer por las ceremonias y las fórmulas de la Operación, había, como él mismo pedía en la Invocación, «repetido» uno de los signos místicos que representaban a los Profetas y Apóstoles cuya intercesión había solicitado de manera especial, es decir, que se le había aparecido por un instante uno de estos mediadores, bajo una forma «gloriosa».

La interpretación de los Pasos constituía la parte más importante y delicada del trabajo de los Elegidos Cohens (II, 110). De hecho, se les enseñaba que la evocación podía atraer a espíritus malévolos, siempre dispuestos a atormentar o engañar a los Menores Espirituales. El «Jefe Demoníaco, cuya tarea consiste en someter a los Menores a sus oscuras leyes y hacerlas aparecer ante ellos tan claras y nítidas como las que el Creador ha puesto en su criatura» (I, 33), utilizaba contra ellos «su intelecto demoníaco general» (que se ejerce sobre la naturaleza física). «Con su pa-

46 El 9 de mayo de 1772, Pasqually envió a Willermoz el dibujo de una vara luminosa coronada por una triple garza de fuego y consideró esta manifestación particularmente significativa (II, 109).

labra de mando... insinúa el mal espíritu en los espíritus de sus adeptos [subordinados], quienes luego lo comunican a los Menores, a quienes el príncipe de los demonios busca incesantemente seducir y someter a sus leyes» (I, 262). El mismo Moisés no escapó a sus insidias: los tres magos de Egipto que «se dedicaban a operaciones demoníacas», «combatieron continuamente el poder espiritual de Moisés y no cesaron de oponerse a sus obras espirituales hasta la novena operación que realizó en gloria del Creador. Esta repetición de la operación por parte de los magos [esta obstinación en querer contrarrestar los esfuerzos del Elegido Espiritual] no dejó de preocupar a Moisés y de sacudir la gran fe que tenía en el Creador», y solo con la décima operación logró triunfar sobre sus adversarios demoníacos (I, 267).

El demonio intentaba sin cesar convertir a los Menores a su culto, como había hecho con Jacob, Nimrod, que en Babilonia se entregó a «operaciones inicuas» (I, 209). Sus acólitos se esforzaban por «inducir al operador a un gran error» sorprendiéndolo con «cosas ilusorias o propósitos falsos» (III, 99). Haciendo uso de la estratagema que ya habían utilizado los espíritus rebeldes para engañar a Adán, presentándose ante él «bajo la aparente forma de un cuerpo glorioso» (I, 15, 139) y siguiendo el ejemplo de los cuatro sabios [magos] de Egipto que, según Moisés, «habían hecho las mismas cosas que él en sus cuatro primeras operaciones» (I, 271), pudieron crear un paso falso, un fenómeno luminoso que el operante, malinterpretando lo que había visto, tomó por una manifestación de un «espíritu bueno».

Incluso cuando los Espíritus divinos eran los autores de las manifestaciones, era necesario, para poder apreciar en su justo valor la recompensa concedida a los trabajos del

operador, distinguir si los fenómenos luminosos habían sido producidos por los mismos Espíritus del Supracelestial, o del Celeste, o por los Espíritus sometidos a sus órdenes, es decir, para usar el lenguaje de los iniciados, si la «forma gloriosa» se había revestido de un Espíritu de las esferas superiores o de un habitante de la esfera elemental.

De hecho, el Elegido Cohen debía saber que existían dos tipos de «formas gloriosas». La primera, «forma de figura aparente que el espíritu concibe y crea según su necesidad y según las órdenes que recibe del Creador, forma tan prontamente reintegrada [desaparecida] como fue dada a luz por el Espíritu», no estaba «sujeta a ninguna influencia elemental, a ningún alimento, y ninguna partícula del fuego central actúa sobre ella» (I, 57-58). «La forma gloriosa no contiene el Espíritu Menor ni ningún otro Espíritu en privación divina, ya que es, como el Menor o como cualquier otro Espíritu, designada por el Eterno para manifestar ante los hombres o dondequiera que le plazca al Creador, la gloria del ser divino» (I, 55). Tal era la naturaleza de la nube que había servido de defensa y guía a los israelitas errantes en el desierto: era «un cuerpo aparente producido por la acción de una multitud infinita de espíritus puros y simples que eran un aspecto del espíritu divino Creador salido [enviado] por medio del Eterno desde el círculo denario. Este espíritu divino caminaba delante de Israel en una columna de fuego, y la columna de nube seguía su rastro con precisión y exactitud según las leyes de orden, acción y reacción, creación y atracción que el espíritu divino ejercía sobre todos esos espíritus, de acuerdo con la voluntad del Creador, en favor de Israel y en contra de los demonios. La nube, formada por el poder de los espíritus, sin la concurrencia de ninguna materia, era un verdadero cuerpo de gloria» (I, 283-284).

Este fuego inmaterial, que no dependía de los elementos terrestres, ya que los Espíritus del Supracelestial y del Celeste lo extraían de su fuego divino (I, 307), antes de la caída de Adán había sido «la forma corporal gloriosa del Primer Hombre, que tenía la facultad de construir, disipar y cambiar a su voluntad según las acciones que debía realizar de conformidad con las órdenes que recibía del Creador». Era el vestido con el que se cubrían los habitantes espirituales del Supracelestial y del Celeste para manifestarse al Menor, porque «sin este envoltorio, no podría actuar sobre los demás seres temporales sin consumirlos con la facultad innata del espíritu puro de disolver todo lo que se le acerca» (I, 357). La luz sobrenatural tenía una virtud purificadora: «Por muy justo que sea el Menor ante el Creador, siempre es necesario que sea purificado con el fuego espiritual de la impureza contraída con su estancia en una forma de materia, aunque hubiera rechazado todos los ataques que el mal intelecto hubiera querido infligirle» (I, 181).

La segunda «forma gloriosa», por el contrario, era el vestido de los Espíritus del eje central de fuego, que podían extraer de su fuego las tres esencias fundamentales que constituyen la materia y producir así una forma luminosa. Estas apariciones tenían mucho menos valor que las de la primera categoría, ya que los espíritus del eje central, «simples sujetos» de los espíritus superiores, se manifestaban por orden de estos, cuando los espíritus de los dos círculos superiores no querían aparecer directamente; pero, por otra parte, eran más fáciles de identificar porque los espíritus del eje central «solo pueden operar una sola especie de forma» (I, 308), mientras que los seres espirituales habitantes de los tres mundos superiores podían «producir en todo momento nuevas formas y variarlas infinitamente» (I, 364).

* * *

¿Con qué procedimientos llegaban, en líneas generales, los Elegidos Cohens a determinar si el espíritu cuya manifestación creían haber constatado era un demonio, un espíritu elemental, «un ser distinto y espiritual o un espíritu particular septenario que el Creador había sometido al poderoso poder del espíritu menor cuaternario» (I, 364), o uno de los Elegidos Espirituales, profetas o apóstoles, cuyos jeroglíficos y caracteres habían sido trazados en el Cuarto de Círculo y podían ser «rendidos», es decir, reproducidos por Pasos (III, 113), es lo que los documentos no nos revelan. Tampoco dicen nada sobre los resultados ordinarios de la interpretación, pero, comparando lo que sabemos del propósito y del resultado esperado de las Operaciones con las doctrinas y la interpretación esotérica de los textos bíblicos contenidos en la *Reintegración*, al menos podemos llegar a dar una solución verosímil a los problemas planteados por el *Tratado*, completar la información dada por la correspondencia de los adeptos sobre las operaciones mismas y precisar así la idea que se nos ha dado de concebir el sistema ocultista de los Elegidos Cohens.

La «Reconciliación» es la etapa preparatoria y obligatoria de la «Regeneración». Esta es, en verdad, el retorno del Menor al Supracelestial (I, 286), donde será «reintegrado en las propiedades, virtudes y potencias espirituales primitivas» concedidas a Adán en el momento de su emanación[47]; será patrimonio exclusivo de aquellos Menores

47 Franck (IX, 15), pensaba que por reintegración Pasqually entendía «la aniquilación de los límites que determinan nuestro ser, la destrucción de nuestra conciencia y voluntad individuales, el retorno de nuestra alma al seno del espíritu universal». Esto es

Espirituales que hayan sido previamente «reconciliados», es decir, que hayan vuelto a comunicarse con la Divinidad tras abandonar el estado de «privación» en el que la caída del Primer Hombre había sumido a toda su posteridad.

La reconciliación comienza «en el círculo sensible» o «círculo menor», morada del hombre caído (la tierra). Se completa, tras la muerte terrenal del Menor, en el «círculo visual» o «círculo intelectual», morada de los Espíritus que le comunicaban, cuando estaba vivo, «el intelecto bueno» o «el intelecto malo». En efecto, «no basta para la reintegración de los seres reconciliados el tiempo que actúan y operan en el círculo sensible terrestre. Es absolutamente necesario que actúen espiritualmente en todos los espacios del círculo universal, hasta que hayan terminado el curso que el Creador ha fijado a los Menores al emanarlos de sí mismo y emancipándolos de la inmensidad divina» (I, 171-172). Finalmente, el Menor llega al «círculo racional» o «círculo mayor», donde residen los Espíritus Septenarios; allí «descansa a la sombra [bajo la protección] de la

---

atribuir al tratado un concepto gnóstico que le es ajeno. Pasqually no enseñaba, como cree Franck, «que toda emanación es una decadencia, es decir, una disminución de la substancia infinita». Si su doctrina tenía, como veremos más adelante, puntos de contacto con el gnosticismo, dejaba sin embargo al hombre en posesión de su existencia individual tras su reintegración en el círculo supraceleste; el Menor sólo debía perderla al «final de los tiempos», cuando toda emanación, toda creación y, en consecuencia, toda existencia distinta volvería a perderse en la fuente original. Por lo tanto, es falso decir, como hace Franck (p. 13), que todos los seres, los que rodean el trono del trono del Eterno y pueblan el cielo, así como los desterrados a esta tierra, «todos sienten con dolor el mal que los aleja de su fuente divina y esperan el día de la reintegración».

reconciliación», después de haber recuperado la condición de Adán inocente. Esto está indicado por el símbolo del arca de Noé: «Los menores razonables [dotados de razón, es decir, los hombres] que estaban encerrados en el arca y el tiempo en que permanecieron privados de la luz elemental, nos representan el retiro de los menores reconciliados y de los justos, bajo las sombras de la gran luz en la que descansarán efectivamente un espacio de tiempo en espera, sin tener que realizar ninguna acción temporal» (I, 171). Habiendo recuperado su dignidad original, después de haber pagado el «tributo de la justicia divina con sus diversos cursos de operaciones en los tres círculos sensible, visual y racional», los Menores esperan «el fin de los tiempos», es decir, la anulación final de los mundos, volviendo a la fuente de la que emanaron, revolución en el curso de la cual «el Primer Hombre y su posteridad serán integrados en el círculo divino» (I, 47, 171, 220, 286).

Esta reintegración definitiva, que equivale a la desaparición de toda existencia objetiva e individual, tiene para el Menor mucho menos interés que la que lo llevó al círculo mayor, ya que esta última constituye la suma de la felicidad que puede esperar el Menor Espiritual[48]. Por lo tanto, es el fin lógico de su actividad en este mundo[49] y, dado que tiene la reconciliación como condición necesaria y como

48 Es importante señalar la diferencia esencial entre dos revoluciones que Pasqually se equivocó al llamar con el mismo término; el error de Franck procede en gran parte de la confusión creada por la torpeza de Pasqually.

49 Esto se indica expresamente en el título original del tratado, que Pasqually había titulado originalmente: «La Reintegración de todo ser espiritual creado con su primera Virtud, Fuerza y Poder en el goce personal que todo ser gozará distintamente en presencia del Creador», (II, 191).

garantía, a ella debe dedicar toda su atención y todos sus cuidados.

La primera etapa de la reconciliación, la que se desarrolla en el círculo sensible y se completa durante la vida terrenal, tiene como signo de manifestación un ser espiritual que revela su presencia con sensaciones como la piel de gallina, ruidos y, sobre todo, destellos de diversos colores y formas más o menos nítidas. El ser sobrenatural que anuncia de este modo al Menor Espiritual que ha salido del «estado de privación» se llama «Reconciliador». El papel del Reconciliador puede ser representado por seres de diferente esencia. Al principio fue un Ser Espiritual Mayor que el Eterno envió a los Patriarcas y «era un ser espiritual mayor y más poderoso que los menores gloriosos, y que estos solo podían distinguir por las diferentes acciones espirituales que este ser realizaba en medio de los menores reconciliados y aún no regenerados» (I, 44). Los Patriarcas, tras su regeneración, se convirtieron a su vez en Reconciliadores, en particular aquellos que, como Abraham, Isaac y Jacob, habían estado, aún en vida, en comunicación con la Divinidad a través de un enviado celestial y a quienes el Eterno había concedido el doble poder otorgado originalmente a Adán para triunfar sobre los espíritus prevaricadores[50]. El Reconciliador, finalmente, puede ser uno de los profetas judíos inspirados directamente por Dios o uno de los diez Menores Elegidos que, en diferentes épocas, reconciliaron al pueblo de Israel con Jehová. Los patriarcas, los profetas y los Menores Elegidos desempeñan actualmente ante los Menores Espirituales la función que cumplían con los judíos en los templos bíblicos: al escribir sus nombres o

50 Idea inspirada por las apariciones angélicas que, siguiendo la *Biblia*, fueron favorecidas por los tres Patriarcas.

jeroglíficos en el Cuarto de Círculo de la Cámara de Operaciones, los Elegidos Cohen apelan a su intercesión.

Es evidente, aunque Pasqually parece no haberse dado cuenta nunca, que aquellos antiguos Menores no eran más que Reconciliadores delegados, como lo eran, como hemos visto, los Espíritus del eje central, ya que el verdadero Reconciliador es un Espíritu Mayor o «Ser de doble poder, eternamente ocupado en ejercer sus poderosas facultades en las diferentes clases en las que se colocarán los primeros y los últimos santificados y reconciliados» (I, 342). La tarea asignada al Espíritu Reconciliador era tan importante que, en lugar de ser, como los demás Espíritus superiores, «devuelto a su primer estado de estabilidad en la inmensidad divina, como era antes de la creación», cuando el mundo material haya desaparecido, «este ser espiritual estará eternamente ocupado en ejercer su doble poder sobre las clases de espíritus que se distinguirán en toda la eternidad [se distinguirán hasta la reintegración final], es decir: «los espíritus justos, santificados en primer lugar; y los espíritus que no serán santificados y reconciliados hasta el final» [en el círculo visual] (I, 41). Pero si el Espíritu Mayor debía ser el único en operar la reconciliación en el círculo visual después de la disolución del círculo sensible, parece que se le autorizó a hacerse representar a menudo en este último círculo por los Espíritus Elementales y los Menores regenerados; en cualquier caso, por mucho que la distinción entre las dos formas gloriosas establezca grados en el favor concedido por la «Cosa» al operante, el valor místico de la reconciliación no parece depender en absoluto de la naturaleza del ser que se manifestaba.

Con su «paso», los Reconciliadores, sean quienes sean, hacen saber al operador que es realmente un Menor Espi-

ritual y le transmiten al mismo tiempo los dones que han recibido del Eterno o, para usar un término místico, le imprimen un «sello» que, «invisible al hombre corporal», es sin embargo «acción temporal de reconciliación» (I, 171) y sin el cual ningún Menor puede ser reconciliado. «Este sello enviado a ellos (a los Justos y a los Elegidos Espirituales) de forma visible y sin ningún misterio sobre el uso que debían hacer de él en favor de aquellos que debían recibirlo» (I, 40, 49). Al aparecer ante Caín y su hermana después del asesinato de Abel, el ángel los marcó [simbólicamente] «en la frente con el sello invencible de la Divinidad, lo que anunciaba a uno y a otro que habían obtenido la misericordia del Creador y que volverían a disfrutar del alimento espiritual divino [comunicación con lo divino] que les había sido retirado a causa de su crimen» (I, 214).

Este sello es el Octonario, el Ocho místico, número de la doble potencia divina, número que el Creador «destina a los Elegidos Espirituales a quienes quiere favorecer y anteponer a la manifestación de su gloria» (I, 325) y con el que están marcados los propios Reconciliadores, ya que con este número se han realizado todas las reconciliaciones posteriores (I, 214).

Hemos visto la importancia que debían tener los Pasos a los ojos de los Elegidos Cohen, ya que el fenómeno sobrenatural obtenido con una operación es el sello, signo obligatorio de salvación, y que solo los Menores Espirituales podían recibir, contenidos como los demás hombres «en la forma de materia creada por Adán» y como ellos sometidos «en una espantosa prisión de tinieblas», pero condenados solo a una «privación limitada» (I, 38), cuyo signo de reconciliación anunciaba el fin. Así se abría la puerta de la salvación ante el testigo operativo de un Paso auténtico;

la luz que había vislumbrado era el anuncio y la promesa de la forma de gloria que un día revestiría. A partir de ese momento, sabía que, «reconciliado» aquí abajo, después de la muerte, podría terminar en el «círculo intelectual» la «reconciliación» con la «fuerza de su operación espiritual, que llamamos reacción de operación» (duplicación de la operación) (I, 47, 171), y ser finalmente reintegrado en el estado glorioso en el que se encontraba el Primer Hombre antes de la caída. Las experiencias legítimas que hacían nacer en el éxito de una Operación no podían sino incitarle a renovar una experiencia cuyos resultados favorables confirmaban las indicaciones dadas en la primera manifestación[51].

* * *

Es cierto que las Operaciones fueron para los discípulos de Pasqually un compromiso importante y la razón de ser de su asociación secreta. El objetivo principal del *Tratado de la Reintegración* consistía en ofrecerles una base teórica; su cosmogonía y antropología tenían como objetivo princi-

51 Es posible que el objetivo supremo de una Operación fuera obtener una verdadera aparición, es decir, una visión acompañada de fenómenos auditivos. Como hemos visto antes, es lo que afirmaba el abate Fournié. Su testimonio parece confirmado por un pasaje de *La Réintégration* (p. 271) donde Pasqually, presentando la epifanía que recibió Jacob como un modelo de «reconciliación perfecta», enseña que el Espíritu se mostró como «una visión natural que se le ofreció en forma humana» y le instruyó en «los medios de obtener del Creador lo que deseaba», de modo que «por este medio Jacob fue devuelto al poder espiritual divino». Pero los Elegidos Cohens no podían, por regla general, reclamar un favor tan excepcional, reservado en principio a los Elegidos Espirituales.

pal justificarlos en líneas generales. A la luz de las enseñanzas que se desprenden de la correspondencia de los adeptos sobre sus trabajos, muchos pasajes oscuros se aclaran y las alusiones, hasta entonces veladas por el estilo enfático y el lenguaje bárbaro del hierofante, se precisan con toda la claridad deseable.

El rasgo más destacado del misticismo de los Elegidos Cohen es, si consideramos los medios que utilizaban para obtener una respuesta a la pregunta que dirigían a la Divinidad, su carácter específicamente teúrgico. Todo místico busca, por definición, entrar en relación con el mundo trascendente, pero, al igual que en las relaciones que el hombre mantiene con lo divino hay un culto de latría[52] y un culto de dulía[53], existe un misticismo extático, que se lanza directamente hacia Dios, y un misticismo teúrgico, que se dirige a él a través de potencias secundarias, espíritus subordinados a la Causa Primera. El misticismo extático, aparentemente más ambicioso, dado el fin que se propone, es en realidad menos exigente, ya que no invade los derechos imprescriptibles de la omnipotencia divina y espera, humildemente solicitada y esforzándose por merecerla con el fervor de su fe y el ardor de su amor, la comunicación directa a la que aspira. El misticismo teúrgico, por el contrario, aunque proclama en voz alta su sumisión incondicional a la voluntad divina, sostiene, sin embargo, con medios coercitivos, que es con procedimientos mágicos, como se debe obligar a los Espíritus, agentes y emisarios de la Divinidad, a obedecer a la criatura humana, aunque solo sea para manifestarse ante ella. Es el tipo de misticismo que cultivaban los Elegidos Cohens.

52 El culto más elevado que se puede ofrecer a Dios. [NdT]

53 La veneración a los santos y a sus imágenes. [NdT]

El *Tratado de la Reintegración* niega al Menor, incluso al Menor Espiritual, la facultad de comunicarse directamente con Dios. Declara que, tras la caída de Adán, «el hombre ya no está frente a la Divinidad» (I, 332) y especifica que el Denario, número de la omnipotencia divina, «solo puede ser operado por el Creador», por lo que «ningún sabio ha hecho uso de este número, reservándolo siempre, por respeto, a la Divinidad» (I, 120). Pasqually sitúa, es cierto, el conocimiento intuitivo o «vía interior» de los místicos puros por encima del que se obtiene con la ayuda de los sentidos o «vía exterior», que es el resultado obvio de las Operaciones. Entre las «operaciones espirituales divinas» incluye el éxtasis: «separación en suspensión que le ocurre al alma cuando contempla el espíritu, porque el cuerpo material no puede participar en lo que ocurre entre el Menor y el Espíritu divino»[54] (I, 248). Cuando Moisés se postró en el Sinaí, su alma «se separó del cuerpo y se convirtió en un verdadero ser pensante. En ese estado, mi ser espiritual recibió las órdenes que el Creador le dio cara a cara» (I, 285). Pasqually sitúa en la categoría de visiones extáticas también ciertas comunicaciones de orden superior que, aunque solo intervienen espíritus intermediarios, se refieren a la vía interior, ya que no implican manifestaciones sensibles, no exigen ceremonias y no dependen en modo alguno de la voluntad del hombre. De hecho, si «los

54 Además, da una definición muy poco mística del éxtasis: «Cuando la contemplación es lo suficientemente fuerte como para afectar al alma, el cuerpo cae en una especie de inacción, no es susceptible a ninguna impresión, por la razón de que el alma se concentra enteramente en el objeto de su espiritual contemplación espiritual. Esto no significa que el alma esté desapegada del cuerpo. Sólo está separada de él en la acción espiritual y no en la naturaleza» (p. 249-250).

espíritus susceptibles de operaciones divinas con el Menor son todos los que habitan desde el mundo Supracelestial hasta el extremo de todos los mundos temporales» (I, 358), los del Supracelestial «operando y actuando sobre todo lo que existe espiritualmente, no están sujetos a los límites del universo y, al no haber para ellos ningún límite de materia, no pueden someterse ni asignarse a ninguna región elemental» (I, 352). Entrar en relación con los «espíritus puros del Supracelestial», es decir, con los más cercanos a Dios, significa «comunicarse directamente con el Eterno». Decir que Moisés penetraba en el Tabernáculo por la puerta de Oriente cuando «realizaba una parte de la acción de los habitantes espirituales del Supracelestial sin confundir la acción con ningún ser espiritual» significa, dado que la puerta de Oriente no es otra cosa que el corazón del Menor, que los Espíritus del Supracelestial se comunican con él por vía interior. Ahora bien, «con el corazón, el Menor recibe las mayores satisfacciones, como los mayores favores que el Creador le envía directamente a través de los habitantes del Supracelestial». El corazón, o puerta de Oriente, es superior al oído, «órgano de la concepción» (inteligencia de las leyes divinas por tradición oral), y a la puerta de Occidente, es decir, al ojo, «órgano de la convicción» (testigo de los Pasos) (I, 356, 358-359).

Pero Pasqually considera los «éxtasis de la contemplación divina», como la comunicación con los Espíritus del Supracelestial, el privilegio de aquellos que «nos han confirmado su realidad», la prerrogativa de los «sabios y fuertes elegidos del Creador», es decir, una élite muy rara (I, 249). El camino interior fue practicado por Abel, que «se esforzaba incesantemente por rendir al Creador cultos espirituales que sorprendían a toda la familia» y que eran «el tipo

real que el Creador debía esperar de su primer menor» (I, 66); por los cuatro hijos de la segunda posteridad de Noé, que practicaban un «culto espiritual» (I, 185) o «gran culto divino reservado a sus cuatro hermanos mayores» (I, 195), por los siete discípulos principales de los maestros espirituales de la segunda generación después de Noé, «que se dedicaron siempre al gran culto» (I, 207); por Enoc, por los diez Elegidos Espirituales, en particular por Moisés, cuyo «temor y trabajo son infinitamente mayores para este tipo de operaciones», que, sin embargo, como se indica para la operación espiritual de Abel, no duraba «ni una hora», ya que no requería toda la preparación y el ceremonial de las operaciones espirituales temporales (I, 69 y 351).

El Menor Espiritual, cualquiera que sea el celo y la virtud de su ordenación por Réau-Croix, no puede pretender tales privilegios. Todo lo que puede esperar de los Espíritus puros del Supracelestial es que se dignen entrar en su tabernáculo por la puerta de Oriente, para disponerlo «a recibir y soportar los efectos de todas las operaciones espirituales divinas que deben realizarse allí con el Menor». Así fortalecido por la gracia divina, se dirigirá a los Espíritus del Celestial como lo hacía Moisés en su segundo género de operaciones, dejando abierta «la puerta que da a la región celestial de la cabeza a la que es necesario que me dirija», es decir, utilizando, para «fijar» a los Espíritus y obligarlos a manifestarse, la influencia astral representada por el símbolo del Tabernáculo con las cuatro puertas, que son las «representaciones de las cuatro potencias espirituales que el Creador ha dado a su Menor, y con las que él puede hacer uso de los cuatro jefes regionales [Espíritus que presiden las cuatro secciones del horizonte] y de todo lo que depende de ellos». Porque «la llave de estas puertas (...) es el espíritu

que vela sobre cada una de ellas, que es el único que puede abrir o cerrar en beneficio o en perjuicio del Menor. Pero si el Menor no puede abrir estas puertas, puede hacer que se abran y se cierren cuando quiera» (I, 359).

El éxito de una operación espiritual temporal, caracterizada por un fenómeno que cae bajo el control de los sentidos, depende, por tanto, de tres factores: el consentimiento del Creador, la intervención de un Espíritu Mayor, de cuya hipóstasis es el Reconciliador, y, por último, la acción ejercida por la voluntad del operante sobre el ser que invoca. Lo cual prueba la reconciliación del Primero Menor, que se llevó a cabo con la concurrencia de la intención del Padre, la voluntad del Espíritu intermediario y la palabra de Adán (I, 60).

Una vez salvaguardada la libertad del Padre y de los habitantes del Círculo Denario, el *Tratado de la Reintegración* concede al Menor una autoridad efectiva sobre los Espíritus de los demás círculos, ya que el Creador, aunque no devolvió al Adam reconciliado más que un poder inferior al que poseía antes de la culpa, le concedió sin embargo «poderes a favor y en contra de todo ser creado» (I, 24, 50) y que «no hay distinción alguna entre la sumisión en la que el Menor mantiene a los espíritus buenos y aquella en la que mantiene a los espíritus malos» (I, 19). No solo para animar a aquellos discípulos que desesperaban de ver llegar «su tiempo y su felicidad» Pasqually solía decirles, aludiendo a los espíritus que invocaban sin éxito: «¡El hombre es su Maestro!» (II, 110); el *Tratado* afirma a propósito que «el hombre puede a veces salir de esta privación [autoridad sobre los Espíritus] de la potencia cuaternaria que nos fue quitada por la prevaricación de Adán (…) durante su curso natural» (I, 219), lo que significa que las Operaciones

de los Elegidos Cohen podían devolverles, al menos temporalmente, la facultad de mandar a los Espíritus, objetivo esencial de la magia teúrgica.

Capítulo V
Las Operaciones y el Culto divino

Pasqually, en el *Tratado de la Reintegración*, no solo enseña una economía de la salvación para uso de los «hombres del deseo», sino que también pretende hacer una labor histórica al presentar el culto secreto practicado por los Elegidos Cohens como la única religión positiva que ha existido en espíritu y en verdad desde los orígenes de la Humanidad y cuyas huellas se encuentran en los documentos más antiguos y respetables; esta disciplina arcana interesa a la historia de la civilización por otras dos razones: es la fuente común en la que los primeros pueblos se inspiraron para organizar la vida social y une, en una audaz síntesis, la adoración de un Dios totalmente espiritual con el respeto de las tradiciones astrológicas de la antigua Asia.

Las Operaciones a las que se dedican los Elegidos Cohen son la forma auténtica, pero conocida solo por los iniciados, del verdadero culto divino, cuyo fin último es producir «los frutos espirituales derivados de sus operaciones espirituales temporales» (I, 127), es decir, hacer aparecer «el Espíritu que el Sabio (el iniciado) sometió con la fuerza de su operación» (I, 200). Los diez «cultos» (ceremonias rituales) que componen el servicio divino concurren a tres fines principales, que son esencialmente los perseguidos por las Operaciones. Los «cultos de expiación» y «de gracia particular general» deben apaciguar al Creador y atraer su

benevolencia sobre los hombres, de los que forma parte el operante, y sobre la tierra donde reside actualmente. Los cultos «contra los demonios», «de preservación y conservación», «contra la guerra», «para oponerse a los enemigos de la ley divina», alejan a los espíritus perversos. Los cultos «para hacer descender el Espíritu divino», «de fe y perseverancia en la virtud espiritual divina», «para fijar el Espíritu conciliador divino en sí mismo», «anuales o de dedicación de todas las operaciones al Creador» tienen por objeto obtener manifestaciones (I, 220). La lucha de Moisés, dotado de «poder espiritual», contra los tres magos de Egipto que, en presencia del Faraón (tipo del Príncipe de los demonios), no cesaron de oponerse a las «obras espirituales» del Reconciliador de los Judíos «hasta la novena operación que realizó en gloria del Creador» nos enseña que «el verdadero culto al Creador, como su ceremonial, siempre ha permanecido entre los hombres de la tierra y permanecerá hasta el fin de los siglos. Pero la debilidad y la iniquidad de los hombres les han hecho abandonar a menudo esos conocimientos divinos para dedicarse únicamente a los de la materia, y eso es lo que representaban los tres magos de Egipto» (I, 257).

El verdadero culto consiste esencialmente en establecer relaciones entre los seres humanos y los espíritus divinos, ya que el Creador ha establecido «la inmensidad supracelestial para fijar el orden y las leyes ceremoniales que los espíritus emancipados deben cumplir en toda la extensión de los tres mundos temporales en correspondencia con los espíritus emanados de la inmensidad divina» (I, 328). Pero este culto no puede ser totalmente espiritual, porque el Menor caído se ve obligado a recurrir a la materia para comunicarse con los Espíritus: «el culto que el hombre debía

cumplir en su estado de gloria, al estar fijado con un único fin (ser únicamente una comunicación intelectual con Dios), habría sido completamente espiritual, mientras que el que el Creador exige hoy a la criatura temporal tiene dos fines (dos caracteres): uno temporal y otro espiritual» (I, 31). Por lo tanto, las Operaciones son en parte espirituales, dado que su finalidad es la relación con un Espíritu, y también por el fervor que anima al hombre de deseo; desde este punto de vista, son el «tipo real del culto que el Creador debía esperar de su primer menor» (I, 66); pero son también en parte temporales (materiales), ya que el menor solo puede conocer el Espíritu divino a través de manifestaciones sensibles y tras ceremonias rituales en las que los elementos y los cuerpos: el fuego, el agua lustral, el aire agitado por la voz del operante o cargado de perfumes, el yeso que sirve para trazar las figuras geométricas y los jeroglíficos, gestos de defensa o propiciatorios, postraciones, holocaustos, juegan un papel obligatorio[55].

La *Biblia* interpretada y completada por el Maestro de los Elegidos Cohen nos enseña cómo el verdadero culto divino fue revelado y transmitido por tradición secreta. El ceremonial de las Operaciones fue enseñado a los Menores Espirituales por los Elegidos, que habían recibido la inspiración divina o a quienes Dios había enviado sus instrucciones a través de un emisario celestial y que habían probado la realidad de su misión con manifestaciones sobrenaturales que eran capaces de provocar. Por ejemplo,

55 Un pasaje del *Tratado* (p. 204), que considera las «operaciones espirituales divinas» como el medio de «mantener el espíritu divino en los discípulos», parece indicar que el culto espiritual consistía en oraciones e invocaciones; en este caso, el culto temporal se habría referido específicamente a las operaciones, que utilizaban figuras, perfumes y velas y provocaban fenómenos sensibles.

cuando Abel celebraba el culto divino junto a sus hermanos, los «signos» solo iban hacia él; por lo tanto, Abel instruyó a su padre Adán (I, 69). Set transmitió a su hijo Enós «todas las ceremonias de la operación divina, espiritual y terrenal» (I, 219). Enoc, de la séptima generación después de Set, que no debe confundirse con Henoc, hijo de Caín y fundador de la ciudad que lleva su nombre, fue «el gran tipo del ceremonial y del culto divino entre los hombres del pasado». Hijo de Jared o Ared, cuyo nombre significa «iluminado por Dios», no era «más que un Espíritu santo con una forma corporal de materia aparente». Constituyó un cuerpo de iniciados que eligió entre los descendientes de Set y Enós, a los que prohibió toda alianza con los «hijos de los hombres», es decir, con los descendientes de Caín. A sus discípulos les prescribió un ceremonial y una regla de vida para poder invocar al Eterno en santidad» (I, 54, 55). Los siete Menores Elegidos de la segunda posteridad de Noé, que «fue verdaderamente posteridad de Dios, ya que fue concebida (como Abel) sin el exceso de los sentidos de la materia», de modo que los descendientes de Noé que formaban parte de ella fueron llamados por él «hombres-dioses de la tierra», «no estando absortos más que en las operaciones divinas que miraban a la mayor gloria del Creador» [a las manifestaciones] y recibieron «todas las leyes de orden inmutable que debían observar posteriormente en sus diferentes operaciones» (I, 187). Encargados de restaurar el culto divino en la tierra después del diluvio y la nueva alianza de Dios con los Menores Espirituales, formaban una élite en la humanidad renaciente. Como no habían participado en la «división de la tierra», «verdaderos pensadores de la sola Divinidad» [en comunicación directa con Dios mismo], solo realizaban obras espirituales y, aun-

que «estaban contenidos en forma corporal, disfrutaban de las mismas virtudes y los mismos poderes [poder de mando sobre los espíritus buenos o malos] de los que gozaba Adán en su estado de gloria».

Los cuatro primogénitos de los siete hermanos, cuyo número completo representaba a los Espíritus Superiores, formaban el grupo de los Elegidos privilegiados sometidos a una ascética rigurosa. Al estar consagrados por completo al culto del Creador, no tomaron esposa. El culto divino que practicaban estaba regulado «de manera diferente a como habían sido reguladas esas mismas cosas por sus predecesores, que practicaban un culto mixto de lo espiritual y de lo material terrenal», de modo que «la conducta en todas sus operaciones espirituales es un misterio para los hombres temporales terrenales que solo se ocupan del culto de la tierra» (I, 185-186). Los últimos tres hermanos eran doctores de un culto adaptado a la naturaleza primitiva de los Menores. Estos no participaban en la «operación del gran culto divino» (comunicación intelectual con la Divinidad o con los Espíritus del círculo divino), que estaba reservada a los cuatro hermanos mayores. Debían «practicar dos cultos: uno temporal terrenal y otro espiritual simple» (I, 194). Después de recibir las instrucciones necesarias y «estar seguros de la voluntad del Creador por medio de sus operaciones espirituales divinas» (después de obtener las manifestaciones), fueron a evangelizar las tres regiones terrestres: Oeste, Sur y Norte, habitadas por los descendientes de Sem, Cam y Jafet (I, 196). Estos menores ignorantes solo sabían «que existía un ser omnipotente por encima de toda cosa creada» y lo llamaban «Abavin 8», que en su lengua significaba rey: «Espíritu doblemente fuerte con el que el Creador ha obrado todas las cosas» [el Demiurgo]

(I, 185). Los tres misioneros perpetuaron «entre los hermanos el ceremonial del culto divino» (I, 196) y «obraron tan grandes prodigios entre aquellos pueblos (manifestaciones obtenidas por las Operaciones) que no tuvieron dificultad en someterse a las instrucciones», pero comenzaron a predicarles «una doctrina puramente temporal» [religiones históricas, en particular el culto a Jehová] con el fin de ponerlos a su alcance y luego elevarlos del culto temporal al culto espiritual (I, 197). Por último, «les hicieron observar las meditaciones, las oraciones y el ceremonial conveniente para prepararse para las diferentes operaciones que debían realizar» (I, 198).

Cuando la posteridad de Noé y la de los tres misioneros se hicieron demasiado numerosas, cada uno de estos últimos dio a su hijo «por orden del Creador» la instrucción espiritual divina sobre los diferentes cultos (...) la última [suprema] ordenación y la bendición espiritual» (I, 206) y «hicieron reconocer claramente (con una Operación exitosa) las virtudes y los poderes que les habían sido concedidos por el Eterno». Los tres nuevos Sabios eligieron a siete elementos más celosos y «los emplearon en las operaciones del culto divino (...) ya que el deber y el derecho de esos jefes era hacer una elección espiritual» (I, 207).

Después de esa época se presentaron otros «sucesores profesores espirituales» surgidos de Dios como los anteriores. Como sus descendientes habían aumentado cada vez más en las tres partes de la tierra, cada uno de los tres nuevos jefes eligió a veintiún sujetos, en total sesenta y tres. «Los siete principales operantes fueron siempre reservados al gran culto por una parte y por otra [en cada región] y los catorce sujetos que quedaban estaban destinados a la instrucción espiritual del pueblo» (I, 207).

La tradición del verdadero culto divino estuvo a punto de interrumpirse por la prevaricación de Jacob y de sus hijos, que se dejaron llevar por su prosperidad material. El príncipe de los demonios persuadió a Jacobo para que le rindiera culto. El patriarca estudió las «ciencias materiales demoníacas» y se propuso «ponerlas en práctica y operarlas» (I, 207). Al ponerse el sol, invocó al Demonio en el monte Moria o Mahanaim, cuyo primer nombre está compuesto por «Mor», es decir, «destrucción de las formas corporales aparentes» [sensibles], y «ia», que significa «visión del Creador», y el segundo equivale a «los dos campos», el de los demonios y el de Dios (I, 228, 230). Tan pronto como Jacob hizo la invocación, el Señor le hizo aparecer un ángel en forma de hombre. Irritado por los reproches que le hacía el ángel, Jacob se abalanzó sobre el mensajero divino, iniciando una lucha que duró toda la noche y de la que salió cojo. Entonces se arrepintió de su prevaricación. Para responder a sus súplicas «con vistas a una reconciliación perfecta», el Señor le envió una «visión natural (que Jacob percibió con sus propios ojos) que se le presentó en forma humana». Este Espíritu enseñó a Jacob «los medios para obtener del Creador lo que deseaba... lo bendijo y lo ordenó de nuevo»[56] (I, 120).

56 Pasqually utiliza a menudo las palabras «bendecir» y «bendición» en el sentido de restablecer comunión con la divinidad. En este sentido deben entenderse expresiones como «Dios bendice a Adán» y «Dios bendice la creación». La relación entre «bendición», entendida como manifestación sobrenatural, y «culto divino», asimilado a las Operaciones es claramente establecida por el propio Pasqually en el siguiente fragmento: «Bajo el nombre de bendición Esaü quiso intentar obtener de su padre algún poder o don espiritual [la capacidad de provocar manifestaciones], viéndose incapaz de realizar ningún culto divino para gloria del Creador». (p. 225).

El patriarca fue «reinstaurado en el poder espiritual divino para ejercer (...) tras su ordenación los diferentes cultos divinos». Sin embargo, se le impuso una penitencia de cuarenta años. Al final de este período de «privación», se dirigió al monte Moria hacia la sexta hora y, «habiendo preparado todo para la operación [trazado los círculos y las figuras], repitió la oración desde la sexta hora hasta la mitad de la noche. Entonces recitó las invocaciones necesarias para detener definitivamente los efectos de la justicia con la que el Rey de la Creación le había amenazado a través de su ángel [exorcismo de los demonios]. Lo consiguió según su deseo y cuatro ángeles vinieron a instruirlo sobre lo que aún debía hacer para obtener del Creador la reconciliación completa». En el octavo día después de su última operación, Jacob se puso en camino para volver a la cima de la montaña y, al llegar al final del noveno día, al ponerse el sol, «se preparó como de costumbre para llevar a cabo la última reconciliación». En medio de la noche recibió «la certeza de su perfecta reconciliación», pues vio a siete Espíritus que «subían y bajaban sobre él». Entre ellos reconoció al que lo había herido y a los cuatro ángeles que habían venido a instruirlo; también vio la «gloria del Creador» en el lugar por donde salían y entraban los ángeles. Tras esta visión, Jacob «se comprometió a practicar exactamente el culto divino en el futuro»[57] (I, 271).

Moisés, que restableció el culto divino tras la huida de Egipto, invocó al Creador para saber si el sacrificio que había hecho le había sido agradable; el Creador le envió un ángel que le hizo saber al jefe de los hebreos para qué es-

57 La visión de Jacob se representa así como el tipo de operación exitosa, y este éxito es la prueba y el sello de la reconciliación. de la reconciliación.

taba destinado. Cuando Moisés realizó la segunda Operación entre el desierto y el monte Horeb, el Espíritu divino lo llamó por su nombre y le instruyó sobre la manera en que entraría en el «círculo del esplendor del fuego divino» que rodeaba el monte Horeb, montaña «llamada misteriosamente Zarza Ardiente» (que los iniciados consideran el lugar donde tuvo lugar una manifestación gloriosa). Allí recibió del Señor las cuatro potencias divinas «necesarias para ir a actuar contra las cuatro regiones demoníacas», es decir, los mismos poderes con los que había sido investido Adán en su estado de gloria (I, 246-248, 250). «Lo cual nos hace ver que todo hombre de deseo puede muy bien obtener del Creador este cuádruple poder, aunque revestido de un cuerpo material» (I, 251). Moisés dio una notable prueba de este cuádruple poder durante la lucha con los magos de Egipto. Cuando, en el segundo día que debía poner fin a las operaciones espirituales divinas del Elegido en tierra de Egipto, uno de los magos esclavos de los demonios se atrevió a acercarse a él y entrar en el círculo que había trazado sobre su mano. Moisés lo rechazó apoyando dos dedos de la mano derecha sobre su pecho y pronunciando un conjuro. Tan pronto como terminó, «se produjo en el cuerpo del mago un cambio que maravilló (aterrorizó) a todos los presentes»[58].

58 Este acto de Moisés es, para utilizar el lenguaje de Pasqually, el «tipo» de poder que posee el Operante para obligar a los espíritus malignos a despojarse de la forma falsa que han adoptado para engañarle. El gesto indicado, que se parece al signo defensivo utilizado contra la *jettatura* [palabra en desuso que significa influjo maléfico que se cree que pueden ejercer ciertas personas u objetos, causando mala suerte o desgracia, NdT], figuraba probablemente en el ritual en la época de las exconjuraciones [acción o rito de exorcismo o expulsión de espíritus malignos, NdT].

Después de cruzar el Mar Rojo, «Moisés comenzó a establecer el culto divino en Israel» y «regeneró» en el espacio de cuarenta y nueve días todos los diferentes cultos (I, 269). El culto divino también fue practicado por Salomón en el templo de Jerusalén, donde se utilizaban «diferentes maderas y diversos perfumes consagrados al sacrificio [culto]» (I, 220).

* * *

El *Tratado* continúa detallando la equiparación del culto divino mencionado en la *Biblia* con las Operaciones de los Elegidos Cohens.

El ceremonial de los actos religiosos realizados por los Patriarcas y los Profetas se representa idéntico al ritual observado por los Réau-Croix. El don concedido a Adán, Set, Enoc y Noé de «construir edificios espirituales para la gloria del culto del Creador» (I, 191) alude claramente a los trazados de la Cámara de Operaciones. Abel realiza la primera operación trazando «los círculos adecuados en cuyo centro ofreció los primeros perfumes» y «ofrecía su forma corporal en holocausto al Creador postrándose humildemente» (I, 70). Set enseña a su hijo Enós «todas las ceremonias de la operación divina, espiritual y terrenal, celeste, acuática y ardiente», es decir, consulta el curso de los astros y utiliza en los actos litúrgicos el agua lustral, las llamas del luminario y el fuego nuevo. Enoc, «gran tipo del ceremonial y del culto divino», fue el primero en erigir entre los descendientes de Set «un altar de piedra blanca diferente de lo que llamamos mármol» [círculo trazado con yeso]; «en el centro de este altar, Enoc recibía el fruto de su culto [manifestaciones luminosas] y se ofrecía a sí mismo

en sacrificio» [postraciones]; admitió a sus discípulos «al conocimiento de sus obras místicas católicas» [repertorio general de jeroglíficos que representan a los espíritus invocados por el operante] y mandó levantar «un edificio con un solo espacio» [la Cámara de Operaciones) (I, 102-105). El primogénito de la segunda posteridad de Noé fija «el intervalo de tiempo necesario para la operación». Primogénito de siete hermanos, utiliza el incensario y ofrece un holocausto al Creador; es el primero en pronunciar en voz baja «la gran invocación para el descenso del Espíritu para consumar el holocausto de expiación y reconciliación» (I, 187). Sus tres hermanos menores, «los tres maestros espirituales», colocan a sus discípulos en el «círculo misterioso de la operación» y los mantienen allí «el tiempo necesario para realizar, sin demasiada precipitación, el trabajo espiritual que se les ha indicado» (I, 199).

La maga de Endor se convierte en un «hombre del Eterno, un Elegido Espiritual, aunque sea mujer». Dice ella: «Entiende las palabras que te digo según el espíritu que me da vida y por voluntad de aquel que anima». Promete a Saúl, si se libera de las sugerencias del demonio, el «fruto de las operaciones y los trabajos que voy a comenzar a instancias tuyas».

Para subrayar mejor que la ceremonia de evocación se ha convertido en una «Operación», Pasqually se cuida de señalar que la maga «invoca al Eterno» antes de dar «comienzo a la operación». La aparición de Samuel, que en la *Biblia* permanece invisible para Saúl, pero que la pitonisa ve bajo la apariencia de un «Elohim anciano y cubierto con una túnica sacerdotal» (mehil), se convierte en el *Tratado* de Pasqually en «el espíritu de Samuel, revestido de un cuerpo de gloria aparente» que la maga muestra a Saúl

diciéndole: «Señor Rey, aquí está el que sabe más que yo» (I, 378-387).

La razón mística de ciertos actos prescritos por el ritual se pone de manifiesto en el comentario de la *Biblia*. Postrándose en el círculo que acaba de trazar, el operador ofrece, siguiendo el ejemplo de Moisés, su cuerpo y su alma por la liberación de sus hermanos: antes de subir al Horeb, el jefe de los hebreos, postrándose, había «ofrecido por segunda vez el sacrificio de sí mismo en tres partes distintas: su alma, porque nada más perfecto puede ofrecerse al Creador que el Espíritu menor, que se asemeja al Espíritu divino, su corazón o la potencia espiritual que el alma recibe en el momento de su emanación, su cuerpo para expresar las tres esencias espirituales de las que derivan todas las formas contenidas en el universo» (I, 246-248). Después de entrar en la Zarza Ardiente, despojado de todo metal y materia impura, se postró «con el rostro en tierra, el cuerpo completamente extendido, símbolo del reposo de la materia abatida por la presencia del Espíritu del Creador o de la necesaria reintegración de todas las formas corporales particulares en la forma general» (I, 248).

El holocausto que precedía a la ordenación de los Réau-Croix era una réplica de la «gran operación que Moisés realizó antes de la salida de Egipto» y de la que el *Tratado* aporta su sentido místico. «Moisés tomó un cordero blanco de un año, sin mancha exterior ni interior. El cordero (...) representa la pureza del cuerpo y del alma de los hijos de Israel… Moisés había ordenado (...) a los israelitas que degollaran y desollaran el cordero que habían elegido... Luego debían cocerlo, comer su carne desde la cabeza hasta la mitad del cuerpo y quemar el resto en el fuego. Con la cocción del cordero, Moisés representaba a los israelitas

la purificación de su forma corporal, para disponerse a la comunicación del intelecto espiritual divino; y, ordenando quemar lo que quedaba del cordero, quería representarles la reintegración de las esencias espirituales en el eje central del que derivaban» (I, 253).

La cooperación simpática de los Réau-Croix en las obras de cada uno de ellos se indica claramente en los relatos bíblicos apócrifos. Adán se unió a sus dos hijos para un «culto de operación divina» (I, 69). Enoc había reunido a sus discípulos para «asistirlo en sus santas operaciones» (I, 105). Cuando el primogénito de la segunda posteridad de Noé «estaba solo ante el altar de los sacrificios» [en el círculo], «sus tres hermanos estaban inmediatamente detrás de él, en línea recta, como principales asistentes en la gran operación del culto divino» [velas de representación]. «Lo cual fue repetido por Moisés, asistido en las operaciones por Aarón, Ur y Bezalel. Aarón repitió lo mismo haciendo que sus hijos asistieran (cooperaran) en su trabajo. El mismo orden se siguió en el servicio del Templo de Salomón» (I, 195). Cuando Moisés emprendió la décima y última operación ante el Faraón, se hizo secundar en esa prueba suprema por la colaboración de Aarón, Ur y cuatro sabios judíos (I, 255).

Por último, la *Reintegración* encuentra también en la *Sagrada Escritura* rastros de la «tracción operada por la Cosa», de la que habla Pasqually en su correspondencia. En el momento del asesinato de Abel, Adán y sus dos hijas, que fueron testigos, «cayeron rendidos», «Esto se debía a la visión que tuvieron en la naturaleza efectiva del Menor y del Mayor espiritual de Abel y que no pudieron soportar sin caer en desmayo» (I, 74).

Tras el asesinato de Abel, «una voz espiritual divina» preguntó a Caín qué había hecho con su hermano, y el asesino respondió con arrogancia: «¿Acaso soy el guarda de mi hermano?». Entonces, «el Espíritu ejerció sobre él una atracción tan grande, tanto sobre su forma corporal como sobre su ser menor, que inmediatamente fue derribado» (I, 90). Cuando los dos hijos de Tubalcaín, a punto de atravesar con flechas a Booz, que acababa de matar por error a su padre Caín, oyeron una voz sobrenatural que les prohibía disparar, cayeron redondos y perdieron el conocimiento (I, 93). En el momento en que Abraham levantó el cuchillo sobre Isaac, el Espíritu divino, invisible pero presente, «provocó una atracción tan fuerte sobre Abraham que lo derribó y le impidió terminar el sacrificio» (I, 218). Cuando Jacob quiso sacrificar al demonio, «la presencia de ese espíritu causó una gran impresión o electrificación en las esencias corporales y espirituales de Jacob, que quedó abatido». Luego, cuando amaneció y puso fin a la lucha que el patriarca había sostenido toda la noche contra el ángel, «el Espíritu provocó una fuerte atracción sobre la persona de Jacob, hasta el punto de insensibilizarle el tendón de Aquiles». Finalmente, cuando Jacob inició la segunda operación de reconciliación, «el fruto [resultado] de su operación le atormentó tan fuertemente que no pudo mantenerse en pie»; tuvo que acostarse sobre su lado izquierdo con la cabeza apoyada en una piedra, para considerar «en esa posición todo lo que le provenía de su trabajo espiritual divino» (I, 228-229, 232). Saúl, tan pronto como vio a la pitonisa en acción, «comenzó a temblar y a estremecerse como una hoja. La pitonisa, al verlo combatiendo por la fuerza de la operación, le dijo: Teme ante el Espíritu del Señor» (I, 337).

* * *

Hemos visto en el capítulo que trata de las operaciones que su fecha estaba fijada en virtud de cálculos cuyos elementos y resultados eran desconocidos para la ciencia profana. En la base de esta cronología mística estaba lo que Pasqually llamaba «el año misterioso» y afirmaba, por otra parte, que el arte de medir la duración había sido enseñado a los hombres por los Elegidos Espirituales y que todas las divisiones del tiempo, utilizadas a lo largo de los siglos por las distintas naciones, habían sido tomadas de la cronología sagrada. En apoyo de esta última tesis, daba un solo ejemplo, pero presentado ingeniosamente. Según él, los descendientes de Sem, Cam y Jafet, que «vivían más o menos como las bestias, no habían regulado entre ellos las horas, los días, los meses, los años y las estaciones (...) toda su ciencia temporal y espiritual se limitaba a la diferencia entre el día elemental y la oscuridad». Los tres sabios que vinieron a instruirlos «comenzaron por establecer entre ellos una medida del tiempo, que regularon según la división espiritual (...) esta ley era indispensable para establecer el culto divino entre esas naciones» (I, 197). Les hicieron comprender que la noche «no estaba hecha [no existía, no era un obstáculo] para el Menor Espiritual divino, ya que este ser no podía permanecer sin acción en relación con su naturaleza espiritual (I, 198), que no tiene en cuenta la noche impuesta a los descendientes de Adán y que los días de trabajo del Espíritu que el Sabio obligó con la fuerza de su Operación, no se calculan como días de trabajo material»[59]. (I, 186).

59 Este pasaje es una justificación dogmática del ritual que situaba las Invocaciones y Operaciones de los Elegidos de Cohens durante la noche.

Los tres misioneros enseñaron a sus discípulos el culto establecido por los cuatro hermanos primogénitos que se habían sucedido cada seis horas en el «círculo misterioso» desde la salida del sol, de modo que «las cuatro operaciones de los discípulos comenzaban con la salida del sol y terminaban con la puesta del sol». A partir de esta primera operación comenzó el primer cálculo de los hijos de Noé (I, 200). La noción del día nictémero [que tiene la duración de un solo día y es efímero, NdT], que Pasqually llama «día temporal ordinario de la naturaleza universal», fue dada a los hombres por la suma de las cuatro operaciones sucesivas.]stos eran, «según la convención misteriosa, espiritual y temporal» de los iniciados, otros tantos «días espirituales», ya que cada operación, «al completarse en un intervalo de seis horas [durante seis horas], forma efectivamente un día, en relación con el culto espiritual divino (I, 200) y el «Primer Sabio», el primogénito de la segunda posteridad de Noé, había fijado el intervalo [duración) de los tiempos necesarios para las operaciones «al cuarto de los días ordinarios» (I, 98), de modo que «la operación realizada por los cuatro discípulos fue el comienzo de su cálculo diario» (I, 200), es decir, un «día espiritual». Por otra parte, dado que se necesitaban «cuatro días consecutivos de Operaciones espirituales» (cuatro ceremonias sucesivas, cada una de las cuales duraba seis horas) para fijar «un tiempo completo al Espíritu» (al final del cual el Espíritu debía manifestarse) «en favor de aquel que lo obra y lo invoca» (I, 200), las veinticuatro horas del «día temporal ordinario de la naturaleza universal» representaban también el tiempo que los iniciados debían dedicar a sus operaciones para obtener los Pasos y, por lo tanto, existía una unidad de medida común entre las dos cronologías «civil» (profana) y sagrada.

Podía esperarse que, hablando de este dato, Pasqually estableciera las diferentes divisiones y la duración de este «año espiritual» del cual el «año civil» sería el reflejo. Pero las indicaciones que da el *Tratado* sobre el año misterioso son confusas y contradictorias, y en vano trataríamos de descubrir sus elementos y su naturaleza en los pasajes en los que vaticina este tema. Aunque afirma que «los tiempos convenientes para las operaciones del culto divino han sido regulados y fijados entre los hombres desde el principio» y que «todas estas cosas han sido transmitidas por el Espíritu divino y no derivan de convenciones humanas» (I, 211), no nos presenta el año espiritual como una medida de tiempo inmutable e independiente de la arbitrariedad humana. Por el contrario, nos muestra que se alarga y se diluye a lo largo de los siglos, de modo que las ceremonias cultuales, reunidas al principio en un breve período de tiempo que llenaban por completo, se van espaciando cada vez más a medida que nos acercamos a la época contemporánea.

Compuesto inicialmente, en el período de la segunda descendencia de Noé, por 28 «días temporales» durante los cuales los siete discípulos de los tres «maestros espirituales» se alternaban cuatro veces para realizar las cuatro operaciones sucesivas (I, 205), el año espiritual pasa a ser, a partir de la generación siguiente y durante 150 años, igual a siete semanas ordinarias durante las cuales los siete discípulos encargados del culto no realizan más que una operación en veinticuatro horas[60] (I, 207). Luego, «tres maestros espirituales, suscitados por Dios como los anteriores», reducen el número de operaciones realizadas por sus siete discípulos principales a dos por cada 28 días temporales,

60 Al menos eso es lo que podemos suponer a partir de un texto especialmente oscuro que, obviamente, ha sido alterado.

fijando la duración del año espiritual en aproximadamente tres meses ordinarios que comprenden siete operaciones (I, 205). Este cálculo permaneció en vigor durante un siglo y medio. Finalmente, el año espiritual adquirió un valor diferente en cada una de las tres naciones instruidas por los Elegidos. Los pueblos descendientes de los tres hijos de Noé adoptaron «antes de ser separados vergonzosamente del culto divino y dispersos entre los pueblos» tres tipos de «cálculo espiritual» o cálculo místico. Los descendientes de Cam conservaron el año sagrado de tres meses, los de Sem, de seis meses, y los de Jafet, de doce meses, como año civil (I, 209).

Entre los judíos, en la época de los patriarcas, no encontramos más rastro del año sagrado que las cuatro operaciones de seis horas o «días espirituales», «división del tiempo de la ceremonia de la oración y del culto divino que practicaban Abraham, Isaac y Jacob» (I, 201), pero sin que se diga cuántas veces tenían lugar estas operaciones durante un año ordinario. Solo sabemos que «Jacob realizó, en un mismo día, cuatro operaciones divinas, a intervalos de seis horas. Luego, durante seis días consecutivos, realizó una operación de vigilia espiritual divina[61], lo que hace un total de diez operaciones en siete días. El total de estas operaciones comprende el número denario consagrado a la Divinidad y el número septenario consagrado al Espíritu» (I, 233). El *Tratado* no es más claro en lo que respecta a Moisés; simplemente dice que, al restablecer el culto divino, el legislador de los judíos instituyó de nuevo las cuatro vigilias «diarias» (de 24 horas) o cuatro oraciones de seis horas, y volvió a poner en vigor las cuatro operaciones anuales, de las cuales la última representa «la gran operación de Moisés en acción de gracias por los beneficios que había recibido» (I, 139).

61 Con otro nombre, son las Invocaciones de los Elegidos Cohens.

Sería difícil adivinar a partir de indicaciones tan vagas los principios en virtud de los cuales Pasqually calculaba las fechas de su año, que tenía todas las razones para llamar «misterioso». En esta niebla, en la que el autor se perdía como sus lectores, se vislumbran dos puntos de referencia: el valor místico del número de operaciones sucesivas, puestas bajo la invocación del Denario, del Septenario y, sobre todo, del Cuaternario, y una doctrina astrológica cuya influencia se intuye al ver la importancia que Pasqually atribuía a las fases lunares y a los equinoccios para determinar la fecha de las operaciones a las que debían consagrarse los Réau-Croix.

* * *

Esta doctrina se expone con gran claridad en el *Tratado de la Reintegración*. «Los cuerpos de estos habitantes del mundo (celestial, es decir, los astros) forman una esfera que es mantenida y dotada de sustancia directamente por el fuego de los espíritus del eje del que emanan estos cuerpos. Por eso su duración está fijada por un tiempo que es como una eternidad en comparación con la duración del cuerpo de los habitantes del mundo material» (I, 334).

Los cuerpos celestes son los «vehículos» del fuego del eje central que ha «activado las tres esencias espirituales: mercurio, azufre y sal, para cooperar en la formación de todos los cuerpos» y «sobre este vehículo, los espíritus del eje actúan continuamente para el mantenimiento y el equilibrio de todas las formas». Así nació y se alimenta la «vida pasiva (vegetativa) a la que está sometido todo ser con forma, ya sea celeste o terrestre» (I, 136).

Los astros se dividen en círculos planetarios. Cada uno de estos círculos está compuesto por seis estrellas principales iguales en tamaño, virtud y potencia «que reciben la orden de acción, movimiento y operación de la estrella superior que se encuentra en el centro de las seis que componen el círculo planetario» (I, 135). «La estrella del centro es el ser planetario superior; esta estrella gobierna los cuerpos planetarios mayores e inferiores y se llama superior porque sobre ella se expande inmediatamente la influencia solar. Esta estrella superior transmite lo que ha recibido a las estrellas planetarias mayores que adornan su círculo; las mayores lo comunican a una infinidad de pequeñas estrellas que están en conjunción con ellas y que llamamos signos o cuerpos planetarios inferiores; estos signos inferiores, después de recibir la influencia de los superiores y de los mayores, la derraman con exacta precisión sobre los cuerpos terrestres groseros» (I, 137). De este modo, los siete círculos planetarios, o siete cielos, reciben del Supracelestial todas sus virtudes y todos sus poderes y luego los comunican al cuerpo general terrestre (I, 282), de modo que los siete planetas «operan para la modificación, la temperatura y el sostenimiento de la acción del universo» (I, 236) y los siete círculos planetarios contienen los «siete agentes principales de la naturaleza universal» (I, 286).

Los siete círculos planetarios se dividen en tres grupos correspondientes a los tres círculos en los que, como se ha visto anteriormente, «los espíritus menores realizan sus operaciones espirituales puras y simples, para alcanzar la reconciliación y la reintegración en lo Supracelestial» (I, 285). El Círculo Racional es idéntico al Círculo de Saturno o Saturnario I, el más elevado de todos los círculos celestes. Este círculo superior separa de los cuatro círculos Supra-

celestiales todos los demás círculos planetarios del mismo orden. Los demás círculos planetarios, Sol, Mercurio, Marte, Júpiter, Venus y Luna están «comprendidos en la inmensidad del círculo sensible» (I, 285). Por otra parte, existe una correspondencia y un vínculo íntimo entre los círculos Saturno I, del Sol, de Mercurio y de Marte, que «repiten todos juntos la verdadera figura del Supracelestial» (I, 301) porque «la división de la inmensidad divina en cuatro dominios (superior, mayor, inferior y menor) se repite en el celeste [dominio mayor] por los cuatro círculos que marcan los cuatro horizontes celestes» (I, 330). Así, estos cuatro círculos se denominan «círculos celestes mayores». «Son más fuertes en acción y reacción que los tres círculos planetarios que se encuentran debajo de ellos (...) debido a la proximidad inmediata (...) con el Supracelestial». Sus cuatro planetas gobiernan los tres planetas inferiores: la Luna, Venus y Júpiter, «situados en los tres ángulos del último triángulo celeste», también llamado «triángulo sensible simple» (I, 331). Desde estos tres últimos planetas «el cuerpo general terrestre es sostenido [y] mantenido en el movimiento y la acción convenientes para la vegetación [vida] que le es natural. Júpiter (...) coopera en la putrefacción [disolución de los cuerpos]. Venus coopera en la concepción [fecundación, generación] y la Luna, círculo sensible, envoltura húmeda, coopera, con su fluido, en modificar y mitigar [moderar] la acción y la reacción de los dos principales capos de la vivificación corporal temporal, que son el eje central y el cuerpo solar» (I, 301).

El primero es «el fuego increado que da vida y movimiento a toda especie de cuerpos»; el segundo «actúa, reacciona y vivifica la vegetación de todos los cuerpos particulares y del cuerpo genera los terrestres» (I, 302). Es superior a

cualquier otro astro porque es el «astro más adecuado para representar el aspecto del fuego-eje increado» (I, 302). Tras éste, es «el agente principal» del universo (I, 305). Marca la mitad de la distancia que separa el Círculo Denario del planeta más bajo, la Luna. Se encuentra inmediatamente debajo de los círculos espirituales Supracelestiales y del Círculo Saturnario. Ocupa el sexto rango, tanto descendiendo desde lo Supracelestial [Círculo Denario, Septenario, Ternario, Cuaternario, Saturnario], como ascendiendo desde el Círculo Lunar [Luna, Venus, Júpiter, Marte, Mercurio]. Compara este lugar con los «seis pensamientos empleados por el Eterno para la creación universal» (I, 302). Así dirige el curso de todos los astros con Saturno y con el eje central de fuego (I, 305).

Por último, ciertos astros, comúnmente llamados cometas, que se presentan «fuera del círculo planetario» de manera que pueden acercarse a la Tierra mucho más de lo habitual, brillando con luz viva, tienen un papel especial: anuncian el nacimiento de un Menor Elegido. Tal fue la estrella que los hombres llamaron, en su ignorancia, «Latham», que significa «signo de confusión y pena terrenal», y que apareció en el momento en que nació Enoc[62] (I, 135).

La íntima y recíproca dependencia de lo material y lo espiritual en una cosmología en la que los astros son a la vez agentes de las leyes físicas y seres individuales, dotados de pensamiento y voluntad, impone al Menor Espiritual un conocimiento preciso de las revoluciones celestes. El hombre, que tras la caída de Adán está sometido a «los cuer-

62 Un dibujo, reproducido en la misma página, representa un globo ígneo que lleva el Pentagrama, o Pentalfa, y emite dos corrientes de efluvios, una de las cuales alcanza el sol y la otra convierte un cometa.

pos planetarios que antes le eran inferiores» (I, 276), debe, cuando quiere rendir culto a la Divinidad, tener en cuenta la influencia de los astros, no solo porque a través de los cuerpos celestes recibe la energía vital de la que depende la parte material de su ser, sino también porque, en los dos espacios que ocupan los habitantes de los mundos celeste y terrestre, se encuentran «seres espirituales simples que actúan en favor de los habitantes espirituales del mundo celeste y de los habitantes materiales del mundo terrestre» (I, 334).

Además, no debe olvidar que los círculos planetarios «también son susceptibles de ser habitados por seres espirituales malignos que se oponen a los poderes y combaten las facultades de las acciones que generan influencias positivas, que los seres espirituales planetarios buenos tienen la tarea de difundir por todo el mundo» (I, 138). Por lo tanto, junto a la influencia astral divina, existe una influencia astral demoníaca, de la que la historia de la humanidad ofrece numerosos ejemplos. Más de una vez, los Menores, engañados por los espíritus perversos, creyeron que el Creador era uno de esos espíritus prevaricadores y que los Menores habían sido emanados por el «Gran Príncipe del Mediodía, jefe principal de todo ser material», e imaginaron que debían obedecer ciegamente todo lo que el Príncipe del Mediodía les inspirase a través de sus agentes inferiores. Habían creído en las intenciones del «príncipe regional de la parte occidental, o príncipe mayor de los demonios terrestres», cuando les dijo que «el sol era el ojo del gran príncipe universal [del universo] y la casa de aquel que dirige toda la extensión que vuestra vista y vuestra imaginación pueden ver y comprender» o a las enseñanzas del «príncipe regional terrestre del norte», quien les aseguró que la luna era

la casa de todos los espíritus mayores, inferiores y menores, y los persuadió a recurrir a ella «para obtener del gran príncipe todos los medios y todas las facultades que os son necesarios para igualar vuestro poder al nuestro». Los jefes perversos enseñaron a los Menores que habían seducido, la manera de comunicarse con los habitantes de esas dos sedes «recomendándoles que no hicieran ningún trabajo ni operación en esas dos sedes a menos que estuvieran en conjunción y en perfecta oposición, lo que forma el eclipse de sol y de luna; porque entonces obtendrían de los principales jefes habitantes de las sedes todo lo que necesitaran» (I, 145-147).

El Menor Espiritual no se dedica a la astrología, no rinde culto ni al sol ni a la luna, pero debe tener en cuenta la influencia de los astros para fijar el momento en que realizará las operaciones espirituales temporales, con el fin de evitar los períodos en los que predominan los espíritus malignos que podrían aprovechar su ascendencia para provocar manifestaciones engañosas. Debe aprovechar «los conocimientos de astronomía y de las facultades de poder de los astros planetarios sobre la creación general (el universo) y particular (los organismos vivos) (I, 209) que los hijos de Sem, Cam y Jafet recibieron de sus instructores y que transmitieron a todos los pueblos de la tierra. Los astros que hay que tener en cuenta antes que ningún otro son el Sol y la Luna, cuyo importante papel en el universo ya hemos visto. El sol envía al comienzo de la primavera, en el momento en que la vegetación renace bajo sus rayos, efluvios vivificantes que sostienen al operador durante sus labores. Por eso, uno de los sucesores de los maestros espirituales de la segunda descendencia de Noé dejó de practicar «el gran culto que se celebraba una vez al año, en el equinoccio

de marzo»[63] (I, 208). Los descendientes de Jafet lo imitaron comenzando el año espiritual en el equinoccio de marzo hasta el equinoccio del mes de marzo siguiente (I, 209). Los Elegidos Cohen siguen el ejemplo que les dieron sus lejanos precursores. Pero todas las fechas importantes del curso anual del sol pueden ser favorables para las operaciones. Así, los descendientes de Sem contaban dos años espirituales en un año normal, comenzándolos en cada equinoccio; los de Cam tomaban como límite de sus años sagrados los solsticios y los equinoccios (I, 209, 112).

La influencia de la luna, el astro más cercano a la tierra, mediador y moderador de las influencias astrales, no es menos decisiva para el éxito de las Operaciones. Así, «el cálculo lunar es el primero que fue dado al hombre por el Creador» (I, 205) y «esencial para el hombre de deseo, ya sea espiritual o terrenal temporal, estar instruido en las cuatro maneras diferentes de calcular los distintos días en que la luna opera [durante los cuales ejerce su influencia] en todo el universo elemental [material] con la renovación, el primer cuarto lleno y el último cuarto» (I, 206). Fue a

63 Justificación de la importancia concedida por Pasqually a la Operación del equinoccio de primavera. La preponderancia de este equinoccio se ve acentuada subrayada por la *Reintegración*, que lo hace coincidir con notables acontecimientos de la historia de Israel. Moisés vino al mundo el 14 de la luna de Nisán o de marzo (p. 238). Los israelitas salieron de Egipto a medianoche del 14 al 15 del mes de Nisán o marzo (p. 252). «Fue la noche del 14 al 15 del mes de Nisán o de marzo, que Moisés llegó con todo su ejército a la orilla del Mar Rojo» (p. 265). Cuando llegaron los israelitas habían terminado de dar gracias al Señor, «el punto del decimoquinto día del punto del decimoquinto día de la luna comenzó a aparecer. Fue entonces cuando vieron caer el maná por primera vez». (p. 266).

través de los Sabios de la segunda posteridad de Noé como se conoció por primera vez el cálculo lunar, «que eleva al hombre al conocimiento más elevado de la naturaleza universal y de sus revoluciones» (I, 200). De hecho, cuando sus siete discípulos hicieron, uno por uno, las cuatro operaciones «y las encontraron en un número de 28 intervalos, pensaron que la luna actuaba sobre la tierra con el mismo número 28. Entonces, la igualdad que vieron entre el número de operaciones lunares y el de sus operaciones les hizo adoptar el número de 28 operaciones en 28 días espirituales para un mes espiritual» (I, 295), que correspondía a la cuarta parte de un mes temporal ordinario, ya que el día espiritual era la cuarta parte de un día temporal. Luego, «habiendo reflexionado seriamente sobre los diferentes cursos de operaciones que el astro lunar realizaba sobre la tierra y sobre ellos, y habiendo encontrado en ellos una relación perfecta con sus propias operaciones espirituales, juzgaron conveniente tomar el número de 28 operaciones de la luna o los 28 días temporales ordinarios de la luna para fijar sus años espirituales»[64] (I, 205). Los Elegidos Espirituales de la segunda posteridad de Noé realizaban sus dos operaciones mensuales «al comienzo y al final de la luna creciente, es decir, en la renovación y un poco antes de la luna llena» (I, 208) y «el tiempo en que se realizaba cada uno de esos cultos era en cada renovación de la luna y, desde que existen los hombres, ese culto se ha realizado entre ellos» (I, 220).

Pero, aunque la fecha de las Operaciones está determinada por la altura del sol en el horizonte del mediodía o por las

64 Pasqually afirma que este breve año fue entonces introducido en la vida civil, del mismo modo que los descendientes de Cam contaron más tarde cuatro años seculares, los de Sem dos años y los de Jafet sólo uno para un año solar.

fases de la luna, sigue estando ligada al retorno periódico de los fenómenos celestes y, desde este punto de vista, el culto divino puede asimilarse «al simple cultivo de la tierra, para la cual es necesario observar los intervalos de tiempo de los días, las semanas y los meses lunares» (I, 184). Podemos decir con razón que «esta ley es indispensable y proviene del mismo Creador, que la prescribió al hombre cuando lo condenó al cultivo de la tierra» y sometió el «culto espiritual divino a una ley, a un ceremonial exacto y a una observancia fiel de los tiempos y las estaciones» (I, 183).

La importancia de las «coyunturas», ya señalada por el hecho de que las operaciones importantes tienen lugar en los equinoccios, se acentúa en los detalles de las instrucciones dadas a los discípulos. Si el Elegido Cohen debe dedicarse especialmente los jueves a ejercicios de devoción, es porque este día está marcado por el signo de Júpiter, «que utilizó David para su reconciliación» (II, 77). Pero es la luna la que reina soberana sobre todos los cálculos a los que se dedica el Maestro. «Me veo obligado —escribe Pasqually a Willermoz el 16 de noviembre de 1771— a regir mi trabajo según el curso lunar, porque es el astro que dirige sobre todo la parte inferior» (II, 107). La invocación de los Tres Días debía hacerse entre la renovación de la luna y el final del primer cuarto, porque «los agentes superiores buenos que la gobiernan operan en ella dos veces siete días de acuerdo con sus leyes y órdenes». El período que transcurre entre la luna llena y la luna nueva no era adecuado para este triduo[65] «porque al menguar este planeta, también disminuye su buena virtud, de modo que su buen poder, como sus agentes superiores buenos (…) lo dejan a merced de los espíritus ternarios inferiores, entre los que

65 Ejercicios devotos realizados durante tres días. [NdT]

se encuentran muy a menudo espíritus elementales malos» (II, 107). Por la misma razón, cuando los Réau-Croix se dedicaban a los dos trabajos anuales del Equinoccio «trabajaban desde el primer cuarto hasta la luna llena, es decir, comenzando las Operaciones cuatro o cinco días antes de su plenitud» (II, 78). El secretario de Pasqually, al enviar a Lyon nuevas instrucciones para el Trabajo Equinoccial de junio de 1771, señalaba que se apresuraba a transmitir las últimas decisiones del Maestro por temor a que «al tener que renovarse pronto la luna», Willermoz hiciera mal uso de las instrucciones anteriores (II, 100). Cuando Pasqually, ante la viva súplica de Willermoz, acepta «ordenar» al adepto lionés, duda de que la ceremonia pueda salir perfectamente porque el período no es favorable. A falta de algo mejor, ordena al Sustituto General, Bacon de la Chevalerie, que trabaje en la ordenación del 11 al 13 de mayo, al menos «para concordar con los días correspondientes a la estación que falta», pero le recomienda «comenzar [con los inciensandos] desde el ángulo oeste como su ángulo principal» y le prohíbe expresamente «comenzar directamente desde el este, ya que este tiempo ya ha pasado» (V, 229).

FIN DEL LIBRO PRIMERO

Libro Segundo

Los Elegidos Cohen y la tradición ocultista

Capítulo I
El esoterismo judío desde sus orígenes hasta el siglo XVIII

Pasqually siempre fue muy discreto en cuanto a sus fuentes. Si bien afirma haber recibido la orden de enseñar al hombre lo que «aprendió de aquellos que fueron encargados de mostrárselo» (I, 120), nunca da indicaciones sobre la personalidad de sus maestros; ahora bien, utiliza fórmulas vagas como: «me fue dicho» (I, 43), otras veces se refiere a un «fiel amigo, predilecto de la Verdad y protegido por la Sabiduría» (I, 35), cuyo nombre no revela, o a «amigos de la Sabiduría» (I, 25), sobre los que es igualmente parco en información.

Pero si el Jefe de los Elegidos Cohen guarda silencio sobre este punto, su *Tratado* habla por él. Todas las doctrinas expuestas en *La reintegración* o en la correspondencia de Pasqually con sus discípulos llevan, con los principios que presuponen y las tendencias que revelan, marcas tan indelebles que es fácil descubrir su origen. Hace más de cien años, el místico Molitor atribuyó a Pasqually el título de «gran cabalista» *(Philosophie der Geschichte*, 1824, cap. VI, párr. 487) y Molitor tenía razón. El autor de *La Reintegración* es uno de los últimos doctores de la escuela secreta que, tras codificar en la Edad Media la mística judía, heredera de las más antiguas tradiciones esotéricas y mágicas, en el siglo XVIII aún tenía adeptos en las comunidades judías

de Holanda, Alemania, Italia y Polonia. Algunos ocultistas contemporáneos se habían visto impresionados por este carácter particular de su enseñanza. «Se ha querido hacerme creer —escribía en 1821 al Elegido Cohen Willermoz el barón de Turkheim— que Pascualis (*sic*) había obtenido el manuscrito de un árabe llamado Al Raschid, que el original había sido escrito en caldeo y luego traducido al árabe y al español. Un judío, llamado Hirchfield, fallecido hace dos años (...) afirmaba poseer una parte de estos manuscritos» (VI, 144). Que la afirmación de Hirchfield, o mejor dicho, Hirschfeld, tuviera fundamento o no, no quita que la *Reintegración* pertenezca a esa larga serie de obras en las que se depositaron las ideas místicas que el esoterismo judío había recogido en Asia Menor e importado a Europa pasando sobre todo a través de España. El *Tratado* de Pasqually es una rama tardía y raquítica surgida del árbol cabalístico que había echado raíces en el siglo XIII en el rico humus acumulado por los siglos y en el que los dos *Talmuds*, el de Jerusalén y el de Babilonia, y los *Midrashim* ya habían obtenido abundante savia. En la tradición secreta judía, y en ningún otro lugar, debemos buscar la cantera de la que Pasqually extrajo los materiales para su edificio[66].

66 Es preciso eliminar a Swedenborg, quien, según Papus, habría «iniciado» a Pasqually durante una estancia de este último en Londres, de modo que el Rito de los Elegidos Cohens no sería más que un «swedenborgismo adaptado». Esta aproximación, inspirada en la similitud superficial existente entre las visiones del sueco y la pneumatología de Pasqually, ya había llevado a Reghellini de Schio (*La Maçonnerie considérée comme résultat des religions égyptienne, juive et chrétienne*, Bruselas, 1829, II, p. 434) a establecer una filiación entre la doctrina y el rito de Swédenborg y los de los Elegidos Cohens. Es posible que, como supone el autor pseudónimo de la *Introduction aux Enseignements Secrets de M. de Pasqually* (IV, 17), Reghellini confundiera a los Iluminados de Aviñón, miembros de

* * *

El esoterismo judío se desarrolló al margen de la *Biblia* y bajo la influencia de las religiones de Mesopotamia e Irán.

La *Biblia* no era solo un libro sagrado en el que el fiel encontraba, junto con los elementos y motivos de su fe, prescripciones religiosas y normas morales; era también un código penal y civil del que se creía poder extraer las máximas y las leyes que regulaban las relaciones de los miembros de la comunidad profana. Ahora bien, tanto desde el punto de vista religioso como desde el punto de vista social, los preceptos de la *Sagrada Escritura* solo se aplicaban a algunos casos particulares y respondían a las necesidades de una sociedad primitiva. Después de que la Ley del *Antiguo Testamento* se fijara en la época de Esdras (hacia el 450 a.C.), el desarrollo de la vida social y la evolución de los conceptos religiosos exigieron normas nuevas o más precisas, mientras que la corriente de ideas que, tras el exilio, obligaba a los judíos a aislarse ferozmente de los pueblos vecinos y de las razas afines, rechazando toda influencia extranjera, los aislaba en el estudio exclusivo de la Ley mosaica. El mismo estado de ánimo persistía tres siglos más tarde, en la época de los Macabeos, cuando se fijó definitivamente el canon bíblico.

Los «doctores de la Ley», que acumulaban las funciones de teólogo, casuista[67] y legista, tenían mucho que aportar,

la Madre Logia del Rito de Swedenborg, con los Elegidos Cohens de la misma ciudad. Esta indicación errónea, ya reproducida por Ragon (*Orthodoxie Maçonnique*, 1853, p. 149), fue recogida por Papus, quien la enriqueció con detalles sacados de su imaginación, ya que Pasqually nunca estuvo en Londres.

67 Casuista: teólogo experto en la resolución de casos de conciencia moral. [NdT]

sobre todo porque el espíritu judío, discutidor y sutil, cavilaba sin cesar sobre cuestiones rituales y sobre textos aducidos para resolver conflictos de intereses o juzgar delitos y crímenes. Pero tenían a su disposición dos valiosos auxiliares para dar a sus decisiones una autoridad que no podía pretender una opinión individual, aunque se basara en la lógica y la equidad. Estos dos medios, proporcionados por conceptos profundamente arraigados en el alma judía, eran la fe en la existencia de una tradición oral que conservaba el comentario dado por Dios mismo al texto escrito y público de la Ley, y la creencia en una inspiración de origen sobrenatural que iluminaba a los elegidos del Señor cuando la inteligencia humana había agotado sus reservas. Los más célebres doctores judíos coinciden en afirmar que Moisés no solo recibió la Ley que fue depositada en el *Pentateuco*, sino que la interpretación más secreta y exacta de esta Ley le fue comunicada en el Sinaí y se le impuso dar a conocer al pueblo judío el texto de la Ley, pero sin escribir ni divulgar su interpretación. Así, Moisés solo la reveló a Iesús Navé (al que otros llaman Aarón) y este a los primeros pontífices que le sucedieron, con la promesa del silencio (véase Vulliaud: *La Kabbale juive*, II, p. 192). Por otra parte, era lógico que un pueblo en el que los profetas habían desempeñado un papel tan importante en todas las épocas admitiera sin dificultad que la inspiración divina viniera en ayuda del jurista en apuros. Por eso, las nuevas prescripciones se presentaron como si hubieran sido extraídas de ese comentario secreto de la Ley escrita o inspiradas por una iluminación que había revelado a los doctores el sentido latente del texto sagrado.

Así surgió primero una interpretación complementaria de la Sagrada Escritura, perseguida en los más mínimos

detalles, siguiendo paso a paso las palabras de la *Biblia*, y cuyos resultados se resumieron a modo de preceptos en la *Mishná* o enseñanza impartida por los *Tannaim* (Maestros, Doctores) quienes, durante unos cuatro siglos (desde el 150 a. C. hasta el 220 d. C.), comentaron con incansable celo la *Torá* y, en particular, el *Pentateuco*. La *Mishná* fue redactada de forma fragmentaria en Dartire a partir del siglo III de nuestra era, cuando la cantidad de decisiones pronunciadas o transmitidas oralmente hasta ese momento por los Tannaim a sus discípulos se hizo tan considerable que la memoria más amplia ya no era capaz de contenerlas. El rabino Judá, llamado Ha-Nasi (el Patriarca) o Ha-Qadosh (el Santo), nieto de Gamaliel I, recopiló en una especie de manual los elementos de esas primeras recopilaciones. La *Mishnà* de Jéhuda fue considerada un canon al que pronto se le atribuyó más valor que a la propia *Biblia*. «La *Torá* es como el agua, decía el tratado *Soferim*, y la *Mishná* es como el vino». Fue estudiada y comentada a su vez como lo había sido la *Biblia* por los tannaim. Sus sucesores, los Amoraim (comentaristas), rabinos de las sinagogas de Jabné, Sephoris, Lydda en Palestina, de Syra, Nehardea, Pumbeditha y Uscha en Babilonia, la adoptaron durante tres siglos como texto de sus apasionadas controversias, cuyas conclusiones constituyeron la *Guemará* (Complemento). Una compilación más amplia, que reunía las decisiones de los Amoraim y los Tannaim, dio origen al *Talmud*.

Existen dos colecciones talmúdicas: la de Jerusalén, terminada a mediados del siglo V de nuestra era, y la de Babilonia, terminada a principios del siglo VI. Ambas presentan la misma *Mishná*, pero la primera da la Guemará palestina y la segunda la babilónica. Esta es la obra más importante; consta de doce gruesos in-folios, mientras que

la de Jerusalén está contenida en un folio bastante insignificante. El *Talmud de Babilonia* fue, desde sus orígenes y hasta tiempos modernos, el verdadero representante de la tradición talmúdica.

Las academias talmúdicas florecieron en Babilonia en el periodo en que la vida social e intelectual había desaparecido por completo en Palestina; de sus trabajos surgieron los *Midrashìm* (Interpretaciones) que, siguiendo el camino trazado por los Tannaïm y los Amoraïm, demuestran lo vivo que había permanecido entre los judíos el gusto por las controversias jurídicas y las disputas teológicas. Encontramos esas academias a finales del siglo X en España. En el siglo XI, Samuel Ibn Nagdila publicó en Granada una *Introducción al Talmud*; Gershom Ben Juda publicó en Metz y Maguncia comentarios sobre los catorce tratados del *Talmud* y Salomón Yizchaki, llamado Rashi, escribió en arameo comentarios sobre casi todos los tratados acompañados de una *Guemará*. En el siglo XII, Maimónides compuso en árabe un comentario a la *Mishná* muy famoso; en el mismo período y en el siglo siguiente, rabinos franceses y alemanes, escribiendo en arameo, enriquecieron el comentario de Rashi. El *Talmud* mantuvo hasta finales del siglo XVIII una autoridad superior a la de la propia *Biblia* y la mayoría de los judíos solo conocían esta última gracias a las citas del *Talmud*.

* * *

Mina inagotable de la que una raza obstinadamente fiel a sus tradiciones nacionales no ha dejado de extraer durante doce siglos todo lo necesario para su vida intelectual y moral, el Talmud no era solo para los judíos un código de

legislación religiosa y civil. Su carácter de intérprete de la ley mosaica explica el prestigio del que gozaba a sus ojos, pero no da la medida de la influencia que ejercía sobre sus lectores: en él buscaban las normas de conducta, pero también encontraban con qué satisfacer su imaginación y su sensibilidad. El espíritu oriental no se preocupa por clasificar las ideas según el rígido método lógico practicado por los pueblos que han pasado por la escuela de la dialéctica griega y del derecho romano; incluso cuando se ha fijado un objetivo, solo se llega a él dando largos rodeos, deteniéndose en cada cruce y en cada punto de vista que se encuentra en el camino.

Las discusiones de espíritu escolástico, inspiradas en una devoción estrecha y formalista proporcionan la sustancia de los tratados del *Talmud*, pero no componen exclusivamente el texto, que comprende dos elementos distintos pero estrechamente relacionados: a través de la *Halajá* (Orientación, Costumbre) se insinúa caprichosamente la *Agadá* (Relato), que contiene anécdotas o leyendas, de carácter edificante en general, pero que a menudo no tienen más que relaciones muy indefinidas con el tema de la controversia y donde lo maravilloso es el principal elemento de interés. Estos arabescos a veces recargan los puntos esenciales del esquema fundamental hasta el punto de hacer olvidar el tema original. En la *Agadá* talmúdica se conservan vestigios de cultos mágicos, restos de antiguos folclores, tradiciones que sobrevivieron en la memoria popular o importadas de países vecinos, restos de teogonías y mitologías extranjeras y, por último, conceptos metafísicos y místicos procedentes de Irán y Caldea. Parece que el pensamiento judío, constantemente reconducido por una religión dedicada solamente al estudio de la Ley, busca cualquier ocasión para aventurarse

en esas regiones prohibidas sobre las que la Biblia, a pesar de su exclusivismo receloso, no había podido evitar echar una mirada furtiva. Por ejemplo, el poder de hacer llover, atribuido por el *Libro de los Reyes* a Elías, es atribuido a menudo por el *Talmud* a rabinos particularmente conocidos; uno de sus tratados, *Thaanith*, contiene numerosas leyendas sobre este tema. Otros tres tratados hablan del famoso rabino Shimon Ben Yochay, que vivió en el siglo I d. C., conocía la astrología, entendía las palabras de los ángeles, los demonios y las palmeras, y tenía la costumbre de hacer milagros. Un tratado menciona la facultad del rabino Chaninà Ben Dosà de curar enfermedades con la oración.

A esta herencia de un pasado lejano se unieron influencias más recientes. Al igual que los Padres de la Iglesia, que lucharon contra la filosofía griega y desarrollaron y profundizaron su propia doctrina al tiempo que adoptaban el lenguaje técnico y los métodos de dicha filosofía, el espíritu religioso judío, que durante el exilio, tuvo que luchar contra el encanto que ejercían sobre él el panteón babilónico y la mitología persa, alteró su rígido monoteísmo apropiándose en gran medida del vocabulario y las imágenes con que el antiguo Oriente había revestido sus concepciones astrológicas. Las visiones de Isaías y Ezequiel, que pueden leerse en la *Biblia*, son testimonio de ello. La teofanía de Ezequiel, concebida cerca de los zigurats, templos de siete terrazas decrecientes consagrados a los planetas, muestra la corte divina que desciende del norte del cielo en forma de pirámide; los cuatro animales monstruosos: toro, león, águila y hombre corresponden a las figuras simbólicas que representan los puntos cardinales; las ruedas que ve el vidente recuerdan los coluros[68], uno de los cuales pasa por el punto equinoccial y

68 Coluors: cada uno de los dos meridianos principales de la esfera

el otro por el punto solsticial, y que los astrólogos caldeos conocían (Bischoff: *Kabbalah*, p. 61). La demonología y la angelología babilónicas y persas se filtran igualmente en las interpolaciones posteriores a la diáspora. Las prácticas de la magia anti demoniaca caldea se indican en el *Libro de Tobías* y el nombre del demonio Ashmodai (Asmodeo), sobre el que triunfa el joven judío, es el de un demonio persa muy conocido: Aeschmo-Deva. La religión judía adopta los genios inferiores de las mitologías orientales; querubines similares a las esfinges de Egipto que sirven de montura al Señor o protegen con sus alas el Arca de la Alianza en el Santo de los Santos, Haioth, con pies brillantes como el bronce pulido, manos que se agitan bajo sus vastas alas desplegadas con el rostro que recuerda a la vez al del hombre y al del león. El ángel Miguel de los judíos (Mikael: el que es como Dios) es el Marduk babilónico, dios guerrero, mensajero divino e intercesor benéfico. El *Libro de Ester* es una adaptación judía del mito de Ishtar y Marduk. La *Biblia* conoce una jerarquía angelical: a la cabeza está el ángel que tiene «mi nombre en él» (*Éxodo*, XXIII, 21), luego los seis arcángeles (*Tobías*, XII, 15) y, por último, los «vigilantes», el «Gran Consejo de los Santos» (*Salmo* LXXXIX) que deciden con Dios el destino de los hombres (Daniel, IV, 14). Bajo la influencia de la teología persa Sabaoth, las «cohortes celestiales», que parecen haber sido en origen la personificación del ejército de estrellas que giran bajo el polo norte, morada del Anu caldeo y «punto fijo de la fuga de los fenómenos», se convirtieron en seres intermediarios entre el Dios Supremo y el mundo de la materia (Bischoff: *Kabbalah*, p. 4).

Por otra parte, el conocimiento que el judaísmo adquirió en Babilonia del dualismo mazdeísta le llevó a dar más im-

---

celeste. [NdT]

portancia a Satanás; al principio simple «denunciador» de los pecados de los hombres en Ezequiel; en el *Libro de Job* golpea a los justos con desgracias inmerecidas para que duden de la justicia del Eterno; finalmente, su poder se vuelve solo un poco inferior al de Dios, a quien disputa la dirección del universo y el dominio sobre los hombres.

Si la *Biblia* no había podido defenderse del todo contra la invasión de conceptos extranjeros, las obras apócrifas y apocalípticas de la época de los Asmoneos, reelaboradas o completadas en los dos primeros siglos de la era cristiana[69] y los tratados talmúdicos, se dejaron invadir sin resistencia. El *Libro de Enoc* da testimonio de la inquietante vigilancia con la que ciertos judíos observaban el mapa celeste y el movimiento de los astros. En el *Apocalipsis de Abraham*, el patriarca recorre siete cielos superpuestos, poblados de ángeles, antes de perderse en el seno de Dios. El *Testamento de los doce Patriarcas* y las *Similitudes de Enoc* representan el mundo como el escenario de una lucha gigantesca entre Dios y Satanás, llamado Belial, que manda una legión innumerable de ángeles del mal; pero el *Testamento de Leví*, el de *Simeón* y el de *Zabulón* anuncian que, cuando se cumplan los tiempos, Satanás caerá y los espíritus malignos serán precipitados a las tinieblas y al fuego inextinguible (Kreglinger: *op.cit.,* pp. 253, 274/275). La *Aggadà del Talmud* reconoce, con los *Midrashim*, que los judíos trajeron de Babilonia los nombres de los meses y la noción de los ángeles. Los seis ángeles más importantes que encontra-

69 Los principales son: *Apocalipsis de Baruc, Asunción de Moisés, Testamento de Adán, Apocalipsis de Elías, Apocalipsis de Esdras, Testamento de los Doce Patriarcas, Apocalipsis de Abraham, Testamento de Abraham, Apocalipsis de Salatiel, Libro de los Jubileos, Libro de Enoc, Ascensión de Isaías, Oráculos Sibilinos*. (Kreglinger: *Religión de Israel*, p. 349).

mos en las leyendas talmúdicas tienen un origen persa fácilmente reconocible; el ángel Mittron (llamado Metatrón, Coadjutor Divino, por los judíos helenizados), que ocupa el rango más elevado, es una réplica de Mitra; el nombre del ángel Sandalfon se compone de una raíz persa y una raíz pelvi, cuya unión significa: el Maestro de la Extensión, el Elevado (Ledrain: *Histoire*, p. 117). Mientras que parece que el *Talmud* y el *Midrashim* tomaron de los dioses bisexuales de Caldea la idea corriente en ellos según la cual todo lo que Dios creó al principio era masculino y femenino, de modo que Adán reunió en sí mismo los dos sexos (Bischóff: *Kabbale*, p. 38).

La fermentación intelectual fomentada por las aportaciones extranjeras dio impulso a la especulación. Los elementos de una gnosis judía se encuentran muy claramente en la *Aggadà del Talmud*. Esta gnosis se basa en un comentario esotérico de los relatos bíblicos, que a su vez se fundamenta en la idea mencionada anteriormente de una tradición secreta o una iluminación particular que da el sentido místico a los textos que el profano comprende literalmente. La gnosis judía busca ante todo hacer desaparecer la antinomia fundamental de un Dios perfecto e infinito creador de un mundo imperfecto y finito, estableciendo entre estos dos términos irreconciliables unos intermediarios trascendentales: la Sabiduría Divina, el Aliento o Espíritu Divino, la Palabra del Señor, el Ángel de Dios.

Las dos primeras palabras del Génesis: *be-reshit* (al principio) fueron interpretadas místicamente. En *Proverbios* (VIII, 22 y sigs.), la Sabiduría (Hokmah) proclama: «El Señor me creó antes de empezar su obra, el inicio de su vía» y añade: «Entonces yo estaba con él (en el momento de la creación) como conductor de los trabajos». Dice también

en *Eclesiástico* (1, 2/4): «La arena del mar, las gotas de la lluvia, la altura del cielo, la extensión de la tierra, la profundidad del abismo (...) antes de todo fue creada la sabiduría». Por último, el *Libro de Job* (XXVIII, 25) dice de ella: «Cuando impuso una ley a la lluvia y un camino al relámpago, entonces la vio y la midió». El *Targum de Onkelos*[70], que da a «be» (= al, con, en) el sentido de «con» e identifica «reshit» con «hokmah», traduce así el comienzo del *Génesis*: «Con la Sabiduría (be-hukmà, en hebreo behokmah) Dios creó, etc.». La expresión no es arbitraria: la Sabiduría se considera una especie de demiurgo que colaboró en la creación. La personalidad que le atribuían los comentaristas parecía justificada por el versículo del *Génesis* (1, 26): «Hagamos al hombre a nuestra imagen». Este plural, a sus ojos, solo podía tener sentido si la creación había tenido más de un autor.

El Espíritu o Aliento (ruah) de Dios que el *Génesis* presenta mientras descansa sobre las aguas antes de la creación del mundo (I, 2) fue considerado la manifestación y el instrumento de la inteligencia creadora. Se confundía con la Hokmah que el *Libro de la Sabiduría* representaba como «una emanación del poder de Dios, un efluvio genuino de la gloria del Todopoderoso (...) un reflejo de la luz perpetua, un espejo sin mancha de la actividad de Dios» (VII, 25/26) y también como «la sabiduría, que se sienta en trono junto a ti» (IX, 4).

---

70 El *Targum* (Interpretación), atribuido a Onkelos, también conocido como *Targum de Jerusalén*, es un comentario del *Pentateuco* escrito en arameo. Se comenzó en el siglo I d. C. en Palestina y se terminó en Babilonia a finales del siglo II d. C. Otro *Targum*, conocido como el de Jonathan Ben Uzziel, escrito aproximadamente en la misma época, comenta los Profetas.

A partir del tercer versículo del *Génesis,* las etapas sucesivas de la creación están precedidas por las palabras «Waiomer» (y dijo). La palabra divina, ya representada como la manifestación del Señor en el *Génesis*, es considerada en los *Salmos* como una fuerza creadora que se ejerce sobre la voz (XXIII, 6, 9; CXIX, 8/9): El *Targum de Jerusalén* utiliza, en todos los pasajes en los que la *Biblia* hace intervenir personalmente a Dios, la expresión: la Palabra (memra) en lugar del Nombre del Señor.

También el Ángel de Dios se había convertido en una hipóstasis divina; ahora sustituye a Dios (*Génesis*, XIV, 10; XXI, 17; XXII, 11; XXXI, 13; *Éxodo* III, 6, en la zarza ardiente); ahora es el intérprete del Señor y entonces habla en primera persona (*Jueces*, II, 1, 4; *Malaquías*, III, 1). En el *Talmud* se atribuye un papel importante al ángel Metatrón, que a menudo actúa en lugar del Señor.

* * *

La especulación mística a la que se dedicaron numerosos doctores es llamada por el *Talmud* «Pardes» (Paraíso). Esta palabra, derivada del persa, significaba «parque de animales» y recordaba a los misteriosos animales, los querubines, que Ezequiel describe en su visión en la que tiran o llevan el carro divino. La *Aggadà del Talmud* y del *Midrash* contiene dos doctrinas secretas llamadas «Obra del Carro» (Maaseh Merkabah)[71] y «Obra de la Creación o del Principio» (Maaseh Bereshit); la primera trataba de las «cosas

71 Este nombre se inspiró en: *Eclesiástico* XLIX, 10: «Ezekiel vio la gloria del Señor sobre el carro de los querubines», *Salmos* XVIII, 11: «Era llevado por el querubín», *Paralipómenos* I XXVIII, 18: «Él (David) dio oro puro... para los querubines que formaban la semejanza de un carro».

divinas»: la esencia de la Divinidad, el cielo, el infierno, los ángeles, los demonios; la segunda se ocupaba de la cosmogonía, la cosmología y la antropología místicas.

Estas doctrinas no se exponen de forma sistemática, sino fragmentaria, con motivo de discusiones sobre la interpretación correcta de los versículos bíblicos y, dado que, según el *Talmud de Babilonia*, la doctrina del Carro se mantenía en tal secreto que su estudio solo estaba permitido a una élite, los resultados de esta especulación solo aparecían en forma de destellos y fragmentos aislados. Por otra parte, si el *Talmud* refiere que los rabinos Ben Azay, Ben Zomà, Elisha Ben Abuya y Akivà ben Yosèf (siglo II d. C.) penetraron en el Paraíso para decir que se habían dedicado a los estudios místicos, no da a la expresión el sentido laudatorio que estaríamos tentados de atribuirle. El espíritu general de la recopilación es hostil a estas peligrosas incursiones en un ámbito prohibido, teme que su efecto pueda ser el de «destruir las plantaciones», es decir, socavar la fe monoteísta, y no nos oculta que Elisha se convirtió en «acher» (apóstata) seducido por una herejía, probablemente dualista, al haberse ocupado demasiado de Metatrón (Bischoff: *Gnosis,* 10, 14; Talmud, 76).

Por muy formal que fuera la condena de las tendencias místicas, parece que se trataba sobre todo de un homenaje obligatorio a la ortodoxia tradicional, ya que el *Talmud* es, sin quererlo, una prueba del atractivo que estas ejercían sobre numerosos doctores. Una prueba sorprendente de esa inclinación era la ingeniosidad que mostraban los rabinos para inventar las cuatro especies de «llaves» que les permitían descubrir el sentido oculto de los términos utilizados en el *Libro Sagrado.* La «Gematría» (del griego Geometría) sustituía una palabra especialmente importante o de difícil

interpretación por otra cuya suma de letras daba un resultado igual[72]. El «Notaricón» (de Notarikon, Abreviador) consideraba las letras que componían una palabra como las iniciales de términos que formaban una expresión o incluso una frase completa. La «Themurat» formaba nuevas palabras con anagramas. El «Zeruph» utilizaba varios tipos de metagramas; sustituía, por ejemplo, la primera letra del alfabeto por la 22ª y última, la 2ª por la 21ª[73], o la primera por la 12ª, la 2ª por la 13ª y así sucesivamente[74]. El *Talmud* unía así la gematría a las diversas especies de Zeruph, aunque los procedimientos utilizados para extraer del texto bíblico un sentido esotérico y que servían para fines místicos se prestaban a infinitas combinaciones.

La mística judía, cuya existencia y vitalidad revela el *Talmud*, se desarrolló sobre todo en el seno de las comunidades de la diáspora, más accesibles que las sinagogas palestinas a la influencia de las doctrinas religiosas y filosóficas de los pueblos extranjeros. La contribución más importante fue la de los judíos helenizados de Alejandría, que intentaron conciliar su monoteísmo nacional con la filosofía griega y con las creencias populares, animistas y polidemonistas, de Siria y Babilonia. La traducción griega de la Biblia, llamada *Versión de los Setenta*, que se realizó

72 Este procedimiento parece haber sido conocido desde el siglo I de nuestra era. Se sabe que las letras hebreas tenían un valor numérico.

73 El Libro de Jeremías ya habría utilizado este método de criptografía para designar secretamente a Babilonia y a los babilonios, a juzgar por la traducción que el Targum y la Versión de los Setenta dan de los términos convencionales empleados por el profeta.

74 Estos dos tipos de Zeruph se basan en el principio místico de origen caldeo según el cual «las cosas que están arriba son similares a las que están abajo».

en Egipto en el siglo III a. C., ya se había preocupado por suprimir todo antropomorfismo del texto sagrado; había traducido el Jeowah Sabaoth del hebreo por el Maestro de las Potestades y establecido así unos seres intermediarios entre el Uno y el mundo. En los tratados del neoplatónico Filón el Hebreo, se aplica sistemáticamente el método de exégesis alegórica que permitía, sin chocar frontalmente con la Ley mosaica, enriquecer discretamente la teodicea judía con nociones por las que el judaísmo ortodoxo sentía, al menos oficialmente, una viva repugnancia. Este método no fue creado por él[75], sino que ya era familiar a los rabinos talmúdicos, que se basaban en el *Salmo* LXXVIII: «Abriré mi boca para pronunciar parábolas, expondré los misterios de los tiempos antiguos», pero lo aplicó con un rigor y una ingeniosidad que hicieron de sus comentarios modelos del género[76]. Preocupado por establecer una concordancia fundamental entre la *Biblia* y la filosofía griega, en particular la platónica, veía en el *Pentateuco*, y sobre todo en el *Génesis*, un conjunto de mitos que expresaban figurativamente las ideas expuestas por los griegos. Filón consideraba en *De mundi opifico* que, para poder ser mejor comprendida, la Sagrada Escritura se había adaptado a la debilidad del entendimiento popular; que, por lo tanto, era imposible tomarla en sentido literal y que era necesario buscar, sobre todo en los pasajes que parecían más repugnantes para la razón o la moral, un sentido más noble y más profundo, que era la alegoría. Revelaba sentidos tro-

75 A veces se atribuye a los esenios la invención de la interpretación simbólica de las Escrituras.

76 Se han relacionado con las enseñanzas de Gamaliel I los procedimientos empleados por San Pablo en la Cuarta Epístola a los Gálatas para establecer un paralelismo entre Agar y el Sinaí, entre Sara y la Jerusalén Celestial.

pológicos en las palabras más simples, en los preceptos más evidentes e incluso en los relatos. En *La creación del mundo* explicaba alegóricamente los títulos de los libros sagrados, los querubines, la espada llameante, los personajes de Caín y los gigantes, y daba una interpretación mística del pasaje: «Noé se despertó de su embriaguez, supo... » (*Génesis*, IX, 24). En el *Tratado Sobre el Septenario y las Fiestas*, traduce Caldea por falso conocimiento, Adán por pura razón humana, Eva por percepción sensual y atribuye un sentido secreto a los números, por ejemplo, a los que expresan las dimensiones del Tabernáculo. En el *Libro de los Sueños* da una interpretación mística del pasaje en el que la *Biblia*, al narrar el viaje de Jacob, dice que este partió de Beer-Sceba (Pozo del Juramento) para dirigirse a Charan: el pozo simboliza la ciencia, que es una fuente inagotable; Charán es la ciudad de los sentidos; Labán, que vive allí, representa a los hombres incapaces de comprender las ideas puras y a quienes los sentidos ofrecen un refugio; así, Jacob, que representa a los hombres ávidos de verdades trascendentales, se dirige a Charán de paso, como un extranjero que solo piensa en el regreso.

Aunque Filón es considerado uno de los representantes de una escuela filosófica, es menos un filósofo que enseña públicamente sus doctrinas que un doctor en una «disciplina arcana» y un talmudista que escribe solo para unos pocos alumnos. Él cree, como los talmudistas, en la tradición secreta de una revelación oral y en la iluminación concedida por una iluminación divina. En el Libro III de su *De Moisés*, dice que el *Pentateuco* fue revelado de tres maneras: revelación directa y personal: Dios pronunció las diez Palabras (Decálogo) y las escribió él mismo en las dos Tablas de la Ley; diálogo entre Moisés y Dios; palabras o

escritos inspirados por Dios o por sus representantes. Por otra parte, repite que lo que escribe está destinado únicamente a los iniciados y a los hombres maduros de intelecto y piadosos de corazón, y que no puede ser confiado, por así decirlo, más que en el Santo de los Santos; insiste en que la santa y misteriosa revelación sobre Dios y sus Poderes debe permanecer cuidadosamente oculta, porque no todos los hombres son capaces de conservar el depósito de la Sabiduría divina.

Uno de los temas que trataba así para los iniciados y que los místicos judíos desarrollaron más tarde con predilección es aquel según el cual el hombre, o Microcosmos, es la imagen del mundo, o Macrocosmos, como, a la inversa, el cosmos es un hombre más grande y más perfecto, creado a imagen del Hombre suprasensible o Primer Adán (Adán Kadmon) y dotado de dos almas: un alma vegetativa procedente de la potencia vital divina que da a los seres la existencia y el movimiento, y un alma espiritual emanada del Espíritu divino[77].

Las concepciones metafísicas de Filón suscitaron numerosos ecos en el *Talmud de Babilonia* y en el *de Jerusalén*, al menos en sus partes agádicas, y más tarde en los *Midrashim*.

77 El tema del microcosmos y el macrocosmos puede haber sido tomado por Filón de la doctrina platónica, pero, incluso en ese caso, seguía bebiendo de las fuentes del Oriente antiguo, de donde Platón probablemente había extraído el fundamento de su sistema filosófico. Varios siglos antes de Platón, los caldeos habían imaginado que lo sensible no es más que una imitación de lo inteligible y que el mundo en el que vivimos responde hasta en los más mínimos detalles al mundo superior. Hemos visto también que la noción del hombre primitivo andrógino expresada en el Talmud no proviene del Banquete de Platón, sino de los dioses hermafroditas de Caldea.

* * *

Entre los siglos IV y VI de nuestra era, la gnosis judía decayó, pero bajo la dominación árabe, es decir, a partir del siglo VII, se produjo un nuevo florecimiento místico que persistió hasta el siglo XII, con alternancias de declive y renacimiento. Las obras más notables de ese período son el *Sefer Yesirà* (Libro de la Creación), escrito en Siria o Palestina bajo la influencia directa de la gnosis cristiana, que describe a Dios creando el mundo a través de los 10 Sephiroth (Números o Esferas celestes), atributos divinos hipostatizados, asociados a las veintidós letras del alfabeto hebreo de manera que forman las «32 maravillosos caminos de la Sabiduría» de los que derivan todos los cuerpos sensibles; el *Tratado Hekhalòth* (Las Tiendas), que describe las moradas de lo Alto y las legiones celestiales; el *Alfabeto de Aqivà*, que da la interpretación simbólica de las letras hebreas, de los nombres del Señor y de los Ángeles; el *Apocalipsis de Enoc*, el *de Noé*, el *de Moisés*, los *Pirké* (Capítulos) *de los Rabinos Eliezer*, que contienen sistemas de astronomía mística, una angelología y una demonología muy desarrolladas y un mito, muy considerado en aquella época, el de la caída de los ángeles.

De esta larga preparación mística surgió en el siglo XIII la Cábala. Este término, que designó desde entonces la doctrina secreta judía condensada en un sistema teosófico y teúrgico, significa «tradición», pero tradición indirecta, en oposición a la *Torá*. El *Talmud* llama *Qabalah* a todos los escritos bíblicos, con excepción del *Pentateuco*, al que llama «Torá escrita». Según su pensamiento, solo la Ley de Moisés había sido revelada directamente por Dios al legis-

lador, los demás libros que figuraban en el canon bíblico habían sido dictados por la «ruah» divina o Espíritu Santo. Así, la doctrina secreta judía llamada Qabalah no se basaba en una enseñanza divina directa, sino que se creía que había sido inspirada por las «luces santas», es decir, los famosos rabinos del siglo I y II d. C., como Shimon ben Yochay, Aqivà, Nechunyà e Ishmael ben Elisha.

La escuela cabalística no tiene en su haber ninguna creación original. Es raro encontrar en las numerosas obras que ha producido un tema cuyo origen no se pueda descubrir en los tratados místicos anteriores, y no sin razón se han puesto bajo el patrocinio de reputados talmudistas de la gran epopeya rabínica: sus verdaderos autores confesaban así que no eran más que depositarios de conceptos transmitidos por sus predecesores. De hecho, la gnosis judía, cuyos elementos se encuentran en la *Aggadà* de los dos *Talmuds* y los *Midrashim*, en las obras de Filón y en los escritos de los siglos VIII y IX, es la base de la Cábala, que se ha contentado con extraer de ella un sistema homogéneo y armonioso.

La estructura principal fue proporcionada por el *Sefer Yesirà* con las Sephiroth y la mística de las letras. A menudo se recurrió a la doctrina de Filón, que fue conocida por los cabalistas de la Edad Media a través de filósofos, religiosos o místicos cristianos, judíos y árabes. Por ejemplo, en Filón, el paso de la Unidad absoluta a la existencia individual, del Dios inmanente al mundo visible, se producía en tres etapas: división del Uno en una trinidad formada por la Razón, la Sabiduría y la Inteligencia; nacimiento del mundo de las ideas, que es el modelo del mundo sensible; formación del mundo material, que es la imagen imperfecta del mundo inteligible. La Cábala, por su parte, situaba bajo el mundo Aziluth, dominio del Ain-Soph (Uno Absoluto),

tres mundos: el de la Creación (Briah), el de la Formación (Iesirah) y el de la Realización (Asiah). Del mismo modo, mientras que los ángeles, personificaciones de las fuerzas que mantienen y renuevan continuamente la creación, son divididos por Filón en tres clases: la de la Bondad, la del Poder y la de la Mediación, los Sephiroth de la Cábala forman tres «columnas»: la de la Gracia, la del Derecho y la del Centro. Por último, los cabalistas han añadido brillantes e ingeniosas variaciones al tema del Adán Kadmon.

La Cábala utiliza los procedimientos familiares a los talmudistas: exégesis alegórica, mística de las letras y los números. «El sentido literal de la *Escritura*, dice, es el envoltorio, ¡y ay de aquel que toma el envoltorio por la *Escritura* misma! Tal hombre no tendrá lugar en el mundo futuro... La *Escritura* tiene un cuerpo, los mandamientos; tiene un vestido, la *Aggadà*; tiene un alma que ha sido revelada a aquellos que se encuentran cerca del Sinaí». «Cada palabra de la *Escritura* esconde un misterio» (Vulliaud: *Kabbale juive*, 135, 137). Los procedimientos utilizados para la espiritualización de la letra son los mismos en el *Talmud* y en la *Cábala*. He aquí, a modo de ejemplo, la interpretación cabalística del relato bíblico que relata las circunstancias de la muerte de Sara: Sara moribunda representa el cuerpo humano; muere en la ciudad de los Cuatro Kiriath Arba, es decir, su cuerpo está compuesto por cuatro elementos que constituyen toda la existencia material; muere en Hebrón, nombre que deriva de la raíz «habar», atar, es decir, con la disolución de la unión, hasta ese momento existente, entre los cuatro elementos; Abraham, que llora a Sara, representa el alma que gime por la disolución del cuerpo y que solo encuentra la calma en el momento en que es juzgada digna de volver a su autor; solo entonces se atreve a decir a

los hijos de Heth, es decir, a los Justos y Bienaventurados: Ante vosotros soy indígena y extranjera; extranjera con el cuerpo, indígena con el alma. Los Justos responden: Toma tu lugar entre nosotros. Efrón, a quien la Biblia llama jefe de los Beni Heth, es un ángel psicopompo y su verdadero nombre es Duma (Maestro del Silencio). El simbolismo continúa hasta la llegada de Rebeca, hija de Betuel (hija de Dios: Bath El), hijo de Milca (rey del universo: Melek) y esposa de Nahor (compañera de la inteligencia), hermano de Abraham (que vive en fraternidad con el alma) (Vulliaud: *op. cit.* 139-140).

La Cábala nació en el sur de Francia y el norte de España. Generalmente se considera al rabino Isaac el Ciego de Nimes, que vivió a principios del siglo XIII, como el primero en desarrollar el concepto metafísico de los Sephiroth, a la vez atributos divinos, manifestación del En Soph y elementos constitutivos del Adán Kadmon, prototipo del mundo material. Esta idea, que constituyó el núcleo de la doctrina cabalística, sirvió, en la segunda mitad del mismo siglo, de texto para las especulaciones de los rabinos españoles Abraham Abulafia, Yosef Gikatilla y Todros Abulafia, que fue tesorero de Sancho II de Castilla y a quien la Cábala debe la noción de las 10 Quliphah (Cáscaras), formas materiales del mundo de los fenómenos que corresponden a los 10 Sephiroth, formas ideales del mundo inteligible. La mística de los nombres divinos y la interpretación esotérica de las letras del alfabeto hebreo fueron cultivadas de manera particular por Nachmanide, rabino y médico en Gerona, Cataluña, por Abraham Abulafia y por Yosef Gikatilla. Pero el cabalista más eminente de la época fue Moshé de León, nacido en Ávila, considerado autor del *Sepher Zohar* (Libro del Esplendor), aunque él mismo afirmaba ser solo el editor.

El *Zohar*, el libro principal de la *Cábala*, está relacionado, por su forma y contenido, con los *Midrashim* de siglos anteriores. Los siete tratados que lo componen[78] ofrecen un comentario prolijo y confuso del *Pentateuco* con innumerables digresiones. Las doctrinas cabalísticas comenzaron a conocer una exposición sistemática solo a partir de la redacción del *Pardès rimmonim* (Jardín de los Granados), obra del rabino español Moshé Cordovero (siglo XVI).

Si bien el *Zohar* no descuida el estudio de la Ley, sin embargo, pone en primer plano las especulaciones místicas, y esta es probablemente la razón del atractivo que ejerció no solo sobre los judíos, sino también sobre sabios del Renacimiento como Pico de la Mirandola y Giovanni Reuchlin. Además, hasta ahora solo hemos tenido en cuenta uno de los aspectos bajo los que se presentaba la *Cábala* a los espíritus inquisitivos. Bajo el nombre de *Cábala Teórica*, trataba la naturaleza de Dios y el origen del mundo, mientras que, en calidad de *Cábala Práctica*, se ocupaba de la magia dinamista y teúrgica y enseñaba el arte de mandar a los espíritus, adivinar el futuro, ver a distancia y fabricar amuletos. Hierofantes y magos a la vez, los cabalistas fueron, desde el siglo XIII hasta el XVIII, diligentes coleccionistas y fieles conservadores de las ciencias secretas transmitidas por el antiguo Oriente.

El *Zohar* fue estudiado con pasión en las sinagogas, no solo en España, sino también en Italia, a principios del siglo XIV. Los judíos expulsados de España, Portugal y Navarra a finales del siglo siguiente llevaron el *Zohar* a toda Europa. En el siglo XVI, las teorías cabalísticas fueron ex-

78 Son: el *Libro del Esplendor*, que da nombre a la colección, el *Libro del Secreto*, la *Gran Asamblea*, la *Pequeña Asamblea*, el *Pastor Fie*l (nombre místico de Moisés), las *Adiciones al Zohar* y el *Nuevo Zohar*.

puestas, desde el punto de vista especulativo, por las obras de Cordovero y su discípulo Samuel Galliko, y desarrolladas, desde el punto de vista teúrgico, por Yitzchàq Luria y su alumno Cha Tyim Vital. En el siglo XVII, todos los judíos cultos se dedicaron al estudio de la *Cábala*. Aunque contrarrestados en el siglo XVIII por los avances del racionalismo, estos estudios seguían teniendo adeptos entre los judíos fieles a las tradiciones nacionales, en particular en la secta de los sabateos, cuyos seguidores eran numerosos en Ámsterdam, Hamburgo, Venecia y Livorno, y en la de los frankistas, muy extendida en Polonia, mientras que los judíos españoles, por su hábitat o su lengua, conservaban una predilección oculta por la ciencia secreta que en otro tiempo había tenido en su país los más grandes doctores.

Capítulo II
Las fuentes de la Reintegración: la Biblia y el Talmud

La cantidad de obras, manuscritas o impresas, en las que se exponen las doctrinas místicas judías es tan considerable y estamos tan mal informados sobre la carrera de Pasqually, antes de que se presentara como fundador de la Orden de los Elegidos Cohen, que sería un esfuerzo inútil tratar de identificar con exactitud sus orígenes. Por el contrario, es fácil determinar hasta qué punto su inspiración era particularmente judía y señalar las coincidencias características entre las ideas fundamentales de la *Reintegración* y los conceptos familiares de la *Biblia*, el *Talmud* y la *Cábala*.

En primer lugar, el nombre «Cohen» que Pasqually da a los miembros de su sociedad es muy expresivo. La palabra es una adaptación del término hebreo Cohanim, que designaba a la casta sacerdotal más elevada, constituida en Jerusalén bajo el reinado de Salomón para asegurar el servicio divino en el Templo.

Los Cohanim, que tenían a los levitas a sus órdenes, eran considerados descendientes directos de Aarón y era natural que se creyera que poseían, por tradición familiar, las verdades secretas reveladas verbalmente por el Eterno a Moisés y que este había confiado a su hermano. La *Reintegración*, que hizo entrar en actividad a los Cohen mucho antes del reinado de Salomón e incluso antes del apostola-

do de Moisés, veía en ellos a los ministros de la verdadera religión, cuyo conocimiento y práctica estaban reservados solo a los iniciados.

Los Cohen elegidos se consideraban, por el mismo título que asumían, herederos y depositarios de la tradición secreta judía. Judía y no hebrea, ya que Pasqually hace una curiosa distinción entre las dos palabras, llena de connotaciones. Ya fuera por apego a la raza de la que sus padres habían abjurado de la fe religiosa, si es que era realmente de origen judío como quiere la tradición, ya fuera para explicar el hecho de que los judíos eran al mismo tiempo despreciados por la multitud como un pueblo de comerciantes codiciosos y sin escrúpulos y honrados por los ocultistas como poseedores de conocimientos secretos, no quería que se confundiera a los verdaderos judíos con los hebreos, la aristocracia intelectual y la plebe mercantil.

Los judíos ya no poseen «las leyes divinas y se contentan con el ceremonial de una ley que les ha sido quitada ignominiosamente» (I, 194), según la profecía de Moisés, que dice a Israel: «Verás el culto del Señor pasar a otras naciones en tu perjuicio y vergüenza (...) en virtud de este mismo culto, las diferentes naciones te mantendrán en sujeción» (I, 367). Esta decadencia ya había sido anunciada simbólicamente en la época de los Patriarcas. Cuando Abraham subió al monte Moria, donde quería sacrificar a Isaac, y donde debía aparecer el ángel del Señor, los dos siervos que dejó al pie del monte representaban «el alejamiento y el abandono que las dos naciones, la de Ismael y la de Israel, harían en el futuro del culto divino, por lo que caerían en la privación espiritual divina» (I, 217). También Esaú, al perder el derecho a la descendencia, «ponía de manifiesto la figura real de lo que más tarde le sucedería a Israel, que, como

primogénito espiritual y primer heredero de la ley divina, sería suplantado por aquellos que no debían [no deberían] venir después de él» (I, 225). Israel experimentó la desgracia que afectó a las naciones surgidas de Sem, Cam y Jafet cuando fueron «separadas vergonzosamente del culto divino y dispersas entre todos los pueblos»[79] (I, 209). «El culto que (los judíos) practican da a conocer que están guiados por principios falsos y por el príncipe de las tinieblas. Son esclavos de la forma ceremonial de la ley» (I, 155). Habiendo perdido todo contacto con la Divinidad, sin conocer ya los bienes espirituales, esos infelices «no están sometidos más que a la codicia de los bienes materiales» (I, 156) y no hay nada «más indiferente y más rapaz que el corazón del judío» (I, 194).

Pero, tanto los judíos, cuyo nombre significa «confusión» (I, 194), son dignos de desprecio, como los judíos o israelitas[80] merecen respeto, ya que judío significa «justo»

79 Pasqually parece perder aquí de vista que anteriormente protestó contra «la convención del hombre», que, « sin la participación divina, distinguió a Ismael, Israel, los cristianos y los idólatras», que declaró que la posteridad de Caín, la de Set y la posteridad femenina de Adán formaron primero «las tres naciones que habitaban la superficie de la tierra» y que, finalmente, había asegurado, de acuerdo con la Biblia, que la tierra «fue después del Diluvio, por orden del Eterno, dividida entre los tres hijos de Noé», de modo que «no puede haber en esta tierra más que tres naciones principales, de las cuales emanan todas las naciones compuestas y convencionales» (p. 32-I33J. Quizás quiera decir que los descendientes de Sem, Cam y Jafet olvidaron, a medida que se multiplicaban y se sucedían las generaciones, la enseñanza que les habían impartido los Elegidos Espirituales de la segunda posteridad de Noé, y explicar así el nacimiento de las religiones politeístas entre los pueblos de la antigüedad.

80 Pasqually da a esta última palabra un sentido más místico que

y nada «es más aceptable y eficaz para el Creador que la oración y la invocación de los judíos» (I, 194). Así, Pasqually no admite que la más mínima sospecha, ni siquiera la más fundada, empañe la reputación del pueblo elegido que se ha mantenido fiel a su misión. Arremete contra «la ignorancia de los supuestos sabios» que han tratado «a los hijos de Israel como ladrones y pérfidos», porque, según la *Biblia*, estos se llevaron consigo, al huir de Egipto, los vasos de oro y plata, diversos utensilios de metal precioso y los perfumes que habían tomado prestados de los egipcios para celebrar el culto divino. Pasqually señala, en primer lugar, que los judíos actuaron por orden de quien los liberó de la esclavitud y que «el robo que cometió Israel fue un verdadero castigo que la justicia divina ejerció sobre ellos (los egipcios), privándoles de los objetos más preciados de la idolatría». Luego hay que considerar que esos objetos valían alrededor de *un millón*, insuficiente para enriquecer a un millón doscientos mil hombres, mantenerlos durante cuarenta años en el desierto y sufragar los gastos de la guerra. «No hicieron en el desierto, ni al llegar a la Tie-

histórico. De hecho, tras llamar «verdaderos israelitas» a los siete Minores Espirituales, discípulos de los tres últimos descendientes de la segunda posteridad de Noé, señala: «Utilizo aquí la palabra israelita, aunque el nombre de Israel aún no se conocía en la época de la que hablo (según la *Biblia*, fue dado a Jacob tras su lucha con el ángel). Israel significa «fuerte contra Dios», pero israelitas significa «fuertes en Dios»; por eso doy este nombre a los sabios noéticos de la posteridad de Noé» (p. 204). Es cierto que unas páginas más adelante, como acabamos de ver, afirma que uno de los dos siervos de Abraham que se quedaron al pie del Moriha simboliza el abandono «que Israel haría en el futuro del culto divino» (p. 217). Por lo tanto, para Pasqually hay elegidos y réprobos entre los israelitas, al igual que entre los judíos de nacionalidad.

rra Prometida, ningún tipo de comercio ni de intercambio de bienes materiales con las riquezas que habían traído de Egipto» ya que «esos utensilios de oro y plata no sirvieron en Israel para otro uso que la decoración del Templo y del Arca de la Alianza que Moisés levantó para la gloria del Creador, a fin de realizar en ella los diversos cultos divinos». Así, al llevarse los objetos preciosos que pertenecían a los egipcios y consagrar al servicio divino lo que procedía del demonio, los judíos expresaron uno de los «tipos espirituales que operan en el universo». «Mostraron el destino inevitable de todos aquellos que se entregan por completo a la materia». Los reproches que se les han dirigido a este respecto «solo pueden ser dictados por la ignorancia y el orgullo», y el benévolo abogado considera que este piadoso robo honra a sus clientes (I, 259-262).

Pasqually no nos dice el nombre bajo el cual estos verdaderos judíos, desdeñosos de los bienes de este mundo y dedicados únicamente a las ciencias divinas, fueron conocidos en Occidente, pero es fácil adivinarlo. ¿Ha leído sus tratados en el texto original? Es lícito dudarlo, aunque parece que tenía alguna noción de hebreo. El nombre de Houwa que da a Eva está copiado del nombre hebreo: Hava (viviente) y cuando la llama «Hommesse», traslada al vocabulario francés el procedimiento gramatical hebreo que formó el término isba, que designa a la mujer, añadiendo la terminación femenina a la palabra ish, que significa hombre[81]. La interpretación que da de los dos nombres sucesivos del padre de los judíos es conforme a la etimología ge-

81 En el capítulo II del *Génesis*, Adán llama a Eva Ischschâh, forma femenina artificial de la palabra que significa hombre y a la que corresponde exactamente la palabra «hommesse» acuñada por Pasqually.

neralmente aceptada, aunque ha hecho algunas adiciones inspiradas en sus teorías místicas[82]. El desprecio que siente por los puntos vocálicos, desconocidos en el *Thimud*, los *Midrashim* y el *Zohar*, y que rechaza porque «la lengua judía es muy simple y carece de la puntuación convencional que se ha introducido en la lengua de los judíos» (I, 193), demuestra, al mismo tiempo que la veneración que sentía por las obras místicas, un cierto conocimiento de la escritura hebrea. Extrayendo de la Reforma Masorética[83] un argumento a favor de la distinción que él establece entre los judíos y los hebreos, declara que la «lengua hebrea» que utiliza la posteridad de Heber, que afirma ser la verdadera lengua hebrea, no es más que una alteración de la lengua original[84].

82 En el *Génesis* (XVII), Jehová, después de prometer un hijo al patriarca, le dice: «Ya no te llamarás Abramo, sino que tu nombre será Abrahamo, porque yo te constituyo padre de una multitud de naciones». Según los hebraístas, Ab-ram significa: Padre Elevado, Primer Ancestro, y Ab-raham: Padre de la multitud. Pasqually desarrolla: Abraham «padre carnal terrenal, elevado por encima de los padres ordinarios de la posteridad terrenal»; Abraham «padre elevado en multitud de posteridad de Dios» (31, 110). Por lo tanto, en otro punto (p. 537), se contenta con llamar a Abraham «padre de la multitud», como lo hace la Biblia.

83 Período en la historia judía, entre los siglos VII y XII d.C., donde un grupo de rabinos conocidos como masoretas fijaron la interpretación y transmisión del texto hebreo de la *Biblia*. [NdT]

84 No hay acuerdo sobre la fecha de introducción de los puntos vocálicos atribuidos a los masoretas, que fueron los primeros en separar el texto, hasta entonces continuo, en versículos y capítulos. La reforma, que tenía por objeto facilitar la lectura, se remontaría, según diversos lingüistas, entre los años 570 y 1800 d. C. Hasta el siglo XVI, la antigüedad de los puntos vocálicos era admitida universalmente por los judíos hebraístas y, cuando Elia Levita afirmó que eran relativamente modernos, su opinión

«Los hebreos utilizan los mismos caracteres que los judíos, pero las diferentes puntuaciones y los acentos que añaden a los caracteres hacen que se pronuncien de forma opuesta a su naturaleza pura y simple» (I, 193). Por el contrario, la «lengua judaica», que ha conservado la pureza original del idioma en el que fue redactada la *Biblia*, es el «lenguaje de la santidad del Espíritu divino que dirige la operación de estos hombres justos» (I, 193). Los «verdaderos judíos admitían que el origen alfabético de su lengua proviene de lo celestial y no de la convención de los hombres. Encuentran todos los caracteres de esta lengua claramente escritos en el orden de las estrellas, de donde han sido extraídos» (I, 193). Adán y su descendencia fueron los primeros en hablar la lengua judía, «que es la que la nación espiritual divina había reservado en todo tiempo para la criatura menor» (I, 192).

Pero si Pasqually tenía un conocimiento superficial del hebreo, nada prueba que fuera capaz de abordar los textos originales, cuya lectura presentaba dificultades tales que no podían superarse más que al precio de largos estudios[85]; es

causó escándalo. El problema adquirió un carácter confesional con Mattia Flacius y suscitó en el siglo XVII una famosa polémica entre Capelle y los judaizantes de Basilea, los Buxtorf, padre e hijo. La cuestión fue planteada en Francia en 1743 por el abad Michel Fourmont, intérprete de siríaco en la Biblioteca Real (véase Vulliaud: «Kabbale juive», II, 156-268).

85 El *Talmud*, en particular, tiene dos tipos principales de escritura: uno para el texto, que es el hebreo cuadrado, y otro para los comentarios; las notas colocadas en los márgenes o al pie de las páginas a veces se imprimen en varios tipos diferentes. Las abreviaturas, muy numerosas, tienen formas diferentes según las ediciones, especialmente en los comentarios y las notas. El idioma es una mezcla de hebreo moderno y arameo con numerosas

probable que los conociera sobre todo por las traducciones parciales que se habían publicado a partir del siglo XVI[86] y, especialmente, por las numerosas versiones y comentarios en español, que parece haber sido su lengua materna.

Sea como fuere, la *Reintegración* está impregnada del espíritu que animaba a los judíos talmudistas y cabalistas, su autor tiene el mismo respeto por la ley mosaica, desarrolla como ellos los temas extraídos de los textos bíblicos y se muestra como ellos apegado a las creencias populares judías.

* * *

El concepto impersonal de lo divino caracterizado por el nombre «la Chose» (la Cosa) que le daban los Elegidos Cohen, corresponde exactamente a una de las ideas fundamentales de la religión primitiva de Israel. Los antiguos judíos llamaban Elohim a las fuerzas anónimas que presidían la vida de la naturaleza, pero que también podían revelarse subjetivamente al hombre a través de una violenta emoción paralizante, una perturbación física cuya «tracción» mencionada por Pasqually no es más que una forma atenuada (cf. Kreglinger: *Religion d'Israel*, 69-71).

---

peculiaridades dialectales. El texto no presenta párrafos ni capítulos. Algunos pasajes solo son comprensibles si se comparan con otros pasajes dispersos en diferentes tratados; incluso un amplio conocimiento de la literatura mística deja muchos puntos oscuros para el lector si no cuenta con la ayuda de un talmudista experimentado y conocedor de la tradición de la enseñanza. (Véase Bischoff: *Thalmud*, VII-VIII).

86 A finales del siglo XV aparecieron en Ámsterdam traducciones latinas del *Talmud*, y Knorr von Rosenroth tradujo al latín numerosos pasajes del *Zohar* en su *Kabbala Denudata* (1677 y 1684).

El régimen prescrito a los Elegidos Cohen se asemeja al que la *Torá* imponía a los sacerdotes, a quienes el *Levítico* (III, 17) prohibía, al igual que Pasqually a sus discípulos, comer sangre y grasas de animales, y Saint-Martin, entonces secretario y discípulo celoso de Pasqually, recordaba a Willermoz que no debía comer, en la época de Pascua, pan sin levadura, refiriéndose a lo que ordenaba «la ley de Moisés» (III, 93). Pasqually tomó de la Pascua judía el alto significado del 14 de Nisán, fecha obligatoria de la cena pascual a partir del siglo VII.

Ciertos motivos y expresiones favorecidos por el *Tratado* se extraen directamente de la *Biblia*. El concepto de Elegido Espiritual o Menor Elegido, del hombre inspirado por Dios, ya sea directamente o a través de un emisario divino y su intérprete ante los Menores Espirituales, deriva claramente del profetismo, fenómeno particularmente frecuente en la historia de Israel. Los poderes de los jueces se basaban en el prestigio de los videntes, portavoces de la divinidad, a quienes los particulares sometían libremente sus disputas. Si los profetas posteriores al exilio: Abdías, Hageo, Zacarías, el tercer Isaías, Malaquías, Joel y Jonás son más bien sacerdotes y teólogos, los anteriores al exilio: Amós, Oseas, el primer Isaías, Miqueas, Naum, Jeremías, Sofonías, Abacuc, Ezequiel y el segundo Isaías son «hombres de Dios», videntes e inspirados (Kreglinger: *op. cit*. 187, 199, 243), prototipos de los Elegidos Espirituales de Pasqually. Los Menores Elegidos recibían del Espíritu del Supraceleste, que se manifestaba con la forma sensible de un Reconciliador, como el «diputado Elí» que se apareció a Set, las indicaciones necesarias sobre el culto que debían rendir a Dios o las «sublimes instrucciones espirituales» sobre el significado del Septenario, del Denario y del Cuater-

nario (I, 127-129), como el Mabi, confundido con el Ro'eh o Hozeh (Vidente) de la época antigua, era para los judíos ante el exilio un intermediario entre el Espíritu de Dios e Israel, y que los profetas judíos, inspirados por el Ruah divino o, como Ezequiel, Isaías y Daniel, instruidos por un ángel, llamaban periódicamente al pueblo olvidadizo al culto del verdadero Dios. La comparación la hace el propio Pasqually cuando, estableciendo una relación entre el papel histórico de los profetas y la intervención que les atribuye en las operaciones, donde son invocados temporalmente junto a los Patriarcas[87], declara que el Creador «ha juzgado necesario, en beneficio del hombre, elegir espiritualmente a seres menores y dotarlos de espíritu profético, no solo para mantener al hombre en las leyes, preceptos y mandamientos que les había dado, sino también para mayor molestia de los espíritus malignos y para la manifestación de la mayor gloria divina» (I, 95).

El término dual se utiliza habitualmente en la *Reintegración* para designar al Menor Espiritual, es decir, al hombre que su ardiente aspiración hacia lo divino le hace apto para comprender la enseñanza secreta dispensada por Pasqually, y se encuentra en el *Libro de Daniel*, donde el ángel Gabriel dice al Vidente: «He venido para decirte que eres un hombre deseado; medita, pues, la palabra y comprende la visión» (IX, 23). «Daniel, hombre deseado, comprende la palabra que te diré» (X, 11). «No temas, hombre deseado, paz a ti» (X, 19).

La «gloria» o aparición luminosa con la que se manifiesta a los mortales el enviado divino durante las Operaciones es un motivo esencialmente bíblico. Cuando el Señor hace

87 La *Biblia* también ponía a patriarcas como Abraham, Isaac, Jacob y Tobías en comunicación con el Señor a través de los ángeles.

alianza con Abraham: «un horno humeante y una antorcha ardiente pasaron entre los animales» (*Génesis*, XV, 17). En medio de la zarza ardiente: «el ángel del Señor se le apareció en una llama de fuego» cuando el Eterno habla a Moisés (*Éxodo*, III, 2) y la «Gloria de Dios» o nube luminosa que había guiado a los hebreos en el desierto descansa sobre el Propiciatorio en el Tabernáculo. Es cierto que la *Biblia* a menudo representaba esta gloria como un fuego material capaz de devorar la carne y las ofrendas cuando Dios aceptaba el sacrificio. Cuando Moisés y Aarón inmolaron las primeras víctimas ante el Tabernáculo, «salió fuego de la presencia del Señor y consumió en el altar el holocausto y la grasa» (*Levítico*, VI, 13; IX, 24). Así, «salió de la roca un fuego que consumió la carne y los panes sin levadura» (*Jueces*, VI, 21) ofrecidos por Gedeón, anunciándole su próxima victoria. «Cayó el fuego del Señor y consumió el holocausto, la leña, las piedras y la ceniza, y secó el agua del canal» (III *Reyes*, XVIII, 38) cuando Elías se impuso a las profecías de Baal. Cuando Salomón terminó de orar en el Templo, «descendió fuego del cielo y consumió el holocausto y las demás víctimas, mientras la gloria del Señor llenaba el templo» (*II Crónicas*, VII, 1-2).

Pasqually conoce la fuerza devoradora del fuego divino y señala que los habitantes espirituales del Supraceleste no pueden comunicarse con los seres temporales «sin consumirlos con la facultad innata en el Espíritu puro de disolver todo lo que se le acerca»[88] (I, 357). Pero la *Biblia* también conoce un fuego inmaterial que es sobre todo luz y esplendor sobrenatural. La luz que Dios hace resplande-

88 También dice (*ibíd.*, p. 46): «Ninguna materia puede ver y concebir al Espíritu sin morir o sin que el Espíritu disuelva y aniquile toda forma de materia».

cer al principio de la creación (*Génesis*, I, 3) no es la luz del sol, que solo se crea en el cuarto día, sino «la luz de la luz eterna de Dios», luz con la que «se envuelve como un manto» (*Salmo* 104, 2) que lo rodea con un resplandor cegador cuando se aparece a Ezequiel: «Un torbellino de fuego que resplandecía por todas partes como el ámbar, y en medio se veía como un destello de plata incandescente» (*Ezequiel*, I, 4; VIII, 2), que Daniel (VII, 9) vio en forma de torrente de fuego que brotaba y se extendía delante de Dios y que formaba el carro y los caballos resplandecientes que se llevaron a Elías (*IV Reyes*, II, 11). El resplandor de los Pasos es evidentemente menos deslumbrante, pero entre este y la luz sobrenatural de la que habla la *Biblia* hay una diferencia de intensidad y no de naturaleza.

Así como el débil destello esperado por los Elegidos Cohen no era más que un pálido reflejo de las deslumbrantes teofanías descritas en la *Biblia*, la sensación de abatimiento que, según la *Sagrada Escritura*, experimentan los seres humanos al acercarse a lo divino se convierte en las Operaciones en la «tracción ejercida por la Cosa», un fenómeno menos acusado, pero análogo. En el momento en que el Señor estaba a punto de aparecer ante Abraham, «un terror oscuro lo asaltó» (*Génesis*, XV, 12). Antes de aparecer ante Elías en el Horeb como un fuego, el Eterno anuncia su llegada primero con un viento violento, luego con un terremoto y, por último, con un soplo débil (*III, Reyes*, XIX, 11-12).

El método con el que Pasqually deriva las divisiones del tiempo del cómputo sagrado se corresponde con una particularidad del Código Sacerdotal[89]: en los pasajes del *Penta-*

89 La crítica moderna designa con este nombre al más reciente de los cuatro documentos fusionados en el *Pentateuco*, que habría sido redactado tras la toma de Jerusalén por Nabucodonosor en el año

teuco derivados de ese antiguo documento, el término hebreo del *Génesis* (I, 14), que comúnmente se traduce como «tiempo» o «estaciones», nunca se utiliza para designar las estaciones del año climático, sino que se aplica a las estaciones sagradas del año eclesiástico, que estaban determinadas por la luna. También la *Reintegración* utiliza el término bíblico para designar la duración de la permanencia que deberán cumplir los Menores en los tres círculos «donde se verán obligados a actuar durante un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiempo». El primer tiempo es, para lo sensible, el más cercano a la materia terrenal; el segundo tiempo es, para lo visual, el más cercano a la materia enrarecida, y la mitad de un tiempo es lo racional, que es lo más cercano a lo supraceleste» (I, 331).

Entre los numerosos títulos que Adán da al Eterno en su acto de contrición (I, 30) figuran los de «Dios del sábado» y «Dios de los ejércitos celestiales y terrestres de este universo» (Jehová Sabaoth), expresiones rituales utilizadas en la *Biblia*[90]. También la invocación de los Tres Días utiliza un término consagrado, dando al Señor el título de Kadosh (Santo).

También encontramos trazas del ritual de las Operaciones en la *Biblia*. Manoé, padre de Sansón, queriendo saber si el desconocido que le había dicho que venía de parte del Señor era realmente un emisario divino, «tomó el cabrito y la ofrenda y los quemó sobre la piedra al Señor, que hace cosas misteriosas. Mientras Manoé y su mujer mira-

586 a. C.

90 Es curioso constatar que, al dar esta doble traducción de Sabaoth, Pasqually se adelantaba a la exégesis moderna, que cree que el término designaba al ejército de las estrellas antes de ser interpretado con el significado de israelitas armados.

ban, mientras la llama subía del altar al cielo, el ángel del Señor subió con la llama del altar (...) y el ángel del Señor no se apareció más a Manoé ni a su mujer. Entonces Manoé comprendió que Aquel era el ángel del Señor» (*Jueces*, XIII, 19-21).

La vestimenta del operador recuerda la vestimenta sacerdotal propia de los Cohanim de la familia de Aarón, los únicos que tenían derecho a entrar en la Mishná, parte reservada de la Tienda de la Convocación que contenía el Lugar Muy Santo y el Santo de los Santis: túnica interior de lino, túnica sin pliegues, cinturón de lino multicolor: blanco, jacinto, púrpura y carmesí. El Cohen Ha Gadol o Gran Sacerdote llevaba un cinturón de varios colores (Ledrain: *Hist. d'Israel*, I, 137/139).

El holocausto para la ordenación de Réau-Croix se inspira claramente en el sacrificio ofrecido por cada judío afectado por la impureza prescrita y durante el cual el oferente quemaba en el altar un animal sin piel. Por otra parte, Pasqually conocía perfectamente la cuestión de los sacrificios utilizados por los judíos. En una carta dirigida al Sustituto General, distingue con exactitud entre el sacrificio expiatorio, que tenía por objeto obtener el perdón por la violación de una prescripción de la Ley, y el sacrificio «pacífico», acto espontáneo de piedad o testimonio de gratitud, al que llama «acción de gracias», por lo que recomendaba que la piel del cordero fuera negra, «de lo contrario, el holocausto sería una acción de gracias y no de expiación» (V, 229).

Por último, el papel preponderante de las fases de la luna en la determinación de la fecha de las Operaciones es un recuerdo de las neomenias[91] consagradas por los judíos y

91 Fiestas que desde la más remota antigüedad se celebraban en el

los egipcios con un sacrificio especial (Ledrain: *op. cit*. I, 149).

* * *

El espíritu y la imaginación de Pasqually estaban tan obsesionados con las ideas y tradiciones particularmente judías, que introdujo en su exposición conceptos que no formaban parte integrante de su sistema místico y que él relaciona arbitrariamente.

La prohibición de admitir a los cojos en la Orden de los Elegidos Cohen, que recuerda las prescripciones del *Levítico* (XXI, 18-21) y el versículo de los *Jueces* (II, V, 8): «el ciego y el cojo no entrarán en el templo», se justifica de manera ficticia en *La Reintegración* con la herida que Jacob recibió durante la lucha con el Espíritu divino: «Después de aquel tiempo, fue prohibido por el Eterno, tanto en la época de Moisés como en la de Salomón, que ninguna persona marcada con la letra B al nacer fuera admitida al culto divino bajo ningún pretexto» (I, 227-228).

El número 40, citado muy a menudo en la Biblia, donde probablemente significaba un período indefinido, reaparece en forma de cliché en *La Reintegración*: «Los cuarenta días que tardaron en descender aquellas aguas enrarecidas representaban los cuarenta años de penas y sufrimientos que Adán padeció en su alma y en su espíritu después de su prevaricación» (I, 164). Del mismo modo, «el fruto de la reproducción corporal de los hombres no puede tener vida pasiva, activa o espiritual hasta que han transcurrido cuarenta días» (I, 165), los animales permanecieron encerrados durante cuarenta días en el arca y el mismo tiempo

novilunio de cada mes en Siria, Egipto, Grecia y Roma. [NdT]

pasó Noé con ellos en el Ararat mientras las aguas se retiraban» (I, 166). «Después del diluvio, la tierra quedó estéril durante cuarenta años (I, 231). Jacob, devuelto al poder espiritual divino, no pudo realizar los diversos cultos divinos hasta cuarenta años después de su ordenación (I, 246). Moisés permaneció cuarenta años fuera de Egipto tras la muerte del egipcio (I, 278) y permaneció cuarenta días en la nube sobre el Sinaí antes de descender con las Tablas de la Ley (I, 278).

Cuando Pasqually hace de la sangre el motor de la vida orgánica, «el tronco es la sede desde la que el alma preside y acciona todo el general [materia] de la forma particular que habita» (I, 253), interpreta los versículos de la *Biblia*: «No comeréis carne con su vida, es decir, con su sangre» (*Génesis*, IX, 4); «la vida de toda carne es la sangre, en su sangre está la vida» (*Levítico*, XVII, 14). El desarrollo místico de esta noción, es decir, la idea de que, dado que el hombre es culpable por este principio vital de origen material, la maldición provocada por la culpa de Adán recae sobre la sangre, que tras el sacrificio sangriento, representado por la circuncisión, es una forma de purificación obligatoria, ya expresada en el *Levítico*[92], se encuentra en *La Reintegración*, que desarrolla el tema en varias ocasiones, haciendo de la efusión de sangre la condición previa para la reconciliación: «La sangre de Abel, derramada sobre la tierra, es el verdadero tipo y la reacción [acción más fuerte] de la acción de la gracia divina que ha dado paz y misericordia a la tierra y a sus habitantes. Era igualmente el tipo de alianza que el Creador debía concluir con su criatura

92 «La vida de la carne está en la sangre; por eso os la he dado, para que sea derramada sobre el altar en expiación por vuestros pecados, porque con la sangre se purifica el alma». XVII, II.

después de la reconciliación, tal y como vimos al Primer Hombre volver a caer en gracia ante el Creador inmediatamente después del sacrificio de Abel. Esto no se repitió claramente con la circuncisión de Abraham, con la que este padre de multitudes obtuvo la perfecta reconciliación con el Creador y, con el derramamiento de su sangre, este patriarca conoció la alianza que el Eterno hace con él» (I, 114). «Abraham, dejando de ser presa de los demonios, dio testimonio al Creador de la alegría de su reconciliación divina (después del sacrificio del carnero en lugar de Isaac) y, en señal de su fe y de su perseverancia en esta reconciliación, pidió al Creador que hiciera una alianza con él. Entonces le dijo el espíritu divino: «Abraham, circuncida tu carne, y la sangre que derramarás sobre la tierra delante del Señor será la prueba cierta de la Alianza que el Creador hace contigo». Lo que comúnmente [entre los profanos] se llama Bautismo de Sangre» (I, 221). «La circuncisión y el derramamiento de la sangre de Abraham eran el verdadero tipo de purificación de la materia corporal. Esta efusión de sangre servía también para purificar la vida pasiva y disponerla a retener la impresión de las diferentes operaciones espirituales divinas que el Creador había impuesto [sic] de nuevo a su siervo Abraham con el fin de alejarlo del culto falso que perjudicaba al de la Divinidad. Es probable que, con esta operación enteramente espiritual, la vida pasiva o el alma animal no estuviera enteramente ligada a la vida impasiva o alma espiritual activa» (I, 363).

El milenarismo judío se refleja claramente en ese pasaje del *Tratado* donde está escrito que los Menores reintegrados en las virtudes y potencias del Primer Hombre esperarán el fin de los tiempos en el círculo racional a la sombra de la reconciliación (I, 171), imagen que alude claramente

al Reino de los Mil Años durante el cual, según la creencia corriente en Israel, los Justos debían disfrutar de una felicidad serena esperando el fin del mundo.

* * *

La Reintegración concuerda con las obras de los rabinos místicos, no solo por su pretensión de ser un comentario secreto del *Pentateuco*, sino también por los postulados en los que se basa y los procedimientos que recibe de ellos.

Pasqually se vale a la vez de una tradición esotérica y de revelaciones personales. Se considera a sí mismo depositario de sublimes secretos revelados «al beato Set», e intérprete de una «verdad» de la Sabiduría que le «dictó» lo que escribe (I, 377).

El motivo fundamental del *Tratado*, es decir, la exposición de la *Torá* oral o sustancia de las revelaciones hechas por Dios a Moisés en el Sinaí y transmitidas por el Profeta a algunos iniciados, es la fuente común de todo el esoterismo judío.

Los discursos que Pasqually pone en boca de los principales personajes del *Génesis* y del *Éxodo* son, como ha señalado A. Franck (IX, II), una réplica de lo que se encuentra en los *Midrashim*.

Pero los puntos de contacto más característicos son: 1º. la interpretación mística de los nombres de los personajes o lugares citados en la Biblia; 2º. la exégesis alegórica de los pasajes del texto sagrado; 3º. la intervención de la Aggadà en la exposición dogmática.

Aunque parece que Pasqually tenía algún conocimiento de la mística de las letras hebreas, ya que en un pasaje es-

cribe que la primera Alef expresa el pensamiento divino y la segunda Beth, su acción (I, 360), debemos renunciar a buscar si sus interpretaciones se basan en un método concebido seriamente y seguido fielmente. Solo un hebraísta especialmente entrenado y dotado de una paciencia a toda prueba podría intentar descubrir si el Maestro de los Elegidos Cohen recurrió a la Gematría, al Notarikón, a la Thémurah o a los diversos tipos de Zeruph para encontrar equivalentes místicos a los nombres bíblicos. Quizás no le hacemos injusticia al afirmar que simplemente imaginó traducciones que confirmaban sus teorías, estando seguro de que sus lectores le creerían, a pies juntillas. Sea como fuere, utiliza con frecuencia el procedimiento talmúdico. «La interpretación espiritual del nombre de Benjamín significa: hijo de mi dolor»[93]. «El verdadero nombre espiritual de Bezalel (constructor del templo) es Bet, es decir, que realiza la acción del pensamiento divino»[94]. Caín significa: «hijo de mi dolor»[95]; Set: «admitido a la posteridad de Dios»[96]; Jared: «hombre iluminado por Dios»[97].

---

93 Benjamin significa «vulgarmente»: «Hijo de mis días».

94 El Éxodo (XXXVI) lo llama Bezalel: «a la sombra de Dios».

95 Caín: «rechazado».

96 Scheth: «colocado».

97 Jered «descendencia». Es posible que Pasqually haya interpretado el significado primitivo desde un punto de vista místico como: descenso del Espíritu divino. Por otra parte, a veces siguió bastante de cerca la etimología; traduce Noé (Noha i «reposo») por «reposo o alivio» (p. 172), Enos (Enoseh: «hombre») por «débil mortal» (p. 130). Su traducción de Enoch (Hanock: «probado, iniciado»), que traduce por «dedicación» (que ha sido dedicado), tiene un significado místico relacionado con el sentido verdadero (p. 104), pero la razón por la que quiere que la palabra comience por E y no por H sigue siendo un misterio (p. 131).

Egipto significa: «lugar de privación divina o tierra de maldición» (I, 337); el Nilo: «principio de acción y de operación espiritual temporal» (I, 237); el nombre del Sinaí: «altura y elevación de la gloria divina» (I, 277); el del desierto de Jezaniaz: «escuchad al Señor» (I, 94). El nombre del desierto de Phiahizoth, situado entre Magdal y el Mar Rojo, significa «regeneración de la acción», mientras que Magdal equivale a «aspecto de abominación» y el Mar Rojo a «abismo de amargura» (I, 263). Lathan, nombre del cometa que apareció al nacer Enoc, debe interpretarse como «signo de confusión y pena terrenal» (I, 135).

Algunos nombres a los que Pasqually da un sentido místico han sido creados por él o tomados de las leyendas talmúdicas, como Deliacim, primer nombre dado por Jared a su hijo, al que luego llamó Enoc, que significa «resurrección del Señor en la posteridad de Set» (I, 104); Cainan, hermana menor de Caín: «hija de la confusión»; Aba I, tercera hija de Adán y Eva, de materia o privación divina» (I, 64); Booz, décimo hijo de Caín y parricida: «hijo del asesinato» (I, 91); Aba 4, apodo dado por Adán a Abel: «hijo de la paz» (I, 67); Aba 10, otro apodo de Abel: «hijo criado por encima de todo sentido espiritual» (1, 67).

Pasqually aplica sistemáticamente el método de interpretación alegórica que Filón el Hebreo había utilizado tan bien y cuyas reglas había establecido para uso de los místicos judíos. Hemos podido ver cómo lo utiliza a lo largo de muchas páginas cuando trata de los «tipos» y los símbolos, en particular los que el Tabernáculo y el monte Moria ofrecen a su especulación[98]. Escribe a propósito de la «priva-

98 Es posible que Pasqually haya conocido directamente las obras del místico alejandrino que había aparecido en varias traducciones latinas en el Siglo XVII y una reciente (1742). Es notable que esté

ción» que Adán se había ganado con su prevaricación: «Por eso dijo el ángel del Señor, según se relata en la Sagrada Escritura: «He aquí que el hombre se ha hecho semejante a uno de nosotros, conociendo el bien y el mal, y ahora, para que no extienda su mano y tome también el fruto del árbol de la vida y coma y viva indefinidamente». «El árbol de la vida no es más que el Espíritu del Creador atacado injustamente por el Menor con sus aliados. Que no viva para siempre significa que no viva eternamente como los primeros espíritus demoníacos en virtud y poderes malditos» (I, 24). Enseña que «la esencia» [el verdadero sentido] de las amenazas que el Creador hizo a Adán al expulsarlo del Paraíso Terrenal, según lo que relata la Sagrada Escritura: «Cultivarás la tierra; pero no te dará más que espinas», radica en el hecho de que, al procrear carnalmente, Adán había traído al mundo seres imperfectos, ya que «no hay espinas más agudas que las que una posteridad carnal puede causar en el corazón de un buen padre» (I, 64). Afirma que «las tinieblas con las que la Escritura amenaza a los réprobos no significan privación de claridad y luz, sino solo de acción espiritual divina en la inmensa circunferencia celeste en la que los verdaderos espíritus reconciliados (verdaderamente reconciliados) irán a cumplir su feliz reintegración» (I, 163). Aludiendo a una tradición según la cual Moisés había comunicado la ley divina a los judíos con el rostro cubierto por un velo que ocultaba también las Tablas de la Ley, añade este comentario: «Este velo rojo que

---

de acuerdo con él en establecer como principio que el mundo fenoménico tiene como condición necesaria el tiempo, para hacer del hombre la corona y el término de la creación, una copia del modelo ideal del Primer Adán trascendente, y en reconocerle un libre albedrío en virtud del cual es completamente responsable de sus actos.

ocultaba al pueblo el rostro de Moisés y las tablas en las que estaban escritas la intención y la voluntad del Creador, representa muy perfectamente a los espíritus perversos que sirven de velo escandaloso a todos los Menores que operan con ellos[99]. El color rojo del velo representa la insinuación del intelecto demoníaco en los sentidos principales de la forma del Menor, que lo priva de toda comunicación con los sentidos espirituales divinos y lo hace incapaz de retener ninguna impresión, ya sea por su tipo, por su misterio, o incluso en su naturaleza pura y espiritual. El rostro velado de Moisés anunciaba el estado de privación de los conocimientos divinos al que Israel estaba a punto de ser reducido por las alianzas que Moisés veía hacer al pueblo con el príncipe de los demonios y la ignorancia en la que ese pueblo iba a caer...» (I, 163).

Los elementos aggádicos[100] están representados en abundancia en *La reintegración*, que es, casi como un comentario esotérico, un complemento de la *Biblia*, desde el *Génesis* hasta el *Libro de los Reyes*.

Es cierto que Pasqually remite a menudo al lector a los textos conocidos. Por ejemplo, considera inútil «entrar en detalles sobre la conducta temporal» de Abraham, Isaac y Jacob, porque «la Escritura dice lo suficiente» (I, 236). Reconoce que «la Escritura habla abundantemente de los diferentes dones que el Creador ha puesto en ciertos hombres emanados de él para la manifestación de su gloria» (I,

99 Es decir, los demonios oscurecen la inteligencia de los Menores que los escuchan.

100 "Haggadá, que significa relato o narración, se aplica tan a menudo al libro que se lee durante el Seder de Pésaj que muchos olvidan su significado original, o sea las partes no jurídicas, fantásticas, legendarias y proverbiales del Talmud". [NdT]

179) y que, en lo que se refiere a las siete plagas con las que Moisés castigó a Egipto, «podemos atenernos a lo que dice la Escritura al respecto» (I, 252). No se detiene a exponer minuciosamente todos los hechos particulares que ocurrieron entre los israelitas después de su salida de Egipto, porque la *Sagrada Escritura* «habla muy ampliamente de sus diversos movimientos y campamentos» (I, 277). Excusa, cuando es necesario, la concisión del texto sagrado: al hablar de la segunda posteridad de Noé, de la que la *Biblia* no hace mención alguna, observa: «La *Escritura* no habla de esta segunda descendencia: el silencio de la *Escritura* al respecto no debe sorprendernos; ha omitido temas muy interesantes para el hombre del deseo; tal vez haya tenido alguna razón justificada para ello, tal vez los traductores no hayan encontrado esos detalles lo suficientemente interesantes para la instrucción del hombre incapaz de satisfacer su curiosidad (cuya vana curiosidad nunca se satisface)» (I, 199-200).

Pero cuando emprende el trabajo de completar el texto bíblico, sin que sus añadidos apoyen sus teorías particulares, manifiesta una seguridad imperturbable y, a juzgar por la abundancia y precisión de los detalles, parecería escuchar el relato de un testigo ocular. Ahora enriquece un pasaje demasiado conciso a sus ojos. El *Génesis* se contenta con decir que Adán había nombrado a los animales, es decir, según entendían los rabinos talmudistas, había ejercido su derecho de mando sobre ellos. Pasqually le hace decir al Creador: «Manda a todos los animales activos y pasivos y ellos te obedecerán» (I, 13), y luego añade: «Después de estas operaciones, el Creador dijo a su criatura: "Manda a la tierra; ella te obedecerá". Lo cual hizo Adán. Con esto vio que su poder era grande y conoció con certeza el segun-

do todo que componía el universo. Después de estas dos operaciones, el Creador dijo a su criatura: «Ordena a todo el universo creado y todos sus habitantes te obedecerán». Adán volvió a cumplir la palabra del Eterno; y con esta tercera operación aprendió a conocer la creación universal» (I, 14).

Ahora bien, al igual que en el episodio de la Pitonisa, la *Reintegración* modifica en numerosos puntos el relato bíblico. Según la *Biblia*, Saúl, deseoso de conocer el resultado de la batalla que se disponía a librar contra los filisteos y habiendo consultado en vano el Urim[101] y los sueños, se dirige, de noche, disfrazado de la bruja de Endor, que practicaba la nigromancia (rigurosamente prohibida por el propio Saúl), y le ordena que «haga subir» (del Seol[102]) la sombra de Samuel; este aparece y anuncia al rey que al día siguiente irá a reunirse con el juez en el Seol. *La Reintegración* cuenta que Saúl, planeando atacar y saquear a los gabaonitas, que se habían reconciliado anteriormente con Dios a través de Josué y que habían implorado y obtenido la ayuda de los filisteos, pero dudando del valor de su tribu favorita, la de Benjamín, ordena a la pitonisa que vaya a verle. La adivina, sabiendo que los jefes de Benjamín tienen la intención de matarla por temor a que lleve al rey ante la justicia, se niega a ir y se refugia en un lugar situado a una legua de Galboé. Saúl la hace buscar con la orden de traerla por la fuerza; es descubierta y, tras la promesa «palabra de rey» de que no se le hará ningún daño, invita al rey a acudir a ella y evoca un espíritu en su presencia (I, 379-388).

---

101 Urim y Tumim eran objetos usados en el Antiguo Testamento hebreo para determinar la voluntad de Dios. [NdT]

102 Mundo de los muertos, un lugar de oscuridad donde van las almas de los difuntos. [NdT]

Las adiciones que el *Tratado* aporta a los relatos bíblicos son, en su mayoría, de carácter anecdótico, al estilo de los relatos talmúdicos. Pasqually conoce la naturaleza de las provisiones llevadas en el Arca: «esas provisiones no eran cosas refinadas y delicadas, como podrían ser la harina más pura y tres cosas selectas y susceptibles de satisfacer el gusto. No consistían más que en simples frutos comunes de la tierra». También sabe que «quedó más de dos tercios en el arca cuando todos salieron» (I, 159). Conoce toda la historia de la posteridad de Caín: «Entonces Caín se retiró con sus hermanas a un lugar donde había sido relegado por el Eterno. En este lugar tuvo una descendencia de diez varones y once mujeres. Allí construyó una ciudad que llamó Enoc. Con el fin de cooperar en su empresa, concibió la idea de excavar en las entrañas de la tierra (...) con su primogénito, al que había llamado Enoc». «Dejó su secreto, tanto para la fusión de los metales como para el descubrimiento de las minas, a su hijo llamado Tubalcain. De aquí sabemos que Tubalcain fue el primero en descubrir la fusión de los metales» (I, 90-91). Se nos informa de las circunstancias de la muerte de Caín: «gran cazador», se dedicaba con pasión a este ejercicio en compañía de Booz, su décimo hijo. Este último mató a su padre Caín, lo cual sucedió de la siguiente manera: Caín, habiendo decidido ir a cazar animales feroces, acompañado por dos hijos de Enoc, sus sobrinos, no avisó a su hijo Booz de la partida de caza que había planeado hacer dos días después. Booz, por su parte, planeó con sus dos sobrinos, hijos de Tubalcain, ir a cazar el mismo día que su padre, pero sin avisarle de su plan. Booz, al no tener hijos, había puesto todo su cariño en sus dos sobrinos. Booz, sin saberlo, tomó el mismo camino que su padre Caín; y al encontrarse ambos en un matorral que so-

lían batir, Booz vio la sombra de una figura a través de este matorral llamado Onam, que significa dolor, y disparó una flecha que atravesó el corazón de su padre, confundiéndolo con un animal feroz». Booz, desesperado, suplicó a sus sobrinos que lo mataran; cediendo a sus ruegos, lo apuntaron con sus flechas cuando «se oyó una voz que decía: «Quien mate al que ha matado a Caín, será castigado con setenta y siete veces la muerte»». Booz, objeto de la «enemistad general de toda la primera posteridad de Caín, se vio obligado a retirarse de aquella multitud poseída por un intelecto demoníaco y se retiró al desierto de Jezaniaz, que significa: escuchad al Creador. En este lugar, Booz terminó sus días en contrición y penitencia» (I, 91-94).

Pasqually también sabe que la posteridad de Abraham, Isaac y Jacob «permaneció durante 430 años» en Egipto (I, 237) y conoce el motivo por el que el ejército del faraón se adentró imprudentemente en el mar Rojo: «El faraón, que había visto a los israelitas marchar a lo largo del mar Rojo, redobló la marcha para alcanzarlos y, como los había perdido de vista en la oscuridad, ordenó a su ejército que encendiera antorchas para perseguir a los enemigos y buscar sus huellas; pero este recurso fue más funesto que ventajoso para los egipcios, pues el ejército del faraón, ocupado en seguir las huellas del enemigo, no se dio cuenta de que había abandonado la orilla del mar y que marchaba en medio de las aguas que se suspendían a ambos lados» (I, 266).

Pero sobre la infancia de Moisés, el autor de *La reintegración* tiene la mayor cantidad de información inédita. Nos dice que el padre de Moisés se llamaba Tupz, es decir, «lleno de bondad divina», y no Amram, y que su madre era Maha, es decir, «fecundidad espiritual divina», y no Jocabed «como dice la Escritura», y que tuvieron tres hijos:

«el padre tuvo en primer lugar a Merian a la edad de 66 años y 3 (meses). Tupz tuvo luego a Aarón, a la edad de 79 años y 7 meses, y a Moisés, a la edad de 92 años y 10 meses. Maha engendró a Heriar a la edad de 48 años y 3 meses, a Aarón a la edad de 61 años y 7 meses, y a Moisés a la edad de 64 años y 10 meses» (I, 237-238). Tres páginas del *Tratado* están dedicadas a un episodio al estilo de los cuentos orientales. Cuentan que la hija del faraón, orgullosa de la belleza de su hijo adoptivo, quiso presentárselo un día al soberano; mientras atravesaban la sala de audiencias, la atención del niño, que llevaba en brazos, se vio atraída por un «cojín sobre el que estaban colocados la corona y el cetro del rey» y, sobre todo, por un carbón que brillaba mucho. La princesa, accediendo al deseo del niño de coger todas aquellas joyas, examinó la estancia para ver si la observaban y, al no ver a nadie, inclinó a Moisés sobre la corona y el cetro. El niño los cogió con avidez, pero al no poder levantarlos, la princesa le ayudó poniéndole la corona en la cabeza. Mientras tanto, el niño dejó caer el cetro a los pies de la princesa y quiso quitarse la corona de la cabeza. La dejó caer sobre la mesa y puso el pie encima». Un «chambelán» había presenciado la escena sin ser visto por la princesa; fue a informarlo al rey y le aconsejó que matara al niño de una raza proscrita y cuyo acto era un presagio funesto. Informada por su padre de la sentencia de muerte dictada contra su predilecto y del nombre del acusador, la princesa, con el fin de demostrar que el niño no había actuado «por desprecio ni por deslealtad», hizo traer un gran hornillo de fuego. «Se colocó el horno sobre una mesa con el cetro y la corona del rey... Tan pronto como el joven Moisés vio el fuego, se precipitó hacia él sin ver el cetro ni la corona, tomó con la mano derecha un carbón encendido y se lo llevó a la boca,

donde se apagó después de quemarle parte de la lengua». El faraón, convencido por esta experiencia de que Moisés no había actuado «por incitación del Dios de Israel», expulsó al chambelán y perdonó a Moisés, que quedó tartamudo tras aquella prueba[103] (I, 242-245).

103 I, 242-245. Esta anécdota se encuentra en parte en las *Antigüedades judaicas* (libro II, cap. IX, párr. 7), que en su primera mitad son solo un resumen de la *Biblia* para uso de los paganos, pero en las que el autor ha insertado rasgos legendarios ajenos a las *Escrituras* y procedentes de tradiciones orales. Según Josefo, la hija del faraón, que había adoptado a Moisés porque no tenía descendencia, se lo presentó a su padre cuando el niño cumplió tres años, con el fin de persuadirlo de que lo nombrara heredero presunto. El faraón, por juego, puso la corona en la cabeza del niño, pero este la tiró al suelo y la pisoteó. Cuando un hierogramata [Nombre dado a los sacerdotes egipcios encargados de leer y escribir los caracteres mágicos, NdT] intentaba persuadir al rey de que matara a Moisés, la princesa lo arrebató rápidamente de las manos de su padre y lo salvó. Esta leyenda se encuentra en la misma forma en el *Midrash Tanhuma*. La prueba del carbón ardiente, de la que no hablan ni Josefo ni el *Midrash*, debió de ser tomada por Pasqually de una *Hagadá* que trataba de explicar el tartamudeo de Moisés mencionado en la *Biblia* (*Éxodo*, IV, 10). Dado que la obra de Josefo es muy conocida en Francia gracias a las traducciones de Arnauld d'Andilly (1670, reimpresa varias veces) y del P. Gillet (1756), se podría estar tentado de buscar en ella una de las fuentes de Pasqually, pero las concordancias más indiscutibles no son pruebas decisivas. Por ejemplo, el apodo de «pelirrojo» que da a Adán lo indica expresamente Josefo, que dice (*Ant. Jud.* libro I, cap. I, párr. 2): «este hombre fue llamado Adamos, que en hebreo significa rojo (roux), porque fue formado con tierra roja diluida». Los comentaristas señalan que José combinó las dos interpretaciones que pueden darse a las consonantes que en hebreo expresan el nombre del primer hombre, y es cierto que el significado de «tierra» es el único que indica la Biblia. Pero el sentido de rojo, desconocido en la literatura rabínica, se lee en los

A estos rasgos generales que dan a la *Reintegración* un aspecto exclusivamente talmúdico, se añaden otras similitudes secundarias, pero significativas. Los personajes de Set, Enoc y Elías, que desempeñan un papel importante en la *Reintegración* como «Menores Elegidos», también ocupan un lugar destacado para los talmudistas. Estos representan unánimemente a Set, sabiduría suprema en las cosas divinas. El *Tratado Hekhaloth* (Moradas o Regiones celestes), atribuido al Sumo Sacerdote Yshma'èl, que narra su ascensión, escribe que Enoc, después de la muerte, se convierte en Metatrón o segundo personaje de la Divinidad; Dios le revela todos los secretos de la creación, le confiere el derecho de mandar a todos los ángeles y le da «una vestimenta espléndida tejida con todas las luces» (Bischoff: *Kabbalah,*

Pirqè — (Capítulos) de Rabí Eliezer, obra atribuida a Eliezer ben Hyrkanos (siglo II d. C.), pero en realidad datada en el siglo VIII, que es una paráfrasis de los dos primeros libros del *Pentateuco* y contiene una gran cantidad de elementos místicos, muchos de los cuales, de origen muy antiguo, ya no pueden identificarse (Bischoff: *Kabbalah*, p. 53). Si las *Ant. Giud.* dan a Adán y Eva hijas y un gran número de hijos después de Caín y Abel, uno de los *Tannaim* del siglo II después de G. C. recoge la misma tradición y el *Libro de los Jubileos*, escrito en la misma época, llama a una de las primeras hermanas de Abel «Avan», nombre que se asemeja extrañamente al apodo dado por el *Tratado* de Pasqually (p. 36) al propio Abel. La tradición anotada por José (I, cap. III, párr. 1), según la cual los descendientes de Set durante siete generaciones fueron fieles al culto del Dios verdadero y practicaron la virtud, también se recoge en el *Pirqè* de Rabí Eliezer, que dice: «De Set desciende la raza de los hombres virtuosos». La señal que, según José, Dios puso sobre Caín para protegerlo de los animales feroces cuyos ataques temía el asesino en el lugar de exilio al que había sido relegado por la justicia divina, y la costumbre de su posteridad al crimen son señaladas por los cabalistas de la Edad Media, herederos de los talmudistas.

54-55). Los talmudistas, basándose en una tradición popular que anunciaba la llegada de Elías como hierofante encargado de explicar todo lo que la razón humana es incapaz de comprender, solían poner fin a sus controversias sobre una cuestión insoluble citando el proverbio: «Solo Elías podrá explicarlo». El mismo profeta es descrito a menudo en el *Talmud* visitando a los rabinos más famosos, socorriéndolos cuando están en peligro e interviniendo en su favor en sus asuntos privados.

El intelecto bueno y el intelecto malo de la *Reintegración* son, en otras palabras, el «deseo bueno y malo» (quizás un espíritu bueno y uno malo) del que hablan los talmudistas. También conocen a un ser protector de cada hombre, similar al «Espíritu compañero de los Menores que los rodea con su círculo espiritual para defenderlos del choque demoníaco que los Espíritus perversos ejercen contra ellos a cada instante» (I, 174).

Sostienen la supremacía del hombre sobre los Espíritus o Ángeles. Algunos cuentan que el Creador había hecho primero a Adán tan grande que su cabeza tocaba el firmamento; los ángeles protestaron y se quejaron de que el Creador les había dado dos soberanos: uno en el cielo y otro en la tierra. Para calmar su descontento, el Señor se apoyó en la cabeza de Adán y redujo su estatura, que, tras esta operación, aún alcanzaba los mil quinientos pies. El rabino Ben Esra relata por su parte que, como los ángeles reprochaban al Señor haber concedido a Adán un poder demasiado grande, él les preguntó si conocían el nombre de sus criaturas. Como los ángeles respondieron negativamente, el Eterno hizo venir a Adán, quien, para gran confusión de los ángeles, dijo sin dudar los nombres de todas las criaturas (Daanson: *Mythes et Légendes*,

145/149). El *Talmud* afirma que los Justos son más grandes que los Ángeles.

Las velas de representación que los Cohen elegidos encendían para las Operaciones provienen de la idea expresada en el tratado talmúdico *Ketuboth*, que afirma que los espíritus de los muertos regresan gustosamente a los lugares donde arde una vela en su honor; Pasqually simplemente se aprovechó de la cooperación simpática de los Réau-Croix a partir de un postulado que se aplicaba a los muertos.

Capítulo III
Las fuentes de la Reintegración: la Cábala y las tradiciones orientales

Las imágenes y los conceptos propios de la Cábala son claramente reconocibles en la *Reintegración*.

La teoría expuesta por Pasqually sobre la existencia de los Espíritus antes de su emanación es, como ha señalado A. Franck (IX, 206), «estrictamente conforme a la Cábala». Así como el Ain-Soph es, para los cabalistas, la suma de los potenciales y los Sephiroth son los atributos divinos, primero inmanentes y luego exteriorizados, así Pasqually enuncia que los espíritus «existían en el seno de la Divinidad, pero sin distinción de acción, de pensamiento y de entendimiento particular, no podían actuar ni sentir sino por la sola voluntad del ser superior que los contenía y en el que todo se movía. Esta existencia en Dios es de una necesidad absoluta y constituye la inmensidad del poder divino. Dios no sería el padre y maestro de todas las cosas si no tuviera en sí mismo una fuente inagotable de seres que emana con su pura voluntad y cuando le place» (I, 8).

Los Espíritus Denarios son una réplica de los Sephiroth, o atributos individualizados, a través de los cuales se manifiesta, según la metafísica cabalística, el Dios inmanente o Ain-Soph, y todo lo que Pasqually dice de ellos y del número Diez se aplica exactamente a estos. Al igual que los Sephiroth, los Espíritus «son innatos en la Divinidad, son reales e

imperecederos, existirán eternamente en una personalidad distinta, en el círculo de la Divinidad» (I, 176-177). Estos Espíritus de la primera clase se llaman «Superiores o Denarios» (I, 309) porque «diez es el número divino, origen de todo ser espiritual mayor, menor e inferior, y de toda ley de acción, ya sea espiritual o espiritosa». El iniciado conoce el «gran número denario del Eterno y todo su contenido de emancipación y creación» (I, 78). El Denario es la cifra de la «inmensa circunferencia divina (que) ocupaban los primeros espíritus emanados» (I, 396). Los Patriarcas de los que habla la Biblia no son más que imágenes terrenales de los Sephiroth trascendentales. «Ningún patriarca llevó el nombre de su origen material [su verdadero nombre no es aquel por el que es conocido por los profanos] y todos ellos [sus nombres secretos] son diferentes entre sí. Hay diez patriarcas, hay diez nombres espirituales que practican el culto a la Divinidad con su propio número denario» (I, 364).

El tema cabalístico de los Sephiroth se impuso imperiosamente en la imaginación de Pasqually, quien, por una vez, se alejó de la prudencia con la que suele disimular sus imitaciones. De hecho, observa que la circunferencia divina que lleva el Denario «se llama comúnmente Dominación» (I, 8). Ahora bien, Dominación, o Reino, es precisamente el nombre de la décima Sephirah, Malkut, que representaba en el sistema cabalístico la suma del Mundo inteligible (primera tríada de los Sephiroth), del Mundo moral (segunda tríada) y del Mundo físico (tercera tríada), y que era la armonía del universo. Además, ciertos detalles del fragmento que hemos citado revelan el plagio y el plagio torpe. Pasqually, olvidando que en todas partes atribuye a los Espíritus Mayores el número 7, a los Espíritus Inferiores el número 3 y que, antes de la rebelión de los Espíritus perversos,

el Menor aún no existía, declara que, en el momento de la primera emanación, la circunferencia divina era la morada de «todos los Espíritus superiores 10, mayores 8, inferiores y menores 4»; ahora bien, la suma de estos tres números, es decir, 22, es el número de letras del alfabeto hebreo que los cabalistas consideraban los principios que, sumados a los 10 primeros, números o Sephiroth, formaban las «treinta y dos maravillosas vías de la Sabiduría», es decir, los tipos de todos los objetos materiales, de todos los fenómenos físicos y de todos los cuerpos.

La gigantesca forma del Adán Kadmon de la *Cábala*, del Primer Hombre, esquema antropomórfico del universo (macrocosmos), del que los Sephiroth son las partes constitutivas y que encuentra su copia reducida en el ser humano (microcosmos), proyecta su gran sombra sobre varios pasajes del *Tratado*. El Tabernáculo en el que Moisés encerró la Ley divina es la imagen del «mundo particular, o pequeño mundo, que no es otra cosa que el cuerpo del hombre, y el tabernáculo del Menor es el tipo real del mundo, porque contiene en su pequeña extensión todo lo que el gran mundo contiene en su inmenso espacio» (I, 359). «La forma del hombre es la imagen y la repetición general de la gran obra del Creador» (I, 97). «La forma corporal particular terrenal» [el cuerpo humano] que habitan los Menores es «similar a la de la tierra y ha sido igualmente producida conforme a la imagen del pensamiento divino» (I, 56). «Así como los habitantes de lo supraceleste, del celeste y del círculo universal operan cada uno por su cuenta en el temible tabernáculo [símbolo del universo], así todos estos seres espirituales diferentes trabajan y operan en el cuerpo del hombre con el Menor [Espíritu menor] que está encerrado en él» (I, 353). «El hombre, con su forma, lleva la figura real

de la forma aparente [sensible] que apareció a la imaginación del Creador y que fue luego realizada [materializada] por obreros divinos espirituales, y unida en sustancia de materia aparente sólida pasiva [sometida al sufrimiento], para la formación del templo universal [universo], general [tierra] y particular [seres organizados]». (I, 98-99).

Dado que el cuerpo humano, además de ser un organismo, es una representación de la creación, tanto espiritual como material, la superioridad numérica de las influencias divinas sobre las influencias diabólicas viene dada por los dedos de la mano, de los cuales el medio es el alma humana (o más bien la conciencia), el pulgar el Espíritu bueno, el índice el intelecto bueno, mientras que el anular y el meñique representan respectivamente el Espíritu y el intelecto demoníaco (I, 99, 29).

Del concepto de Adán Kadmon, la Cábala había deducido la idea de que todo cuerpo material, cualquiera que sea su naturaleza, tamaño y lugar en el universo, posee un alma, un Espíritu que lo mueve[104], de modo que el mundo de los fenómenos es un conjunto de organismos de idéntica composición. Esta idea, que se convirtió, al igual que la de la composición ternaria de los seres vivos, en artículo de fe para los ocultistas a partir del siglo XVI, se expresa muy claramente en *La reintegración*: «Esta tierra encierra en sí misma un ser vivo emanado del Creador y semejante al que está encerrado en la forma aparente de todos los Menores» (I, 287). Todos los cuerpos católicos [del universo] fueron formados por el descenso del Menor general [*ani-*

104 Idea que la *Cábala* pudo haber recibido de Platón a través de los neoplatónicos, pero que Platón pudo haber tomado prestada de las antiguas doctrinas caldeas, que consideraban a los astros como seres de tamaño colosal que se movían por el cielo.

ma mundi] en la forma general terrestre [*corpus mundi*] y por la unión del Espíritu divino mayor [*spiritus mundi*] con el Menor general (I, 161). Las leyes que rigen nuestro mundo y los seres que lo habitan son las mismas para todos «los otros mundos y todos los seres espirituales que los habitan» (I, 33), de modo que estos «habitantes materiales o espirituales no son más que seres particulares» [con una existencia individual] a la vez materiales y espirituales (I, 334).

El Espíritu Mayor que, según la *Reintegración*, fijó en el momento de la creación «por orden del Creador, el límite de la extensión al cuerpo general (universo) y a los cuerpos particulares, tanto celestes (astros) como terrestres (organismos vivos), así como las diversas facultades y propiedades que dio a todos los cuerpos» (I, 161), es una réplica del Metatrón, adoptado por la Cábala, jefe de la falange celestial que compone el tercer mundo, el de la Formación, y que, después de haber dado por sí solo la existencia al mundo material, se encarga de mantener el movimiento y la armonía de todas las esferas y tiene a sus órdenes miríadas de ángeles, cada uno de las cuales está dedicado a un fenómeno natural: la luna, las revoluciones de los cuerpos celestes, la sucesión de las estaciones, la vegetación, etc.

El tipo del Reconciliador, reproducido posteriormente por los Menores Elegidos, se encuentra en germen en el *Zohar*, donde el nombre de Moisés «puede no designar al personaje histórico, sino a un tipo» (Vulliaud: *op. cit.*, II, 127). La *Biblia de la Cábala* dice, en efecto, que Moisés, que liberó a Israel una primera vez, volverá a liberarlo al final de los tiempos y, observando que el Shiloh del que se habla en el *Génesis* (XLIX, 10) tiene el mismo valor numérico que el nombre de Moisés y ve en ello la manifestación del

espíritu de Elohim (Vulliaud: *op. cit.* II, p. 127). El *Zohar*, por otra parte, admite, al igual que el *Talmud*, la venida de al menos dos Mesías o Redentores (Goels) (Vulliaud: *op. cit*. 93).

El poder cuaternario del Primero Menor al transformarse en poder octonario del Menor Elegido recuerda la tesis de un eminente cabalista, el rabino Meir, quien afirma que, con la llegada del Mesías, cada israelita recuperará por partida doble los privilegios concedidos al hombre antes del pecado (Vulliaud: *op. cit*., II, 110).

La facultad de procreación espiritual que la *Reintegración* concede a Adán en su estado original de inocencia no es desconocida para la *Cábala*, que enseña que, si Adán no hubiera pecado, habría engendrado hijos emanados del Espíritu Santo, mientras que, debido al pecado, engendra descendientes derivados del Espíritu tentador (Vulliaud: *op. cit.*, II, 126).

El papel compensador que Pasqually asigna a la luna, que «coopera, con su fluido, a modificar y mitigar la acción y la reacción de los dos principales capítulos de la vivificación corporal temporal, que son el eje central y el cuerpo solar» (I, 301), recuerda la famosa «balanza» de los cabalistas, que concebían toda existencia como el resultado del antagonismo de dos fuerzas contrarias mantenidas en equilibrio por un término medio. Encontramos este argumento repetidamente en *La Reintegración*, donde «acción y reacción» se presentan como condición necesaria de la existencia en todas sus formas.

La representación gráfica del universo tal y como estaba constituido antes de la prevaricación de Adán, descrita en *La reintegración*, es una copia reducida del «Árbol Caba-

lístico» o «Árbol de la Vida», representado en los manuscritos del *Zohar*; se componía de seis circunferencias con los nombres de los *Sephiroth*, dispuestas en tres columnas paralelas y unidas por líneas rectas que representaban los «canales» que las comunicaban entre sí (El Árbol de la Cábala aparece reproducido en Bischoff: *Kabbalah*, p. 101).

Por último, algunos detalles de la aritmosofía del *Tratado* están inspirados directamente en la *Cábala*. El número 3 que Pasqually atribuye al mundo material corresponde a la tríada de letras del alfabeto hebreo que, en la *Cábala*, simboliza los tres *Sephiroth* que representan el aire, el agua y el fuego y, al comprender así los tres elementos fundamentales, es la imagen de la tierra. Pasqually simplemente sustituyó los tres elementos conocidos de los antiguos filósofos griegos por los tres elementos de las teorías alquímicas.

Los cuatro círculos superior, inferior, mayor y menor tienen una apariencia de parentesco con los cuatro mundos de la Cábala: el de los Sephiroth o emanaciones del Ain-Soph, el de los Ángeles o las Ideas, el de los Tipos de individuos y objetos, el de los Fenómenos o mundo material.

Los seis círculos de la creación, cuyo número puede corresponderse con los seis días del *Génesis*, corresponden también a la «Diadema de las Diademas», envolturas circulares formadas por los seis Sephiroth inferiores y destinadas a atenuar la luz demasiado viva del Ain Soph, luz que destruyó los primeros mundos creados. Estas seis envolturas permiten al *Zohar* comparar el universo con una nuez cuya cáscara está rodeada de cortezas[105]. Así, la duración

105 Vulliaud: *op. cit.* I, p. 464. Cabe señalar también a este respecto que, cuando Pasqually denomina la creación «la realización de los seis pensamientos de Dios», emplea una imagen familiar para los cabalistas, que a menudo denominan al mundo «Sepher»,

de seis mil años asignada al universo por *La Reintegración* es un concepto que se expresa a menudo en los textos cabalísticos.

* * *

La corriente mística cuyas huellas se vislumbran en el *Talmud*, que se hincha en los *Midrashim* y en los tratados esotéricos del siglo VII al X y termina expandiéndose en la *Cábala*, arrastraba en sus aguas turbulentas materias sustraídas a las regiones orientales donde había tenido su origen. Las más densas entre ellas: la astrología y la demonología caldeas, la física jónica, los pensamientos mazdeístas, maniqueos, sabios y mitraicos, la aritmética y la geometría pitagóricas se han dispuesto en la Reintegración en capas sedimentarias más o menos gruesas.

Pasqually cree, al igual que los antiguos caldeos, en la doble influencia, benéfica o malévola, de los astros, en la acción predominante de los planetas sobre la vida cósmica y en el papel profético de los cometas. Pero, en virtud del principio que da a todos los cuerpos un alma dotada de inteligencia y voluntad, también traslada al plano moral las influencias astrales que los caldeos concebían sobre todo desde el punto de vista material. «Los cuerpos planetarios superiores, mayores e inferiores, están realmente constituidos por vida espiritual divina y vida corporal pasiva» (I, 136). Así como el alma del Menor tiene por órgano el cuerpo, los Espíritus septenarios tienen por órganos los seres corpóreos [los planetas] (I, 123). «Los siete espíritus principales que el Creador había fijado en su universo para

---

comparándolo con un libro en el que Dios ha inscrito sus pensamientos.

instruir a la criatura inferior y menor sobre su voluntad y elevarla por este medio y por el de la inteligencia espiritual, al conocimiento perfecto de las obras divinas» se atribuyen también a toda «la creación para sostenerla en todas sus operaciones temporales, según la duración septenaria (7000 años) que le ha fijado» (I, 202); ellos «presiden como jefes las diferentes operaciones y los diferentes movimientos de todos los cuerpos» (I, 203) y operan «en favor de los habitantes materiales del mundo terrenal» (I, 334). En resumen, la acción de los Espíritus Septenarios es doble: con el número 3 [materia] actúan sobre las formas [acción de los planetas sobre la vida orgánica], con el número 4 actúan sobre el espíritu del Menor (I, 120, 325); de ellos derivan a la vez «el alma pasiva» [vegetativa], marcada por el ternario, y «el alma impasiva» [chispa divina], que lleva el cuaternario (I, 364).

Por otra parte, los mundos celeste y terrestre son la prisión de los espíritus prevaricadores (I, 333), por lo que las influencias que vienen de arriba pueden ser nefastas. Adán, tras la caída, quedó sometido «a la inconstancia de los acontecimientos temporales y a la de los cuerpos planetarios, antes inferiores a él» (I, 275); por lo tanto, el Menor tiene tanto que temer como que esperar de los astros: «De ahí deriva el proverbio entre los hombres de que existen malas influencias planetarias, y esto es muy positivo» porque «los círculos planetarios también son susceptibles de ser habitados por seres espirituales malignos, que se oponen a los poderes y combaten las facultades de las acciones influyentes buenas, que los seres espirituales planetarios buenos tienen la tarea de difundir por todo el mundo» (I, 138).

Por último, el «signo planetario» que marcó el nacimiento de Enoc «asombró» [aterrorizó] a la posteridad de Set y

aún más a la de Caín, porque comprendió que era el presagio del flagelo que el Creador estaba a punto de lanzar sobre ella. Ese signo no era otra cosa que una estrella fuera de su círculo planetario y es lo que comúnmente se llama cometa» (I, 134-135).

Cuando Pasqually habla (I, 136) de seis estrellas «que reciben la orden de la estrella superior que está en el centro de las seis que componen el círculo planetario», repite una doctrina astronómica caldea, retomada por el *Talmud*, según la cual cada uno de los siete cielos tenía una «fortaleza» y cada fortaleza contenía siete estrellas (Bischoff: *Kabbalah*, 40). Cuando dice que el lugar donde los Justos, en espera de la reintegración definitiva, descansarán bajo las sombras de la gran luz, se llama «filosóficamente» [para los iniciados] «círculo saturnario» (I, 171), sigue la clasificación caldea que situaba a Saturno en el cielo más alejado de la tierra y que había llevado al *Talmud* a situar el séptimo cielo, Arabath, cielo de Saturno, inmediatamente debajo del trono de Dios y a albergar en él el Guph, dominio en el que se encuentra la reserva de las almas y al que volverán las de los Justos después de haber recorrido victoriosamente la existencia terrenal.

Los puntos cardinales, conocidos desde los inicios de la astrología, se convierten en la *Reintegración* en «las cuatro regiones celestes de las que Moisés hizo salir, con las cuatro presencias divinas, a los cuatro ángeles exterminadores que debían atormentar a los egipcios y, al mismo tiempo, velar por la defensa del pueblo de Israel en el momento de la salida de Egipto» (I, 253). Las cuatro potencias espirituales que el Creador dio al Menor son aquellas con las que «puede hacer uso de las de los cuatro jefes de estas regiones y de todo lo que depende de ellos» (I, 351).

La luna, cuya influencia es decisiva para el éxito de las Operaciones, es el dios Sin, el más poderoso de los dioses de Caldea que los judíos habían conocido en Babilonia y cuyas mujeres llevaban la hoz lunar en sus amuletos; el *Talmud* señala que «Israel calcula según la luna» y «los pueblos» según el sol (Vulliaud: *op. cit.*, II, 48).

El día nictémero[106], que conocían los astrónomos caldeos y que parecen haber recibido de los sumerios o los casitas, es observado por los cuatro primogénitos de la segunda posteridad de Noé: «que fijaron los cuatro intervalos de un tiempo ejerciendo su operación espiritual cada uno durante seis horas, el día actual de veinticuatro horas fue puesto en su estado primitivo de naturaleza diurna y nocturna» (I, 189).

Los demonios que Pasqually teme se adhieran, como de los que trataba de defenderse la magia caldea, a los cuerpos y al espíritu de los hombres, destruyen tanto como seducen y tientan. «Sin descanso esperan la degradación de las formas y la corrupción de los seres espirituales» (I, 147-148). «Los demonios tienen poder sobre las formas corporales de la materia aparente» (I, 113). «Los demonios han jurado disolver y destruir toda especie de creación» (I, 111). «Estos espíritus se adhieren más voluntariamente a la forma del hombre, porque esta forma contiene un ser espiritual menor más poderoso que ellos» (I, 98).

Lilith, asesina de niños, que ataca a los varones hasta el octavo día de vida y a las mujeres hasta el vigésimo, y que los tratados *Ketuboth* del *Talmud palestino* y *Sanedrín* del *Talmud babilónico* recomiendan mantener alejada, sin dejar nunca dormir a un recién nacido sin luz durante el

106 Día de 24 horas [NdT].

período crítico, este demonio femenino, hermana del Lalu babilónico, atormenta la mente de Pasqually cuando habla de los «jefes demoníacos que persiguen a los menores desde el momento en que comienzan a entrar en este mundo inferior y también cuando no pueden hacer uso de sus sentidos corporales; lo cual se puede comprender fácilmente por los diferentes movimientos, gritos y agitación de los recién nacidos», de modo que «no podemos dudar de que los demonios están alrededor de la forma corporal desde el momento en que el menor se incorpora a ella» (I, 148).

La Reintegración ha conservado fielmente un rasgo característico de la topografía mística en uso en Caldea, a saber, que la región del Mediodía es el hábitat del demonio. «Caín, tras su prevaricación, fue obligado a irse a vivir con sus dos hermanas a la parte del mediodía, donde fue relegado de forma permanente por orden del Creador y por autoridad de Adán. Es el tipo de lugar al que han sido relegados los demonios» (I, 148). «Esta parte meridional, habiendo sido maldita por el Creador y marcada por la Escritura para ser el refugio de los Mayores [demonios] y de los Menores [condenados] que habrán prevaricado»[107] (I, 85). «El cuervo salió del arca y se dirigió hacia el mediodía para mostrarnos el lugar donde se había retirado Caín y donde se retiraría Cam con toda su descendencia» (I, 173). Egipto, el país donde Israel fue esclavo, está situado «en la parte del mediodía» (I, 237). Agar e Ismael, al abandonar a Abraham (símbolo del Espíritu divino), se fueron a vivir al mediodía (I, 214).

107 Por eso «el lugar del Mediodía es el tipo de la parte universal (del universo) donde el Creador manifestará su justicia y su gloria al final de los tiempos» (p. 86).

* * *

La teoría de lo que Pasqually llama fuego central o «eje de fuego central» parece derivar de los físicos de Jonia a través de la literatura esotérica judía.

En la filosofía pitagórica, el fuego central, primera mónada, armonía de los contrarios, creó el mundo, lo gobierna, le confiere unidad y eternidad. Es el nudo vital del universo, ya que se encuentra en el centro más interno de la esfera del todo; es la fuente del calor, del ser, de la vida, la fuerza directriz y soberana del mundo. Los astros se mueven alrededor del núcleo ígneo que sirve de soporte al movimiento universal. Los pitagóricos daban al fuego central los más variados nombres divinos, pero para ellos era sobre todo el alma del mundo, un principio ígneo, un éter, una quintaesencia. Representaba a la vez la forma más sutil de la materia y su actividad considerada energía vital (Chaignet: *Pitágoras*, II, 54 y ss.).

Heráclito retomó esta idea y le dio un desarrollo definitivo. Su «fuego divino», elemento vivo e inteligente, cuyo calor invisible da vida a todo, que contiene las razones universales y divinas, este fuego del que nuestra alma no es más que una chispa, es el fuego central de Pitágoras, espiritualizado y divinizado. Pero Heráclito presenta la acción del fuego central bajo un doble aspecto. Es el elemento generador por efecto de un principio de alteración que ha modificado su estado original o estado de ignición; de las transformaciones que ha sufrido por condensación o rarefacción han nacido los cuerpos elementales: aire, agua y tierra. Pero también será el elemento destructor cuando la desaparición del principio de alteración lleve a la anulación

de las diversas gradaciones del principio ígneo y al retorno de la multiplicidad a la unidad.

Esta teoría tenía un corolario que dividía la vida cósmica en ciclos constituidos por el retorno periódico de creaciones y sucesivas destrucciones. La idea del fin del mundo sensible por medio de una combustión general encontró su lugar en numerosos sistemas filosóficos o religiosos de Asia Antigua y de la Grecia antigua. Ocupa un lugar destacado en las enseñanzas de la escuela estoica, en el culto a Apolo y, sobre todo, en los apócrifos judíos conocidos como *Libros Sibilinos* (Zielinski: *La Sybille*). Probablemente Pasqually la encontró en las tradiciones judías que se refieren a esas obras. Si bien no conservó la idea accesoria de destrucciones periódicas, expresa muy claramente el tema principal cuando habla del «fuego que debe poner fin a la creación universal» (I, 166) y de la conflagración con la que la tierra será destruida con todos sus habitantes (I, 256). «El eje central de fuego disipará las formas aparentes tan rápidamente como las ha formado». «Así como el fuego elemental tiene la propiedad de reducir a cenizas todo lo que abraza, así el eje central tiene la facultad de devorar y disipar por completo todo lo que se reintegra en él, sin que quede de ello ninguna apariencia ni sustancia conveniente y apta para ser habitada por un espíritu» (I, 82). «No quedará rastro alguno de la creación universal cuando se reintegre en su principio de emanación» [en la fuente de la que salió] (I, 291).

Además, es posible que la idea del eje central de fuego que figura en el diagrama del universo antes de la caída de Adán (véase Libro I, cap. II, p. 44) se inspirara en Platón o en una concepción de origen oriental retomada por el filósofo griego. En el *Tratado de la República*, Er, el hombre

que pasó doce días en el Hades y hace revelaciones sobre la cosmología, habla de una columna de luz que atraviesa el cielo y la tierra, une los polos y forma el eje del mundo[108].

* * *

El mazdeísmo, que los judíos habían conocido durante el cautiverio en Babilonia cuando pasaron a estar bajo el dominio de los persas, dejó huellas en sus tradiciones secretas, no solo en la angelología, como ya hemos podido constatar, sino también en otros aspectos, como lo demuestra la *Reintegración*. De hecho, no se puede atribuir a una coincidencia fortuita la analogía fundamental que existe entre la doctrina de Pasqually sobre las causas que llevaron a la creación del mundo material y la del hombre, y el relato del *Avesta*, según el cual el principio maligno Angra Mainyu, tras intentar invadir el mundo espiritual creado

108 Es también Platón quien, en *Las Leyes*, distingue entre los «movimientos causales primarios», que son «el género divino de la causa», y los «movimientos causales secundarios», que obtienen su actividad de algo distinto del pensamiento divino, parece haber tomado la idea de la distinción establecida por Pasqually entre las causas primeras, expresiones de la voluntad divina, y las causas segundas, que respetan el libre albedrío de las criaturas y, en particular, del hombre. Pero hay que señalar que, en Platón, las causas segundas son de orden necesario, «separadas de los pensamientos», y operan «al azar y sin plan», mientras que Pasqually las considera, no como leyes físicas establecidas por la inteligencia y la voluntad divinas, como el armazón de una física finalista, sino como manifestaciones de la inteligencia y la voluntad humanas, con el fin de salvar el libre albedrío del hombre y descargar al Creador de la responsabilidad del mal. Además, Pasqually pudo haber encontrado estas ideas dispersas en las obras místicas judías, que se inspiraron en gran medida en los neoplatónicos.

por el principio bueno Ahura Mazda, formó el mundo sensible, especie de baluarte en los límites de los dos dominios y custodiado por las Fravashi, chispas divinas que residen en cada ser humano y que descendieron voluntariamente aquí abajo para luchar contra los demonios.

El eco de las teorías escatológicas mazdeas nos sorprende aún más por lo repentino de su aparición. En relación con el arca de Noé y los Menores razonables [dotados de razón, es decir, los hombres] que se encontraban encerrados en ella, *La Reintegración* alude de pasada al «juramento que hizo el Creador por el que ni el Primer Hombre ni ninguno de sus descendientes serán reintegrados en el círculo divino antes de la gran batalla que deberá tener lugar con el verdadero Adán o Réau, entre la tierra y los cielos, para mayor beneficio de los Menores» (I, 171). El tema de la lucha supraterrestre que debe hacer triunfar el Bien sobre el Mal es probablemente una transposición al plano religioso del antiguo mito del dios sol vencedor del dragón celeste y de todas las potencias de las tinieblas y del frío que se le oponen. Este motivo, que encontramos en la lucha de Marduk contra Tiamat, narrada en el poema babilónico de la Creación y en los mitos estacionales del Año Nuevo, del renacimiento del sol y del renacimiento de la vegetación primaveral, se había convertido en las apocalipsis judías en el triunfo final del Mesías sobre Gog y Magog, pero la transformación de la victoria periódica y provisional del sol en una lucha decisiva se debía al Avesta, que describía el fin del mundo con Angra Mainyu y la serpiente Azhi vencidos por el séptimo de los Amesha Spenta [Santo Inmortal] Straosha, protector de los fieles de Mazda, psicopompo e incansable adversario de los demonios. El libro sagrado de los persas también anunciaba la resurrección

de Gayomert, el hombre primitivo y de toda la humanidad, en el momento del juicio final que debía seguir a la gran batalla, de modo que «la reintegración del Primer Hombre y de su descendencia en el círculo», predicha por Pasqually, corresponde al fin de los tiempos descrito por el *Avesta*.

Leyendo atentamente el *Tratado de la Reintegración*, parece también que contiene otro recuerdo de las tradiciones de Irán. El mazdeísmo era dualista solo transitoriamente, porque no concebía que la lucha entre el Bien y el Mal debiera durar eternamente. Afirmaba que la oposición de los dos principios cesaría al final de los tiempos y que, por consiguiente, no había nada absolutamente malo ni mal eterno. Tras el triunfo de Straosha sobre Angra Mainyu y la desaparición de este, el Mal Pensamiento dejaba de existir; el baño de metal fundido en el que se sumergían los malvados era un rito de purificación particularmente enérgico del que salían limpios y dignos de la bienaventuranza, fueran cuales fueran sus culpas (Henry: *Parsisme*, 201). El *Zohar* había recogido esta idea expresada en las partes más antiguas del código religioso de los persas y desconocida para otras teologías. Profesaba que el mismo arcángel del Mal recuperaría un día su nombre y su naturaleza de ángel de luz; de su nombre místico Samael [ángel del veneno o de la muerte] se eliminaría la primera parte con significado ominoso y se conservaría solo la segunda: "El", nombre común a todos los ángeles (Franck: *Kabbalah*, 216-217, 379). *La Reintegración* parece aceptar implícitamente la tesis mazdeista; al menos es lo que podemos deducir de un pasaje que alude indirectamente al perdón concedido al final a los espíritus perversos. Al tratar de la tercera reconciliación de la descendencia de Adán «al final de los tiempos», el *Tratado* anota: «Entonces los espíritus perversos reconocerán su

error y sus abominaciones, permaneciendo por un tiempo inmemorial en la sombra de la muerte y en la privación divina y en los gemidos más terribles. Será entonces cuando realizarán un trabajo más penoso y considerable que el que realizan durante los siglos temporales» (I, 141). Pasqually no dice cuál debía ser la naturaleza y el propósito de este «castigo», comprometiéndose a abordar más adelante «los detalles del tipo de trabajo que deben realizar estos espíritus perversos». No cumplió su promesa, al menos en el *Tratado*, pero si consideramos que da a la palabra «trabajo» el sentido de esfuerzos penosos que tienen como objetivo la reconciliación con Dios, que «tiempo inmemorial» significa, en su lenguaje, una duración que supera todo lo que puede imaginar la inteligencia humana, pero no eterna, y que, en última instancia, relaciona con este trabajo de los demonios el número 49, que interpretó unas páginas antes (I, 136) como equivalente, por adición mística, al Cuaternario, número del ser reintegrado en sus propiedades, virtudes y potencias espirituales y divinas originales, se llega a la conclusión de que preveía el momento en que los Espíritus perversos obtendrían la reconciliación definitiva[109].

El mazdeísmo no es el único sistema religioso en el que algunos dogmas parecen haber matizado las ideas místicas

109 Esta hipótesis se ve confirmada por una declaración de Saint-Martin. En una carta dirigida a Kirchberger (*Correspondance inédite*, edición Sauer y Chuquet, p. 272), afirma que Pasqualiy creía en la «resipiscencia del ser perverso» e incluso enseñaba que «el hombre tenía la responsabilidad de trabajar en ello». Si los recuerdos de Saint-Martin seguían siendo exactos al cabo de veinticinco años (la carta es del 11 de julio de 1796), esta última idea, a la que no se hace ninguna alusión en *La reintegración*, demuestra que la enseñanza oral del maestro era un complemento indispensable de su tratado dogmático.

expuestas en *La reintegración*. Es fácil encontrar puntos de similitud con el maniqueísmo, el sabeísmo y el culto a Mitra.

Mani dividía a la humanidad en dos grupos, uno de los elegidos, que seguía las enseñanzas de Adán y Set, y otro de los réprobos, que reconocía como jefes a Eva y Caín. Describía a Set advirtiendo a Adán contra las pérfidas malicias de Eva e impidiéndole caer en ellas. Los maniqueos consideraban como fuentes de autoridad los escritos de Adán, Set, Enoc y Noé.

El nombre de Set aparece a menudo en los libros sagrados de los sabeos o mandeos, junto a los de Abel y Enoc. Esos libros contaban que, cuando los Utra [Emanaciones], queriendo crear a su vez, formaron el Hsuka [Mundo de las Tinieblas], las potencias superiores enviaron para combatirlos al Manda de Haijé o Gabra Kadmaya (Primer Hombre) quien, armado con cuatro atributos divinos, los venció.

Para los mitraicos, los equinoccios eran días festivos y las iniciaciones tenían lugar preferentemente en marzo o abril, es decir, en el equinoccio de primavera.

Estas coincidencias, por otra parte, son más curiosas que probatorias. Los primeros siglos de nuestra era, durante los cuales florecieron estas tres religiones que hicieron dura competencia al cristianismo naciente, fueron, por usar una expresión de Renan, una era de «sincretismo desenfrenado». La savia mística agotada era incapaz de crear símbolos originales, por lo que los sistemas religiosos se intercambiaban mutuamente y realizaban infinitas variaciones sobre temas conocidos. En aquella época, todos los dogmas tenían un aire familiar y los tratados místicos se nutrían abundantemente de esos graneros donde todas las semillas

se mezclaban. Además, desde este punto de contacto con cuerpos doctrinales aparentemente tan diferentes, *La Reintegración* se revela como una fiel heredera de los apocalipsis que habían tenido su origen unos 1500 años antes[110].

* * *

La aritmética y la geometría secretas contenidas en *La Reintegración* son herencias de un pasado muy lejano. La idea de atribuir a los números un valor místico se remonta a los tiempos más antiguos que la historia de la civilización ha conservado en su memoria. Formulada filosóficamente, vuelve a decir que el ser es idéntico al número y que el número es, al mismo tiempo que el ser mismo, el elemento material y el elemento formal, la causa y el principio, de modo que, si todas las cosas son números, la ciencia de los números es la ciencia de las cosas (Chaignet: *op. cit.*, 3, 4 y 8). En la práctica, atribuye a cada uno de los diez (a veces doce) primeros números un significado trascendental que da la clave del enigma del mundo inteligible y del mundo sensible.

110 Incluso se podrían encontrar en *La reintegración*, sin necesidad de recurrir demasiado a los textos, vestigios de concepciones hindúes. ¿Acaso Pasqually no parece haber sido discípulo de los gimnosofistas cuando afirma que la creación surgió de «la imaginación» del Creador, que «operó seis pensamientos divinos mediante la creación universal» (I, 124) y que el fin del mundo llegará «en el momento en que la naturaleza se borre de los ojos de aquel que la hizo nacer de su imaginación divina» (I, 119)? Dice, además: «La materia general se eclipsará por completo al final de los tiempos y se borrará de la presencia del hombre como un cuadro se borra de la imaginación del pintor. Por esta última comparación podéis entender que el principio de la materia del cuerpo general no es otra cosa para el Creador que un cuadro espiritual concebido en su imaginación». (I, 115-116).

Esta doctrina se denomina comúnmente aritmética pitagórica porque fue formulada como sistema por Pitágoras, o al menos transmitida por el pitagórico Filolao, pero la denominación que se ha convertido en tradicional no tiene en cuenta la cuestión de los orígenes, ya que los elementos que utiliza esta aritmética esotérica existían sin duda antes de los pitagóricos y la nacionalidad de su maestro es incierta[111].

Los neopitagóricos del siglo I de nuestra era se dedicaron con fervor a la aritmosofía y atribuyeron a los diez primeros números caracteres a menudo contradictorios o de doble y triple uso. Además, siguiendo el ejemplo de los primeros pitagóricos, que habían intentado expresar relaciones numéricas con construcciones figurativas, extrajeron de la aritmética mística una geometría también mística, estableciendo una relación entre los números y las figuras. La generación de los números les parecía la generación de las cosas, las propiedades comunes a las figuras y a los números revelaban a sus ojos las propiedades de los objetos reales. En la misma época, Nicómaco de Gerasa compuso una «Teología aritmética» en la que intentaba demostrar la naturaleza divina de cada uno de los diez primeros números con la ayuda de interpretaciones simbólicas y místicas más sutiles.

111 Los autores antiguos sostenían que Pitágoras había sido discípulo de los brahmanes y Burnouf, siguiendo sus pasos, lo consideraba un misionero budista cuyo nombre era una transcripción de Bouddahgura (iniciado de Bouddah). Para otros historiadores, Pitágoras era de raza semítica y lo identificaban con Ezequiel. Un escritor inglés afirma que los únicos fragmentos auténticos de Filolao que nos han llegado son los que contiene el *Sepher Yetzirah* y supone que los pitagóricos eran sectarios judíos que en Palestina se llamaban esenios, término derivado de Yeoschouah, nombre hebreo de Pitágoras (Vulliaud: *op. cit.* I; p. 202).

Los neoplatónicos del siglo III cultivaron con predilección la aritmosofía. Jámblico se inclina más que Plotino por la mística de los números, de los que celebra los maravillosos poderes y sobre los que fundamenta los principios de su teodicea. Toda la doctrina de Proclo se reduce a tres tríadas: física, intelectual y divina. En el siglo siguiente, San Agustín especula sobre el valor místico de los números.

La Edad Media tenía nociones de aritmosofía incluso antes de que las versiones árabe-latinas de las obras de Aristóteles pudieran conocerse[112]. Por lo tanto, debemos admitir la existencia de una tradición secreta y, dado que la ciencia mística de los números volvió a estar en auge desde principios del siglo XIII, el método de transmisión de las doctrinas pitagóricas, que escapa a su historiador, Chaignet (*op. cit.*, II, 327), parece muy claro: pasaron a Occidente a través de los místicos judíos y los cristianos las conocieron a través de los cabalistas.

En el siglo XV, Nicolás de Cusa, cuyo sistema filosófico es una mezcla de ideas pitagóricas y alejandrinas, declara que las formas de las cosas son números inteligibles que constituyen su esencia, pero como estos mismos números están en nuestro intelecto, el conocimiento no es más que la operación por la cual los números del alma asimilan los números de las cosas.

En el siglo XVI, la aritmosofía conoció un nuevo éxito cuando los humanistas, que, bajo el nombre de filosofía platónica, amalgamando teorías neo-alejandrinas, axiomas atribuidos a Pitágoras y temas cabalísticos, idearon buscar

112 A menudo se ha afirmado que los números no solo se utilizaban en la arquitectura medieval para expresar proporciones y simetrías, sino que también tenían un significado místico y secreto que convertía la arquitectura en un lenguaje esotérico.

en los textos hebreos las ideas pitagóricas y en la *Cábala* la verdadera doctrina filosófica de la *Sagrada Escritura*. Reuchlin pretendió ser el restaurador del pitagorismo en Alemania dando a conocer la «Cábala judía» porque «la filosofía de Pitágoras había sido extraída de las máximas de la ciencia caldea» y en sus obras sobre la Cábala: *De Verbo Mirifico*, *De Arte cabbalistica* expresó una aritmosofía pitagórica profundamente alterada (Chaignet: *op. cit*., II, 330). En su libro titulado *De harmonia mundi*, Giorgio Veneto profesa que los números, que están estrechamente unidos a la esencia divina, emanan de ella, primero para regular la armonía de los cielos y luego para descender a las cosas sensibles. Afirma que «esta doctrina revelada por Dios a los judíos también fue comunicada a algunos gentiles como Plotino y Pitágoras» (Chaignet: *op. cit*., II, 330-331). Para Cornelio Agrippa de Nettesheim, los números dan la clave de la filosofía oculta y de los secretos de la magia; cada número tiene una virtud y una función particular; elementos esenciales de todo lo que existe en el tiempo y en el espacio, los números desempeñan el papel principal en la formación de los cuerpos y las leyes que generan los números se revelan sobre todo en la forma de los objetos[113]. Giordano Bruno, el más grande de los pitagóricos del Renacimiento, juega con las figuras geométricas que considera estrechamente unidas a los números y que comunican a las cosas sus propiedades y su esencia; exalta la matemática mística en la que ve el medio para descubrir los secretos de la naturaleza y elevarse finalmente a la contemplación de Dios

113 Conciliando ingeniosamente la Trinidad cristiana y las Sefirot cabalísticas, Agripa imagina que Dios, la primera mónada, se difunde primero por emanación en el número 3, y luego en el número 10, que representa las formas de todas las cosas y las medidas de todos los números.

(Chaignet: *op. cit*., II, 338). El alquimista y teósofo Van Helmont busca en la mística de los números la clave de la Gran Obra y de las verdades trascendentales.

A finales del siglo XVI, la aritmética pitagórica dejó de cultivarse abiertamente, y la separación que, en el siglo siguiente, se hizo cada vez más intransigente entre las tendencias místicas y los postulados científicos, la confinó a las ciencias ocultas, pero siguió presente en las doctrinas secretas de los cenáculos que mantenían viva la tradición esotérica y, a principios del siglo XVIII, reveló su vitalidad al proporcionar a la masonería especulativa algunos de sus símbolos y «números sagrados».

No parece que Pasqually tomara únicamente de los ocultistas judíos los elementos de su aritmosofía, ya que esta comprende desarrollos que la *Cábala* no ha conocido, pero es muy difícil identificar sus otras fuentes, porque se aleja en más de un punto de las teorías admitidas por la mayoría de los matemáticos místicos. Su sistema, sin ser profundamente original, tiene un carácter mucho más personal que todas las demás especulaciones de *La Reintegración*.

En lo esencial, sigue a los pitagóricos, que tenían una veneración especial por los números uno, diez y cuatro, pero se limita decididamente al terreno místico y se abstiene de toda especulación puramente intelectual.

Insiste menos en la Mónada de los pitagóricos. Estos, que eran sobre todo filósofos, veían en el Uno al padre de los números y, por consiguiente, de los seres, al demiurgo del mundo, a la raíz de la existencia, al principio del conocimiento y de la individuación. Del concepto del Uno extraían tres especies de unidad: la unidad absoluta o Dios, forma separada de las cosas; la unidad-elemento, conside-

rada como forma inseparable de las cosas; y, por último, la unidad del ser real. Pasqually, ante todo teósofo, solo ve la unidad divina y no se detiene a contemplarla, ya que para la mística judía es lo Incomprensible y lo Incognoscible, el Ain-Soph de la *Cábala*, que, desesperada por poder comprenderlo con el intelecto, a veces lo llama No Ser. Tampoco conservó la idea pitagórica que había impresionado a los místicos judíos de la Edad Media, es decir, que el Uno añadido al Par lo convierte en Impar, lo que no podría suceder si no participara de ambos, de modo que puede llamarse Par-Impar. Los cabalistas, identificando el impar con el principio masculino y el par con el principio femenino, hacían de la Mónada el prototipo del Adán Kadmon andrógino[114].

En cambio, concuerda con todos sus predecesores en atribuir a la Década una importancia de primer orden. En ella resplandecen, sobre todo, según los pitagóricos, la fuerza superior y el poder sublime del Uno; es la fuerza divina e increada que crea la permanencia eterna de las cosas de este mundo. El diez es el número perfecto y universal; encierra en sí mismo la esencia y el verdadero poder de los números, ya que los diez primeros números, de los que la Década es el límite, bastan para explicar la infinita variedad de los objetos, sus atributos, modos y propiedades. Proclo califica la Década de «santa» porque realiza todas las perfecciones y todos los números. Para Jámblico es la

114 Sin embargo, Pasqually parece hacer una alusión bastante clara al Adam bisexuado, a menos que haya copiado sin comprenderlo bien a uno de sus autores anónimos: en la página 82 de su tratado, afirma que Adán tenía un «poder de vegetación corporal» [facultad de reproducción] y que «vegetó de dos tipos de vegetación: la masculina y la femenina».

unión de todas las emanaciones del Uno, idea desarrollada de manera particular por la Cábala, que simboliza la Causa de las Causas con el punto del Yod, cuyo valor es 10 y que basa toda su construcción del mundo inteligible en los diez Sephiroth, desarrollos del Ain-Soph. Pasqually escribe el número 1 en un círculo para simbolizar la íntima unión de la Unidad con la Década, del Dios inmanente que representa la primera y del Dios emanante que representa la segunda.

El Cuaternario, al que Pasqually otorga un papel muy importante en su sistema, es también una réplica de la «misteriosa y santa» Tetrada de los pitagóricos, «número de los números y Dios que contiene la fuente y el origen de la naturaleza eterna». Era, tanto para los primeros como para los últimos discípulos de Pitágoras, el «ser que vive en sí mismo» (Autozoon), pero, dado que lo similar solo puede ser conocido por lo similar, y lo vivo en sí mismo comprende lo vivo inteligible, lo vivo sensible y lo vivo físico, el alma, que conoce todos estos seres, como ellos, debe ser el número 4. Este número se encuentra en las especies animales, en las partes que componen el ser humano (la cabeza, sede de la razón; el corazón, sede de la vida; el ombligo, sede de la facultad de producir raíces y gérmenes; las partes sexuales, sede de la facultad de concebir y generar). Es el número de la justicia porque es el producto de factores absolutamente iguales. Proclo habla del «Cuaternario Sagrado»; Jámblico ve en él el principio de la armonía universal. Para Nicolás de Cusa, el alma es el número 4[115]. El Cuaternario aparece a

115 El cuatro es un número muy importante para los egipcios y los hindúes. Los primeros distinguían las cuatro bases o elementos, las cuatro zonas, las cuatro divinidades funerarias, que eran también los cuatro puntos cardinales y los cuatro vientos. Para

menudo en las especulaciones aritméticas de la Cábala; es, como símbolo específicamente judío, el Tetragrama, grafía secreta del nombre inefable del Señor. Pasqually demostró su fidelidad al espíritu de sus inspiradores atribuyéndole un valor puramente místico.

El significado nefasto del número Dos, denunciado por Pasqually, se encuentra entre los neoplatónicos, cuya aritmosofía había sufrido la influencia de las doctrinas platónicas. El pitagorismo original, que deificaba los números, no podía atribuir a ninguno de ellos una imperfección absoluta[116]. Para los sucesores de Platón, por el contrario, para Speusippo y Senócrates, la Diada, contraria a la Mónada, que es la belleza, el bien y el espíritu, es la expresión de la materia y del mal. Los neoplatónicos adoptaron este punto de vista y, viendo en la Mónada la causa eterna y eficiente o Dios, consideraron a la Diada como la causa pasiva y material del mundo sensible. La Diada indefinida es el elemento inferior, la pluralidad, el movimiento, el sexo femenino, las tinieblas y el mal, porque es el principio de la división que se opone a la unidad y se esfuerza por destruirla. Los maniqueos veían en el Dos el signo del Segundo Principio, causa del Mal y adversario del Uno, que era a la vez la existencia absoluta y el Bien. Para Agri-

---

los segundos, había cuatro poderes luminosos subordinados a Vayu (viento o respiración, es decir, energía vital): fuego, sol, luna y relámpago, y cuatro fuerzas psíquicas que les correspondían respectivamente: palabra, vista, oído y pensamiento (Oltramare: *Hist. des idées théos. dans l'Inde*, p. 91). Los maniqueos contaban con cuatro esencias magníficas, cuatro atributos del Padre de la Luz y cuatro sellos luminosos.

116 En las religiones primitivas de Asia Menor, la diada, que representaba la unión del principio masculino y el principio femenino, era el símbolo de la fertilidad y, por lo tanto, del bien.

pa, el Dos es el símbolo del mal, del demonio, de la pluralidad material.

El significado del número de la creación atribuido por Pasqually al Seis deriva directamente de la Cábala. En la cosmología del *Zohar*, los seis Sephiroth inferiores u «operativos», que se disponen bajo la tríada suprema constituida por Kether (Corona), Hokmah (Razón teórica) y Binah (Razón práctica), forman el sexteto creador: «Los seis días de la creación son las luces emanadas de la Palabra para la iluminación del mundo». Estas seis causas instrumentales de la creación revelaron en seis días el plan oculto en el pensamiento de los tres arquitectos supremos. Del mismo modo, el mundo durará seis períodos milenarios, número cuyo total se reduce a diez porque, al componer un «gran año» de diez siglos, los seis mil años de existencia del mundo forman diez grandes años. Al final del sexto «día» o sexto milenio, la comunidad de Israel debía recuperar su lugar al final de los tiempos, cuando llegara el Mesías[117]. Esta idea es retomada textualmente por Pasqually: «Las denominaciones de días que doy a las seis operaciones de la creación no pueden pertenecer al Eterno, que es un ser infinito, sin tiempo, sin límites y sin extensión; pero estos seis días anuncian la duración y los límites del curso de esta materia, es decir, que esta materia durará seis mil años en toda su perfección. Cada uno de estos días o de estos mil años no debe considerarse más que como la duración de la operación de los seis pensamientos divinos» (I, 303-304).

---

117 Vulliaud: *op. cit.* I, p. 388-389. El *Zohar* también encontraba el número seis en el plano del universo constituido por las seis direcciones del espacio: norte, sur, este, oeste, arriba y abajo (Ibid. I, p. 7).

La gran importancia que Pasqually atribuye al Septenario y a los Espíritus que lo marcan se explica por la vitalidad de una tradición caldea de origen astrológico que hacía depender la vida universal de la acción de los siete planetas. Esta tesis ha arraigado profundamente en la imaginación de todos los pueblos civilizados de la Asia antigua, de la que se encuentran huellas indelebles en la división del tiempo y en los dogmas de todas las religiones orientales. Es superfluo recordar la persistencia de esta tradición entre los judíos: candelabro de siete brazos, semanas de años, etc. Pero el Septenario había recibido de los cabalistas un significado particular del que Pasqually se hizo fiel eco. El secreto del número siete para la Cábala residía en el hecho de que con él terminaban en Dios las seis fases del tiempo (Vulliaud: *op. cit*., 11, 89, 90, 215). Pasqually, a su vez, dice: «En el séptimo día (o séptimo milenio) caerá en una terrible decadencia el número siete, que ha dado la perfección a todo ser creado, es el mismo que destruirá y abolirá todas las cosas» (I, 303).

Probablemente debemos atribuir a las tradiciones judías el origen del significado nefasto que Pasqually atribuye al número cinco. Para los pitagóricos, expresaba los cuerpos materiales, ya que daba a las cosas, además del volumen, la calidad y el color, la forma exterior y visible; así, para ellos, los cuerpos físicos tenían cinco elementos: fuego, tierra, agua, aire y quintaesencia, que se asocia a los cuatro primeros. Además, significaba Justicia; por lo tanto, era un número moralmente bueno. Según los místicos judíos, el Cinco, por el contrario, era demoníaco porque era el número de los ángeles destructores que, según un relato recogido en la paráfrasis del *Deuteronomio* de Ben Uziel, Jehová había enviado para castigar a los israelitas adoradores del becerro de oro.

El valor místico que Pasqually otorgaba al octonario, «número doblemente fuerte», es quizás un recuerdo de una concepción egipcia según la cual, al dividir los cuatro elementos en masculinos y femeninos, se obtenía la Ogdoade, símbolo de la fuerza vivificante, trasladada por Pasqually al plano místico. Es cierto que para los primeros pitagóricos era el número de todas las facultades superiores: amor, amistad, prudencia, reflexión; pero para los neoplatónicos, en particular para Jámblico, se había convertido en la causa del paso de las cosas y de la dispersión de los seres, es decir, exactamente lo contrario del retorno a lo divino que representaba esencialmente en la *Reintegración*.

En su comentario sobre el Tres, Pasqually manifiesta una total independencia respecto a la tradición caldea, judía y cabalística, aunque sigue parcialmente la escuela pitagórica. Para los semitas, el ternario es ante todo un número sagrado y divino; parece ser de origen caldeo, ya que es la manifestación espiritual de la Causa Primera. Jámblico lo convierte en el alma del mundo o Demiurgo. Las tríadas, que desempeñan un papel primordial en todas las teogonías orientales, son llevadas a escena con predilección por la Cábala. Es notable que, en un tema en el que la mística judía había tomado una posición clara, el autor de la *Reintegración* haya dado la espalda resueltamente a sus inspiradores habituales. Por otra parte, si, siguiendo el ejemplo de los pitagóricos, hace del Tres el número de la materia, se aleja de ellos en cuanto a la cualidad intrínseca del terciario; para los discípulos de Pitágoras, el tres no solo es el número de todas las cosas, ya que todas las cosas tienen tres dimensiones, el «número plano», el número de las cosas físicas que tienen extensión, sino que también es el primer número perfecto porque es el primero que tiene un centro,

un principio y un fin; para Pasqually es un número esencialmente malo porque representa la materia.

Por último, sobre el Nueve, número «demoníaco» según la *Reintegración*, Pasqually no está de acuerdo ni con los pitagóricos, que ven en la Enéada la Justicia, ni con Jámblico, que encuentra en él el principio de toda identidad y perfección, ni con la Cábala, que a veces asocia la tríada para expresar un desarrollo más completo del ser. A menos que Pasqually haya obtenido su interpretación de una fuente desconocida, esta vez parece que ha querido volar con sus propias alas y ha decretado la condena del Novenario, múltiplo del Ternario, debido a la mala fama que atribuía a este último.

Es evidente que prestó muy poca atención al Once y al Doce para que podemos detenernos en estos dos números.

Las combinaciones de números y cifras, en las que Pasqually despliega tanta ingenuidad, eran conocidas por los pitagóricos y han sido practicadas por sus imitadores.

Para los discípulos de Pitágoras, el 5 es la Justicia porque es la mitad del 10, que es el Todo, y si se divide en dos partes iguales, devuelve a cada parte lo que le corresponde; es también el matrimonio, ya que es el símbolo de la cohabitación del hombre y la mujer, pues 5 = 3 (primer número impar, masculino) + 2 (primer número par, femenino). El 6 es el número del cuerpo vivo porque al 5, número de los organismos, añade un elemento: el alma que produce las funciones de la vida; también representa a Afrodita o la Generación, porque es el primer número de la Década formado por la multiplicación de 2 por 3, es decir, del primer número par por el primer impar. El 9 es la Justicia, ya que es el primer cuadrado producido por el primer número

impar (3) multiplicado por sí mismo. El 8 es el número de las más altas cualidades morales e intelectuales, ya que es el primer número cúbico (2 multiplicado por 2 = 4, multiplicado por 2 = 8).

El Cuatro es el número sagrado, porque es el término medio aritmético entre el 1 y el 7, ya que supera al primer término con la misma suma con la que es superado por el último, pero sobre todo porque con él se detiene la progresión de los primeros números cuya suma compone la Década perfecta (1+2+3+4=10), de la cual el 4 es la raíz del 10, manifestación del poder absoluto del Uno; por consiguiente, si todo ser, por el mero hecho de existir, es decádico, también es tetrádico, ya que la Tetrada contiene en germen la Década; además, todo número tetrádico y decádico es al mismo tiempo, en cuanto número, una unidad: así, todo número es simultáneamente 1, 4 y 10.

La Gran Tetractys, a la que los pitagóricos prestaban solemne juramento de fidelidad, debía su prestigio al hecho de estar formada por 8 números, suma de los cuatro primeros números impares (1+3+5+7=16) y de los cuatro primeros números pares (2+4+6+8=12), que da 36, número igual a la suma de los cubos de 1, 2, 3 (1+8+27=36).

Dado que el Siete expresa la suma del 3 y el 4 y forma con este último número una media aritmética entre los dos términos extremos de la década (1, 4, 7, 10), expresa la salud, la luz, la razón y a Minerva. Es el número concebido sin madre, ya que ninguno de los números contenidos en la década lo genera por multiplicación de un número por otro o por sí mismo, número virgen, ya que no genera ninguno de estos números. El 7 es la ley de la existencia humana; el hombre viene al mundo después de 7 meses de gestación

y su vida se desarrolla en períodos de 7 años: niño de 1 a 7, muchacho de 7 a 14, adolescente de 14 a 21, joven de 21 a 28, hombre de 28 a 35; luego declina y las fases de esta decadencia también están sometidas al número 7. El sol, causa productora de todos los frutos de la tierra, posee este poder porque es función del número 7; ocupa el séptimo lugar en el universo, ya que su esfera viene después de la de los cinco planetas y del cielo de las estrellas fijas; la luna, cuando tiene siete días, está en conjunción cuadrangular con él, y por eso el séptimo día es crítico (Chaignet: *op. cit*. 11, 118, 121-122).

Todos los filósofos místicos que cultivaron la aritmosofía pitagórica se dedicaron más o menos a las mismas especulaciones. Para Proclo, la Santa Década es la suma de tres tríadas, la psíquica, la intelectual, la divina y la del Uno, y cada una de estas tríadas forma con el Uno el Sagrado Cuaternario. San Agustín no atribuye al alma el número 3, imagen de la Trinidad divina, ni al cuerpo el número 4, ya que todo organismo está compuesto por cuatro elementos, por lo que el hombre, constituido por un alma y un cuerpo, tiene el número 7, que se encuentra en todas partes: hay, por ejemplo, en la vida del individuo 6 edades que están coronadas por un 7º término, la muerte 51. Giordano Bruno considera la Tétrada como el número perfecto, ya que es a la vez sí misma (como número), la unidad (como signo) y la Década (la suma de los números del 1 al 4 que contiene es igual a 10). Agrippa calcula que el 8 añadido a la unidad forma el número 4 que, multiplicado por 3, da 12, número sagrado, y que 3, sumado dos veces a 4, pasa por el número 7 y llega a la gran Unidad 10, que es la perfección. Giorgio Veneto cree que la verdadera razón para poder admitir que el mundo fue creado en 6 días es que 6 es el primer número

perfecto «resultante de la combinación de los tres primeros números, ya que 6 es igual a 6 multiplicado por 1, o 3 multiplicado por 2, o 2 multiplicado por 3 o, finalmente, 1 + 2 + 3».

La geometría mística de Pasqually parece muy rudimentaria si se compara con la de los pitagóricos y, sobre todo, con la de los neoplatónicos. Los primeros habían establecido relaciones muy ingeniosas entre la unidad y el punto, la díada y la línea, la tríada y el triángulo; su dialéctica manifestaba de manera particular sus recursos en la asimilación de la tétrada a la pirámide, que identificaban con el 4, tanto porque está formada por cuatro planos, como porque sobre una base triangular (= 3) se eleva un vértice (= 1); también la representaban con la Década, ya que presenta 4 planos y 6 líneas, es decir, 10 elementos, de modo que la relación entre el Denario y el Cuaternario, ya demostrada por la aritmética, quedaba también probada por las figuras geométricas. Los neoplatónicos se basaban en la figura llamada «gnomon», en los números y en las figuras «heteromecas», en las figuras curvilíneas y en el «diaulo» para establecer que la Diada o el Par resume en sí misma los caracteres de la multiplicidad mutable e informe, siempre en movimiento, en generación, en devenir[118].

La única relación que se puede encontrar entre sus teorías, la figura mística esbozada por la *Reintegración* o las ideas expresadas por su autor, es que los pitagóricos consideraban el círculo una figura perfecta, completa, entera, ya que tiene un principio, un centro y un fin, y que ellos veían en el triángulo el principio de la generación y la forma de todas las cosas, porque todos los cuerpos, cualquiera que

118 Para estas demostraciones, que aquí no caben, véase: Chaignet: *op. cit.*, II, pp. 62/66.

sea su forma, pueden transformarse en triángulos. Estas analogías son demasiado vagas para permitir llegar a una imitación directa. A lo sumo, el significado simbólico que Pasqually da al círculo y al triángulo se había convertido en tradicional desde tiempos inmemoriales. El círculo, representación gráfica del horizonte que limita el alcance de la visión humana, parece, por muy lejos que se remonte en la historia, haber servido para representar el espacio, y las doctrinas emanacionistas habían encontrado en él la expresión más exacta de su cosmogonía. En cuanto al triángulo, los egipcios, según el testimonio de Eusebio, lo utilizaban para representar la tierra; Platón había declarado en el *Timeo* que los motivos del ser físico y de la puesta en marcha de los elementos son triangulares, y los neoplatónicos habían recogido y conservado cuidadosamente esta idea; uno de sus últimos representantes, Giorgio Veneto, había enunciado que el mundo está formado por elementos triangulares, señalando que el 3 es la imagen de la forma que, mediante el 2, expresión del ángulo, reduce la materia a la unidad. Por extraña que pudiera parecer la definición de la forma de la tierra dada por la *Reintegración*, el Tratado de Pasqually no hacía más que reproducir un argumento muy antiguo y muy conocido por los ocultistas.

Capítulo IV
La magia de los Cohen elegidos

Las operaciones con sus trazados, purificaciones, sahumerios, postraciones, invocaciones y conjuros pertenecen demasiado claramente a la magia ceremonial como para insistir en la naturaleza de las prácticas a las que se dedican en vano los discípulos de Pasqually; pero es interesante investigar sus orígenes y precisar su carácter.

Heredera de las sectas místicas de la Antigüedad y de la época neo-alejandrina, la Orden de los Elegidos Cohen había encontrado los elementos mágicos que ellos mismos habían recibido de un pasado remoto y que, a su vez, ponían en práctica[119]. Aquí se inspiró en las obras que enseñaban, al mismo tiempo que las doctrinas de la Cábala Teórica, los procedimientos mágicos de la Cábala Práctica, pero, para poder componer su ritual, tuvo que recurrir a otros maestros: ocultistas de la Edad Media y del Renacimiento.

Lo que llamamos Cábala Práctica era muy anterior a la Cábala Teórica; era un residuo de los cultos primitivos que se basaban en la magia fluídica o pneumatología, natural o anti demoníaca. A pesar de las maldiciones lanzadas por la *Biblia* contra los magos, contenía leyendas que revelaban

119 Sobre los caracteres fundamentales de la magia, sus orígenes y los caminos secretos que siguió para atravesar los siglos y llegar a Occidente, véase del mismo autor: *El ocultismo y la masonería escocesa*, parte I, capítulos I, II, III y IV.

los antiguos vínculos que unían al pueblo judío con Caldea, tierra clásica de la magia: revivía en Mesopotamia, el «país de la antigua sabiduría secreta», a Adán expulsado del Paraíso Terrenal y a sus primeros descendientes; desde Ur, en Caldea, Abraham partió hacia Occidente; desde Caldea, Isaac y Jacob trajeron a sus esposas. Las maldiciones de los profetas se dirigían sobre todo a las prácticas mágicas a las que se dedicaban los judíos y, en particular, las judías. En Babilonia, los israelitas estuvieron en contacto durante 70 años con los cultos mágicos que persistían en las religiones babilónica y persa. El *Talmud* y los *Midrashim* practicaban la astrología, la oniromancia, creían en la virtud de las fórmulas y los amuletos contra el mal de ojo, los ataques de animales salvajes, las enfermedades o las desgracias. La Cábala atribuye a Abraham conocimientos de astrología y del arte de fabricar amuletos con fines mágicos. Una secta cabalística constituida en la segunda mitad del siglo XVI tenía un auténtico ritual mágico que imponía a los oficiantes una vestimenta especial compuesta por cuatro túnicas blancas superpuestas y prescribía ceremonias particulares para la celebración del sábado, cuyo texto contenía oraciones dirigidas a los Sephiroth y a los Ángeles. Se creía que el fundador de la secta, el rabino Loria o Luría, taumaturgo y teólogo, había exorcizado públicamente a un epiléptico atormentado por el alma de un judío muerto ahogado sin haber recitado la oración del Shem.

La creencia en las ceremonias mágicas de los judíos y, sobre todo, en los poderes sobrenaturales de los cabalistas estaba muy extendida entre los ocultistas cristianos. En el siglo XVII, J. B. Van Helmont escribía en su *Hortus Medicinae* (Leiden, 1667): «Una fuerza mágica, adormecida por el pecado, yace latente en el hombre. Puede ser despertada

por la gracia de Dios y por el arte de la cábala». Los ritos teúrgicos que se referían a la Cábala Práctica parecen haber existido hasta el siglo XVIII en las sectas judías emparentadas con los frankistas[120], muy extendidas en Europa Central.

Es probable que Pasqually conociera esos ceremoniales, pero es improbable que se inspirara en ellos, ya que la magia practicada por esas sectas era crudamente utilitaria: descubrimiento de tesoros, ganancias aseguradas en el comercio, predicción de circunstancias favorables para una empresa, conservación de la salud, tales eran los objetivos que se proponían habitualmente, cuando no pretendían satisfacer una vana curiosidad como la visión a distancia o la facultad de poder ver a los espíritus. Las preocupaciones de los Elegidos Cohen iban más allá de estos temas vulgares. En cuanto a la Cábala Práctica que conocemos a través de las obras clásicas, como el *Zohar*, formaba una especie de enciclopedia de medios para combatir los hechizos y de procedimientos como la sugestión y la hipnosis tendentes a obtener estados de sonambulismo, pero no indicaba el ritual mágico propiamente dicho. Así, Pasqually, en materia de magia, tomó de la Cábala solo el principio en el que se basa el trazado de los jeroglíficos en la Cámara de Operación.

120 Discípulos de Jacob Joseph Frank (1726-1791), judío ucraniano, que se presentó como Mesías. Era discípulo de Shabatai Tzvi. Rabino que, así mismo, se había presentado como Mesías. Defendía la transgresión y lo orgiástico, tras que, llevados a la práctica, le obligaron a exiliarse a Turquía y convertirse al islam. Sus discípulos y él mismo siguieron el mismo camino de falsa conversión y lograron extenderse por Polonia, Ucrania y Hungría. Otros discípulos se convirtieron (también, falsamente) al catolicismo, para moverse con más facilidad por Europa. [NdT]

El procedimiento teúrgico presagiado de manera particular por la Cábala Práctica se basaba en el maravilloso poder de los nombres sagrados. El origen de este concepto se pierde en la noche de los tiempos; deriva de uno de los postulados básicos de toda clase de magia, es decir, la identidad esencial entre el signo y la cosa manifestada. El nombre de un dios era para los caldeos una hipóstasis del dios mismo; la gnosis o conocimiento de los nombres divinos en su sentido profano y en su sentido esotérico era el gran misterio religioso y el objeto de la iniciación para los egipcios (F. Lenormand: *Magie chez les Chaldeens*, 93). Para los gnósticos, el psíquico solo podía salvarse si descubría el nombre secreto de los Arcontes que, pronunciado exactamente, obligaba a las potencias malignas a dejar que el alma atravesara las barreras que la separaban del Pleroma. Entre los judíos, el poder mágico atribuido al nombre de Dios lo había convertido en un tabú.

La prohibición de pronunciar el verdadero nombre del Señor se observaba con tal rigor que su pronunciación cayó en completo olvido; el mismo texto masorético, en el que signos especiales, puntos o rayas trazados entre o debajo de las consonantes indican las vocales, nunca lo vocaliza y ha seguido marcando solo las consonantes: Iod, He, Vav, He, es decir, señalándolo en forma de Tetragrama. Según el *Talmud de Babilonia*, el secreto de la pronunciación se había perdido para los propios sacerdotes a principios del siglo III a.C.[121] y es probable que el *Talmud* aluda a este misterioso nombre, cuya pronunciación transmitida por tradición oral solo era conocida por los iniciados, cuando dice que

121 Kreglinger: *op. cit.*, pp. 156-157. Sin embargo, según el mismo *Talmud*, parece que el Sumo Sacerdote era conocido por saber deletrear las sílabas secretas.

los secretos de la *Torá* solo deben ser revelados a un hombre que conozca la «práctica mágica» y las «fórmulas mágicas», y utiliza la expresión «transmisión del nombre» como sinónimo de ciencia esotérica. (Vulliaud: *op. cit.* II, p. 133)

La Cábala había cavilado sobre este principio asociando a las especulaciones sobre las letras del alfabeto hebreo la fe en el poder infinito, Shemamphorash o nombre secreto de la Divinidad, cuya irresistible acción sobre los espíritus, tanto celestiales como elementales, citaba la Aggadà talmúdica. Considerando que cada letra que compone el nombre sagrado es una parte de la energía divina, las agrupaba en 4, 12, 42 e incluso 72, para formar cuatro fórmulas mágicas, cada una de las cuales tenía un poder determinado. Los nombres de los ángeles eran casi tan poderosos como los del Señor, ya que cada uno de ellos representaba una de las emanaciones de la Divinidad y la mayoría de ellos contenían la sílaba «el», que significa Altísimo[122].

122 Los conjuros mediante el Shemamphorash todavía se utilizaban en los siglos XV y XVIII. Un manual de Cábala práctica, titulado *Cábala de los Salmos*, circulaba en forma de manuscrito en los círculos ocultistas. A mediados del siglo XVI, el médico hermetista Lazare Meysonier, de Lyon, autor de la *Philosophie des Anges* (Filosofía de los ángeles), lo utilizaba y afirmaba haber descubierto gracias a él un pentágono que permitía hacer milagros. Una copia de este manual, realizada en el siglo XVIII con el título *Cábala sagrada y divina de los sesenta y dos nombres de los ángeles que llevan el nombre de Dios, que fueron revelados por el santo ángel Metatrón a nuestro padre Moisés, por medio de los cuales se obtendrá de los ángeles, como él, todo lo que se les pida que sea lícito y permitido, cuando se esté en estado de gracia*, y que lleva los signos o caracteres mágicos de los ángeles a invocar, ha sido recientemente puesto a la venta por un librero parisino (Catálogo de Nourry, julio de 1925). Hay que dejar a la nota que acompaña al anuncio de este documento la responsabilidad de su afirmación cuando añade «que las logias iluminadas de Martínez

La puesta en práctica de este concepto se aprecia claramente en *La Reintegración*. El Shemamphorash se menciona implícitamente en el pasaje en el que Pasqually habla de la poderosa palabra «la misma que los judíos pronunciaban antiguamente y sabían perfectamente derivada de su lengua» (I, 192-193). «Los judíos conocían esta palabra incluso antes y la conocen todavía hoy, porque siempre ha habido alguien entre ellos (un verdadero judío) que poseía parte del conocimiento de esa lengua primitiva» (I, 192). Así, la *Reintegración*, que pretende representar la pura tradición «judía», realiza numerosas variaciones sobre este tema, según el cual el nombre es la expresión del poder del ser que lo porta y la palabra es el instrumento de la facultad de creación y de mando. «Cuando las formas [ceremonias] ejercen alguna virtud [tienen alguna eficacia], esto no ocurre por mérito propio, sino por el poder del ser espiritual que mora en ellas, es decir, por la facultad asignada a su nombre animal espiritual divino» [nombre con el que se conoce en la tierra a un Espíritu emanado de Dios] (I, 361). «Todos los Espíritus Menores y todas las almas espirituales tienen realmente un nombre que los distingue en sus potencias y virtudes, en relación con su obra espiritual» (I, 362). «Hay diez nombres espirituales que realizan el culto a la divinidad con su propio número Denario» (I, 364).

«Enoc, gran tipo del ceremonial y del culto divino, dio a cada uno de ellos una letra inicial de los santos nombres de Dios. Celebró esta asamblea de operaciones divinas con sus diez elegidos, de diez en diez semanas, transmitiéndoles en cada nueva asamblea una nueva letra inicial del santo

---

de Pasqually lo utilizaban para realizar sus prodigios y que se encontró un ejemplar entre los papeles de Cagliostro incautados por el Santo Oficio».

nombre de Dios, de modo que después de siete asambleas cada uno de ellos tenía para sí dos palabras poderosas con las que mandaba a todo lo creado desde la superficie terrestre hasta la superficie celeste. Las dos palabras consistían en siete letras, cuatro de las cuales formulaban el nombre temible, poderoso e invisible del Eterno [Tetragrama], que gobernaba y sometía a todo ser creado en el cuerpo celeste[123], y las otras tres letras formaban un nombre santo que sometía y gobernaba a todo ser creado en el cuerpo terrestre». Así, los diez Elegidos fueron «devueltos a sus primeras virtudes y poderes espirituales divinos e hicieron, con sus santas operaciones, grandes prodigios» (I, 105-106).

Puesto que el nombre es signo de poder, y de un poder determinado, difiere o cambia cuando el mismo poder se modifica; así, los nombres (que el Tratado no revela) de las cuatro clases primitivas de los Espíritus emanados «eran más fuertes que los que comúnmente damos a los Querubines, Serafines, Arcángeles y Ángeles, que fueron emancipados después» (I, 8). Adán, «Hombre-Dios, en su estado de gloria, tenía el nombre que se atribuía correctamente a su ser espiritual. Con la virtud de este nombre, manifiesta en el universo toda operación espiritual divina temporal» (I, 361). Tras la prevaricación, perdió el recuerdo del «nombre espiritual», que era «Aba 4» (cifra del Cuaternario); tras la reconciliación con el Señor, este le dio el nuevo nombre «Bian 6» (cifra de la creación material) «apodado Adán» [con el sobrenombre de Adán]. Este segundo nombre, aunque todavía «muy poderoso», sin embargo, es «inferior al primer nombre de su emanación [porque la] reconciliación

123 Estas cuatro letras representan también, como se ha dicho anteriormente, las cuatro clases en las que se dividían los primeros Espíritus emanados.

[fue] espiritual temporal y no espiritual pura» (I, 362). Por el contrario, cuando el tercer hijo de Adán tuvo que ser el intermediario de la reconciliación entre el Creador y su padre, Adán cambió «por inspiración divina» el nombre que le había dado anteriormente por el de Set[124].

Es notable ver cómo *La Reintegración* se adhiere sin reservas a una opinión de la magia primitiva que consideraba que el dios o el espíritu invocado estaba obligado a obedecer desde el momento en que su verdadero nombre había sido pronunciado correctamente. Cuando Jacob intenta volver a comunicarse con el Señor, consigue la reconciliación invocándolo con sus tres «nombres inefables» antes de llamarlo con el nombre de «Dios de Abraham, Isaac y Jacob», con el que lo conocen las oraciones de la religión judía oficial (I, 233). Cuando Adán quiso crear por iniciativa propia, «el Eterno, habiendo prometido con juramento a Adán que obraría con él en todas las operaciones que hiciera en su nombre [con su nombre], no pudo sino cumplir la promesa inmutable que le había hecho de secundarlo en todas las circunstancias en que lo necesitara... Él (Adán) le ordenó, con su inmutabilidad divina, que cumpliría la palabra (...) en favor de la creación material de Adán (...). Dios unió, según la promesa, su operación espiritual a la operación temporal de Adán,

124 Pasqually intenta dar una base mística a esta idea de origen mágico diciendo que «el nombre espiritual dado al alma impasible anuncia la unión de un ser distinto y espiritual o de un Espíritu particular septenario que el Creador ha sometido a la poderosa virtud del Espíritu menor cuaternario, como enseña que se unió a su primer Hombre-Dios después de su reconciliación» (p. 364). Este Espíritu, servidor y auxiliar del Menor, es para el hombre otro y el mejor de sí mismo: «He aquí el verdadero prójimo que debes amar y apreciar como a ti mismo» (I, 365).

aunque contraria a la suya... y le concedió la coronación de su obra» (I, 35-36).

Pasqually subraya la idea, familiar a los cabalistas, de que el nombre manifiesta sobre todo su poder cuando se pronuncia en voz alta, es decir, en forma de Verbo o Palabra. Con la «palabra», Dios emanó a los Espíritus Menores (I, 56). La boca es «el órgano de la palabra poderosa del hombre» (I, 358). «Adán tenía en sí mismo un verbo poderoso, ya que de su palabra de mandato debían nacer [...] formas gloriosas e impasibles, similares a la que apareció en la imaginación del Creador» (I, 57). El «Verbo que el Eterno había puesto en él (Adán), para que produjera una posteridad de Dios... no era más que la intención y la voluntad que debían obrar con la poderosa palabra de este Primer Hombre» (I, 55). Cuando Adán, seducido por el Demonio, quiso crear a su vez, «hizo uso de todas las palabras poderosas que el Creador le había transmitido» (I, 17). Aunque «el hombre solo puede recorrer las diferentes inmensidades con el pensamiento, los Espíritus pueden recorrer efectivamente y en la naturaleza la extensión infinita de la inmensidad divina (...) la palabra del hombre le da superioridad sobre todos los habitantes del mundo divino; es más fuerte y más poderosa que la de ellos, y la extensión que puede tener supera incluso la que recorren los espíritus divinos» (I, 349). La conexión del triángulo cuaternario con los círculos de los Espíritus Mayores y los Espíritus Inferiores prueba «el poder de la palabra del mandato que se da al Menor sobre los habitantes de estos dos círculos» (I, 297).

El nombre místico, escrito o representado con signos convencionales conocidos solo por los iniciados, es una orden muda, menos eficaz que el nombre pronunciado, pero que actúa como coadyuvante de la palabra; por eso el Ele-

gido Cohen traza en la Cámara de Operación los jeroglíficos o «caracteres» de los mediadores que evoca; las letras escritas en el Cuarto de Círculo cumplen la misma función. El jeroglífico I A B que nos da el texto impreso es probablemente un error de transcripción y debe leerse I A H o I A O, nombres de Jehová muy utilizados por los gnósticos, que los habían recibido de los místicos judíos y los transcribían en sus «sellos» y en sus «apologías». Lo que autoriza esta lectura es el nombre de «Gran Círculo de la Potencia Suprema» dado al Círculo de Retiro por Bacon de la Chevalerie, sustituto general de Pasqually (IV, p. XXXVII). El jeroglífico R A P es probablemente Rafael (Raphael), «el que cura en nombre del Señor», es decir, místicamente, el que expulsa a los espíritus demoníacos, nombre del ángel que, en el *Libro de Tobías*, enseña al héroe del relato las recetas mágicas, los sahumerios y las unciones que ahuyentan a los demonios y al que el Elegido Cohen invoca como defensor particularmente poderoso. Hay motivos para creer que los nombres protectores estaban escritos en el talismán cuyas puntas el Operante giraba sucesivamente hacia los demonios y al que llamaba «escudo», palabra que recuerda el hexagrama en el que está escrito el Tetragrama, que los cabalistas llamaban «escudo de David»[125].

125 Los talismanes existían desde la antigüedad: los persas los llamaban Hamalètes, los romanos Amuleta, los mesopotámicos Teraphim, los basilidianos Abràxas, los griegos Phylactères o Stoikeia, los egipcios y los antiguos hebreos Totaphôth, los galdéanos Tebhulim. Es posible que los pendientes, los adornos para los brazos y el pecho, los anillos para los dedos, la frente y la nariz fueran en un principio talismanes. Estos objetos a veces llevaban figuras de astros, sobre todo de la luna, o los nombres de deidades protectoras. Un escritor del siglo pasado, Brière, en una obra en parte anticuada (*Essai sur le symbolisme antique de l'Orient*, 1847), destacó muy bien la naturaleza del

* * *

Aparte de estas relaciones particulares con las doctrinas y prácticas de los ocultistas judíos, el ritual de Operaciones no tenía nada que lo distinguiera de las formas tradicionales de la magia ceremonial. Por lo tanto, podría parecer inútil investigar en qué modelos se inspiró Pasqually, si no fuera porque dos obras, que probablemente conocía, lo acusen abiertamente de plagio.

Una obra ocultista judía del siglo VIII, conocida con el nombre de *Libro del ángel Raziel* o *Libro de Adán*, señala una ceremonia mágica que, aunque tiende a fines diferentes de los perseguidos por los Elegidos Cohen, presenta curiosas analogías con la Invocación de los Tres Días y con la Ceremonia de Ordenación: «Cuando —dice el místico libro— alguien quiere emprender una iniciativa, primero debe hacer lo siguiente: a partir de la luna nueva, debe esperar tres días, abstenerse de cualquier alimento que pueda dar lugar a la más mínima sospecha de impureza (ritual), en particular de cualquier alimento que contenga sangre,

talismán: «En Oriente, el símbolo religioso no era solo la expresión de una idea, sino también una causa activa que, según la intención de quien lo utilizaba, realizaba o destruía la cosa que representaba en el momento presente o en un tiempo lejano... Existía un vínculo de correspondencia entre el mundo y la tierra, y las figuras que se suponían en el mundo arquetípico estaban obligados a actuar en el mundo terrenal por la fuerza de la imitación y por el poder de las palabras. Detrás del símbolo estaba el nombre del objeto... Este nombre, escrito o pronunciado con intención, era una orden a los poderes sobrenaturales encargados de la administración del mundo para que cumplieran la voluntad de quien lo había representado» (citado por Vulliaud: *op. cit.* p. 33 y ss.). Los talismanes casi siempre tenían puntas, como el de los Elegidos Cohen.

no debe beber vino, evitará cualquier relación sexual durante esos tres días, se lavará todos los días antes del amanecer con agua corriente. Tomará dos tórtolas blancas y las sacrificará con un cuchillo de cobre de doble filo, utilizando uno para sacrificar la primera tórtola y el otro para la segunda; luego vaciará los animales lavando las vísceras con agua. Tomará tres medidas de vino viejo, incienso puro y un poco de miel clara, los mezclará con las vísceras y con todo ello rellenará el cuerpo de las tórtolas. Luego dividirá cada cuerpo en nueve partes y las pondrá sobre las brasas antes de que salga el sol. Para hacer esto, debe vestirse con una túnica blanca y estar descalzo. Invocará los nombres de los ángeles del mes y cada día quemará tres trozos de cada tórtola. Al tercer día, recogerá las cenizas, las esparcirá por el suelo de la morada y dormirá sobre ellas durante una noche. Antes de dormirse invocará los nombres de los ángeles poderosos y santos, acostándose sin haber hablado con nadie. Entonces los ángeles se le aparecerán durante la noche, revelándole claramente todo lo que les pregunte sin temor» (Bischoff: *Kabbalah*, pp. 141/142).

El segundo modelo que Pasqually parece haber seguido era menos antiguo. Cuando un historiador contemporáneo afirma: «En definitiva, ni Martínez de Pasqually, ni su discípulo Saint-Martin, ni Cagliostro, ni Eteilla, innovan, sino que continúan la tradición y, cuando se comparan sus conjuros mágicos con los que se atribuyen a Agrippa, se observa que los adeptos del siglo XVIII solo introdujeron variaciones arbitrarias» (Bila: *Croyance à la magie au XVIII siècle*, pp. 132-133), se equivoca en lo que respecta a Saint-Martin, que nunca elaboró un sistema mágico, pero indica claramente las fuentes de las que se inspiraron los

taumaturgos de la época de la «Ilustración» cuando dice en otro pasaje: «La traducción en 1727 de la *Filosofía Oculta* de Agrippa por Levasseur seguirá siendo, a pesar de sus puntos débiles e inexactitudes, el manual fundamental de todos los doctores e investigadores de la magia» (id. p. 29). Sin embargo, debemos hacer una corrección a esta opinión: si bien es cierto que las Obras mágicas de Agrippa, traducidas al francés por Pierre d'Aban, publicadas en 1744, y la *Filosofía Oculta* traducida por Levasseur, fueron ampliamente saqueadas, el Libro IV de esta última obra, que no figuraba en las traducciones que hemos citado y cuya autoría, atribuida a Agrippa, no es segura[126], parece haber sido utilizado de manera particular por el maestro de los Elegidos Cohen.

126 Prost, que dedicó a G. Agrippa una importante monografía en dos volúmenes, considera que no hay pruebas de que el Libro IV sea de Agrippa, pero tampoco hay pruebas de lo contrario. Cabe añadir que este libro está concebido con el mismo espíritu que los tres primeros libros de la *Filosofía Oculta*, que sin duda son de Agrippa; la tesis es la misma: la eficacia de los conjuros proviene de las palabras pronunciadas en las ceremonias mágicas, del uso de los números, las figuras y los nombres de los espíritus. El IV Libro se publicó por primera vez en Basilea en 1565, después de los tres primeros libros. No se tradujo del latín, ni menos al francés, hasta finales del siglo XIX, ya fuera para respetar la ley del silencio impuesta al comienzo de la obra o, como supone con bastante verosimilitud su traductor, Jules Bois, «porque los ocultistas habían preferido mantenerlo en secreto, para poder tomar prestados fragmentos sin ser acusados de plagio por la masa de lectores, ignorantes de un latín abstracto y científico» (*Haute Science*, 1893, I, p. 657). Pasqually podía diferenciarlo sin temor, ya que se veía obligado a traducir al francés sus instrucciones, redactadas inicialmente en latín, para que fueran comprensibles para algunos de sus adeptos (III, 92; II, 108).

El Libro IV de la *Filosofía Oculta*, titulado «Las Ceremonias Mágicas», es un tratado de demonología basado en cálculos astrológicos que implican conocimientos mucho más profundos que los que nos muestra Pasqually. La obra proporciona los elementos de un «cálculo aplicado a las letras egipcias (jeroglíficos) por el gran autor Trismegisto[127], y que permitía, mediante «las letras obtenidas de la representación del mundo, comenzando por el punto donde se levanta el planeta, según la sucesión de los signos para cada uno de los grados que forman los aspectos del propio planeta, haciendo la proyección desde el grado del ascendente», formar el nombre secreto de las Inteligencias que presiden cada planeta. El Tratado describe además las formas que prefieren adoptar los Espíritus de Saturno, Júpiter, Marte, Venus, Mercurio, la Luna y el Sol.

El objetivo que se propone el autor y los medios que recomienda son, en líneas generales, muy diferentes de lo que buscaban y practicaban los discípulos de Pasqually. Éste enseña el arte de obtener de los espíritus, mediante la coacción mágica, revelaciones sobre el futuro. El procedimiento mecánico que recomienda consiste en recorrer rápidamente de Oriente a Occidente el círculo consagrado hasta que el vértigo creado por el movimiento circular produzca un éxtasis durante el cual el adepto recibirá las revelaciones del espíritu invocado. Por último, no retrocederá ante la «convocatoria» de los espíritus malignos; aunque da a entender que esta operación es peligrosa e impone grandes privaciones, la considera sin embargo lícita y da el ritual para llevarla a cabo. Pero las instrucciones que da

127 Esta cita, al igual que las siguientes, está tomada de la traducción publicada por J. Bois en la revista *La Haute Science*, 1, p. 658 y ss. y II, p. 33 y ss.

a quienes desean, mediante ceremonias mágicas, obligar a los espíritus a obedecer, recuerdan tanto a las que Pasqually prescribe a sus discípulos, que es difícil ver en tal coyuntura la obra del azar.

El adepto se prepara religiosamente para el trabajo durante un número de días que corresponde a una lunación completa; otro número de días de preparación, recomendado por los «cabalistas», es cuarenta. Durante todo el retiro observa una castidad absoluta, evita, en la medida de lo posible, los asuntos profanos y todo comercio, sigue un régimen en el que se excluyen todos los alimentos de origen animal y solo bebe agua pura de manantial. Debe recitar una oración diaria en el mismo lugar donde tendrá lugar la invocación y, después de rezar, debe esparcir perfumes.

Una vez finalizado el periodo preparatorio, el adepto ayuna un día y, en luna nueva, completamente en ayunas, cubierto con una larga túnica de lino blanco, después de haber hecho las abluciones, entra descalzo en el «lugar sagrado». Una vez dentro, «rociarás con agua bendita, y luego harás la fumigación». Traza el círculo con carbón bendito[128], después de haber rezado, dado gracias a Dios y hecho una fumigación, escribe en el exterior los nombres de los Ángeles y en el interior los «nombres excelentes de Dios». El círculo con los nombres divinos y de los buenos espíritus «que nos defienden» debe protegerlo de los malos espíritus; «si queremos proteger nuestro círculo más ampliamente, podemos añadir los caracteres y los pentáculos». «Los pentáculos son, por así decirlo, signos sagrados que nos preservan de los malos acontecimientos y nos ayudan a encadenar y exterminar a los malos demonios, así como

128 Pasqually se contentaba con un trozo de tiza; tenía mucho cuidado de evitar cualquier colusión con el culto cristiano.

a atraer y conciliar a los espíritus buenos. Los pentáculos constan de caracteres [jeroglíficos] y nombres de los espíritus benignos de orden superior (...) y figuras geométricas, o con los nombres sagrados de Dios»[129]. Junto al círculo se encuentra el triángulo en el que se coloca el *Libro de los Espíritus*.

Una vez dentro del círculo, el discípulo de Agripa rocía agua bendita y reza de rodillas; luego, mirando hacia el este, recita íntegramente el salmo «Beati immacolati in via». Hace fumigaciones y una súplica a los Ángeles para que, por los nombres divinos antes mencionados, se dignen iluminarlo. En caso de que tema ataques de demonios, puede preceder la invocación con la lectura de alguna oración adicional y algunos salmos «para defenderse». «Después del trabajo, se borra el círculo despidiendo a los Espíritus según el rito».

* * *

129 «Son una especie de sellos en los que están grabadas líneas, trazos y caracteres desconocidos», dice, en el artículo "Pentáculos", el *Diccionario Mitológico-Hermético* de Pernéty, 1787. El pentáculo propiamente dicho, también llamado pentalfa o pentagrama, representaba una estrella de cinco puntas, pero el nombre se daba a cualquier figura mágica que presentara ángulos. Agrippa fabricaba pentáculos muy complicados que llevaban «la imagen de la serpiente suspendida en la cruz y otros que encontramos en gran número en las visiones de los profetas Isaías, Daniel, Esdras, en las revelaciones del Apocalipsis». El cuarto de círculo de la cámara de operaciones y el «escudo» del operante, menos pintorescos, eran esencialmente pentáculos; Gleichen lo constata en sus *Memorias* (VII, 157), donde señala que las figuras empleadas por los Elegidos Cohen no eran «otra cosa que lo que se llama los sellos de los Espíritus que se ven en los talismanes, en los pentáculos y alrededor de los círculos mágicos».

Por muy precisas que sean las coincidencias entre los rituales esbozados en el *Libro del Ángel Raziel* y en el Libro IV de la *Filosofía Oculta*, estos supuestos modelos no señalan dos detalles muy importantes para los conceptos originales de los que derivan.

La obligación impuesta al Operador de equipar sus zapatos con plantillas de corcho es un recuerdo de la Magia dinamista o fluídica; esta prescripción adquiere todo su significado si la comparamos con lo que dice Frazer sobre la virtud mágica: «El filósofo primitivo concibe la santidad, la virtud mágica, el tabú o como quiera llamarse esta misteriosa cualidad que se cree que impregna a las personas sagradas o tabú, como una sustancia física o un fluido del que está cargado el hombre sagrado, del mismo modo que una botella de Leyden está cargada de electricidad; y de la misma forma que se puede descargar las personas sagradas o tabúes, como una sustancia física o un fluido del que está cargado el hombre sagrado, al igual que una botella de Leyden está cargada de electricidad; y exactamente cómo se puede descargar la electricidad de la botella por contacto con un buen conductor, así mismo se puede descargar la santidad o la virtud mágica del hombre y quitársela por contacto con la tierra, que, según esta teoría, sirve de excelente conductor para el fluido mágico. Así, para evitar que la descarga se disperse, hay que tener mucho cuidado de que la persona sagrada o tabú no toque la tierra; en lenguaje científico, hay que aislarla» (Frazer: *El ramo dorado*, II, 918). Este concepto primitivo había dejado huellas en las nociones del «el» y del «aodesh» que nos da a conocer la *Biblia*. La del «el», o energía divina, impersonal y difundida por todas partes, pero que se condensa en ciertos objetos, piedras, árboles, fuentes o en determinados seres, anima-

les u hombres, «es el fundamento de toda la religión de Israel» (Kreglinger: op. cit., 75). Los vehículos de esta fuerza sobrenatural y misteriosa son «qodech» o, según la grafía utilizada en el siglo XVIII, «kadosh» (es decir, santo); los organismos que penetra están dotados por ella, mientras dura su presencia, de un vigor anormal que les permite ejercer a su alrededor una acción irresistible. Pero el uso de esta fuerza divina exige muchas precauciones, ya que su intensidad la hace peligrosa por las bruscas descargas que puede producir. Es «shiqus» (tabú) para los profanos. «Ningún objeto profano podía encontrarse en las proximidades de los lugares sagrados y cualquier infracción de la norma desencadenaba inmediatamente una violenta descarga de las fuerzas divinas, la ruptura del equilibrio provocaba un choque que se manifestaba con efectos fulminantes (Kreglinger: *ibídem*, 99). El *Levítico* (X, 1-2) nos cuenta que los hijos de Aarón fueron devorados por una llama que brotó del arca porque se habían acercado a ella con un incensario que habían descuidado encender según las reglas litúrgicas y, por lo tanto, era profano. También para el hombre consagrado con la ordenación, esta fuerza invisible y soberana es temible; llevando las suelas de las zapatillas de corcho, el Cohen elegido se protege, consciente del choque violento que podría producirse entre su cuerpo cargado del «el» y un punto del suelo que no hubiera sido consagrado por las purificaciones y fumigaciones.

Por otra parte, la prescripción que ordenaba al Operador encender las velas y las terinas con «fuego nuevo» no solo aplicaba, como creía Saint-Martin, el principio de que «entre nosotros todo debe ser nuevo» (III, 93); sino que continuaba una tradición muy antigua, de la que se encuentran vestigios en todo el mundo y que no admitía para los usos

del culto más que el fuego obtenido in situ mediante procedimientos invariables y utilizados por civilizaciones desaparecidas. El fuego para el sacrificio se obtenía en la India con el pramantha, es decir, frotando rápidamente un trozo de madera en un agujero circular. Con el mismo sistema, los sacerdotes mexicanos encendían el fuego nuevo cada 52 años (Réville: *Religions du Mexique*, 142/145). El gramático Festo (siglo II o III d. C.) anota que a este procedimiento le siguió el uso de obtener el fuego a partir de los rayos solares reflejados en un espejo cóncavo o refractados al pasar a través de un cuerpo transparente (Saint-Yves: *Essais de Folkore biblique*, 24-25). Prudencio escribía a finales del siglo IV, en su *Cathemerinon*, dirigiéndose a Cristo: «Tú nos enseñas a buscar en el choque de un guijarro la luz que contiene la sílice en germen» (Saint-Yves, *op. cit*., 18).

La Iglesia había conservado estos antiguos usos en las ceremonias pascuales. «En ese día es costumbre en los países católicos apagar todas las luces de las iglesias y encender un fuego nuevo, con pedernal y sílex, o mediante un vidrio ardiente. Con este fuego se enciende el gran cirio pascual, que luego se utiliza para volver a encender todas las luces apagadas de la Iglesia» (Frazer: *Il Ramo d'Oro*, II, 950). En Roma, el fuego nuevo se obtenía en Pascua con una piedra de pedernal, en París con un pedernal y se cantaba: «Oh Señor, que con tu Hijo has dado a los fieles el fuego de tu luz extraído de la piedra para servir a nuestras costumbres, santifica este nuevo fuego» (*Oficio de la Semana Santa*, París, 1756). En Maguncia, se encendía el cirio pascual con un prisma o un espejo. En Florencia, la mañana del Sábado Santo, el prior de la basílica de los Santos Apóstoles encendía una vela con el fuego obtenido golpeando el pedernal sobre tres piedras que procedían de la tumba de Cristo y

con esa vela encendía el cirio pascual (Frazer: *op. cit*., passim).

En algunas zonas de Suabia no se podían encender los fuegos de Pascua con hierro, acero, ni siquiera con sílice, sino solo frotando trozos de madera. En las Highlands de Escocia, el 1 de mayo se encendía el «tein-eigin» (fuego forzado o fuego de la miseria) haciendo girar un taladro de madera en un agujero de una tabla. Esta costumbre también existía en los países de Gales, Hungría, Rutenia, Masuria y Albania. La prohibición de utilizar acero era tan estricta que en Escocia quienes encendían el «fuego de la miseria» debían primero deshacerse de todos los objetos metálicos que llevaban consigo. En Suecia, los fuegos de la alegría se encendían con dos trozos de sílice (Frazer: *op. cit.*, passim).

Al encender el «fuego nuevo» para las Operaciones, el Elegido Cohen se mantenía fiel a una costumbre religiosa, de origen mágico, venerada en las prácticas populares y en los ritos de las religiones positivas.

* * *

La fidelidad a la tradición mágica de la que da testimonio el ritual de los Elegidos Cohen se manifiesta también en los conocimientos y facultades sobrenaturales que se atribuye el Jefe de la Orden. De hecho, según la doctrina mágica ortodoxa, no basta con que el doctor en magia, el «Sabio», haya aprendido de sus maestros desconocidos, de esos «amigos de la Sabiduría» de los que habla *La Reintegración*, el secreto de las fórmulas y de las ceremonias eficaces, sino que también necesita dones excepcionales de clarividencia y poder que lo convierten en un ser privilegiado y lo habilitan para elegir entre sus discípulos a los dignos de recibir

y capaces de transmitir el depósito que le ha sido confiado. «Dios da a sus elegidos, sin distinción temporal alguna, el conocimiento de sus dones espirituales en beneficio de los hombres de la tierra, así como ordena a los mismos Elegidos que no transmitan sus dones y virtudes espirituales sino a aquellos que son dignos de tal herencia» (I, 226).

Pasqually, por lo tanto, se considera más que un hierofante que enseña a sus discípulos verdades trascendentales; es sobre todo un Cohen, en la medida en que este era el heredero de los antiguos magos[130] y poseía los poderes sobrenaturales de los Elegidos espirituales. El sacerdote judío gozaba de facultades superiores, se comunicaba directamente con el mundo divino solo porque él mismo era más que un hombre común; estaba dotado de virtudes santas que los ritos de consagración tenían la tarea de proporcionarle. Ejercía sus funciones solo después de una iniciación completa en la que se le transmitían los contenidos sagrados que, por un lado, lo hacían digno de penetrar en el mundo trascendental y, por otro, lo inmunizaban contra el peligro que representaba el contacto con los objetos condensadores del «el»[131]. Según la *Biblia*, Elías, que repite el tipo del

130 El término hebreo que designa al sacerdote, *kohen*, deriva de la misma raíz que el árabe *kàhin*, el adivino, lo que lleva a pensar que la predicción del futuro fue inicialmente el ámbito en el que se ejercía la autoridad del sacerdote (Kreglinger: *op. cit*. p. 300).

131 Kreglinger: *op. cit*., p. 95. Pasqually insiste en la virtud mística de la unción con aceite santo que, según el *Levítico* (VIII), figuraba en la consagración de Aarón y sus hijos como sacerdotes del Altísimo; *La Reintegración* relata que cuando los «siete Espíritus universales principales» se aparecieron a Noé en forma de arco iris para anunciar el renacimiento de la vida del mundo y el restablecimiento del orden cósmico, el patriarca no pudo comprender en un primer momento el significado de esta manifestación; para que

Elegido Espiritual, había curado de la lepra al general sirio Naamán, había hecho potables las aguas insalubres y había transformado mágicamente en vegetales comestibles las plantas venenosas (IV *Reyes*, II, 19-20; IV, 38 ss. , V, 1 ss.)

Siguiendo el ejemplo de los Cohen y de los Profetas, Pasqually, al estar en relación directa con la divinidad, conocía, por intuición o por iluminación íntima, las leyes físicas cuyo misterio la ciencia profana se esfuerza en vano por desvelar; depositario de una parte de la inteligencia y la energía divinas, podía interpretar las manifestaciones obtenidas con las Operaciones, prever el futuro, saber lo que ocurría en los lugares más lejanos, curar enfermedades sin recurrir a los remedios humanos. Era, con los poderes que aseguraba poseer, uno de esos Sabios que «aprendieron a conocer la fuerza con la perseverancia en sus operaciones espirituales divinas, con las que obtuvieron los mismos dones que habían sido dados a Set» (I, 119-120). Desempeña con sus discípulos el mismo papel que los tres misioneros de la segunda posteridad de Noé desempeñaron ante los Menores Espirituales, de los que fueron servidores del verdadero culto divino. Al igual que ellos, al consagrar a los Réau-Croix, ejerce el derecho de hacer una «elección espiritual» y confiere «la última [suprema] ordenación y la bendición espiritual» (I, 206; 207).

---

comprendiera que «su liberación estaba cerca», fue necesario que la paloma volara hasta el monte Ararat y dejara caer a sus pies la rama de olivo que había traído: «Esta rama de olivo, elegida por la paloma por encima de cualquier otra madera, enseñaba a los hombres el fruto que utilizarían para la unción y la marca de los poderosos señalados [elegidos], designados por el Creador para la manifestación de su culto, tal y como se practicaba en Israel y entre todos los Sabios» (I, 175).

También puede conferir a distancia esta «suprema ordenación». Dado que Willermoz, que ya había sido ordenado Réau-Croix en 1768 en París por el Sustituto Universal de Pasqually, atribuía el resultado negativo de sus trabajos a lo «inválido» de su recepción, Pasqually se comprometió, dos años más tarde, a ordenar válidamente él mismo al adepto lionés, sin que este abandonara Burdeos. Era necesario que la nueva ceremonia tuviera lugar durante el equinoccio de primavera y que hubiera una sincronía absoluta entre los actos del oficiante y los del receptor. Willermoz debía trazar un dibujo especial en la Cámara de Operaciones: desplazando el Círculo de Retirada y haciendo más oblicuos los dos rayos del Cuarto de Círculo, debía reservar entre las dos figuras un espacio suficiente para trazar una circunferencia de unos seis pies de diámetro, es decir, lo suficientemente grande como para contener el cuerpo tendido del receptor, cuya estatura era de cinco pies y ocho pulgadas; además, debía trazar al oeste un Círculo de Correspondencia en cuyo centro debía arder una vela que representaba a Pasqually. El día acordado, Willermoz, a las 10 en punto de la noche, debía postrarse «con toda la cara [extendido con la cara en el suelo] en el círculo», con la cabeza hacia el ángulo este, es decir, en dirección al cuarto de círculo, y permanecer en esa posición durante media hora. Por su parte, Pasqually, que había entrado «en su esquina» a las 9 en punto en Burdeos, «trabajaría» allí hasta la una de la madrugada. Willermoz, una vez terminada la postración, debía apagar las luces del cuarto de círculo, borrar todo el trazado y retirarse de la Cámara de Operaciones. El mismo trabajo, en paralelo, debía repetirse al cabo de cinco días, pero comenzando una hora más tarde con invocaciones tras las cuales Willermoz apagaba la vela que representaba

a Pasqually diciendo: «Bendito sea aquel que me asiste y me escucha; Bagniakim, Amén». A continuación, procedía al «trabajo ordinario», procurando que el jeroglífico trazado anteriormente en el Círculo de Recepción se encontrara exactamente entre sus piernas (II, 90-91, 96-97).

Mientras que los Réau-Croix solo ejercen, y aún de forma provisional, el poder cuaternario, su Maestro reivindica para sí mismo, claramente, si nos tomamos la molestia de leer entre líneas su correspondencia, el doble poder espiritual divino del número Ocho «que el Creador destina a los Elegidos Espirituales a los que quiere favorecer y anteponer a la manifestación de su gloria» y que «el hombre no puede obtener del Creador sin esfuerzos infinitos y sin sufrir el castigo del cuerpo, del alma y del espíritu» (I, 168). De hecho, puede favorecer mágicamente con las Operaciones personales las «acciones tanto espirituales como temporales» de sus «emuladores».

Cuando los Réau-Croix Willermoz y De Grainville tuvieron que viajar a París en abril de 1770 «para concluir los acuerdos definitivos por el bien de la Orden», el Maestro les escribió: «Que el Eterno bendiga vuestra iniciativa. Contribuiré con mi próximo trabajo para que se digne favoreceros tanto espiritual como temporalmente y os mantenga por tiempo inmemorial con él. Amén, amén, amén» (II, 100). Así, con el fin de estar siempre en condiciones de proyectar en el momento requerido el fluido beneficioso, Pasqually se comprometió «con juramento», en calidad de «jefe espiritual soberano de los círculos de operación espiritual divina» a mantener «como es costumbre, y también ordenado y prescrito, sus círculos abiertos todo el año con el fin de no ser sorprendido y caer en falta, ya sea por su interés personal, por el Orden, por las instruccio-

nes particulares o generales y por la difusión de la Orden» (II, 89).

Pasqually tiene el don de la segunda vista, que le permite ser testigo de los trabajos de los adeptos a más de doscientas leguas de distancia y sugerirles a través del espacio la conducta que deben seguir en circunstancias graves. El día en que Bacon de la Chevalerie se sintió abatido por la fuerza superior de uno de los demonios que conjuraba durante una Operación, pudo escapar del peligro lanzándose desde el Cuarto de Círculo al Círculo de Retirada «impulsado por una determinación desconocida e irresistible»; más tarde supo que le había sido inspirada por Pasqually, que operaba en Burdeos y que le había «visto en peligro» (IV, p. XXXVII).

El Maestro de los Elegidos Cohen reunía en su persona todos los dones que la Divinidad había repartido entre los siete Elegidos Espirituales de la segunda posteridad de Noé. *La Reintegración* ya nos ha demostrado que él había sido iniciado en las ciencias secretas transmitidas a los tres últimos hermanos: es decir, al sexto hermano «el conocimiento del carácter literal y jeroglífico, celestial, terrestre, espiritual, superior, mayor, inferior y menor divino» (I, 99), esto es, las doctrinas cosmológicas, pneumatológicas y antropológicas expuestas en el Tratado, y para el séptimo «el conocimiento perfecto de todos los caracteres jeroglíficos de todo ser espiritual demoníaco» o ciencia de los exorcismos y «el don de construir edificios espirituales para la gloria del culto al Creador» (I, 99) o, en otras palabras, el arte de trazar círculos, ángulos y caracteres en la Cámara de Operación. Si bien no es seguro que hiciera uso del don de «plantación y cultivo terrestre» (fecundación mágica de las plantas y los rebaños) concedido al quinto hermano, *La*

Reintegración demuestra que su autor tenía conocimientos especiales de biología y que su omnisciencia se extendía hasta los fenómenos más repugnantes de la vida orgánica. A pesar de su singularidad, o más bien debido a ella, la teoría que expone con imperturbable seguridad sobre la generación de gusanos en un cuerpo en putrefacción merece ser reproducida íntegramente: «Además del poder —enseña doctoralmente Pasqually— que tiene el cuerpo humano de reproducirse materialmente, existe también el de vegetar animales pasivos, que son verdaderamente innatos en la sustancia de esta forma material. Cuando el ser espiritual agente abandona su forma, esta se pudre». De ahí surgen «seres corpóreos que llamamos reptiles, que subsisten hasta que los tres principios espirituales que han cooperado en la forma corporal del hombre no se reintegran» [se disuelven]. Esta putrefacción no viene por sí sola, ni directamente de la forma corporal, sino del hecho de que «la semilla de todas las cosas sujetas a la vegetación es innata en el envoltorio tanto terrestre como acuático». «Así, el cuerpo del hombre, al derivar de la tierra general y tener en su forma material los tres principios que han cooperado en él para formar su envoltorio tanto terrestre como acuático (...) reside todavía en esta forma particular una semilla de animales susceptibles de vegetación. Por medio de esta semilla, la putrefacción llega al cuerpo después de lo que comúnmente se llama muerte. Los tres principios que llamamos Azufre, Sal y Mercurio, actuando con su reintegración [liberados], chocan, por reacción, con los ovarios seminales que se encuentran en toda la extensión del cuerpo. De ahí, estos ovarios reciben un nuevo calor elemental que despoja a la especie animal reptil de su envoltura, y esta envoltura, así disuelta, se une íntimamente con la hu-

medad gruesa del cadáver. La unión de este envoltorio de los reptiles con la humedad grosera del cadáver opera la corrupción que genera el cuerpo del hombre y lo coloca luego en su estado final de forma aparente. La vida y la acción que los animales tienen en la humedad radical derivan de la operación del eje de fuego central que, con su última operación, elimina todas las impurezas que rodean las tres esencias espirituales que aún están contenidas en la forma del cadáver. Su fuego elemental, junto con el fuego central, mantienen (*sic*) la forma aparente de estos animales reptiles, con la operación de refracción de sus rayos de fuegos espirituales que, luego, se repliegan sobre sí mismos cuando ya no encuentran fluidos sobre los que actuar, es decir, cuando todo ha sido consumido por ellos» (I, 82-84).

Pero las facultades de las que Pasqually hace mayor uso son las que habían sido concedidas a los cuatro hermanos mayores y que les daban todos los poderes de un verdadero mago. Más favorecido que Adán, que no había podido transmitir a Set «el penoso ceremonial (...) y no los frutos espirituales derivados de sus operaciones temporales espirituales» [interpretación de los Pasos] (I, 127), él puede, como el mayor, «interpretar a sus hermanos los dones derivados de sus operaciones» (I, 187), es decir, comprender el alcance y el significado exacto de los fenómenos sobrenaturales observados por los adeptos, y esta ciencia es una de sus prerrogativas. Es cierto que dejaba entrever a sus discípulos el momento en que, gracias a la práctica de la «Cosa», llegarían «a instruirse y formarse tanto en la interpretación como en el trabajo» (II, 110), pero, mientras estuvo con ellos, nunca renunció a su monopolio[132]. Los adeptos le co-

132 El 12 de octubre de 1773 les envió desde Puerto Príncipe «un repertorio general de nombres y números junto con los

municaban los «diarios» en los que conservaban los bocetos y se les invitaba a observar con el máximo cuidado si algunas de las figuras trazadas en el suelo o «cualquier otra» estaban «hechas» y a enviar sus anotaciones al Maestro, que se reservaba el derecho de hacer «el uso que considerara oportuno para su beneficio e instrucción»[133] (III, 113). El 13 de marzo de 1770 escribió a Willermoz: «Sus diarios me han sido muy útiles en las investigaciones realizadas y los he interpretado muy bien sobre los acontecimientos presentes y futuros que han tenido éxito gracias al Gran Arquitecto del Universo» (II, 99).

Las manifestaciones de las que él mismo era testigo le informaban del valor de los resultados obtenidos por sus discípulos con las Operaciones. El 9 de mayo de 1772, desesperado por los repetidos fracasos, escribía a Willermoz: «Mi trabajo me hacía pensar que, si había tenido alguna satisfacción en el suyo, habría sido de poca importancia» (II, 109).

---

caracteres y jeroglíficos que interpretaban el fruto obtenido de la Operación», asegurando que estas piezas permitirían a los Réau-Croix «interpretar el fruto de sus trabajos sin su ayuda» (II, 195-196). Pero esta concesión, impuesta por la lejanía y el deseo de prevenir deserciones, era más aparente que real, ya que Saint-Martin declaró, tras tomar conocimiento de los documentos enviados por Pasqually, que estos contenían pocas cosas que los Elegidos Cohen no supieran (III, 153).

133 III, 113. Saint-Martin, acosado por las preguntas del barón de Gleichen, a quien había dado a conocer los primeros grados de los Elegidos Cohens (Fichas de Savalette de Langes, reproducidas por Fabre en: *Eques a Capite Galeato*, p. 88), acabó mostrándole «figuras jeroglíficas escritas con trazos de fuego, que le aparecían en sus trabajos y cuyos dibujos se le había ordenado conservar» (VII, 152).

Pasqually puede, como su segundo hermano, profetizar la manifestación de la justicia divina (I, 98), es decir, anunciar cómo terminará el mundo y qué justos serán reintegrados en el círculo divino; pero también es capaz de prever los acontecimientos futuros, tanto los más importantes como los más insignificantes, a partir de la interpretación de los Pasos observados por los Réau-Croix (II, 99).

Ha recibido, como el tercer hermano, el «don de la astronomía universal, general y particular» (I, 98), que le coloca, único entre todos los miembros de la Orden, en condiciones de calcular las conjunciones planetarias de las que depende en gran medida el éxito de las Operaciones (II, 77). En estos importantes cálculos no actúa según los datos de la ciencia profana, ya que el cómputo que observa es «el año misterioso equinoccial que va de un equinoccio a otro, comenzando por el de septiembre» (II, 81) y la fecha de los equinoccios se fija según el primer cuarto de la Luna de marzo y septiembre «sin preocuparse de los días que la ciencia profana llama equinoccios» (II, 77). Si los Réau-Croix pueden elegir para su trabajo equinoccial una serie de tres días en un período de ocho días, este período es determinado por Pasqually según sus cálculos ocultos (II, 107) y deben esperar el resultado de sus cálculos para saber en qué momento místico caerá la Luna del mes siguiente (III, 107).

Pasqually, como el cuarto hermano, está dotado «del don del conocimiento del Verbo poderoso que el Creador empleó durante toda su operación temporal», por lo que puede actuar «en favor de los cuerpos humanos para su conservación durante todo el tiempo de su duración» y curar eficazmente las enfermedades (I, 188). Así se pronuncia contra la medicina empírica, que solo se ocupa de la ma-

teria «aplicándose únicamente al instinto animal innato en todo ser pasivo». «Si algún acontecimiento natural provoca en los seres humanos, apegados a la vida terrenal, alguna contracción [acción contraria] que altera las leyes del orden, claman que se trata de un fenómeno, se asustan todos y, por ignorancia, se entregan al cuidado y al instinto de uno de sus semejantes que, en la mayoría de los casos, es tan ignorante como ellos y que estaría más afligido que el afligido si le ocurriera un accidente similar. Esta conducta no es sorprendente en aquellos que, en tales casos, no recurren a su primer principio espiritual divino, el único médico que puede curar radicalmente»[134] (I, 239). En virtud de este principio, Pasqually se jactaba «de actuar contra las enfermedades y para la conservación de los fieles miembros de la Orden» (II, 89); enviaba consejos por correspondencia señalando los cuidados que ya había prestado. El mérito mayor se lo atribuía a sí mismo por haber curado a su propia esposa. Es cierto que en marzo de 1770 había sufrido un medio fracaso tras «operar» para «restablecer la salud general» de la señora de Pasqually; una operación que duró más de doce días y que solo obtuvo «una débil apariencia de curación» (II, 98-99). Pero cinco meses más tarde, una nueva operación se vio coronada por un gran éxito y Pasqually pudo comunicar a Willermoz «la gracia que había obtenido de Dios con la fuerza de sus trabajos, sostenidos por las sinceras y legítimas oraciones de los verdaderos discípulos y émulos de la Orden». El orgullo que la

134 El recurso al «primer principio espiritual divino», es decir, a una intervención divina que cura mágicamente, volvió a estar de moda en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania a finales del siglo XIX. Heredero de la antigua magia antidemoníaca, los cristianos pietistas podían invocar la *Epístola de Santiago* (V, 14-15): «La oración hecha con fe salvará al enfermo y el Señor lo aliviará».

victoria inspiraba al terapeuta era aún mayor, ya que la enfermedad había sido muy grave y los médicos, desesperados por la curación, habían abandonado a la paciente. «Mi esposa, escribía Pasqually, padecía los males más terribles que pueden reducir al individuo de la naturaleza humana a la reintegración forzosa contra las prescripciones de la duración de su curso [muerte antes del término normal]: 1ª disolución de la sangre, 2ª pérdidas rojas después de cincuenta y tres días, 3ª obstrucción de la matriz, 4ª relajación de todas las partes intestinales, 5ª cólicos renales, 6ª congestión de las glándulas de la ingle del lado derecho, 7ª dolor ciático reumático». Una consulta de «todos los médicos y cirujanos famosos de Burdeos», en presencia de toda la comitiva de Mme. de Pasqually y de algunos «émulos», había dado por perdida a la enferma. Los médicos, reconociendo la impotencia de la ciencia humana en ese caso, habían «ordenado» a Mme. de Pasqually que «se sometiera a las disposiciones de su marido». Este se puso manos a la obra sin demora y «al tercer día de su trabajo vio una señal», cuya interpretación le anunciaba la curación de su esposa y le revelaba al mismo tiempo los peligros que había corrido. «Una prueba eficaz de la gracia recibida, decía el feliz esposo al terminar su largo relato, fue que al cuarto día de mi trabajo hice levantar a mi esposa y la agité un poco, lo que provocó un acceso que tenía en la parte baja del vientre, que expulsó una gran cantidad de materias repugnantes» (II, 101-102). Pasqually aseguraba que aquella curación milagrosa había causado gran revuelo en la ciudad y en toda la provincia, y que todos creían en ella; en cualquier caso, los poderes mágicos del jefe de los Elegidos Cohen eran considerados tan válidos por los ocultistas que, treinta años más tarde, el barón de Turkheim escribía

a Willermoz: «Siempre he pensado, y amigos seguros me lo han confirmado, que el autor de *La reintegración* estuvo en contacto con seres diferentes de los que habitan la tierra, y también que tenía conocimientos mágicos y sabía ponerlos en práctica»[135] (VI, 142-143).

* * *

135 A pesar del desdén que mostraba por los remedios tomados de la farmacopea, Pasqually a veces se dignaba recurrir a ellos; consultado por Willermoz sobre una enfermedad de la matriz que padecía la hermana del adepto lionés, el jefe de la Orden, que parece haber sido sobre todo experto en ginecología, prescribía, tras disertar sobre las causas de esta enfermedad, el siguiente tratamiento: «Tomará las cuatro leches que llamamos los cuatro remedios, que son leche de vaca, leche de cabra, leche de burra y leche de oveja, aproximadamente medio vaso de cada una, en las que disolverá un cuarto de onza de blanco de ballena puro; lo pondrá todo en una botella de vidrio blanco y de ningún otro tipo; calentar todo durante un buen cuarto de hora al baño María en una olla nueva con agua de manantial, atar la botella con el blanco de ballena ["Blanco de ballena" se refiere al espermaceti, una cera o aceite blanquecino que se encuentra en la cabeza del cachalote (Physeter macrocephalus) y en las grasas de otras ballenas, NdT] y las diferentes leches, de manera que la botella no toque de ninguna manera la olla y quede bien suspendida en el aire dentro del agua. Se deja enfriar todo, se deja la botella destapada y, cuando la botella esté bien caliente, tras el tiempo indicado, se retira todo del fuego, se deja enfriar todo junto y, a continuación, se saca la botella de leche de la olla y, cuando esté tibia, se introduce en una pequeña jeringa que se le da a la enferma para que se la inyecte en el útero; tomará de estos pequeños anódicos, tantos como considere oportuno; puede tomar dos por la mañana, dos por la tarde e incluso uno por la noche, e incluso más si siente que no le causa ningún dolor utilizar este remedio. Dígale que le aseguro un éxito total» (II, 29-30). Cabe destacar que este tratamiento no incluye ningún aditivo mágico o místico.

Fueran cuales fueran los maestros de Pasqually, cabalistas del Medioevo u ocultistas del Renacimiento, la magia de los Cohen elegidos se distingue por un carácter muy personal: está exenta de toda brujería y es sinceramente indiferente a los bienes materiales. El elogio no es desdeñable, ya que la mayoría de los magos de todos los tiempos y de todos los países no han sido muy escrupulosos en cuanto a la naturaleza de los espíritus a los que querían someter, e incluso aquellos que rechazaban todo trato con seres demoníacos o simplemente sospechosos, como los espíritus elementales, disimulaban mal bajo el esplendor de las fórmulas místicas, el ardor de una devoción grandilocuente y los rigores de un ascetismo ostentoso, los fines muy interesados que perseguían: riquezas, honores, salud perfecta, presciencia y adivinación, conocimientos negados al profano, tales son los fines por los que los magos solían poner en movimiento el mundo de los espíritus.

Los Elegidos Cohen aborrecen a los espíritus impuros. Como todos los ocultistas, creen que las ceremonias mágicas tienen por sí mismas, cualquiera que sea el poder sobrenatural invocado, una eficacia real, y *La Reintegración* se encarga de señalar que Adán obtuvo un resultado de las operaciones emprendidas rechazando el ceremonial que le había prescrito el Creador y observando lo que le había enseñado el demonio. Pero el *Tratado* añade que el resultado obtenido fue un severo castigo por la culpa cometida por el Primer Hombre, y la lección implícita que extrae de esta experiencia es clara: toda Operación solo puede tener éxito con el consentimiento y la colaboración directa o indirecta de Dios. En última instancia, esta es la razón profunda del papel predominante que desempeñan en las Operaciones de los Elegidos Cohen el Nombre Divino y los «Nombres

Espirituales» de los intermediarios entre el hombre y el Creador. En cuanto al objetivo de las Operaciones, la atención de los adeptos se centra demasiado exclusivamente en el cielo y la vida futura como para dejarse distraer por las ventajas inmediatas y pasajeras. Pasqually confirma haber curado a su esposa por medios sobrenaturales, que se ofrece a poner en práctica en favor de sus discípulos, pero estos deben considerar la cura milagrosa solo como una prueba prodigiosa y rara de las gracias especiales concedidas a su Maestro para asistir al «triunfo y la manifestación de la gloria del Señor».

Los cálculos astrológicos de Pasqually tienen como único objetivo fijar la fecha de las Operaciones y nunca se ponen al servicio de la astrología judicial.

Lo que se llama presciencia del futuro y que ejerce tanta atracción sobre la debilidad humana, según el *Tratado*, no es, desde el punto de vista doctrinal, más que un cálculo de probabilidades; desde el punto de vista místico, no existe fuera de las revelaciones sobrenaturales que Dios dispensa a unos pocos elegidos cuando han observado escrupulosamente, en espíritu y en acto, el ceremonial de las Operaciones. No hay que creer, como el pueblo ignorante, a los «supuestos adivinos, adivinas, magos, brujas y brujos (…) en todo el mundo no hay adivinos ni adivinas; nadie es capaz de leer en el pasado más que por el presente[136] y, así, teniendo un conocimiento perfecto de uno y otro, no es difícil leer más o menos en el futuro...». «Cuando se necesita un trabajo cualquiera para poder leer en todas las operaciones, acciones, contracciones [reacciones], vegetaciones, revoluciones y otras cosas temporales espirituales

136 Pasqually, probablemente quiere decir: "Que lo que se conoce actualmente".

que se ejecutan en este universo por el Espíritu o por el hombre, quien puede llegar a ello no puede por ello llamarse adivino o adivina, ya que solo puede obtener estos conocimientos tras penosos esfuerzos espirituales y corporales que hacen sentir a quien trabaja en las maravillas del motor del universo el dolor del alma, del cuerpo y del espíritu. El hombre no puede ser instruido en ningún conocimiento de las operaciones del universo sino soportando trabajos penosos y formidables, como «los trabajos de Moisés y los de los siete sabios de Israel», quienes «lucharon, vencieron y exterminaron a los enemigos del verdadero culto divino». Por otra parte, ¿de qué sirve el conocimiento del futuro terrenal? Lo único que importa es lo que nos espera después de la muerte y «la ciencia espiritual del Eterno no es el arte de un adivino» (I, 335-338).

Pasqually admite, como muchos ocultistas, la posibilidad de la generación artificial, de esa «homofactio» que Paracelso practicaba en el vientre de un caballo, para la cual los italianos arrancaban la mandrágora nacida bajo un patíbulo y que había dado al conde de Kuefstein unos seres misteriosos que conservaba en una jarra. Pero la rechaza como un arte abominable. Después de determinar, con la voz de Moisés hablando a Israel, que la procreación del cuerpo humano deriva únicamente de las «esencias espirituales innatas en el hombre», añade, valiéndose siempre de Moisés como intérprete: «Si quisieras, por tu propia voluntad, emplear principios opuestos a la sustancia de la acción y la operación espiritual divina y temporal, no se produciría la reproducción, o, si se produjera, quedaría sin participación de la operación divina, se situaría al nivel de los animales, incluso se consideraría un ser sobrenatural [anormal], y repugnaría [sería un objeto

de horror] a todos los habitantes de la naturaleza temporal» (I, 316).

La alquimia, aún muy practicada en el siglo XVIII y que habían practicado en mayor o menor medida numerosos ocultistas del Renacimiento, es condenada expresamente por *La Reintegración*. Es cierto que Pasqually se había inspirado en ella, aunque sin darse cuenta. En numerosos tratados herméticos aparecidos en el siglo XVII bajo el nombre, probablemente apócrifo, de Basilio Valentino, encontró la teoría según la cual los cuerpos están compuestos por tres elementos fundamentales: azufre, sal y mercurio[137]. Cuando habla de la hermana de Moisés, llamada Marian (Tierra Virgen)[138], «hija sabia en conocimientos espirituales divinos y que sacrificó su virginidad para practicar el verdadero culto por su sexo», se inspira claramente en las obras alquímicas que hacían de María la Judía, hermana de Moisés, considerado él mismo maestro del arte de la transmutación, una de las luces del arte espagírico. Pero *La Reintegración* no solo desaprueba la búsqueda de la crisopea[139] con claras alusiones. Recuerda que el Primer

137 En realidad, B. Valentin solo descubrió estos tres elementos en los metales, donde, según él, aparecían en proporciones diferentes según el metal en cuestión; la mayoría de los demás cuerpos solo contenían, según su teoría, dos de estos elementos.

138 La tierra virgen, o materia prima, era considerada por los alquimistas como el cuerpo misterioso del que debía extraerse la piedra filosofal. En su lenguaje simbólico, esta tierra perdía su virginidad para dar a luz el oro puro, u oro de los filósofos. Pasqually parece no haber comprendido el sentido de la alegoría y haberle dado un significado naturalista, que sería muy burdo, o una interpretación simbólica cuyo alcance sigue siendo muy oscuro.

139 Crisopea, arte de transmutar los metales en oro [NdT]

Hombre había cometido una falta al querer actuar sobre la materia trazando «seis circunferencias similares a las del Creador» (I, 27); insiste en la idea de que «la materia prima [primitiva] (…) no fue generada más que para estar a disposición exclusiva de los demonios» (I, 373); demuestra que al formar el número Nueve, «número de la subdivisión de las esencias espirituales de la materia y de las esencias espirituales divinas», con la unión del Quinario, «número imperfecto y corruptible», con el Cuaternario, «número perfecto e incorruptible», es decir, al tratar de disociar los cuerpos para formar el oro con sus elementos combinados de manera diferente. Y dedicando a esta labor el poder concedido por la Divinidad a Adán para dominar la materia, «el hombre degrada su poder espiritual divino convirtiéndolo en espiritual demoníaco»[140] (I, 168). El Menor Espiritual debe abstenerse cuidadosamente de cualquier trabajo que se aplique a los elementos materiales hasta que, habiendo vuelto a la comunicación directa con Dios, sea iluminado sobre los peligros que esas prácticas presentan; debe recordar que es descendiente del Adán caído, quien, incluso después de la reconciliación, siempre es «susceptible de ser un hombre de error en todas sus operaciones humanas, espirituales y temporales; lo que le sucede al hombre cada vez que no actúa en virtud de estas tres potencias ternarias que son: el poder aéreo, terrestre y fogoso (aire, tierra, fuego). Es peligroso para el Hombre del Deseo hacer uso de estas tres potencias en cualquier operación sin haber obtenido primero del Creador la potencia cuaternaria, que nos fue quitada por la prevaricación de Adán» (I, 67). Así, el Elegido Cohen no se complace en ejercer su dominio sobre los

140 La "potencia espiritual demoníaca" significa el mando ejercido sobre los espíritus perversos".

espíritus elementales, seres mixtos, indiferentes al bien y al mal, que presiden las transformaciones de la materia y que los alquimistas se esfuerzan por someter a sus leyes. Si bien no duda de la realidad de la Gran Obra, estima que las riquezas obtenidas con el arte espagírico, ciencia demoníaca, son dones funestos que alejan al hombre de lo que debe ser el fin de su vida en este mundo, es decir, el culto a lo divino: «El príncipe de la materia favorece por un momento a sus prosélitos, con el fin de alejarlos, tanto en pensamiento como en acción, de su único principio espiritual divino. Pero cuando los ha llevado al colmo de sus satisfacciones, los abandona en medio de las trampas que les ha tendido y los precipita así al abismo» (I, 260).

La magia de los Elegidos Cohen es, con sus aspiraciones y principios, profundamente religiosa. Al practicarla, obedecen la ley divina: «El Creador, que es inmutable, habiendo dicho expresamente al hombre reconciliado (Adán) que ningún conocimiento de las ciencias divinas le será devuelto hasta que lo haya ganado con sus obras» (I, 128). Su teúrgia, respetuosa con el poder ilimitado de la Divinidad, solo se dirige a sus mensajeros[141] y no pretende obligarlos a manifestarse más que con el beneplácito del poder infinito del que dependen y como prueba de la gracia que la vida futura reserva a los Elegidos.

141 En este sentido, Pasqually denomina al operador: «Jefe que dirige los círculos de adopción intelectual» (V. 229), es decir, que, durante la Operación, el Elegido Cohen manda en el ámbito (delimitado por los círculos y el Cuarto de Círculo) donde se manifiestan los Espíritus mayores portadores del intelecto bueno (energía e inteligencia divinas) para anunciarle que ha sido «adoptado» por Dios (reconciliado). Pero los Espíritus solo obedecen las órdenes del operador si la divinidad consiente la reconciliación.

Evidentemente, hay una contradicción entre la sumisión tan absoluta a los decretos de lo Alto y la pretensión de los adeptos de mandar a los espíritus divinos; pero la misma antinomia se encuentra en todos los actos con los que el hombre intenta entrar en relación con lo divino. Todas las religiones positivas, hasta las más espiritualizadas, han conservado en sus ritos las huellas indelebles de la magia primitiva que consideraba a la voluntad humana capaz de provocar u obstaculizar los fenómenos naturales actuando, con la ayuda de gestos y palabras apropiadas, sobre los fluidos que los producen o sobre los espíritus de los que derivan. La creencia en el poder mágico del hombre especialmente dotado, del acto simbólico o de la fórmula consagrada ha sido derribada por una noción más racional de las leyes físicas y, sobre todo, por el concepto de un Dios Supremo, de un Creador con el que sus criaturas no tienen una valoración común; pero la trasposición sobre el plano trascendente de la voluntad de poder innata en el hombre nunca ha renunciado completamente a sus derechos. El fiel, cualquiera que sea su religión, busca siempre, más o menos conscientemente, obtener de lo Alto el favor que implora; las oraciones rituales han conservado algo del encanto y el valor místico de los sacramentos que reside, esencialmente, en su virtud mágica. Todo culto es un compromiso entre dos principios opuestos y su valor particular consiste mucho menos en la medida en que ha eliminado los elementos mágicos que en el fin al que aspiran quienes lo practican: ventajas materiales e inmediatas o bienes espirituales situados en el Más Allá. Las disposiciones morales de los creyentes son, por lo tanto, más importantes que los dogmas que profesan o los ritos que observan; por ello, el culto secreto de los Cohen Elegidos, por extraño y anacró-

nico que pueda parecer, no tiene nada que envidiar a sistemas místicos más dignos de respeto.

Capítulo V
Cristianismo esotérico

El sistema místico cuyas grandes líneas hemos esbozado en los capítulos anteriores y cuyo origen hemos señalado sumariamente, no tiene nada que lo vincule a la época y al país en el que encontró discípulos. El *Tratado de la Reintegración* podría haber sido escrito, si nos atenemos a las citas hechas hasta ahora, a finales de la Edad Media por un rabino versado en el *Talmud*, el *Midrash* y la *Cábala* y familiarizado con las doctrinas filosófico-religiosas de las sectas ocultistas que florecieron en Asia Menor y Egipto en los primeros siglos de nuestra era.

Por lo tanto, la pequeña planta extranjera trasplantada a tierra francesa, en los Estados del Rey Cristianísimo, en favor de los fieles de la Iglesia Católica Apostólica y Romana, había sufrido la influencia del entorno. Pasqually, que profesaba, y ruidosamente en ocasiones, la «catolicidad», había tenido que adaptar su doctrina a la fe católica muy sincera de sus adeptos, de modo que el *Tratado* cita a Cristo junto a Moisés y se apoya claramente en el *Nuevo Testamento*. El rabino que descubrimos en él era, en definitiva, un rabino converso. Solo que lo era menos profundamente de lo que quería hacer creer o, tal vez, de lo que él mismo creía. Su cristianismo aparente es un ligero enlucido que rejuvenece un edificio viejo, pero que se descascarilla y cae en cuanto se le toca.

Que la doctrina profesada por Pasqually no era, en el sentido histórico del término, cristiana más que de nombre, es un hecho que todo lector de *La reintegración* puede constatar, pero, antes de ponerlo de manifiesto, es necesario prevenir una objeción prejudicial que haría la demostración ni más ni menos imposible. Hemos visto que el *Tratado*, al menos en la forma en que lo conocemos, quedó inconcluso, ya que la paráfrasis de la *Biblia* en la que se basa se detiene en el *Libro I de los Reyes*. Ahora bien, uno de los principales discípulos de Pasqually, J. B. Willermoz, jefe de los Elegidos Cohen de Lyon, afirmaba en una carta confidencial que el Tratado «debía llegar hasta la Ascensión de Nuestro Señor» y al pie de uno de los dos manuscritos que Matter tuvo ante sus ojos, se encontraba la siguiente nota: «El autor no ha ido más allá en este *Tratado*, que debería haber sido más largo. Sobre todo, debía ser más importante en la parte en la que trata de la venida de Cristo, según lo que él mismo dijo a sus amigos» (VI, 144; VIII, 13). ¿Tenemos derecho a juzgar un punto tan importante de la doctrina de Pasqually en ausencia de toda documentación directa, cuando nos falta precisamente la parte de su obra en la que se habría tratado la cuestión de manera particular, donde el *Evangelio* debía ser comentado lógicamente con la misma abundancia con que lo había sido la *Biblia*?

Es lícito responder afirmativamente y por varias razones. Si bien no poseemos una exposición sistemática y completa de los conceptos de Pasqually sobre la naturaleza y la misión de Cristo, el autor alude a ellos con frecuencia en lo que nos queda de su obra, por lo que podemos deducir con suficiente seguridad lo que pensaba sobre esta cuestión. Por otra parte, es muy dudoso, suponiendo que Pasqually se hubiera decidido a escribirla, que esa segunda parte hu-

biera arrojado más luz sobre el tema que nos interesa. Esta hipótesis se basa en dos consideraciones: en primer lugar, entre las numerosas cuestiones sobre las que Pasqually promete volver «a su debido tiempo», «en otro punto», «más adelante» o «posteriormente»[142] (I, 141, 166,227), nunca figura nada que se refiera al mismo Cristo. Pasqually se compromete a explicar con más detalle por qué el Señor había dicho que cualquiera que matara a Caín sería castigado con la muerte siete veces, y cualquiera que matara al que había matado a Caín sería castigado con la muerte setenta y siete veces (I, 92-93), a revelar los «últimos trastornos que sobrevinieron a la criatura [¿creación?] hacia el final de toda duración» (I, 118), sobre la forma en que «al final todo volverá a ser como al principio» (I, 166). Promete un relato sobre la materia, sobre la constitución anatómica del corazón del hombre (I, 215), sobre las «propiedades particulares de los cuatro miembros» (I, 248), sobre los «principios de los diferentes cuerpos celestes y terrestres», «un conocimiento positivo de todas las virtudes y potencias de Saturno, del Sol y de los demás círculos planetarios» (I, 161), la «narración de las épocas» (I, 138), un comentario místico sobre el número doce (I, 141). Exégesis bíblica, escatología, cosmo-

142 Cabe señalar, por otra parte, que las expresiones empleadas por Pasqually podían aludir, en ocasiones, no a otra parte del tratado, sino a las instrucciones confidenciales dadas oralmente a los discípulos más avanzados en la iniciación. Un pasaje de *La reintegración* se refiere muy claramente a esta enseñanza secreta: tras hablar, en relación con la institución del culto divino por parte de Enoc, de «sus obras lísticas católicas», es decir, del repertorio general de jeroglíficos que el operador podía trazar en la Cámara de Operaciones, Pasqually añade entre paréntesis: «Se dará en su lugar [probablemente durante la ordenación de Réau-Croix] la interpretación precisa de estas dos palabras que pertenecen a las ciencias espirituales divinas» (I, 105).

logía, antropología, astrología y aritmosofía, tales son las materias sobre las que Pasqually se proponía dar explicaciones suplementarias; en ninguna parte habla de los desarrollos relativos a la cristología.

Las razones de esta reserva se adivinan fácilmente cuando se constata, y este es el segundo argumento a favor de nuestra tesis, con qué cuidado Pasqually evitaba explicarse sin ambages sobre una cuestión teológica a la que un heterodoxo no podía aludir sino con gran prudencia para no escandalizar a los fieles de la religión oficial y nacional. Cada vez que el autor de *La reintegración* habla de Cristo, mezcla con tanta perseverancia las ideas más diversas que, en el transcurso de la misma frase, cae en tales contradicciones de términos e imágenes que la oscuridad en la que se envuelve no puede ser simplemente el efecto involuntario de dominio imperfecto de su lengua y de la confusión de su pensamiento; más bien debemos ver en ello la confesión de la dificultad en que se encuentra para pasar de contrabando una mercancía prohibida. Su dificultad habría sido aún mayor si se hubiera visto obligado a dedicarse al comentario del *Nuevo Testamento*, y no sería excesivo aventurar que este fue el obstáculo que se opuso a la realización del *Tratado*, al menos tenemos derecho a suponer que, en la segunda parte de su obra, no se habría explicado más claramente ni de manera más completa sobre este punto de lo que lo ha hecho en el texto que nos ha llegado[143].

* * *

143 Esta es también la opinión del Sr. Matter, quien señala: «En mi opinión, Martínez no añadía nada a sus enseñanzas al terminar su obra y quizá perdía a muchos de sus seguidores. De hecho, sus oyentes cristianos no habrían aceptado los discursos atribuidos a Jesucristo, San Juan o San Pablo» (VIII, 14).

El escenario cristiano detrás del cual se ocultan las verdaderas doctrinas de *La Reintegración* está montado y pintado con precisión.

Pasqually vuelve repetidamente sobre la idea de que el pueblo judío ha perdido, con sus repetidas apostasías, el título y la dignidad de pueblo elegido de Dios, por lo que ya no posee el monopolio de la comunicación con lo divino, y que la verdadera religión ha dejado de ser exclusivamente judía para convertirse en universal. A raíz de las alianzas criminales con el príncipe de los demonios, los judíos son llamados «hijos de las tinieblas e hijos de la sangre de la materia» y han sido sustituidos por aquellos que son llamados «hijos de la gracia divina» (I, 117). Al salvar a Moisés y darle a su madre como nodrizas, la hija del faraón «anunciaba la alianza que los idólatras harían más tarde con las leyes divinas» (I, 241). Al ordenar a las familias judías que no tenían cordero que se unieran para la Pascua a las que sí lo tenían, Moisés anunciaba la alianza que «los idólatras de Egipto (designación simbólica del mundo no judío) harían en el futuro con la ley divina, lo que efectivamente ocurrió» (I, 254), ya que «los supervivientes de los egipcios, tras la derrota del faraón con su ejército, se reconciliaron con la ley de Moisés» (I, 241).

El cristianismo, religión universal a la que se han convertido los hombres de todas las razas de la tierra, se representa expresamente como la heredera de la ley divina proclamada por Moisés. El profeta había prometido en nombre del Eterno que «la operación de elección o de nombre espiritual, dado al alma o al Menor, se perpetuará, por parte del Eterno, en todos los pueblos idólatras [«que ya no serían»

o «que entonces eran más»] privados del conocimiento del verdadero culto a la Divinidad, que se manifiesta claramente hoy en la Iglesia cristiana con el sacramento del bautismo, en el que el recién nacido recibe un nombre espiritual diferente del que lleva debido a su origen material temporal» (I, 365).

La Reintegración habla del fundador de la Iglesia, de su ser y de su misión en términos que los doctores de la Sorbona habrían aprobado. Llama a Cristo «Dios viviente» (1, 52), «Verbo del Creador» (I, 112), «Hijo del Creador» (I, 341), «Hombre-Dios» (I, 235); recuerda que después de la muerte fue «a rendir cuentas al Padre» (I, 48); lo sitúa, junto a la Trinidad, fuera de sus teorías cosmogónicas y pneumatológicas, observando que «la acción del Eterno, que es Cristo, y su operación, que es el Espíritu Santo, no se comprenden ni el uno ni el otro en ninguna especie de emanación ni de emancipación» , de modo que «sus acciones y operaciones serán siempre espirituales y divinas, sin sometimiento alguno al tiempo ni a lo temporal» (I, 322). El *Tratado* profesa que «Cristo vino para reconciliar a los vivos y a los muertos con el Creador. Dios Hijo, con la pasión y el derramamiento de su sangre, abrió las puertas del cielo a todos los que habían muerto en privación divina» (I, 40).

Pasqually, haciendo uso de un procedimiento familiar a la apologética cristiana, descubre en los relatos bíblicos alusiones simbólicas a las enseñanzas del Evangelio, a los dogmas de la Iglesia y una prefiguración de la venida del Salvador[144]. Esaú, suplantado por Jacob, confirma «la pre-

144 Cabe señalar a este respecto que la exégesis alegórica empleada sistemáticamente por Pasqually podía reivindicar el ejemplo dado por los doctores cristianos. San Pablo (*Gálatas IV*) afirma que

dicción de la *Escritura* según la cual los primeros serán los últimos» (I, 225). Al invocar al Creador con el triple grito: Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, profesa el dogma de la Trinidad, ya que el primer nombre evoca al Creador con la «multitud de poderes espirituales que fueron dados» al patriarca padre de los judíos; el segundo nombre evoca al « Hijo divino o la acción divina en la gran posteridad de Dios que deriva de él (Isaac), en la que se ha operado la elección y la manifestación de la gloria divina»; el tercer nombre «reconoce el verdadero tipo del Espíritu, por medio de las grandes maravillas que el Creador había hecho por él, mostrándole claramente la gloria divina» (I, 121).

Esta exégesis simbólica se aplica sobre todo al carácter, a la misión de Cristo y a los acontecimientos que marcaron su paso por la tierra. «Abel era un tipo muy sorprendente de la manifestación de la gloria divina, que un día se cumpliría con el verdadero Adán o Cristo para la perfecta reconciliación de la posteridad pasada, presente y futura del primer hombre» (l, 225). «Habiendo venido solo por orden del Creador y por simple [únicamente para una] manifestación espiritual divina, habría podido decir como Cristo: Mi Reino no es de este mundo, pues no debía disfrutar de ninguna porción de materia, ni participar en absoluto en la división de la tierra, que no debía ser distribuida más que a la posteridad de los hombres derivados de los sentidos

---

algunos pasajes de las *Escrituras*, por ejemplo, aquel en el que se habla de las dos mujeres de Abraham, tienen un sentido simbólico. San Agustín (*De Genesi; Contra Manicheos* I, 2) reconoce que no se puede tomar al pie de la letra el texto de los tres primeros capítulos del *Génesis* sin atribuir a Dios pensamientos y actos indignos de él, y que hay que interpretarlos alegóricamente.

de la materia. Fue rápidamente sustraído del número de la posteridad material después de haber cumplido su misión según la voluntad del Creador» (I, 132-133). «La forma de Abel, concebida sin el exceso de los sentidos materiales (...) era más espiritual que material y, debido a esta concepción espiritual, consideramos la forma de Abel como verdadera figura de Cristo, derivada espiritualmente de una forma ordinaria, sin la ayuda de operaciones físicas materiales y sin la participación de los sentidos de la materia» (I, 112). Eva, que estaba inundada de «una alegría y una satisfacción inexpresables» cuando llevaba a Abel en su seno, y Adán, que «volvió a estar satisfecho y feliz», son los tipos de la Virgen, de Isabel y de los dos «padres temporales», «con el sobresalto que Isabel sintió nacer en su alma cuando saludó a su prima María, que iba a visitarla» y «con la satisfacción que sintieron los dos padres temporales» (I, 110). Abel, inmolado por Caín, «era el verdadero tipo del Mesías y la verdadera figura de las operaciones de Cristo» (I, 219); «Abel fue verdaderamente inmolado para cumplir la reconciliación completa de su padre Adán» (1, 114). El asesinato cometido contra él por Caín en presencia de sus dos hermanas simbolizaba «la desintegración del cuerpo de Cristo [crucifixión], llevada a cabo por los hombres en presencia de dos mujeres, María de Zebedeo y María Magdalena» (I, 113-114). «La sangre derramada por el cuerpo del justo Abel es la semejanza cierta de la que Cristo debía derramar» (I, 114). Así, tras el asesinato de Abel, un «intérprete espiritual» se apareció a Adán y Eva diciéndoles: «El Creador os dice por mi boca que habéis engendrado la posteridad de Abel para que fuera el verdadero tipo de aquel que vendrá en otro tiempo, para ser el verdadero y único reconciliador de toda vuestra posteridad» (I, 80). Adán, al

anunciar a Eva la muerte del Justo, le había hecho saber que «sus crímenes habían sido expiados por la víctima Abel» y, sirviéndose de la fórmula que debía salir de los labios del sacrificado en el Gólgota, le había dicho: "Todo está consumado" (I, 74).

podía valerse del ejemplo dado por los doctores cristianos. San Pablo (Gálatas IV) declara que ciertos pasajes de la Sagrada Escritura, por ejemplo, aquel en el que se habla de las dos mujeres de Abraham, tienen un sentido simbólico.

San Agustín (*De Genesi: Contra Manicheos*, 1, 2) reconoce que no se puede tomar al pie de la letra el texto de los tres primeros capítulos del Génesis sin atribuir a Dios pensamientos y actos indignos de él, y que debemos interpretarlos alegóricamente.

«El nacimiento de Enoc fue marcado en los cielos por un signo planetario» (I, 134); «Su venida al mundo anunciaba la de una reconciliación espiritual (del universo con el Creador), el signo que apareció en su nacimiento anunciaba el que apareció en el nacimiento del propio Reconciliador, y su tipo es el de las tres operaciones distintas que Cristo debía realizar entre los hombres para la manifestación de la gloria divina, para la salvación de los hombres y para la molestia de los demonios» (I, 141). «Los Menores patriarcas debían ser, durante su vida temporal, un tipo real del advenimiento del Mesías y de su omnipotencia para la manifestación de la justicia divina que debía ser operada por él sobre todos los seres emanados» (I, 43).

El culto divino que Noé realizó al salir del Arca «era la verdadera representación del que realizó el Hombre divino para la reconciliación del primer Menor» (I, 172). Dirigiéndose a los hombres supervivientes, les anunció: «Alguien

mayor que yo, que nacerá entre vuestros descendientes, os instruirá de manera más particular sobre la justicia y la recompensa que reserva a la criatura al final de los tiempos, según la fe que haya tenido en su Creador» (I, 170).

Isaac fue, en el momento en que Abraham se disponía a sacrificarlo, «el verdadero tipo de aquel que el Creador enviaría a la tierra para realizar el verdadero sacrificio» (I, 222). El carnero inmolado en su lugar era «sombra y figura de la víctima que se ofrecería más tarde en naturaleza efectiva, como la oblación de Isaac por parte de su padre, que la había predicho» (I, 221). El beso que Jacob dio a Esaú cuando planeó sustituirlo «anunciaba la traición que el Hombre-Dios debía sufrir por parte de uno de sus hermanos y discípulos llamado Judas Iscariote» (I, 236). Moisés, salvado de las aguas por la princesa egipcia, es «el tipo del advenimiento de Cristo en este mundo», ya que la princesa «representaba a la madre de Cristo» (I, 245). El cordero que sacrificó como holocausto expiatorio es el «símbolo de la víctima que debía ser inmolada posteriormente para la salvación del género humano» (I, 252) y la reconciliación que operó entre Israel y el Señor representa «la operación del Hombre divino o Hijo del Creador» (I, 241).

Por último, Pasqually remonta expresamente a la venida de Cristo la fundación del verdadero culto divino y representa la aparición de Cristo como la última etapa de una revelación progresiva: «Moisés superó a Abraham y a los sabios de Egipto con sus operaciones. El culto ejercido en el Templo de Salomón estaba por encima de todos los anteriores; Cristo realizó un culto infinitamente mayor que todos los demás. Este último nos demuestra claramente que todos los cultos pasados no eran más que representaciones de lo que él hizo» (I, 211).

* * *

La apariencia cristiana que estos pasajes dan a la Reintegración solo puede engañar a lectores superficiales.

En primer lugar, observamos que Pasqually nunca hace referencia a los textos evangélicos. Las Epístolas de San Pablo y los Hechos de los Apóstoles le ofrecían argumentos en apoyo de sus teorías más queridas. La conversión de Pablo en el camino de Damasco, que tuvo lugar con una manifestación seguida de «tracción», la visión durante la cual Cristo le declaró: «Serás testigo ante todos los hombres de las cosas que has visto y oído», su dialéctica, que ha sido definida con exactitud con las palabras: «Todo lo que el apóstol pueda predicar a los judíos y a los gentiles partirá de esta experiencia innegable: Cristo ha resucitado, porque yo lo he visto como os veo a vosotros» (Baumann: San Pablo, 17). Todo ello confirmaba el axioma enunciado por la Reintegración, según el cual el ojo es el órgano de la convicción.

También los escritos apostólicos proporcionaban modelos perfectos de Elegidos Espirituales que probaban la realidad de su misión con los dones sobrenaturales que la divinidad les había concedido: tanto el propio San Pablo, que afirma haberse apoderado del alma de los primeros catecúmenos de Corinto, no con «discursos persuasivos de sabiduría, sino con la manifestación del Espíritu y de su poder», que el diácono Esteban, «lleno de gracia y de poder», obró entre el pueblo «milagros y señales extraordinarios». Que Pasqually haya pasado por alto comparaciones favorables a su tesis es un hecho significativo; solo puede tener una explicación: la preocupación por invocar como autoridad escritural solo la

Biblia, nada más que la *Biblia*, excluyendo cualquier otra fuente de revelación.

En otra cuestión, el silencio de Pasqually tenía un motivo diferente, pero igualmente sintomático. La decadencia de Israel como depositario de la verdadera religión era el tema de las parábolas evangélicas: la viña entregada a otros labradores después de que los labradores malvados mataran al hijo del dueño; el hombre invitado a las bodas y luego arrojado, atado de pies y manos, a las tinieblas exteriores, mientras los mendigos de las encrucijadas ocupaban su lugar en el salón del banquete. Pero, aunque coinciden en el principio, el *Nuevo Testamento* y la *Reintegración* difieren mucho en cuanto a las consecuencias. Para el primero, el cristianismo es el heredero universal del judaísmo; para el segundo, el conocimiento del verdadero culto divino, arrebatado al pueblo judío, se ha convertido en monopolio de unos sabios, elegidos por el Señor para conservarlo y transmitirlo mediante la tradición secreta. Así, Pasqually se cuida mucho de llamar la atención de sus lectores sobre el abismo que separa la religión cristiana, pública y abierta a todos, de su credo esotérico.

La ortodoxia de la *Reintegración* se manifiesta únicamente con la mención de Cristo, pero esta garantía no es suficiente. Para poder contentarse con ella, sería necesario ignorar, o haber olvidado, el sentido exacto y especial que Pasqually da a la palabra «tipo». Para el lector familiarizado con la terminología de la *Reintegración*, el término significa: fenómeno profético, manifestación que prefigura, y es el sentido que más de uno de los pasajes citados anteriormente parece atribuirle. Pero cuando recordamos que, para Pasqually, un «tipo» es la «figura real de un hecho pasado, como de un hecho que debe ocurrir en breve» (I,

158), nos damos cuenta de que el autor de la *Reintegración* ha tomado de la apologética ortodoxa uno de sus métodos solo para confundir sus intenciones, y que las conclusiones a las que tiende son muy diferentes de los principios sobre los que los teólogos cristianos basaban su demostración. Para ellos, la vida y la pasión de Jesús eran el epílogo preparado y anunciado por las escenas del largo drama que había comenzado con la culpa de Adán, y este epílogo había tenido como consecuencia el fin del reino de la Ley y el advenimiento del reino de la Gracia. En cambio, para Pasqually, Jesús «ser regenerador» (I, 375) es una de las numerosas manifestaciones del tipo del «Reconciliador», es decir, del Espíritu emanado del círculo de la Divinidad con el fin de poner en comunicación con Dios a los Menores caídos en la privación y que, para cumplir esta misión, anima cada vez un «cuerpo de materia aparente». La venida del ser que los cristianos llaman Cristo ya no es una conclusión, ni un fenómeno único y extraordinario, hay que incluirla en la lista de episodios de los que la *Biblia* ofrece tantos ejemplos y que podrán repetirse hasta el fin de los tiempos, ya que la debilidad de los Menores acorta los períodos de reconciliación que la divina Misericordia les concede a lo largo de los siglos. Considerado desde este punto de vista, el Cristo de Pasqually ya no es el Salvador de los cristianos; en realidad es una nueva encarnación, después de muchas otras, del «Espíritu doblemente fuerte», del Espíritu Octonario, del que Moisés dice, hablando de Israel: «está en ti cuando lo mereces y se aleja de ti cuando te haces indigno de su doble poder» (I, 338).

Posteriormente, la personalidad de Jesús del Evangelio se diluye hasta desaparecer casi por completo, su figura se desvanece hasta convertirse en una pálida sombra sin vida.

Jesús de Nazaret, que vivió bajo Tiberio y fue crucificado por Poncio Pilato, se confunde con todos los personajes bíblicos de los que se sirvió el Espíritu Octavo para catequizar a los Menores y reconducirlos a Dios[145]. Esto es lo que la *Reintegración* recuerda imprudentemente en varias ocasiones y de manera particularmente formal cuando declara: «Todas las reconciliaciones realizadas por Helí, Enoc, Noé y Melquisedec fueron hechas directamente por Cristo, ya que, aunque fueron realizadas con la ayuda [por medio] de los Menores enviados para este fin, estos Menores no fueron más que figuras aparentes de las que Cristo se sirvió para manifestar la gloria y la misericordia del Creador en favor de los reconciliados. Sabemos con certeza que el número ocho es innato [dotado esencialmente] de doble potencia dada por el Creador a Cristo; y nos enseña que el Mesías ha obrado todo en favor de los hombres temporales de esta primera y segunda posteridad de Adán» (I, 38-39) [es decir: Abel y Set].

145 La confusión que Pasqually hace constantemente entre el Espíritu reconciliador y el intermediario (Profeta, Patriarca, Menor Elegido) que toma como mediador se encuentra en germen en los pasajes de la Biblia donde, para ocultar el antropomorfismo primitivo, Jehová ha sido sustituido por su ángel (Malek Javeh), de modo que el ángel y Jehová se confunden a menudo; por ejemplo, Agar conversa con el ángel del Señor, pero reconoce en su voz la de Dios (*Génesis*, XVI, 7, 9, 10, 13) o bien el ángel aparece en la Zarza Ardiente, pero es Jehová mismo quien desde el seno de la misma Zarza se dirige a Moisés (*Éxodo*, III, 2, 4). La confusión es aún mayor cuando, como ocurre a veces, Pasqually coloca además un Espíritu entre Cristo y el Menor intérprete, como en el siguiente pasaje: «El número Cuatro se da al Menor, el número Siete se da al Espíritu y el número Ocho al doble Espíritu que es Cristo. Cristo preside al Espíritu, el Espíritu preside al Menor y el Menor (su alma) preside la forma terrenal» (I, 47-48).

Este Cristo trascendental o Mesías es un Espíritu puro que actúa «con su operación doblemente poderosa y realizada inmediatamente por su propia iniciativa» (I, 22), ya que posee el ocho, «número de doble poder dado por el Creador a Cristo» (I, 20) o signo del «Espíritu doblemente fuerte que pertenece a Cristo» (I, 41). Es el verdadero Reconciliador, ya que «el nombre de Cristo significa: receptáculo de la operación divina» (I, 23). Gracias a él, los Patriarcas «obraron la voluntad de Cristo unida al ser espiritual mayor doblemente poderoso y reconciliaron a su posteridad con el Creador» (1, 23). Los Menores Elegidos no son más que instrumentos, Pasqually cuenta diez, quizás en señal de respeto hacia el valor místico del Denario o en recuerdo de los diez Patriarcas que la Génesis enumera desde la creación del mundo hasta el diluvio, y esta lista comienza con Abel y continúa con Enoc, Noé, Melquisedec, José, Moisés, David, Salomón, Zorobabel y termina con el Mesías, es decir, Jesucristo (I, 58). Así, el Salvador de los cristianos ya no es un Dios hecho carne para redimir a la humanidad con un sacrificio sin precedentes y cuyo efecto debe ser definitivo; es la décima prueba de un tipo, se encuentra rebajado al rango de un Menor inspirado por un Espíritu emanado en varias ocasiones del círculo divino y se sitúa al mismo nivel que los personajes, algunos de los cuales eran presentados por la hebilla como simples hombres, reyes o jefes de ejércitos; no es más que una de las «formas aparentes» bajo las cuales se manifiesta el Espíritu reconciliador y ni siquiera es el último término de la serie, ya que el Tratado especifica que es uno de los «tipos de la acción divina operada por el espíritu divino en los Menores pasados y presentes, pero también en los Menores futuros» (I, 235).

Pasqually vuelve repetidamente sobre esta idea haciendo una comparación entre el Cristo histórico y las otras reencarnaciones del Reconciliador. Insiste en que «Noé repitió el mismo tipo que Melquisedec, Elías, Zorobabel y Cristo. He aquí los que fueron designados por orden del Creador para marcar a los seres menores espirituales que debían acompañar el triunfo de la manifestación de la justicia divina operada por el poder del Hombre-Dios y divino, según la concordancia inmediata con el Creador» (I, 48-49). Asimila «las obras de Moisés y de Cristo a la obra de Set y a la que los Sabios realizaron después de él» (I, 129). Enseña que «Adán, Enoc, Noé, Moisés, Salomón y Cristo hicieron gran uso de esta figura triangular en sus obras» (I, 125).

Jesús, el último en aparecer de los Menores Elegidos, le interesa menos que los que le precedieron. «En los primeros tiempos de la posteridad del Primer Hombre, Helí, a quien llamamos Cristo y a quien reconocemos con certeza como un ser pensante (en comunicación intelectual directa con Dios), reconcilió a Adán con la creación»[146] (I, 38). «Heli reconcilió al Primer Hombre con el Creador, a través

146 I, 38. Cabe señalar que Helí no figura en la lista de los diez Menores Elegidos citada anteriormente, aunque Pasqually suele otorgarle un papel destacado entre los instrumentos de la reconciliación, pero este tipo de descuidos son frecuentes en *La reintegración*. En cuanto al interés que el tratado muestra por Helí, se explica por la tradición judía que representaba a Helí como el ser privilegiado que debía reaparecer antes de la llegada del Mesías y revelar los secretos que hasta entonces habían permanecido impenetrables para la mente humana. Recordemos también que la literatura mística judía atribuía a Enoc, así como a Noé y Melquisedec, diversos apocalipsis, y que Melquisedec era citado en los escritos apostólicos como una figura anunciadora de Jesucristo y de su supremo sacerdocio.

de su espíritu que se unió al Primer Menor emanado. Enoc, por su justicia, obró en favor de la posteridad de los hijos de Set, tanto vivos como muertos» (I, 48) y «reconcilió a la primera posteridad de Adán» (I, 38). «Noé reconcilió a la segunda posteridad de Adán, reconciliando la suya con el Creador, y luego reconcilió la tierra con Dios. Melquisedec confirmó estas tres primeras reconciliaciones bendiciendo las obras de Abraham y sus trescientos siervos» (I, 102-103). «Abel era el verdadero tipo de los Menores dotados de gracia divina que el Creador haría nacer entre los hombres, para ser los instrumentos espirituales de la manifestación de su justicia. Entre los Menores destinados a este tipo de operaciones espirituales, consideremos en primer lugar a Enoc, el séptimo de la posteridad de aquel que sustituyó a Abel, es decir, Set. Enoch, por su misión, por sus operaciones y obras, y por el culto que profesó, constituye el verdadero tipo de acción directa del Espíritu doblemente poderoso del Creador; no es más que un espíritu santo en forma corporal de materia aparente» (I, 102-103); «Tenía que ser posteriormente un nuevo tipo de la voluntad del Creador, como hemos visto que había habido varios sucesivamente desde tiempos pasados hasta ese día. El primer principio de la religión espiritual divina, que él había establecido entre la posteridad de Set, fue conservado y restablecido por el poder de Noé, que es también el tipo de elección espiritual para la reconciliación general y particular [de la tierra y de los hombres] con Dios» (I, 108-109). El Cristo de los cristianos vio, es cierto, la «gloria del Creador», pero comparte este favor con todos los personajes que la Biblia relaciona directamente con el Dios de Israel: Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Elías y, dado que el tipo de estos seres elegidos se había repetido en tríadas, Jesús forma un elemento

de la tercera tríada junto a Moisés y Elías, ya que «con sus operaciones en el monte Tabor vieron juntos la gloria del Creador» (I, 122). O bien completa con Enoc, Melquisedec y Elías el número de los cuatro Justos «de los cuales dos fueron sustraídos del centro de la tierra por el fuego espiritual y los otros dos lo fueron en sus propios cuerpos de gloria espiritual divina, como lo demuestra muy claramente Cristo con su resurrección como hombre divino»[147] (I, 191).

* * *

Este Cristo polimorfo, brote tardío de la herejía docetis-

147 En un solo lugar, Pasqually parece apartar a Jesús de entre los Menores Elegidos, pero es para asociarlo con Moisés cuando dice que la posteridad presente será castigada más severamente por su perversión que la anterior, porque ha «visto y oído hablar directamente a aquel que operó toda la reconciliación espiritual (la ley divina traída del Sinaí) y a aquel por quien el Creador manifestó todas sus obras a los ojos de su criatura (los milagros de Jesús)» (I, 154). Es evidente que Pasqually nunca tuvo por el Cristo histórico la veneración exclusiva y profunda que inspiraba a los verdaderos cristianos; otra prueba de la incapacidad radical, y tal vez hereditaria, de Pasqually para sentir los sentimientos que, desde el punto de vista religioso, animaban a sus discípulos, se encuentra en el pasaje en el que, al hablar de los tipos que había representado la hija del faraón, pone en el mismo plano a «la madre de Cristo y a esa hermosa doncella virgen de la que se dice: *Soy negra, soy hermosa*» (I, 245), es decir, la Virgen María y la amada del *Cantar de los Cantares*. Esta comparación, que nunca se le habría ocurrido a un católico, recuerda la que establece Heine en su *Historia de la escuela romántica*, entre la Virgen, cuyo culto habría instituido la Edad Media para atraer a los corazones sentimentales, y la «bella dama del mostrador», que reinaba en su época en los cafés parisinos.

ta[148], alteraba el equilibrio que los Padres de la Iglesia, los teólogos y los concilios se habían esforzado por mantener entre las dos naturalezas del Salvador. Si imponía respeto como Hijo de Dios y segunda Persona de la Trinidad, también interesaba su sensibilidad por su naturaleza humana que, al haberle hecho sufrir los dolores de la carne y del espíritu, lo acercaba a su condición. Los Evangelios, al narrar los episodios de su existencia terrenal y de su muerte, situándolo en lugares conocidos y en una época determinada, habían dibujado tan rigurosamente su figura que, después de siglos, seguía viviendo real y presente en la imaginación de los creyentes. En el Cristo metafísico de la *Reintegración*, la esencia divina del Espíritu Octonario emanado del Supracelestial absorbía el elemento humano hasta el punto de que la forma sensible del Reconciliador se convertía en un fantasma de múltiples aspectos, desprovisto de toda personalidad individual y plástica, sin tener en común con el Menor de carne y hueso que venía a salvar más que una vana apariencia.

Por lo tanto, si la balanza en la que vimos a Pasqually sopesar los dos términos que constituyen la entidad mística de Cristo se inclinaba claramente a favor de lo divino, él la hacía oscilar bruscamente en sentido contrario al presentar en otros pasajes de su *Tratado* al Hombre-Dios de la teología cristiana como una repetición del tipo del Primer Adán y el Hombre encontraba multiplicado por cien lo que antes había perdido.

El punto de contacto entre estos dos aspectos diferentes del Cristo esotérico se establece mediante el número ocho y

148 Doctrina religiosa, especialmente relacionada con el cristianismo temprano, que sostiene que el cuerpo de Jesucristo no era real, sino una apariencia o un fantasma [NdT].

con un predicado añadido furtivamente a la palabra Hombre-Dios, utilizada corrientemente por los teólogos para designar al Salvador.

El Octonario, otorgado por el Creador al Espíritu del Supracielo para que pudiera reconciliar a los Menores caídos, también había sido dado al Primer Menor, que antes de su caída poseía «el doble poder que pertenece a Cristo», ya que el Primer Adán, en su estado de inocencia, era igual a los Espíritus del Supracielo; era, como ellos, « pensante», es decir, en comunión intelectual con la divinidad; por lo tanto, se podía decir que el Primer Hombre era «el verdadero Adán o Cristo» (I, 66) y llamarlo «Menor Cristo» (I, 112) y «Dios emanado» (I, 32).

Por otra parte, como el Primer Adán había sido encargado de la prisión material en la que estaban encerrados los Espíritus, «el Menor estaba en su primer principio, siendo Hombre-Dios de la tierra y de toda la creación, y no podía estar sujeto al castigo del tiempo» (I, 315) y por eso «fue llamado por el Eterno Hombre-Dios y comandante de todo ser espiritual y temporal» (I, 320). Así, Noé llamó a su segunda descendencia «Hombres Dioses de la tierra», ya que, al repoblar la tierra con los seres salvados en el arca, «él mismo había sido el tipo del Creador» (I, 180).

Jesucristo, «hombre-Dios y divino de este universo» (I, 375), recordó el tipo del Primer Adán, «ser puro y perfecto como la acción del Eterno que es Cristo»[149] (I, 322). La

149 La identificación de Jesucristo con el Primer Hombre en su estado de inocencia queda claramente establecida en una carta de Pasqually en la que, dirigiéndose a sus discípulos más íntimos, habla de las «diferentes operaciones de Cristo, que realmente actuó en dos sustancias, una como Hombre-Dios en calidad de verdadero Adán, actuando en la tierra entre los hombres materiales, y otra

venida y resurrección [con transfiguración] de Cristo, y el descenso del Espíritu divino en el Templo de Salomón [Shekinà] nos han hecho ver en la naturaleza [de manera sensible] la forma gloriosa que poseía originalmente Adán». Además, Jesús es la reproducción exacta del Adán caído, lo que prueba «la aparición que el jefe de los demonios hizo en presencia de Cristo, el Hombre-Dios de la tierra. Este ser perverso no se le habría aparecido en forma humana ni lo habría atacado si el Hombre-Dios no hubiera estado revestido de un cuerpo material y si hubiera hecho uso de la forma gloriosa innata en él; pues entonces la coacción [acción contraria] espiritual y demoníaca no habría tenido lugar, pues el Espíritu puro tiene el privilegio de vincular y detener toda operación de los Espíritus impuros. Apareciendo el hombre divino, el jefe de los demonios quería corromper la forma de materia corporal del ser divino y, aún más, seducir al ser espiritual que habitaba en ese cuerpo» (I, 373-374).

El Espíritu Reconciliador, uniéndose al Adán caído, hace renacer, al menos en parte, al Primer Adán. «Fue con el culto al Hombre-Dios o Cristo que el Creador volvió a bendecir la creación universal, bendiciendo de nuevo a Adán, a quien había maldecido como jefe principal de todos los seres creados y como hombre divino de la tierra» (I, 172). En el momento de la reconciliación de Adán con el Creador, los tres personajes de ese acto fueron el Adán, Cristo y el Creador, siendo Cristo la voluntad que realizaba la intención del Padre (I, 60).

* * *

como hombre divino, actuando mediante la resurrección que opera en todos los hombres espirituales» (II, 185).

El doble aspecto bajo el cual la *Reintegración* presenta al Cristo del *Nuevo Testamento* nos informa sobre la naturaleza del cristianismo de Pasqually. Los cabalistas cristianos, como Reuchlin al componer el «*Verbum Mirificum*» con el monograma de Cristo unido al Tetragrama, habían tratado de mantener las teorías místicas de la Cábala en el marco de la doctrina cristiana, presentando el esoterismo talmúdico como un eco de las revelaciones hechas por el Salvador a sus discípulos; de este modo, asimilaban la tradición secreta judía al cristianismo. Pasqually sigue un camino opuesto: tiende a integrar el cristianismo histórico y tradicional en su sistema místico, dando a los temas fundamentales y a las expresiones teológicas consagradas un sentido apropiado y utilizando los métodos de la exégesis ortodoxa para alcanzar sus fines particulares.

La segunda y tercera Personas de la Trinidad, es decir, el Hijo y el Espíritu Santo, se convierten en «la acción del Eterno, que es Cristo, y su operación, que es el Espíritu Santo» (I, 322). Si «se nos ha enseñado que Dios eran tres personas», es porque «el Creador realizó tres acciones divinas y distintas entre sí en favor de los tres Menores, Abraham, Isaac y Jacob» (de las cuales cada uno había sido testigo de una teofanía)[150] (I, 234).

150 Pasqually solo admite en apariencia el dogma de la Trinidad. Cuando se aleja del monoteísmo judío, adopta la concepción cabalística de la cuádruple, o, para emplear su vocabulario, «cuádruple» esencia de la divinidad. «Estas tres personas, señala tras la frase que acabamos de citar, solo existen en Dios en relación con sus acciones divinas y no pueden concebirse de otra manera sin degradar la divinidad, que es indivisible y no puede ser susceptible en modo alguno de tener en sí misma personalidades distintas entre sí. Si fuera posible admitir en el Creador tres

«Lo que se llama vulgarmente pecado original es también lo que llamamos espiritualmente decreto pronunciado por el Eterno contra la posteridad de Adán hasta el fin de los siglos y que que sometía al alma «al tormento de la privación» y a la forma «material y pasiva» (I, 53).

«Lo que comúnmente se llama purgatorio significa asilo espirituoso (vivero de los elementos constitutivos de la materia de la que está formado el mundo sensible) donde los Menores caídos [salidos] de este mundo inferior irán

---

personas distintas, habría que admitir cuatro en lugar de tres en relación con [debido a] la cuádruple esencia que es debe ser conocida [que debo daros a conocer], a saber: el Espíritu Divino 10, el Espíritu Mayor 7, el Espíritu Inferior 3 y el Espíritu Menor 4. Ahí es donde concebimos la imposibilidad de que el Creador esté dividido en tres naturalezas personales. Que aquellos que quieran dividir al Creador en su esencia, al menos se abstengan de dividirlo en el contenido de su inmensidad». (I, 234-235). En otro lugar, Pasqually compone «la cuádruple potencia divina», es decir, las cuatro manifestaciones de Dios, con «10, primera potencia divina (Dios inmanente o suma de los Sefirot), 7, segunda potencia divina (espíritus planetarios y fuerzas astrales), 6, tercera potencia divina (universo material y fuerzas físicas), 4, cuarta potencia del Creador (hombre-dios de la tierra y del universo)» (I, 122-124). La repugnancia que inspira a Pasqually la concepción trinitaria de la divinidad es tan fuerte que niega al triángulo el significado místico adoptado por los judíos desde tiempos inmemoriales y recogido por los cristianos. «No se puede concebir, dice, que el triángulo sea la figura de la Trinidad, aunque se den a los tres ángulos de un triángulo equilátero los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque, en definitiva, la Trinidad no puede ser representada por ninguna forma sensible a los ojos de la materia», y, para dar a la figura tradicional una interpretación más acorde con su opinión íntima, señala que el centro del triángulo, de donde emanan los tres vértices, está compuesto por cuatro letras, es decir, el Tetragrámma (I, 126).

a cumplir en privación divina el resto de sus operaciones espirituales simples (sin mezcla de elementos materiales) según el decreto del Creador» (I, 219).

Pasqually no se contenta con transponer más o menos abiertamente los motivos cristianos; a la lista de citas ortodoxas leídas más arriba hay que oponer una serie más notable de pasajes en los que, haciendo lo contrario de la apologética cristiana, el autor del Tratado invierte los términos de la demostración encontrando en la misión, la vida y la pasión de Jesús una nueva ilustración de sus doctrinas fundamentales, de las que ya había obtenido confirmación en el comentario esotérico de la Biblia.

Si Jesús entró en Jerusalén montado en un asno, lo hizo para «representar efectivamente» el olvido en el que caía periódicamente la verdadera religión «en Ismael e Israel», al igual que, cuando Abraham e Isaac subieron al monte Moria, llevaron «el asno para demostrarnos la ignorancia en la que un día se encontrarían esas dos naciones y que, en su perjuicio, la luz sería transportada entre las tinieblas y los pueblos gentiles» (I, 217).

El nacimiento de Cristo representa la encarnación material del Primer Hombre. «¿Acaso la introducción de este Mayor Espiritual, o Verbo del Creador, en el cuerpo de una joven virgen no nos recuerda claramente la entrada del Primer Menor en los abismos de la tierra, para revestirse de un cuerpo de materia? Los diversos dolores y trastornos que experimenta el cuerpo de esta virgen durante el embarazo y el parto son la figura de la sujeción y los trastornos espirituales demoníacos que el cuerpo general terrestre soportó y se ve obligado a soportar en relación con la prevaricación de Adán» (I, 111-112). Además, «esta formación

corporal de Cristo nos describe la encarnación material del primer hombre, que, tras la prevaricación, fue despojado del cuerpo de gloria, tomando uno de materia grosera y precipitándose en las entrañas de la tierra. Porque, antes de que el Espíritu divino, doblemente poderoso y superior a todo ser emanado, viniera a obrar la justicia divina entre los hombres, habitaba en el círculo puro y glorioso de la inmensidad divina. Pero cuando fue enviado por el Eterno, abandonó esa morada espiritual para encerrarse en el seno de una joven virgen. Ahora bien, ¿no nos recuerda la ausencia del Cristo Menor de su verdadera morada la expulsión del Primer Hombre de su cuerpo de gloria?» (I, 112). Además, con la «resurrección gloriosa» [transfiguración], Cristo demostró «físicamente» que los descendientes de Adán debían habitar originalmente «un cuerpo de gloria incorruptible» (I, 43).

Jesús, a quien los relatos evangélicos describen luchando victoriosamente contra los demonios, actúa como uno de los Espíritus Octonarios, que «actúan no solo en el mundo celestial y en el mundo material, sino también en el círculo del eje universal», cumplen una doble función y «tienen, con su rango y su misión, el acto de doble poder, porque sirven como doble defensa contra la atrocidad de las operaciones demoníacas» (I, 335).

El eclipse solar que acompañó la muerte de Cristo «es el tipo real del flagelo que cayó sobre los espíritus demoníacos, a los que Cristo, con su operación, redujo más abajo de lo que estaban en su privación de poder contra la creación general y particular[151]. Ese eclipse recordaba además las ti-

151 Cabe señalar que en esta frase la palabra «Cristo» no se refiere al Jesús del Evangelio, sino al Reconciliador que se ha manifestado periódicamente a través de los Menores Elegidos y del cual Jesús

nieblas de la ignorancia en las que se encontraban sumidos los judíos cuando fueron eclipsados de su memoria los santos nombres divinos. Este eclipse era, en definitiva, el verdadero tipo de la materia general [el mundo material] que se eclipsará por completo al final de los tiempos» (I, 115).

«La ruptura del velo del Templo es el verdadero tipo de la liberación del Menor privado (hasta entonces) de la presencia del Creador. Explica la reintegración de la materia aparente que velaba y separaba a todo ser menor del conocimiento perfecto... Explica el desgarramiento y el descenso de los siete cielos planetarios, que velan con sus cuerpos de materia a los Menores Espirituales la gran luz divina que reina en el círculo celeste» (I, 116).

Las palabras que Cristo dirigió a los apóstoles «al término de su última operación temporal en el huerto de los Olivos», cuando, al ir a buscarlos, los encontró durmiendo y les dijo despertándolos: «¿Por qué dormís? Levantaos y orad para que no entréis en tentación», son una «prueba del último vínculo de los espíritus malignos con el cuerpo del hombre» (I, 87). El poder de los demonios para destruir los cuerpos humanos se muestra también «por la disolución (destrucción) del cuerpo de Cristo, destruido por la mano de los hombres» (I, 113).

Jesús no enseñó a los hombres un culto nuevo; solo «confirmó» la ley que prohíbe el servicio divino a los cojos (I, 230) y los ejercicios religiosos que prescribió son los mismos que, como hemos visto, servían originalmente para fijar las divisiones del tiempo: «Cristo dejó, para su institución espiritual divina, a sus discípulos, la oración y la invocación diaria de seis horas que completan [forman]

---

de Nazaret fue el órgano.

el día ordinario de 24 horas (I, 211). En segundo lugar [a continuación], Cristo fijó a sus discípulos el tiempo en que debían practicar los cuatro grandes cultos divinos» (I, 110).

La interpretación esotérica que Pasqually da del descenso de Cristo a los Infiernos es una transposición de un tema que el cristianismo había adoptado, pero dejado en estado de esbozo; tiende a ilustrar las teorías de la *Reintegración* sobre el sello anunciador de la salvación y sobre la manera en que los Menores Elegidos lo confieren a los Menores Espirituales para las manifestaciones que los Elegidos Cohen esperan de ellos. Recordando los «tres días en que Cristo permaneció ignorado por la tierra y sus habitantes», el Tratado enumera las tres operaciones que realizó en ese tiempo. «En el primer día, descendió a los lugares de mayor privación divina, comúnmente llamados infiernos, para liberar de la horrible esclavitud a los Menores marcados con el sello de la reconciliación». Su segunda operación «fue en favor de los justos, llamados santos patriarcas, que aún pagan tributo a la justicia del Creador, no por haber vivido como criminales, ni por haberse comportado mal espiritualmente, sino solo para liberarse de la mancha contraída con su estancia en la forma de materia. El carácter que el Regenerador imprimió a esos santos patriarcas era un ser espiritual superior, más poderoso que los Menores gloriosos, y que ellos (los Menores Espirituales) solo podían distinguir por las diferentes acciones espirituales que este mismo ser realizaba en el centro de estos Menores Reconciliados y aún no regenerados... Además, les dio el poder de hacer reversible este carácter en los Menores privados, y esto mediante su propia operación espiritual divina sobre los Menores a favor de los cuales debían obrar para mayor gloria del Creador y para mayor vergüenza de los demo-

nios». Es decir, en pocas palabras, que el Cristo trascendental, o Reconciliador, imprime a los Menores Espirituales el sello de la redención delegando un Espíritu Mayor que reviste a los Patriarcas de un cuerpo de gloria que les permite manifestarse a los ojos del operador.

«La tercera operación de Cristo alude al tercer día de su sepultura; y se realizó sobre dos tipos de Menores que estaban más o menos encerrados en privación divina. Así, esta tercera operación se dividió en dos sustancias [se compuso de dos actos, tuvo dos efectos], una visible para los mortales ordinarios y otra invisible para estos mismos mortales». El propósito de la primera «sustancia» consiste en «acortar el curso y las operaciones de los Menores en estos tres círculos, para que estos Menores puedan luego descansar a la sombra de su reconciliación». La segunda consiste en «el plan que él mismo les trazó, tanto con la resurrección (en forma gloriosa) como con la instrucción que dejó a sus fieles elegidos por medio de su palabra espiritual divina, y esta segunda sustancia es visible para los hombres corpóreos» (I, 42-48). Así pues, resumiendo, Jesús, con su descenso y aparición en los Infiernos, demostró la verdad de lo que Pasqually enseña a sus discípulos sobre la naturaleza y el alcance del resultado de sus Operaciones.

La inversión de la interpretación simbólica que tendía a representar como simple repetición los fenómenos que la apologética cristiana consideraba una prefiguración, lleva a Pasqually a insistir en algunos caracteres que hacen de la nacimiento, la existencia terrenal, la pasión y la ascensión de Jesús una réplica de detalles de la vida y la muerte de Abel, de Elías y de Enoc, tal y como se recogen en la Biblia o en una tradición secreta de la que el Maestro de los Elegidos Cohen se consideraba depositario.

Abel, «sin haber cumplido aún los tres años, creció cada vez más en bondad y sabiduría, en virtud y buen ejemplo, durante todo el tiempo que permaneció entre los hombres como Hombre-Dios justo en la tierra» (I, 65). Si «la sangre derramada por el cuerpo del justo Abel es el tipo y la semejanza cierta de la que Cristo debía derramar», esto no significa que la muerte del primer justo no tuviera otro valor que el de anunciar la crucifixión, sino que ya operaba una reconciliación: «esto se repitió claramente con la circuncisión de Abraham», por lo que «es evidente que el derramamiento de la sangre de Cristo es la confirmación de todos los tipos que le precedieron (I, 114), igualmente, en su calidad de Hombre-Dios y de hombre-divino, nos atestiguó, con la circuncisión sufrida, la alianza del Creador con Adán, Moisés, Abraham y toda la creación» (I, 222).

El nacimiento de Enoc, que es «el gran tipo del ceremonial y del culto divino entre los hombres del pasado, el tipo de reconciliación del género humano», fue anunciado por una estrella o cometa que aparece regularmente en el momento en que un Menor hace su entrada en el mundo (I, 135). Fue «emanado» por su padre Jared «con el Espíritu». Jared sabía por el Espíritu divino, del que «recibía diariamente las luces», «el tipo maravilloso que su hijo Enoc debía hacer del Espíritu divino y de la misma acción de la Divinidad para la conducta y la defensa de los Menores contra los ataques de sus enemigos» (I, 131). Enoc hizo entre los descendientes de Set y Eros «una elección de diez personas a las que declaró la voluntad del Creador». Uno de los discípulos «admitidos por Enoc a la reconciliación divina», habiendo tenido una «conducta... que suscitó la disensión entre los discípulos», Enoc «reunió a los nueve justos en una asamblea en la que les reveló íntegramente su

secreto[152]. El corazón de estos nueve Justos quedó tan conmovido que permanecieron en una especie de abatimiento o letargo durante aproximadamente una hora. Mientras tanto, Enoc invocó al Creador en favor de los nueve discípulos quienes, en la situación en que se encontraban, vieron entonces todos los flagelos que el Creador debía utilizar para castigar a la tierra y al resto de sus habitantes... Tan pronto como Enoc terminó de hablar y bendijo a los nueve discípulos, una nube de fuego descendió del cielo y lo arrebató rápidamente para llevar a este Espíritu Santo a su destino. Los discípulos que lo perdieron de vista se lamentaron diciendo: «¿Qué será de nosotros, oh Eterno, sin la ayuda de nuestro maestro Enoc? ... Sin entrar en detalles sobre la conducta personal de Enoc hacia sus discípulos y su elección secreta, basta con observar lo que se ha dicho para ver claramente que el verdadero Mesías siempre ha estado entre los hijos de Dios, pero oculto» (I, 103-107).

Si los cuerpos humanos están sujetos a la putrefacción, «no ocurrió lo mismo con Cristo, con Abel, con Elías ni con Enoc, tanto por su naturaleza espiritual como por su forma material», porque «estos seres espirituales no son susceptibles de putrefacción, por lo que su reintegración, tanto espiritual como temporal, será muy sencilla [rápida]» (I, 140).

Estos diversos argumentos, algunos de ellos extraídos directamente de la *Biblia*, son un plagio más o menos astu-

152 Recuerdo de una leyenda muy popular en los siglos I y II de nuestra era, según la cual Cristo, ya fuera en el Monte de los Olivos o en una aparición posterior a la crucifixión, reveló a los discípulos que le habían permanecido fieles el verdadero camino de la salvación. Los gnósticos se reivindicaban de esta disciplina arcana, réplica de las enseñanzas secretas que Jehová impartió a Moisés en el Sinaí.

to de lo que los *Evangelios* relatan sobre la infancia de Jesús de Nazaret, la Anunciación, la estrella de los Reyes Magos, la traición de Judas, la Cena, el sueño de los Apóstoles y la vigilia de Cristo en el Monte de los Olivos, y finalmente la Transfiguración y la Asunción. Debemos destacar especialmente el pasaje en el que Pasqually dice expresamente que el Mesías apareció en la tierra mucho antes que Jesús y sin que los hombres supieran de su presencia, al menos aquellos que no estaban iniciados en la verdadera doctrina.

Con el mismo espíritu se inspira el *Tratado* cuando hace referencia a las fiestas cristianas y al ritual de la misa: no busca más que una nueva confirmación de sus doctrinas secretas. Para demostrar que Jesucristo no hizo más que recordar a los hombres las reglas del culto divino que ya les habían sido reveladas después del diluvio, señala que «estos mismos discípulos, que componen la Iglesia cristiana, siguen rezando e invocando cuatro veces al día» (I, 211) y que hay «cuatro intervalos de oración que se utilizan en nuestras iglesias» (I, 201) y concluye: «He aquí quién recuerda el primer orden espiritual del culto divino establecido entre las primeras naciones noahitas [descendientes de Noé] por los sabios hijos de Noé, y la Iglesia cristiana observa fielmente esta institución con las cuatro grandes fiestas anuales, dos de las cuales se celebran en los dos solsticios (Navidad y Corpus Christi) y las otras dos en los dos equinoccios [Pascua y Todos los Santos]. Esto es lo que recuerda el segundo orden espiritual del culto divino establecido entre las primeras naciones» (I, 212). Del mismo modo, el mismo principio místico de la cooperación simpática, del que hacían uso los Elegidos Cohen durante las Operaciones y que el Tratado asegura que fue puesto en práctica por Adán, Enoc, Moisés, Aarón y en el templo de

Salomón, está consagrado, según Pasqually, por el culto católico, ya que « la Iglesia de Cristo todavía nos lo representa hoy en el sacrificio que ofrece en el altar de la purificación (consagración de la hostia), con la mano, la intención y la palabra del celebrante asistido por el primer, segundo y tercer diácono» (I, 195).

Capítulo VI
Gnosticismo y misticismo racionalista

El punto de vista desde el que se situaba la *Reintegración* frente al Dios de los cristianos, asimilándolo a uno de los Espíritus divinos del Supraceleste, recuerda inequívocamente los procedimientos de los doctores gnósticos como Valentino, Tolomeo, Heracliano, Marción, Apeles, que habían introducido la persona de Jesús en el mundo de las ideas que les era familiar, identificándolo con uno de sus Eones[153]. El *Tratado* de Pasqually ofrece además analogías

153 Es notable que la actitud adoptada por Pasqually hacia el cristianismo sea mucho más clara que la del propio *Talmud*. Este, aunque condena el dogma de la Trinidad y el de la divinidad de Jesús, a menudo se deja seducir por las imágenes y los dogmas cristianos. Toma prestadas de los *Evangelios* las parábolas de la viga y la paja, de los trabajadores de la viña y de la curación del hijo del centurión. Cree en los ángeles guardianes y admite una especie de Purgatorio donde los pecadores veniales son purificados por sus sufrimientos y pueden ser redimidos por las limosnas y las oraciones de los fieles (Bischofi: *Thalmud, passim*); Pasqually, por el contrario, solo anexiona los dogmas de carácter específicamente cristiano para ajustarlos a sus doctrinas. El Espíritu Santo, cuyo oficio hace leer a sus adeptos en un breviario católico, no es otra cosa que el jîouach, la emanación espiritual de Jehová que inspiraba a los profetas y se materializa, o más bien se individualiza, en los Espíritus del Supracelestial. El papel que atribuye en la *Reintegración* a este «Dios Hijo, en cuya presencia toda la creación fue realizada por el Creador» y que «decía a cada operación divina: todo es bueno», corresponde al que desempeña en los **Proverbios** (VIII,

tan sorprendentes con las obras gnósticas: revelaciones sobre lo invisible, sobre la jerarquía de las entidades divinas, sobre las revoluciones del mundo trascendental, sobre las relaciones de este mundo con la humanidad (De Faye: *Op. cit*., 42), que el cristianismo de los elegidos parece entonar muy de cerca con la teosofía gnóstica.

El rasgo que más llama la atención es la doctrina de la emanación, a la que Pasqually se adhiere sin duda alguna, profesando que «todo ser espiritual divino proviene directamente de la emanación eterna» (I, 176) del Primer Principio, de modo que estos seres espirituales son ciertamente innatos en la Divinidad» (I, 177) y «una esencia espiritual (material) nunca ha podido existir y nunca existirá en este lugar divino, que es la residencia de los espíritus puros, donde se produce toda emanación» (I, 309).

Es cierto que se podría objetar que esta doctrina, que se remonta a la teología caldea, había nacido mucho antes de la escuela de Basílides y Valentino, pero lo que es específicamente gnóstico es la tesis según la cual la formación de la materia se debe a una convulsión provocada en el mundo trascendental por una falta cometida contra el Padre y que los acontecimientos de lo Alto tuvieron repercusiones en la constitución del cosmos y en el destino de la humanidad. En el mito de Sofía, nacido de la imaginación creativa de Valentino, la materia del mundo sensible, que es el Mal, nace del pecado del trigésimo Eón, que quiso contemplar al Padre, como en *La reintegración* la culpa capital de Adán fue «el pensamiento que había tenido de leer en la potencia divina» (I, 15). Para todas las escuelas gnósticas, la creación es consecuencia de la caída de algunos espíritus primiti-

22 y ss.) y en el *Targum* de Jerusalén la Sabiduría divina que asiste a la creación del mundo (Bischolï: *Kabbalah*, p. 9-11).

vos, y Pasqually se expresa como un doctor de esa escuela cuando escribe: «sin la prevaricación de los demonios no habría habido creación material y temporal, ni terrenal ni celestial» (I, 300); «el cambio que operó la prevaricación de los espíritus perversos fue tan fuerte que el Creador tuvo que reforzar la ley [hizo sentir su poder, impuso la ley] no solo contra esos prevaricadores, sino también en las diferentes clases espirituales de la inmensidad divina. Debes comprenderlo [es Moisés quien habla a Israel] por la vida confusa que llevas aquí abajo, por la creación del tiempo y por las diferentes acciones que tienen lugar en lo supracelestial, en lo celestial y en lo terrenal, donde todo te demuestra el cambio universal producido por esa prevaricación» (I, 313).

Otro principio admitido por los gnósticos y que está en la base de todas las religiones y de todos los sistemas filosóficos que se apoyan en el dualismo, es que la vida o la existencia resulta del antagonismo activo del Buen Principio (espíritu divino) y del Mal Principio (materia) o, más bien, del obstáculo que el segundo opone al primero y que este quiere superar. Pasqually expresa esta idea de forma fugaz, pero muy clara: «Todo se opera en el universo por acción y contracción [reacción]; sin ello, nada tendría movimiento en la vida, y sin vida no habría formas corporales» (I, 259). La ley del mundo material es para él la del mundo inteligible: «sin la reacción demoníaca, nada tendría vida espiritual fuera de la circunferencia divina» (I, 259).

Pasqually enseña, al igual que los gnósticos, que el alma humana es una emanación de la sustancia divina, que tras una degeneración se encuentra aquí abajo prisionera en el seno de la materia, incapaz de salir por sí misma si un ser

divino no acudiera en su ayuda para recordarle su noble origen y prometerle la salvación.

A la división en tres clases en que los gnósticos dividían a la humanidad: los neumáticos, que poseen la gnosis y la revelan a los demás hombres; los psíquicos, que pueden salvarse si escuchan las enseñanzas de los neumáticos; los ilíacos, incapaces de liberarse de los lazos de la materia y fatalmente condenados, corresponde exactamente a la distinción establecida por Pasqually entre los Elegidos Espirituales o Menores Elegidos, que se comunican con los Espíritus que habitan el círculo divino, reciben las instrucciones y las transmiten a los Menores Ordinarios; los Menores Espirituales, cuyo tipo es la primera descendencia de Noé, que practicaba «un culto mixto de lo espiritual y lo material terrenal»; y, por último, los Menores hijos. de Caín, «hombres temporales, terrestres», para quienes «la conducta de todas las operaciones espirituales es un misterio, porque están ocupados en el culto de la tierra» (I, 186). El determinismo, común a ambos sistemas, se pone de relieve en el *Tratado* de Pasqually. Solo «la posteridad menor espiritual de Adán» volverá al círculo cuaternario del que está excluida «por toda la duración de un solo tiempo» (I, 299). El nombre de Set significa: «ser admitido al verdadero culto divino o ejecutor perfecto de la manifestación de la gloria y la justicia divinas». Así, la posteridad de Set fue llamada: hijos de Dios; y no hijos de los hombres. El título de hijos de los hombres se reservó a la descendencia femenina de Caín, que fue engendrada por la operación de los demonios, porque su origen corporal primitivo deriva únicamente de la facultad [del solo efecto] de la operación del primer hombre que fue causa de su prevaricación» (I, 365-366). En consecuencia, Set prohibió a su hijo Enós

«todo vínculo con los profanos, o las hijas de los hombres, es decir, las hijas concubinas de la descendencia de Caín; y que esa raza estuviera unida para siempre con los hijos de Dios, que eran la descendencia de Set» (I, 130). «Los incrédulos permanecerán hasta el fin de los siglos privados de la luz divina» (I, 115) es lo que anunció el cuervo liberado por Noé después del diluvio: habiéndose dirigido hacia el mediodía, morada de los réprobos, «no regresó al arca para mostrarnos la separación que hizo el Creador entre la posteridad de Caín y los hijos de Set» (I, 173).

La predestinación, consecuencia del arbitrio divino, se manifiesta, en la *Reintegración* como entre los gnósticos, con una figura idéntica: un «sello» o «carácter», signo y condición de la salvación. «Enoc hizo pasar sobre la posteridad de los hijos de Set el carácter o sello auténtico de su operación. Con este sello marcó a aquellos que eran dignos de acompañar a Cristo (el Reconciliador) cuando fue a rendir cuentas al Padre» (1, 48). Al descender a los Infiernos, Cristo liberó «de la horrible esclavitud a los Menores marcados con el sello de la reconciliación» (I, 42), ya que «se había puesto igualmente [también] sobre los esclavos de los demonios [los Menores en privación] un carácter similar y por este medio [la aparición de Cristo] los esclavos de los demonios recibieron el sello de la reconciliación divina» (I, 45). Pero Cristo no pudo salvar, ni siquiera con su propio sacrificio, a la posteridad de Caín, porque reconcilió «con Dios solo a aquellos que la operación espiritual de los Justos [manifestaciones durante las Operaciones] había marcado con el sello»[154] (I, 40).

154 El sello que recibían los que iban a ser salvados era probablemente una imitación del Thau que el *Libro de Ezequiel* (IX, 4-6) ponía en la frente de los judíos de Jerusalén que no habían sacrificado a

La idea de las sucesivas reencarnaciones del Cristo trascendental es familiar a los gnósticos; una teoría común a sus diversas escuelas es que la Gnosis, o conocimiento de los medios para volver un día al orden primitivo, es decir, a la separación de los dominios del Bien y del Mal, fue revelada en diferentes épocas por un mediador divino (Alfaric: *Ecritures manichéennes*, I, 1/2). Este concepto, que puede ser efecto de una influencia india, adquiere a veces una forma que recuerda la cristología de la *Reintegración*: una importante obra gnóstica, el *Libro de Elkasi,* describía a Cristo asumiendo la figura de Adán, luego la de Enoc y otros patriarcas[155].

A estas concordancias principales se añaden otras secundarias, pero muy sorprendentes.

El nombre «g klesis» (reunión, convocatoria) dado por Heracleón, discípulo de

Valentino, a la clase de los psíquicos «que quieren ir al Señor», hace pensar en los «hombres de deseo» para los que escribe Pasqually y es la imagen del Demiurgo gnóstico, creador del mundo material, que parece haberse presentado a su mente cuando dice en el Tratado: «En ese cuadro espiritual (concebido por la imaginación del Dios supremo) estaba contenido todo ser corpóreo, pero sin sustancia material. Ese cuadro contenía principalmente al Espíritu Menor que debía contribuir a la formación de los cuerpos» (I, 116).

---

los ídolos, pero que se había convertido para los gnósticos en un medio mágico para asegurar la salvación de los psíquicos.

155 Alfaric: *op. cit*. II, 213. Pasqually parece haber copiado un texto gnóstico cuando define a Cristo: «Hijo Divino, tipo de la acción divina en la gran posteridad de Dios que proviene de él, en la que se ha llevado a cabo la elección y la manifestación de Dios» (I, 234).

En el sistema de Marción, los primeros Espíritus emanados quisieron crear sin el conocimiento de la Causa Primera; el Primer Hombre cometió el mismo error al generar primero a la mujer, ser material cuya cifra es el Tres, y luego una descendencia de seres de materia esencialmente mala, y es aún el Adán de la *Reintegración*, creador de Houwa y castigado por ese crimen, que recuerdan al Dios de Israel, presentado por Apeles, discípulo de Marción, como un Espíritu que fue el autor del mal al revestir las almas de carne pecadora y los Arcontes, hijos de Adamas, quienes, según el Libro IV de la *Pistis Sophia*, fueron atados por Jeu a la esfera del Zodíaco en expiación de la culpa que habían cometido al procrear, a pesar de la prohibición, Arcángeles, Ángeles, Liturgos y Decanos.

Los barbelo-gnósticos, o discípulos de la Madre, cuentan que, cuando Adán y Eva, expulsados del Paraíso, entraron en el mundo sensible, sus cuerpos se volvieron densos y dejaron de ser luminosos.

La mayoría de los personajes bíblicos de los que Pasqually hace intérpretes del Espíritu divino eran honrados de manera especial por los gnósticos en calidad de doctores del Conocimiento. Invocaban los apocalipsis de Adán y su testamento redactado por Set. Los setianos y los arcontitas presentaban a Set, que, nacido de semilla pura, había sustituido a Abel, asesinado por Caín, como guía en el camino de la salvación. Poseían siete libros en los que había registrado las revelaciones que le había hecho un ángel y aseguraban que, cuando cesó el diluvio, la raza maldita de Cam se había extendido por la tierra y la Madre había resucitado a Set en forma de Cristo (Alfaric: *op. cit*., I, 2-8; de Faye: *op. cit*., 333-5). El ciclo de la gnosis cristiana, que se había formado entre los sabios y comprendía los *Testamentos de*

Adán y los *Libros de Set*, también incluía las revelaciones de Enoc, bajo cuyo nombre los cristianos gnósticos habían publicado obras que describían las esferas celestes y anunciaban la llegada de Cristo. La *Pistis Sophia* le atribuía los dos *Libros de Jeu*, que exponen la caída del alma y su redención (Alfaric: *op. cit.*, II, 153-4). Según una leyenda, referida por un tratado gnóstico, Melquisedec había sido elegido por Noé moribundo como guardián de la tumba de Adán y sacerdote del Altísimo; parece que en el siglo I de nuestra era circuló una abundante literatura bajo su nombre, y la *Pistis Sophia* recopiló numerosos restos; en uno de estos relatos legendarios, atribuido a Atanasio, Melquisedec recibía la visita de Abraham, a quien Dios le había presentado como imagen de su hijo amado; este tema ha sido desarrollado ampliamente por varios autores gnósticos y el maniqueo Hierakas consideraba a Melquisedec como el Espíritu divino aparecido aquí abajo (Alfaric: *op. cit*. II, 156). Entre los arcontitas, los ofitas y los valentinianos circulaban un *Apocalipsis de Elías* y una *Ascensión de Isaías* que tenían estrechos vínculos; describían al Vidente que en espíritu ascendía a través de los siete cielos hasta el trono del Altísimo y descendía con Cristo, que iba tomando las formas de los cielos intermedios para revestirse finalmente de un aspecto humano en la tierra (Alfaric: *op. cit.*, II, 158).

En tres puntos: astrología, exégesis alegórica y aritmosofía, las analogías se subrayan de manera particular. La mayoría, por no decir todos, de los sistemas gnósticos están obsesionados por la idea de la fatalidad astral y hacen que los siete planetas desempeñen un papel preponderante en sus especulaciones. Los principales doctores de la secta profesaban que la Gnosis estaba contenida en la *Biblia* y en los relatos apostólicos y debía extraerse mediante la inter-

pretación alegórica, cuyas leyes revelaba una tradición secreta. Basílides impartía a los iniciados una enseñanza esotérica; Tolomeo alude a ciertas instrucciones ocultas que la escuela consideraba haber recibido del mismo Jesús y que había recibido por tradición oral. Muchos gnósticos, como los marcionitas, entre otros, se dedicaban a la interpretación mística del *Génesis* y del *Éxodo*; los de Roma, cuyas doctrinas recoge Hipólito en los *Philosophumena*, buscaban el sentido secreto del *Pentateuco* y del *Nuevo Testamento*; Heracleón interpretó alegóricamente el *IV Evangelio* y sus ingeniosos comentarios sobre las parábolas de la samaritana, del hijo enfermo del centurión y del descenso de Jesús a Cafarnaúm son obras maestras de la exégesis mística; Tolomeo escribió un comentario simbólico del *Prólogo de San Juan*.

La ciencia secreta de los números fue practicada por casi todos los gnósticos, pero sobre todo por los miembros del grupo romano que, en el siglo III d. C., eran muy versados en la aritmética pitagórica, que volvió a estar en auge gracias a los neoplatónicos. Desde el siglo anterior, un discípulo de Valentino, Marco, había aplicado la aritmética mística a la teología de su maestro, quien tal vez le había dado el ejemplo de este tipo de especulación; en Valentino, las dos primeras parejas del Pleroma forman la poderosa tétrada, las cuatro primeras parejas forman la Ogdoade suprema, el 5º y el 6º Eón, Viento y Vida, emanan cinco Sizigias de las que nace la Década; Marco, a su vez, compuso glosas numéricas sobre el Pleroma, sobre las dos Tetradis, sobre la Ogdoade, sobre la Década y la Dodecada, sobre los treinta Eones y, reduciendo las letras a números que expresan en griego, sobre los nombres de los Eones, de Cristo y de Jesús; para los barbelo-gnósticos, el Eón incorruptible o Iglesia,

está formado por cuatro hipóstasis; en el sistema de los arcontitas, la Madre, fuente de luz, reside con los Ángeles en la Ogdoade, que es la morada del Buen Príncipe, mientras que la Ebdomada, compuesta por siete cielos custodiados por los Arcontes, es la morada de la necesidad, es decir, de las leyes físicas; Basílides compuso el *Abraxas* con el método numérico-literal; Heracleón forma la Tétrada con los cuatro primeros Eones, hace del Seis el número de la materia, coloca a los pneumáticos en la Ogdoade y a los psíquicos en la Ebdomada (De Faye: *op. cit.*, 313-325).

* * *

Por numerosas y a menudo insólitas que sean las coincidencias señaladas, no nos autorizan a ver en Pasqually un discípulo tardío de los gnósticos. Estos construyeron su sistema en una época en la que el sincretismo filosófico y religioso era una consigna respetada por todas las mentes cultas; tomaron un poco de todas partes los materiales de su edificio compuesto y, dado que el número de argumentos que constituyen el fondo común de las doctrinas místicas es muy limitado, las diferentes disciplinas secretas nacidas en los primeros siglos de nuestra era tienen todas un aspecto familiar. El método alegórico, por ejemplo, utilizado entonces por todos los escritores: paganos como Plutarco, cristianos como Orígenes o judíos como Filón, no tiene nada particularmente gnóstico. Lo mismo puede decirse de la astrología, la pneumatología y también de la aritmosofía[156]. Por lo tanto, si con Matter podemos admitir

156 En un solo lugar, la *Reintegración* delata un préstamo directo de las doctrinas gnósticas. Durante la suma mística que da como resultado el Denario y que se plantea así:
10 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 = 30

que la ciencia secreta de Pasqually es una mezcla de gnosticismo y cristianismo judaizante, ambos alimentados por la Cábala, hay que apresurarse a añadir con él: « Dado que los gnósticos profesaron o consultaron todos los sistemas de Grecia y Oriente, incluidos los textos judíos y cristianos, es natural que haya gnosticismo en todas las especulaciones teosóficas un poco eruditas, y no hay judío erudito, por muy cristiano que se haya vuelto con los estudios, que no tenga cierta familiaridad con las ideas de la Cábala» (VIII, 11). De hecho, en las obras de los místicos judíos, que habían sufrido una profunda influencia de los conceptos y símbolos gnósticos (Vulliaud: *op. cit*., II, 134) y de los que la Cábala era heredera, Pasqually recogió verosímilmente los ecos de la Gnosis que a veces resuenan tan claramente en el *Tratado*. La *Obra del Carro* y la *Obra de la Creación*, de las que ya hemos tenido ocasión de hablar, nacieron en el siglo II d. C., en la época en que vivían Saturnino y Basílides y en la que se formaban los sistemas gnósticos de los paganos y los cristianos de Siria. La última obra parece haberse basado en la emanación, principio que fue admitido posteriormente por la Cábala. La idea del papel universal de la tesis y la antítesis en la producción de la vida cósmica ha sido comentada largamente por los doctores judíos, de quienes la Cábala recogió la enseñanza. El *Zohar* expone la tesis del contragolpe provocado en la organización del mundo por la caída de los ángeles, luego por la del hombre y por la decadencia que afectó, como castigo por la falta primitiva, no solo a los descendientes de Adán, sino también a los seres

30 + 7 + 8 + 9 + 1 = 55 = 5 + 5 = 10

Pasqually se detiene en el número 30, que es el de los Eones que componen el Pleroma. No se ve por qué otra razón destacaría este número, del que nunca más vuelve a hablar y que no desempeña ningún papel en su exégesis aritmética.

que pueblan el cielo y a aquellos mismos que se acercan a la Divinidad (Franck: *Kabbale*, 13).

Pero, si bien Pasqually conoció indirectamente algunos de los temas refrescados y desempolvados por los gnósticos, ignoró los más característicos[157] y, sobre todo, no penetró en el sentido profundo de sus doctrinas ni captó el significado exacto de los términos que toma inconscientemente de ellos.

En primer lugar, no admite, como ellos, la serie de emanaciones decrecientes, porque, en el *Tratado*, todas las emanaciones sucesivas derivan directamente de Dios y no conoce las sizigias. Pero, sobre todo, rechaza el dualismo latente que, para los discípulos de Basílides y Valentín, oponía la materia inerte al espíritu divino. Fiel a la tradición judía, creía en la formación del mundo ex nihilo y profesa que Dios "lo ha creado todo de la nada"[158].

---

157 Saint-Martin, a quien Kirchberger había señalado los rasgos gnósticos que él había encontrado en *La reintegración*, aseguraba a su corresponsal que Pasqually nunca había hablado a sus discípulos de Sofía ni del Rey del Mundo, sino que se limitaba a María y al Demonio. Matter, buen conocedor del tema y que ha estudiado cuidadosamente el tratado, señala que su autor evidentemente no había leído los textos gnósticos (VIII, 12).

158 En un fragmento aislado, Pasqually expone una teoría cosmogónica muy curiosa, que constituye un término medio entre el concepto judío y la tesis dualista de los gnósticos. El nacimiento del mundo material se debería a la «explosión del caos», es decir, «en el momento de la creación, el Espíritu mayor o doblemente fuerte (Cristo trascendental, pero considerado aquí como Verbo de Dios y ya no como Redentor) abandonó el envoltorio caótico para reunirse con el Padre, y fue en ese instante cuando todo se presentó en la naturaleza pasiva (material) y activa (espiritual) a los ojos del Creador, de acuerdo con la imagen que él se había

Dado que existe una incompatibilidad sustancial entre el concepto según el cual un Dios personal es la única fuente del ser y la teoría gnóstica que deriva el universo y la vida de la mezcla de dos principios que existen desde toda la eternidad, Pasqually intentó conciliar las dos ideas antagónicas atribuyendo a la «creación» la formación de la materia y a la «emanación» el origen de los seres espirituales. «La creación no pertenece [no concierne] más que a la materia aparente; pero la emanación pertenece a los seres espirituales» (I, 176); «la materia prima fue concebida por el Espíritu bueno y no emanada por él» (I, 373). Es evidente que la emanación así entendida ya no es la de los gnósticos, ya que no designa, con un término especial y arbitrariamente elegido, más que un género particular de creación, el de los espíritus. Pasqually lo reconoce claramente cuando dice: «Debido a esta multitud infinita de emanaciones de seres espirituales, Dios lleva el nombre de Creador»[159]. En cuan-

hecho de ello. Este es el sentido secreto de las palabras de la *Sagrada Escritura*: «La luz estaba en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron» (I, 84/85). En otras palabras, la sustancia primitiva, o caos, estaba compuesta de espíritu y materia, y esta última comenzó a existir en condiciones de independencia solo después de que el espíritu se retiró de ella; inerte y amorfa, se prestó a todas las combinaciones y tomó todas las formas que generaba la imaginación del Creador, y cada una de estas formas recibe la vida de un Espíritu particular que la anima».

159 Pasqually no siempre se ciñe a una distinción tan rigurosa entre la emanación tal y como él la entiende y la creación propiamente dicha. La contusión en los términos revela la incertidumbre de su pensamiento. Así, habla del retorno de la materia a su «principio de emanación» (I, 291) y declara «increado» el eje central de fuego, «principio de la vida material y órgano de los espíritus interiores que lo habitan y operan en él sobre el principio de la materia corporal aparente» (I, 306). Suponiendo que en el último

to al mundo material, si para Pasqually, al igual que para los gnósticos, es una obra mala, no es porque derive de la contaminación del Principio Bueno por parte del Principio Malo, sino porque fue creado para ser la prisión de los Espíritus rebeldes, ya que «ningún Espíritu bueno puede estar encerrado en un cuerpo de materia, salvo aquellos que han prevaricado» (I, 184) y «la materia prima no fue concebida por el Espíritu bueno sino para contener y someter al Espíritu malo en un estado de privación» (I, 373). Así pues, la materia, lejos de haber existido siempre, fue creada con un propósito claramente definido y temporal. El Caos, del que habla la *Biblia* y que existía «desde el principio», no era más que la primera etapa de la creación; la materia fue creada en forma de «caos en el que estaban encerradas las tres esencias fundamentales de todos los cuerpos que debían servir para la formación de este universo. Estas esencias se encontraban en un estado de inercia que las hacía susceptibles de recibir la impresión de agentes externos, para luego actuar según la intención del Creador» (I, 167). El Arca «en la que estaban contenidos los diferentes seres animales, explica exactamente el envoltorio caótico que contenía todo principio de creación de formas corporales» (I, 164).

Además, la materia no tiene ninguna realidad: es «derivada de la imaginación divina» (I, 176). Cuando el *Génesis* enseña que Dios creó todo en seis días, significa que el Creador, «puro espíritu superior al tiempo y a la duración posterior» (I, 124), «operó seis pensamientos divinos para

---

caso quiera presentar el fuego central como un intermediario entre el espíritu y la materia, idea que se encuentra en algunos filósofos naturalistas jonios, no deja de ser cierto que imagina inesperadamente una tercera clase de formación que no es ni la emanación espiritual ni la creación material.

la creación universal» (I, 149-150). «Se le llama Creador porque toda la creación proviene de su imaginación y, dado que su creación deriva de su imaginación divina pensante que lo ha producido todo, se le llama imagen» (I, 150). Así, la materia desaparecerá tan pronto como Dios deje de pensarla: «La misma facultad divina que lo ha producido todo, lo llamará todo a su principio, como toda especie de forma ha tenido su comienzo, así se disipará» (I, 291) y «no quedará rastro alguno de la creación universal» (I, 176), ya que «la materia aparente, al no derivar de la nada, sino de la imaginación divina, debe volver a la nada» (I, 176). «La reintegración de la forma corporal del Menor solo se producirá mediante una putrefacción inconcebible para los mortales» (desaparición completa de la que nada en este mundo nos puede dar ejemplo) (I, 140). Los cuerpos, formados por esta materia sin realidad sustancial, solo existen para los espíritus que los habitan y les dan movimiento y vida. «Todas las especies de formas que actúan en este universo no existen realmente en la naturaleza (por efecto de las fuerzas naturales), ni por sí mismas, sino solo por el ser que las anima» (1, 250). El cuerpo del hombre es «un órgano necesario de tu alma espiritual», pero «no debemos considerar la forma corporal como un cuerpo real de materia existente; ella no deriva más que de las primeras esencias espirituales destinadas por el primer Verbo del Creador a retener las diversas impresiones adecuadas a las formas que debían utilizarse en la creación universal. No es posible considerar las formas corporales presentes [sensibles] como reales sin admitir una materia innata en el Creador divino, lo cual es contrario a su espiritualidad» (I, 306).

Por otra parte, Pasqually no cree, como los gnósticos, que a un período de expansión de la Divinidad le segui-

rá un período de reabsorción durante el cual los espíritus emanados se perderán en el seno del Pleroma. La emanación, tal y como él la concibe, es una creación definitiva cuyos efectos serán eternos. Los seres espirituales, afirma la *Reintegración*, son «reales e imperecederos», «existirán eternamente en una personalidad distinta [personales y distintos] en el círculo de la Divinidad» (I, 176); así, «cuando el tiempo haya pasado (al final del mundo), los Espíritus que operan en lo supraceleste, en lo celeste y en lo terrestre no pasarán» (I, 311).

Pero es con la antropología con la que, como ha observado Matter (VIII, 355-356), Pasqually se separa más decididamente del gnosticismo. Mientras que para este último el hombre es una criatura de los espíritus rebeldes, que lo crearon sin la participación de la Causa Primera y está subordinado a ellos por su propio origen, según la Reintegración era en origen superior a la región astral, a los espíritus que la gobiernan y a los espíritus perversos, y a raíz de la culpa de Adán caímos bajo el dominio de estos últimos. Por consiguiente, el objetivo al que debemos aspirar es, a ojos de los gnósticos, la redención, es decir, la liberación de la chispa divina que, sin el conocimiento de los espíritus creadores del hombre, entró en la materia del cuerpo y debe volver a su origen; por el contrario, según Pasqually, es «la reintegración de los seres en sus propiedades primitivas, virtudes y potencias espirituales y divinas»[160], es decir, la restauración del hombre en el trono donde antes mandaba sobre todos los espíritus buenos o malos.

Por último, sobre un tema que debía serle especialmente querido debido a sus tendencias judaizantes, Pasqually

160 Título completo del Tratado y resumen fiel de su contenido.

toma directamente partido, probablemente siguiendo el ejemplo de las obras talmúdicas o cabalísticas en las que se inspiraba, de los gnósticos antibíblicos. Su líder, Marción, en las *Antítesis*, destacaba el contraste entre la tradición mosaica y la doctrina cristiana, oponía al Dios Supremo, cuya esencia era la bondad, creador del mundo invisible, desconocido para la humanidad hasta que Cristo vino a revelar su existencia, y al dios subordinado, creador del mundo material, Dios de la *Biblia*, juez cruel y belicoso, del que Moisés había sido intérprete. A esta doctrina blasfema contra Jehová demiurgo alude claramente Pasqually cuando dice que «los espíritus perversos persuadieron a los Menores de que el Creador del universo era uno de ellos» (I, 145) y cuando afirma enérgicamente que «toda creación deriva directamente del Eterno y que es imposible crear otro universo» (I, 167); a los marcionitas, que, sacando las últimas consecuencias de las premisas planteadas por su maestro, habían terminado identificando al Dios de la Biblia con el Diablo, la *Reintegración* responde: «Estos espíritus perversos llegaron hasta el punto de persuadir a los Menores de que la creación universal era falsamente atribuida a la Divinidad, que el Dios que ellos habían entendido una vez no era más que uno de ellos que dirigía toda la creación y al mismo hombre desde su venida a la tierra[161] y que, en consecuencia, la emanación de los Menores provenía del Gran Príncipe del Mediodía [demonio], jefe principal de todo ser material y sobrenatural, [lo que] significa vehículo

161 Apeles, discípulo de Marción, profesaba que el Dios de Israel era un ángel al que llamaba Igneus, porque se había revelado a Moisés en el Sinaí en la montaña ardiente; a esta tesis parece aludir claramente nuestro pasaje.

del fuego eje central incorporado en una forma[162], debían reconocerlo y obedecerle ciegamente en todo lo que les inspirara por medio de sus agentes inferiores» (I, 145).

* * *

En algunas cuestiones importantes: el carácter de la emanación, el origen y la naturaleza de la materia y del hombre, la teoría de la involución, Pasqually se separa rotundamente de los gnósticos, pero es en el terreno de la moral donde se abre un abismo insalvable entre las dos doctrinas. El gnosticismo, cuya especulación está dominada por la tradición astrológica caldea, concede a la fatalidad astral una influencia soberana tanto en la ética como en la física. La tiranía de los Arcontes siderales, que tratan de retener para siempre la chispa divina en la materia en la que está encerrada, pesa fuertemente sobre la voluntad del hombre; condena a los ilícitos a la condenación eterna; los psíquicos no pueden liberarse por sus propios medios, sino que necesitan, para resistir los malos instintos y las tentaciones de la materia, la ayuda de la Gnosis y el socorro de la Gracia. A esta doctrina fatalista, Pasqually opone insistentemente la tesis de la libertad y la responsabilidad humanas, proposición que se basa en el principio de la justicia distributiva que está en la base de la moral bíblica, a la que el *Talmud*[163]

162 Ver lo que ha sido dicho en el Libro IV, sobre las falsas "formas gloriosas".

163 Los talmudistas, en particular, extraían de la teoría de la reminiscencia, que probablemente les había sido transmitida por el neoplatónico Filón, un argumento a favor de la conciencia moral, de la que se deriva la plena responsabilidad del hombre. Según el tratado *Niddah*, las almas, durante su preexistencia y antes de su incorporación, tenían conocimiento de la *Torá*; un

y la Cábala se habían mantenido invariablemente apegados y que el *Tratado* proclama con notable vigor: «Los Menores que, al final de los tiempos, aún no se hayan reconciliado, serán llamados los últimos por el Eterno; y la justicia que Él ejercerá contra ellos será infinitamente más severa que la que ha ejercido y ejercerá contra los demonios, porque el Menor había sido colmado por el Eterno de una autoridad y un poder superiores a los de los Espíritus perversos y que, cuanto más ha recibido el Menor, más se le pedirá» (I, 341).

El principio del libre albedrío humano es tan importante a los ojos de Pasqually que, cuando lo discute, olvida por completo que en otros momentos ha dividido a la humanidad en Justos y Réprobos, en descendientes de Set e hijos de Caín; de estos dos conceptos superpuestos y contradictorios, el de la libertad de la voluntad humana le interesa más particularmente.

En primer lugar, todos los Espíritus son moralmente libres una vez que han sido emanados y «emancipados». Al igual que Jehová, en la *Biblia*, se alía con Israel bajo determinadas condiciones, es decir, concluye con el pueblo judío un pacto que presupone la responsabilidad de las partes contratantes, así el Creador, al ema-

---

ángel continúa instruyendo al embrión durante la gestación y, en el momento del parto, le da un golpe en la boca para que todo lo que se le ha enseñado al recién nacido permanezca en el subconsciente, pero el recuerdo difuso de los preceptos de la Ley sobrevive sin embargo como conciencia moral, por lo que el hombre siempre es capaz de seguir sus buenos instintos y resistir a los malos (Bischoff: *Kabbalah*, p. 42). Filón y los talmudistas que le siguieron insisten en la absoluta libertad de determinación de la que goza el hombre normal y en la plena responsabilidad que de ello se deriva.

nar los Espíritus, ha estipulado con ellos una «convención» estableciendo «los límites dentro de los cuales debían ejercer su poder según las leyes, los preceptos y los mandamientos eternos», pero dentro de esos límites eran «libres y distintos del Creador», y negarles el libre albedrío «con el que fueron emanados por leyes inmutables» significaría destruir en ellos «la virtud [fuerza] espiritual y personal que les es necesaria para actuar» [actuar] (I, 7, 33).

En virtud de su libertad, los Espíritus se convertían, bajo la Causa Primera, en Causas segundas sobre las que Dios ya no tenía acción, ya que es un «Ser inmutable en sus decretos y dones espirituales» (I, 21). Este hecho explica cómo pudo producirse la culpa de los espíritus perversos: «El Creador no podía en modo alguno contener y detener los pensamientos criminales de los espíritus transgresores sin privarlos de su acción particular e innata en ellos, ya que habían sido emanados para actuar según su voluntad y como causa segunda espiritual según el plan que el Creador les había trazado. El Creador no toma parte alguna en las causas segundas espirituales, buenas o malas, ya que él mismo estableció y fundó todo ser espiritual sobre leyes inmutables; por este medio, todo ser espiritual es libre de actuar según su voluntad y su determinación particular» (I, 10). «Los jefes espirituales divinos conservaron el estado primitivo de virtud y poder divino después de su prevaricación por la inmutabilidad de los decretos del Eterno» (I, 9). «Los demonios disfrutan plena e íntegramente de sus acciones según su propia voluntad pensante. Así están las cosas en la corte demoníaca en materia de leyes y orden, de horror y abominación, como, sin comparación, en la corte espiritual divina» (I, 33).

En cuanto al Menor, Dios le concede plena libertad por tres razones: primero, porque su cuerpo está movido por un Espíritu y todo Espíritu, como hemos visto, es libre por definición; segundo, porque Dios no puede «leer en las causas segundas temporales, ni impedir la acción sin derogar su existencia de Ser espiritual y su potencia divina»; y, por último, porque «si el Creador participara en las causas segundas, sería necesario que él mismo comunicara no solo el pensamiento, sino también la voluntad buena o mala a su criatura, o que la hiciera comunicar por sus agentes espirituales que emanarían inmediatamente de Él, lo que sería lo mismo» (I, 22). Por eso «el Creador lo abandonó (a Adán) a su libre albedrío, habiéndolo emancipado de manera distinta de la inmensidad divina con esta libertad, para que su creación tuviera el disfrute particular y personal, presente y futuro, por una eternidad impasible, siempre y cuando se comportara según la voluntad del Creador» (I, 15).

Es cierto que el corazón del hombre caído es un campo de batalla en el que se enfrentan fuerzas adversas: «El pensamiento proviene al hombre de un ser distinto de él; si el pensamiento es santo, proviene de un Espíritu divino; si es malo, de un demonio malo» (I, 32). Pero «corresponde al hombre rechazar unos y aceptar otros, según su libre albedrío» (I, 18); «Nada puede prevalecer contra el tabernáculo [corazón] del Menor si el Menor no da su consentimiento» (I, 359). «El Menor se une a los Espíritus más sublimes (poderosos), tanto buenos como malos, para realizar su voluntad buena o mala conforme a su libertad» (I, 358), «La libertad genera la voluntad, y la voluntad adapta el pensamiento bueno o malo que ha concebido; y, tan pronto como ha obtenido el fruto, el Menor vuelve a sí mismo y, meditando sobre el producto de su

operación, se convierte en juez del bien o del mal que ha cometido» (I, 343).

La libertad moral del Menor es tan completa que el pecado de intención se vuelve tan grave como el pecado de acción, ya que la culpa consiste menos en el acto que en la voluntad. La culpa de los espíritus prevaricadores fue una intención no seguida de efecto (I, 21), la de Adán no fue tanto el deseo de crear sin la cooperación de Dios como el de pretender «profundizar perfectamente» en la omnipotencia divina y en la que le había sido concedida sobre el universo (I, 15); este pensamiento orgulloso, similar a la hybris[164] en la que los griegos veían la culpa trágica de sus héroes y la justificación de los terribles castigos que les afligían, permitió a los demonios tentar a Adán; el orgullo fue la brecha por la que el intelecto maligno pudo entrar en el corazón del Primer Hombre y, a causa de una culpa de intención, sus descendientes, aún hoy, son accesibles a las sugerencias de los demonios.

Pasqually no admite la excusa que se invoca con frecuencia para exculpar a los pecadores: la debilidad de la carne incapaz de resistir la tentación. No es la «forma corporal de la materia la que hace sucumbir al hombre a la tentación. Esta forma no se dirige por sí misma; no es más que el órgano del Menor; solo realiza las inspiraciones (sugerencias) buenas o malas que el Menor recibe del Espíritu bueno o malo. Así, cuando el hombre sucumbe, no debe atribuir su culpa a su forma corporal de materia, sino solo a su propia voluntad» (I, 344). La única «facultad innata» que puede «considerarse debilidad» es más bien una cualidad que un

164 Concepto griego que puede traducirse como «arrogancia, altanería, insolencia, soberbia, ultraje, desenfreno o desmesura» [NdT].

defecto y no puede «parecer desagradable al Creador; no deriva más que de una verdadera humanidad espiritual que enseña a hacer el bien por el mal que los demonios hacen que nuestros semejantes caídos [réprobos] cometan contra nosotros»; tal debilidad «merecería más bien el nombre de misericordia»[165] (I, 345).

La *Reintegración* no combate con menos vigor la tesis que niega la libertad y la responsabilidad humanas, considerándolas incompatibles con la presciencia divina y atribuyendo así al Dios omnisciente y omnipotente el mal que necesariamente debía prever y que no impidió. La Pitonisa, intérprete del Eterno, dice a Saúl: «Si estuviera en poder del Dios de Israel ser adivino, sería el motor del bien y del mal; sería un tirano cruel si permitiera y dejara hacer el mal a su criatura para luego castigarla por lo que él mismo podría haber impedido. Me atrevo, ante toda su corte temporal, a desafiar a este Dios omnipotente a penetrar y concebir la acción y la operación como cualquier acontecimiento que deba suceder a un ser espiritual menor, si este ser no lo ha concebido primero en su pensamiento. Si esto estuviera en su poder, sería verdaderamente injusto no detener los acontecimientos funestos. Es necesario que el Espíritu temporal (revestido de un cuerpo de materia) haya formado algún pensamiento para que la acción buena o mala derivada de este pensamiento sea conocida por el Eterno: si es buena, Él la recibe; si es mala, Él la rechaza; pero no se opone a la voluntad de su criatura» (I, 1385-386). Pasqually, dirigiéndose directamente a sus discípulos, dice por su parte: «Si el Creador hubiera tenido la posibilidad de detener la acción de las causas segundas espirituales temporales (Me-

165 Curiosa justificación de la caridad cristiana, tratado de como «debilidad» por los judíos que permanecen fieles a la ley del talión.

nores formados por un Espíritu y un cuerpo), no habría permitido que su Menor sucumbiera a la insinuación de los demonios, ya que lo había emanado expresamente para ser el instrumento particular de la manifestación de su gloria contra los mismos demonios». El hombre era un «segundo» enviado por su general para combatir a los enemigos; si este lugarteniente, desobedeciendo las órdenes recibidas, sucumbe, será castigado «porque poseía la fuerza al alcance de la mano»; pero el general no es vencido. Si este «diputado», en lugar de atacar a los enemigos, se alía con ellos para dar batalla al general, es un traidor: tal fue la prevaricación del Primer Hombre hacia el Creador[166] (I, 22-24).

166 En un pasaje en el que trata de la acción mística del «sello», admite que el principio de la libertad moral y la responsabilidad absoluta del hombre puede admitir una excepción. El sello, dice, convierte al Menor que lo ha recibido en «el depositario del bien espiritual y el guardián [carcelero] de los Espíritus prevaricadores», así como «todos los Menores que han sido devueltos a sus primeras virtudes y poderes espirituales divinos y han encontrado gracia ante el Eterno, como Adán, Abraham, Isaac, Jacob y muchos otros, no han vuelto a prevaricar después de su reconciliación, aunque seguían estando en formas corporales. Tan pronto como estos Menores fueron santificados y reconciliados, entregaron su libertad al poder de aquel de quien la habían recibido», de modo que «esta libertad solo engendró voluntades puras y la voluntad de estos Menores reconciliados solo adoptó pensamientos totalmente espirituales. Estos Menores así reconciliados ya no eran susceptibles de sucumbir a las trampas del demonio, ni de adoptar su intelecto abominable» (I, 343-344). Es evidente que este estado de gracia, en el que el fiel no tiene más voluntad que la del Padre, y que recuerda la abdicación en Dios de los doctores místicos, es considerado por Pasqually como un privilegio especialmente concedido a los Patriarcas y anunciado por una manifestación extraordinaria, es decir, por una teofanía completa, tal que los Menores ordinarios, incluso los más favorecidos,

* * *

Pasqually es menos gnóstico por las ideas contenidas en el *Tratado* que por haber practicado, como los gnósticos, un sincretismo sistemático. Al igual que en el agua mineral, el análisis revela, junto a las sales que le dan su carácter peculiar, «trazas» de diversos cuerpos que figuran en cantidades infinitesimales, en la Cristología de la *Reintegración* se encuentran, además de algunos conceptos fundamentales teñidos de gnosticismo y cábala, vestigios de doctrinas heréticas que proliferaron en los primeros siglos de nuestra era.

Pasqually se adhiere fugazmente al docetismo cuando afirma que «el cuerpo de Cristo no sufría ningún dolor en los tormentos que se le infligían»[167] (I, 249).

Al asimilar al hombre con Cristo, se acerca al montanismo, cuyos seguidores, numerosos en el siglo II, creían que Cristo se encarnaba en todo cristiano plenamente iniciado y, llegando a la conclusión lógica de su principio, se adora-

---

pueden esperar algo semejante de sus Operaciones. Pasqually olvida, por otra parte, que al principio de su tratado mostró a Adán recayendo varias veces en el pecado después de su primera reconciliación y que fue necesario el sacrificio de Abel para que esta fuera completa.

167 Es cierto que explica este estado de insensibilidad por un éxtasis que transportaba el espíritu de Cristo hacia Dios y suspendía así la conciencia orgánica; extiende este privilegio a varios mártires que, «siguiendo el ejemplo de Cristo, expuestos a terribles suplicios, disfrutaban de la misma gracia que él. Cristo estaba en contemplación con el espíritu del Padre y los felices mortales que lo imitaron estaban en contemplación con el espíritu del Hijo divino» (I, 249-250).

ban entre sí. Tertuliano recuerda que esta era la costumbre de los cristianos de Cartago en el siglo II; en el siglo VIII, Elipando de Toledo llamaba a Cristo Dios entre los dioses, porque todos los creyentes eran dioses como lo había sido Jesús; en el siglo XIII, la secta de los Hermanos y Hermanas del Espíritu Libre profesaba que el hombre podía unirse a la Divinidad y convertirse en uno con la fuente creadora de todas las cosas, y que quien se elevara de tal manera hasta Dios formaría parte verdaderamente de la Divinidad y sería Hijo de Dios en el mismo sentido y de la misma manera que lo era Cristo (Frazer: *La rama dorada*, I, 162).

Mani enseñaba que la ciencia de la salvación había sido revelada en diferentes épocas por Cristo, en armonía con el Primer Hombre, y que se había encarnado bajo los nombres de Buda, Zoroastro, Jesús y el mismo Mani.

En última instancia, el cristianismo esotérico de la *Reintegración* se vincula, al igual que las Operaciones a las que se dedicaban los lectores del *Tratado*, a la tradición mágica. Uno de los historiadores más competentes en esta ciencia secreta ha establecido que la humanidad primitiva concibió dos tipos de dioses humanos: el dios-hombre de la magia, un ser similar a los demás hombres por su naturaleza espiritual y física, pero dotado de manera superlativa de poderes extraordinarios sobre los fenómenos naturales y las fuerzas trascendentales que los producen, y el dios-hombre de la religión, un ser diferente del hombre y superior a él, que se encarna durante un tiempo más o menos largo en un cuerpo humano y manifiesta su ciencia y poder excepcionales con milagros y profecías (Frazer: *La rama dorada*, I, 99). Al hacer del Cristo de los Evangelios al mismo tiempo el tipo del Elegido Espiritual y aquel del cual el Elegido Cohen es una copia reducida, Pasqually tiende a confundir al

hombre-dios de la religión y al Hombre-dios de la magia; lo que, claramente, conserva sobre todo de los relatos apostólicos son los milagros, las apariciones y la Transfiguración, «testimonios» con las que Jesús probaba su naturaleza divina y su poder sobrenatural, como habían hecho los Elegidos Espirituales que la *Biblia* llama Abraham, Isaac, Jacob, Elías, Moisés. Pero el éxito de una Operación demuestra que Réau-Croix posee, al menos parcialmente, los mismos poderes y la potencia cuaternaria que ejerce es un anuncio y una promesa de la potencia octogonal que tendrá algún día. Así que todo el sistema, cristiano de nombre, místico en su forma, construido por Pasqually, apunta en última instancia a reconducir la religión a la magia.

* * *

Si observamos por qué caminos peligrosos para su ortodoxia Pasqually, con el pretexto del cristianismo esotérico, arrastraba a sus discípulos, es lícito preguntarnos cómo estos, cuya fe cristiana era muy sincera, no lo abandonaron. Es cierto que participaban en las Operaciones en las que la magia ceremonial desempeñaba un papel manifiesto, pero era una magia blanca, una magia divina, cuyo fin podía hacerla lícita a sus ojos. Por el contrario, en la *Reintegración*, los dogmas fundamentales de su religión estaban muy comprometidos. Si no se dieron cuenta, fue posible, en primer lugar, porque los místicos, más propensos al entusiasmo que a analizar las ideas, no suelen tener un sentido crítico muy desarrollado; en segundo lugar, porque la lengua inculta de Pasqually, la extrañeza de su vocabulario místico, la oscuridad involuntaria o calculada de su dialéctica y, por último y sobre todo, la habilidad con la que engañaba sobre

la naturaleza de Cristo[168] cubrían sus intenciones con un velo tan espeso que para penetrarlo se habría necesitado una clarividencia y una libertad de espíritu incompatibles con el profundo respeto que el Gran Soberano inspiraba a los Elegidos Cohen.

Por otra parte, encontraban en las enseñanzas de su maestro una afirmación bien concebida para halagar su imaginación y mantenerlos unidos a la Orden, es decir, que el Menor Espiritual, es decir, el adepto que había sido testigo de las manifestaciones, era devuelto al estado del Primer Adán, él mismo asimilado al Reconciliador o Cristo, de modo que los discípulos de Pasqually que tenían éxito en las Operaciones se elevaban por encima de la condición humana ordinaria para convertirse en verdaderos Hijos de Dios, en armonía con el Hijo divino. Esta promesa estaba implícita en el título del grado más alto de la iniciación, en cuyo nombre la ordenación otorgaba todo su valor místico y confería al adepto la calidad de «Maestro Poderoso»: ya que Réau-Croix estaba compuesto por el nombre secreto del Primer Adán (Réau) y el término que designa el símbolo cristiano por excelencia.

Cabe señalar también que, para los discípulos de Pasqually, el objetivo final de las Operaciones era ponerlos en comunicación con aquel a quien su fe llamaba Nuestro Se-

168 Ya hemos visto suficientemente cómo Pasqually sabía jugar con las palabras: Cristo y el Hombre-Dios, dándoles alternativamente su significado tradicional o un significado que respondía a sus teorías secretas. He aquí otro ejemplo de su destreza en este tipo de engaños: cuando habla (I, 151) de «los hombres procedentes de la última época de Cristo», entiende «desde la manifestación más reciente del Reconciliador», pero un lector desprevenido podía, y debía, entender «desde la época en que Jesús vivió y enseñó».

ñor, y que ciertos Pasos eran considerados por ellos como «manifestaciones sensibles de Cristo». Matter, que sostiene esta hipótesis, destaca el testimonio de una persona digna de crédito según la cual un iniciado en el grado supremo, el conde de Hauterive, aseguraba haber llegado, tras varias Operaciones coronadas por el éxito, al «conocimiento físico de la Causa activa e inteligente». El historiador señala que con esta fórmula la escuela de Pasqually designaba al Verbo, la Palabra o el Hijo de Dios de la teología cristiana, y concluye que los Elegidos Cohen creían poder llegar «a la intuición o a la visión de Cristo» (VIII, 64-65). Esta opinión es sostenible, siempre y cuando por «visión de Cristo» se entienda la aparición luminosa del jeroglífico que lo representaba. Esta aclaración se justifica por un pasaje de una carta de Saint-Martin a Kirchberger en la que el antiguo Elegido Cohen declara que, en la escuela en la que había estado veinticinco años antes, las comunicaciones de todo tipo eran numerosas y frecuentes, que él había tenido su parte, como los demás, y que en esta parte «estaban comprendidos todos los signos indicativos del Reparador». Ahora bien, la personalidad del Reparador es cierta, ya que Saint-Martin se encargó de añadir que «el Reparador y la Causa activa son lo mismo». Por otra parte, la expresión «signos indicativos» parece querer indicar una epifanía simbólica y parcial. Que esta visión fragmentaria fuera el objetivo perseguido por los místicos que habían entrado en la escuela de Pasqually es lo que se desprende de una nota del propio Saint-Martin. Respondiendo a Kirchberger, que le informaba sobre las visiones de D'Hauterive, el teósofo, en quien la enseñanza recibida de Pasqually había dejado profundas huellas, concluía: «Si los hechos de D'Hauterive son de orden secundario (suscitados indirectamente por

Cristo), son representativos solo en relación con la gran obra interior de la que hablamos (conocimiento intuitivo de la Causa activa e inteligente) y, si son de clase superior (representantes de Cristo en persona), son la misma gran obra» (VIII, 374). Por último, Pasqually parece haber alentado esta forma de ver las cosas, si el dibujo que envió a Willermoz, para hacerle conocer el aspecto de una manifestación luminosa de la que afirma haber sido testigo durante una Operación, representaba precisamente, al parecer, el Schin (la S hebrea) que el *De Verbo Mirifico* de Reuchlin decía que era el jeroglífico de Cristo.

Según el antiguo axioma adoptado por los ocultistas: «Solo se conoce lo similar a través de lo similar», los Elegidos Cohen tenían derecho a creer que, el día en que se produjera «la manifestación de la gloria divina para la reconciliación de la posteridad pasada, presente y futura del Primer Hombre» (I, 66), ya no habría diferencia entre los Menores y Cristo. Así, cada Menor Espiritual era un Cristo en potencia y, si la *Reintegración* nunca expresa claramente esta doctrina, al menos la conclusión a la que llegaron las deducciones de algunos Elegidos Cohen como Bacon de la Chevalerie, Sustituto General del Gran Soberano, que se consideraba similar a Cristo[169], y el abad Fournié, que escribía: «Puesto que este Hombre, Jesucristo, nació de Dios Hombre-Dios, por haber hecho la voluntad de Dios, debemos concluir que, si hacemos la voluntad de Dios, no-

169 El abogado lionés Milanois, muy involucrado en el movimiento ocultista, le escribía a Willermoz sobre Bacon: «Aunque ambos han bebido de las mismas fuentes (la Orden de los Elegidos), piensan de manera muy diferente; ustedes creen en Jesucristo y él se cree similar a él. Esto es lo que no he podido escuchar sin asombro y sin escándalo» (V, 336).

sotros mismos naceremos de Dios como Hombres-Dios y entraremos en la unión eterna de Dios» (VIII, 36-37). Estos discípulos habían ido más allá de lo que su maestro parecía querer llevarlos[170], pero su error nos demuestra plenamente qué ideas suscitaba la enseñanza secreta de Pasqually en las mentes simplistas poco familiarizadas con las sutiles distinciones de la teología.

La Orden tenía aún otro atractivo para sus miembros: daba a su fe la prueba material de la que, quizá sin confesarlo, sentían una necesidad imperiosa. Hay que insistir en este hecho, ya que explica por sí solo por qué los discípulos de Pasqually seguían ciegamente a su maestro. Este era consciente de esta disposición de ánimo y sabía cómo aprovecharla. Habla con tono perentorio en nombre de una revelación incontrolable y profesa un respeto sin reservas por la *Biblia* y el *Evangelio*. Reprocha a los «supuestos sabios que no comprenden la posibilidad del diluvio y que ignoran por qué el Creador envió ese flagelo a la tierra, y no dudan en negar el hecho». Les reprocha que ridiculizan «a quienes creen en ello» y consideran «personajes imaginarios a aquellos a quienes el Creador había anunciado el acontecimiento antes de que llegara y el decreto que había establecido en su inmensidad», y se niega a detenerse «ante sus débiles objeciones» (I, 142). Pero esta fe, aparentemente inquebrantable, necesita un apoyo; es, podríamos

170 En cualquier caso, Pasqually no dudaba en compararse a sí mismo con Cristo, considerado como el Elegido Espiritual; en una advertencia enviada a algunos discípulos insubordinados, les invitaba a meditar el Evangelio que él les enseñaría: «a someter su voluntad a aquel a quien se le ha concedido el don de hacer actuar la Cosa (obtener las manifestaciones) y servir de ejemplo a sus discípulos» (II, 186).

decir, una fe a beneficio de inventario, una fe que requiere pruebas motivadas basadas en el testimonio de los sentidos. De hecho, ¿qué era una Operación sino una búsqueda obstinada de una prueba material que pudiera confirmar la realidad de las doctrinas enseñadas por el fundador de la Orden? Pasqually lo reconoce expresamente en su correspondencia y, previendo la duda que sus discípulos podrían tener sobre su teoría de la reconciliación espiritual y que podrían pedirle una «prueba física», les dice en *La reintegración*: «Cuando hayáis tenido la suerte de conocer el tipo de trabajo de Set, lo que los sabios han hecho después de él [Operaciones que provocaban las manifestaciones], no me haréis más preguntas de este tipo» (I, 129). Al igual que, en nuestros días, podría hacerlo un profesor de química o de física al demostrar una ley natural con el resultado previsto de un experimento realizado en determinadas condiciones, él presenta las manifestaciones, ya sea haciéndolas aparecer ante los ojos de los discípulos desanimados por intentos infructuosos, ya citando los nombres de los adeptos que han sido testigos de ellas, como piedra de toque, a partir de la cual se reconoce el valor de su enseñanza.

La Reintegración procede con el mismo estado de ánimo, exponiendo lo que podría llamarse una concepción místico-racionalista del milagro, es decir, del hecho sobrenatural considerado como la confirmación necesaria de un dogma y como demostración tangible, la única capaz de establecer una convicción sólida. *La Reintegración* no se limita a citar como garantes sobre todo a los personajes bíblicos que han sido testigos de teofanías, como Abraham, Isaac, Jacob, que escucharon la voz del Eterno, como Moisés, o que, como Elías y Jesús, abandonaron este mundo de manera sobrenatural; no cree que el período de los milagros pueda ha-

ber terminado, si la fe debe seguir viva como lo estaba en aquella época; no admite que el fiel pueda contentarse con las pruebas indirectas que ofrecen las *Sagradas Escrituras*. Habla con desdén de la fe ingenua de quienes prescinden de las pruebas manifiestas y actuales. «Los hombres de este siglo se han alejado de todo conocimiento divino con el pretexto de una supuesta fe ciega que les ha hecho perder totalmente la idea de la verdadera fe. La fe sin obras[171] [pruebas sensibles] no puede considerarse verdadera fe. Las obras que el hombre puede producir con la débil fe [iluminación interior, experiencia íntima] que es innata en todos los hombres, no pueden considerarse verdaderamente pertinentes a la fe» (I, 152). Así, el cese de los milagros tras la muerte de Jesucristo sacudió el fervor religioso: «Los hombres, llegados después de la última época de Cristo, al no tener ya ante sus ojos las manifestaciones divinas que se produjeron en los primeros siglos, han perdido de vista el conocimiento del gran culto divino» y «como ya no ven perpetuarse los prodigios de la justicia del Creador. Ya no se encuentra un Justo (creyente sincero) en este siglo» (I, 151). El espectáculo de la naturaleza, donde se manifiesta la acción de la Providencia, puede bastar para convencer a un vicario saboyano de la existencia de Dios y alimentar un deísmo tibio y vago, pero el verdadero creyente, es decir, el hombre del deseo, tiene derecho a ser más exigente: «¿Cómo reconciliar [reducir a Dios] a los hombres del siglo presente que nunca han visto ninguna manifestación física,

171 El significado particular que se da aquí a la palabra «obras» es un nuevo ejemplo de la habilidad con la que Pasqually se aleja de las expresiones consagradas por el uso; el término, que designaba comúnmente los actos virtuosos o caritativos con los que el fiel demostraba la sinceridad de su ley, se aplica a las manifestaciones sobrenaturales.

espiritual o divina ante ellos, salvo las que se producen por medio de las leyes inmutables que deben accionar y mantener la creación universal durante el tiempo prescrito por el Creador?» (I, 51-52).

El único medio eficaz para devolver al sentimiento divino el vigor perdido es recordar que el ojo es «el órgano de la convicción» (I, 359), que «la fe del hombre no puede ser viva y perfecta si no es estimulada por un agente superior» [manifestación de un Espíritu]. Cuando «el hombre produce obras que considera que no le pertenecen (ya que el éxito de las Operaciones depende de la colaboración de seres trascendentales) y que manifiestan toda la fuerza de la fe que actúa en él» (I, 152). En resumen, hay que buscar el milagro allí donde se esconde en acto, es decir, en la Cámara de Operaciones. Es allí donde se encuentra el hombre del deseo que, como los hombres del siglo, no ha «abandonado las ciencias espirituales para dedicarse al comercio y al deseo de los bienes materiales, lo que ha puesto un velo espeso sobre sus ojos» (I, 152), estará marcado con el sello «que recibieron con la operación espiritual de los Justos los hombres que debían ser reconciliados», sello que les fue «enviado visiblemente y sin misterio» y que servía « para estar dispuestos a fortalecerse cada vez más en la fe y en la confianza en la misericordia del Creador y con el fin de poder sostener con firmeza invencible toda la poderosa manifestación de la justicia divina que podía operarse espiritualmente [con la manifestación de un Espíritu] ante ellos con Cristo [por intervención del Reconciliador] entre todos los habitantes de la tierra que vivían en privación divina» (I, 41). Experimentarán el «cambio incomprensible» [maravilloso] que se produjo en los patriarcas menores cuando, al aparecer Cristo en el Infierno,

«por este medio [esta manifestación] se convencieron más que nunca durante su vida pasajera de la ternura inviolable que el Creador tenía y tendría eternamente por su criatura» (I, 44). A semejanza de Esaú, a quien Isaac bendijo cuando su primogénito se quejó de haber sido despojado de la herencia mística [la comunicación con lo divino], diciéndole: «La bendición que derramo sobre ti viene del Eterno, como el rocío sobre las plantas para nutrirlas viene de lo Alto». El Cohen elegido, al salir de la Cámara de Operaciones, «se retirará más satisfecho de su Padre de lo que estaba antes» (I, 226-227), después de haber constatado que, utilizando el término consagrado por su escuela (IX, 18), la enseñanza de su maestro había sido «confirmada» con una manifestación[172].

Es cierto que Pasqually negaba proporcionar a sus «émulos» pruebas materialmente burdas, porque la «forma gloriosa» vislumbrada en los Pasos recibía, según él, su luz de un fuego supracelestial que no tenía nada en común con

172 La desconfianza que inspira a Pasqually la intuición procedente del éxtasis es característica en este sentido. El éxtasis es, según él, el efecto de una «perturbación violenta» causada por la presencia de un Espíritu, pero este puede ser un demonio. Cuando el Espíritu perverso, apareciéndose a Adán bajo una forma gloriosa, le sugirió que ejerciera su poder creador, el Primer Hombre «cayó en éxtasis». En este estado, el Espíritu maligno le insinuó su poder demoníaco y Adán, «recuperado de su éxtasis espiritual animal, pero conservando una mala impresión del demonio, decidió practicar la ciencia demoníaca en lugar de la ciencia divina» (I, 16). El místico puede, por tanto, equivocarse sobre el valor de las revelaciones que le aporta la experiencia íntima, mientras que, al reservarse el jefe de los Elegidos Cohen el derecho de interpretar los Pasos, el peligro de error se reduce al mínimo para los adeptos que son testigos de ellos.

el del eje del fuego central, lo que le permitía decir a los Réau-Croix: «La Verdad habla al hombre del deseo en un lenguaje que no puede ignorar, porque no recibe nada de la materia; es completamente espiritual, ya que emana directamente del Creador» (I, 170). Pero este fenómeno sobrenatural adquiría todo su valor por el hecho de ser visto por el ojo del operador; constituía, cualquiera que fuera su origen, un hecho de experiencia como aquellos en los que se basa toda convicción razonada.

La necesidad de hechos tangibles que justificaran un postulado místico no era peculiar de la Orden de los Elegidos Cohen; es un rasgo característico del misticismo del siglo XVIII. El racionalismo que dominaba entonces no admitía más axiomas que los demostrados por el testimonio de los sentidos y solo practicaba el método empírico. El misticismo contemporáneo, aunque sigue siendo fiel a los objetos por los que su rival no se interesaba, se ve arrastrado a su pesar por la corriente que pretende remontarse haciendo involuntariamente concesiones al espíritu de la época. El místico puede, por definición, prescindir del testimonio de los sentidos externos para asegurar sus creencias; le bastan la autoridad de los libros sagrados y el sentido íntimo; considera cerrado el período en el que los hechos milagrosos eran necesarios para hacer triunfar la verdad ante los ojos de los escépticos y se contenta con revelaciones interiores que dan a la fe la claridad y la fuerza de la evidencia. Pero en el siglo XVIII, el espíritu científico, que para estar convencido, quiere ver y tocar, solo cree en la realidad de las construcciones a priori después de haberlas sometido al control de la experiencia y no admite como prueba de los principios enunciados que los fenómenos cuya manifestación el hombre puede probar o modificar a su antojo se imponen

a todas las inteligencias y penetran incluso en las mentes. que, por su conformación, parecen tener que ser inaccesibles. Todos los místicos contemporáneos de Pasqually, en diferentes niveles, desde los jansenistas convulsivos hasta los mesmerianos espiritualistas, sufrieron su influencia. La misma necesidad de pruebas atormenta a los pietistas de todo tipo; se remiten, más o menos abiertamente, a lo que dice el *Evangelio* de Juan: «Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque no me creáis, creed a las obras, para que sepáis y reconozcáis que el Padre está en mí y yo en el Padre» (X, 37-38).

Los impostores se sirven de esta disposición de los ánimos para explotar a sus víctimas. Gassner obra en Baviera curaciones maravillosas exorcizando a los enfermos; la Escuela del Norte espera en Estocolmo la aparición de San Juan; Schroep maquina en la trastienda de su café de Leipzig materializaciones; Gugomos promete a los suscriptores cuyas contribuciones le permitirán levantar en Jena el Adytum Sacrum, hacer descender fuego del cielo para consumir en el altar a la víctima inocente; los discípulos de Cagliostro se convencen de haber visto en Lyon al profeta Elías planear sobre su asamblea en una nube azul.

Sea cual sea la forma en que se manifieste esta remota referencia al testimonio de los sentidos, es indicio de la desorientación en la que sumen los constantes avances del racionalismo a los espíritus más fieles a las creencias tradicionales. La fe en los dogmas revelados, socavada por una crítica cada vez más agresiva, sostenía de manera imperfecta la religión heredada, que debía buscar otros apoyos. Podía apoyarse en un argumento ético; la «religión natural», predicada entre otros por Rousseau, presentaba, apelando al sentimiento, algunas de las doctrinas esenciales del cristianis-

mo: la providencia, la justicia divina, los decretos absolutos de la conciencia ética, la vida futura con sus recompensas y castigos, la sublimidad de la moral evangélica. Pero esta religión privaba al cristianismo de los elementos místicos que le habían dado tanto poder sobre las almas; solo quedaba un medio para devolverle su virtud específica: readmitir lo sobrenatural en sus derechos, estableciendo, para fortalecer la fe de los creyentes y confundir a los incrédulos, con hechos manifiestos que violaban las leyes naturales e inexplicables para la razón, que el mundo trascendental existía en realidad y en acto. Esta idea debía surgir naturalmente en los lectores de la *Biblia* y del *Evangelio* cuando sentían que el escepticismo del entorno se insinuaba sutilmente en sus corazones: ¿Acaso Moisés, Elías y el mismo Jesús no se vieron obligados a recurrir a milagros para convencer a la multitud ciega? ¿Por qué negar a la bondad y la omnipotencia divinas el derecho a utilizar un medio de demostración tan eficaz en una época en la que la incredulidad triunfante lo hacía tan necesario como en los tiempos que las Sagradas Escrituras habían conservado en la memoria? Lavater, siempre en busca de hechos de origen sobrenatural que confirmaran lo que le enseñaba una religión de la que era ministro, es el representante más conocido de esos místicos racionalistas. Pasqually, que permaneció durante mucho tiempo en la sombra, es el único de ellos que imaginó un modo práctico y teóricamente fundado para satisfacer su sed de certeza y su gusto por lo maravilloso, y los Elegidos Cohen, tan dóciles a sus instrucciones, son precisamente los hijos de una época a la que parecen tan ajenos por sus aspiraciones como por sus operaciones mágicas.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

SUMARIO TOTAL DE LA OBRA

LIBRO I
DOCTRINAS Y PRÁCTICAS DE LOS
ELEGIDOS COHENS

ADVERTENCIA

Capítulo I. — La «Reintegración»: Cosmología y antropología.

Oscuridad del Tratado. — Versión esotérica del Génesis y del Éxodo. — Cosmología pneumatológica. — Rebelión de los Espíritus y creación del mundo material. — Emanación del Menor Espiritual. — Jerarquía de los Espíritus. — Falta del Hombre-Dios y sus consecuencias. — Reconciliación de Adán. — Nuevas faltas. — Descendientes de Caín y descendientes de Set. — Los Menores Elegidos

Capítulo II.— La «Reintegración»: Tipología, aritmosofía, geometría esotérica.

Interpretación simbólica de los relatos bíblicos: Arca de la Alianza, Sinaí, Paso del Mar Rojo, Tabernáculo. — Significado de los «tipos»: Creador, Espíritu Mayor, Abraham e Ismael, Jacob y Esaú, Menor Elegido; actos «típicos».

Significado místico de los doce primeros números. — Descomposición de los números. — Suma y multiplicación de los signos numéricos.

Figuras místicas: cuadro del universo antes de la caída de Adán. — Los tres círculos. — Los cuatro círculos. — El triángulo. — El triángulo punteado. — El tema fundamental del tratado. — Los dogmas y el ritual

Capítulo III. — Las «Operaciones».

Inacabado del ritual. — La invocación diaria. — La invocación de los tres días. — Traje del operante. — Trazado de la cámara de operación.— Postraciones e inciensos. — El trabajo del equinoccio: «exconjuraciones». — Trazado, círculos de correspondencia, jeroglíficos. — Virtud mística: regla de vida; ordenación; cooperación simpática. — Influencia astral. — Gracia divina. — Objetivo de las Operaciones; clave del sistema teosófico de los Elegidos Cohens

Capítulo IV. — Naturaleza y significado de los «pases».

La «Cosa». — Naturaleza de las Pasadas. — Su interpretación. — Las dos formas «gloriosas». — Los Elegidos Espirituales. — Reconciliación y reintegración. — Reconciliadores. — Sellos. — Importancia doctrinal de las Pasadas. — Vía interna y vía externa. — Los grados del conocimiento místico: éxtasis y manifestaciones.

Capítulo V. — Las Operaciones y el Culto divino.

Esbozo de una historia religiosa. — Identidad de las Operaciones y del verdadero culto divino. — Revelación y tradición del verdadero culto por Abel, Seth, Enoc, la segunda posteridad de Noé, Jacob, Moisés, Salomón. — Ceremonial de los Elegidos Cohens observado por los Patriarcas y los Profetas. — Sentido místico de las postraciones y los holocaustos. — Huellas en la Biblia de cooperación simpática y «tracción».

«Año misterioso» y «días espirituales». — Cálculo del tiempo enseñado a los diferentes pueblos por los «maestros espirituales». — Incertidumbre del cómputo secreto de los Elegidos Cohens.

Doctrinas astrológicas: jerarquía de los círculos planetarios; eje central y cuerpo solar; cometas; influencia favorable o nefasta de los planetas según las conjunciones; espíritus planetarios buenos y malos; importancia de los equinoccios y las fases de la luna.

LIBRO II
ELEGIDOS COHENS Y TRADICIÓN OCULTISTA

Capítulo I. — El esoterismo judío, desde sus orígenes hasta el siglo XVIII.

Pasqually, «gran cabalista». — Comentarios de la Biblia justificados por una tradición secreta y por la iluminación. — Tanaim y Amoraim. — Los dos Talmuds. Halajá y Hagadá. — Influencias caldeas y persas. — La gnosis judía y sus mediadores. — Obra del Carro y Obra de la Creación. — Gematría, Notarikón, Thémurah, Zeruph. — Filón y la interpretación simbólica. — El Sepher Jeshira. — La Cábala y sus principales temas. — El Zohar

Capítulo II. — Las fuentes de la reintegración: la Biblia y el Talmud.

Significado del título de Cohens. — Distinción fundamental entre los hebreos y los judíos. — Pasqually y el hebreo. — Motivos tomados de la Biblia: el «el»; régimen de los adeptos; inspiración profética; «el hombre de deseo»; la «forma gloriosa»; la «tracción»; el cómputo sagrado; fórmulas bíblicas; ritual de las Operaciones; traje del Operante; los holocaustos; las neomenias; proscripción de los cojos; significado del número 40; la sangre como fuente de la vida orgánica; «bautismo de sangre»; milenarismo.

Temas talmúdicos: tradición oral y secreta; interpretación mística de los nombres propios y geográficos; exégesis alegórica de los relatos bíblicos; elementos hagádicos de la *Reintegración*; pa-

pel eminente de Seth, Enoc y Elías; principio bueno y malo; supremacía del hombre sobre los ángeles; velas de representación

Capítulo III. — Las fuentes de la Reintegración: la Cábala y las tradiciones orientales.

Temas cabalísticos: Denario y Sephiroth; Dominación y Malkuth; Adam Kadmon; Anima Mundi; composición ternaria de los seres; Espíritu Mayor y Metatrón; el Reconciliador de los cabalistas; poder cuaternario que se convierte en octonario; posteridad espiritual de Adán; papel de la luna y Libra; mística de los números 3, 4 y 6.

Astrología y demonología caldeas. — Física jónica: Heráclito; fuego central creador y destructor; Libros Sibilinos. — Cosmología, antropología y escatología mazdeístas. — Concordancia con el maniqueísmo, el sabeísmo y el mitraísmo. — Importancia secundaria de estas concordancias. — La aritmética pitagórica. — Los neopitagóricos del siglo I al siglo IX. — La aritmosofía en la Edad Media. — Los humanistas: Nicolás de Cusa, Reuchlin, Georgio de Venecia, C. Agrippa, G. Bruno, Van Helmont. — La aritmosofía convertida en ciencia secreta en el siglo XVI. — Su influencia en los símbolos masónicos. Originalidad relativa de la aritmosofía de la Reintegración: concepción teosófica del Uno, del Diez y del Cuatro. — La díada platónica. — El senario y el septenario cabalísticos. — El quinarario judío. — El octonario egipcio. — Concepción original del ternario y el nonario. — Combinaciones aritméticas de los pitagóricos y sus discípulos. — Indigencia de la geometría mística de Pasqually en comparación con la de los pitagóricos y los neopitagóricos. — El círculo y el triángulo

Capítulo IV. — La magia de los Elegidos Cohens.

Cábala práctica. — Magia judía del siglo XVI al XV. — El Schemha-mephorasch y los «nombres espirituales». — La «Palabra». — Los jeroglíficos de la Cámara de Operación. — El «Escudo de David». — El Libro del Ángel Rasiel. — El IV Libro de la

Filosofía Oculta de C. Agrippa. — Las suelas de corcho. — El «fuego nuevo».

Pasqually, mago. — Sus conocimientos trascendentales y sus poderes sobrenaturales: acción mística; segunda vista; conocimientos biológicos; dones de interpretación; ciencia astrológica; curación por exorcismo.

Los caracteres de la magia de los Elegidos Cohens: horror a la brujería; reprobación de la astrología, la adivinación vulgar, la alquimia. — Magia religiosa.

Capítulo V. — Cristianismo esotérico.

La «catolicidad» de Pasqually. — Aparente insuficiencia de la documentación sobre la cristología de la *Reintegración*. — Oscuridad de sus declaraciones sobre esta cuestión. — Decorado cristiano. — Sentido genérico del «tipo». — Confusión deliberada entre Jesucristo y el Cristo trascendente. — Las sucesivas manifestaciones del Reconciliador. — Los diez Menores Elegidos y Jesucristo. — El Primer Adán y Cristo. — El Hombre-Dios de la tierra. — Sentido esotérico dado a los dogmas cristianos y a los relatos evangélicos. — Triple significado del descenso de Cristo a los infiernos. — Inversión de los procedimientos de la apologética cristiana.

Capítulo VI. — Gnosticismo y misticismo racionalista.

Rasgos gnósticos: emanación; causa de la formación del mundo; antagonismo entre el principio bueno y el malo; las tres clases de hombres; «sello» o «carácter»; reencarnaciones del Salvador; teorías idénticas en Heraclón, Marción, los barbelo-gnósticos, los setianos y los arcontitas; astrología, exégesis alegórica y aritmosofía. — Gnosticismo cabalístico. — Emanación y creación. — Irrealidad de la materia. — Eternidad de los espíritus. — Refutación del gnosticismo antibíblico. — Argumentos a favor del libre albedrío de los espíritus y del Menor. — Huellas de docetismo, montanismo y maniqueísmo. — Dios-Hombre de la

religión y de la magia.

Razones del atractivo que ejerce la Orden sobre los místicos cristianos: «visión de Cristo»; identidad del Menor Espiritual y del Reconciliador; concepción místico-racionalista del milagro.

Necesidad de pruebas que experimentaban los místicos en el siglo XVIII. — Partido que sacan los taumaturgos. — Lavater y Pasqually. — Los Elegidos Cohens y el espíritu de la época

LIBRO III
ORGANIZACIÓN E HISTORIA DE LA ORDEN

Capítulo I.— El rito masónico: la clase del atrio.

Francmasonería simbólica y francmasonería escocesa. — Tendencias ocultistas de los grados escoceses. — El rito escocés de los Elegidos Cohens.

Imitación y adaptación de los motivos masónicos: títulos, fórmulas; Elegido de los Nueve y Elegido de los Quince; grado de Maestro y signos de reconocimiento; traje del Operante; los Noachitas o Chinos.

Historia de los grados. — Organización provisional del rito. — Los grados azules.

Clase del Atrio: Aprendiz Elegido Cohen: ceremonia de recepción y catecismo; Compañero Elegido Cohen; Maestro Particular. — Papel iniciático de los grados del Porche.

Capítulo II.-— El Rito masónico: los Altos Grados Cohen.

Maestro Elegido Cohen: cristianismo esotérico; Helio, encarnación de Cristo; identidad del Menor Espiritual y del Reconciliador.

Grandes Maestros Cohens: Desaparición de los emblemas masónicos; la «simple ordenación»; «Palabras de Poder»; el «gran ceremonial»; Círculos de Correspondencia; Moisés, patrón del

grado; significado simbólico del mobiliario del Templo de Jerusalén; funciones de los Grandes Maestros Cohens: exorcistas, acólitos y catequistas.

Grandes Elegidos de Zorobabel: interrupción de la iniciación y aparente retorno a la masonería escocesa; el personaje de Zorobabel y el grado caballeresco del Caballero de Oriente o de la Espada; interpretación mística del grado escocés: Zorobabel y Cristo; espiritualización del símbolo del segundo Templo; teoría de la transmisión secreta del verdadero culto divino arrebatado a los hebreos; trabajos de los Grandes Elegidos.

El Réau-Croix: abandono casi completo de las formas masónicas; términos y emblemas ocultistas de la circular que anunciaba oficialmente la ordenación de un Réau-Croix

Capítulo III. — Masonería mística y masonería de adopción

Concordancias entre los rituales Cohen y los grados escoceses místicos. — El Caballero de la Rosa Cruz: origen e interpretaciones diversas del título; carácter específicamente cristiano del grado; el Tercer Punto de la Rosa Cruz; confusión premeditada entre el título de Réau-Croix y el de Rosa Cruz; la Cena mística y la comunión del Réau-Croix.

La «masonería mística»: leyenda del Arco Real; Hiram, emisario divino; cuartos de círculo; escalera de tres peldaños; espíritus invocados; encarnaciones sucesivas de Cristo.

La «masonería de adopción»: su razón de ser y sus características particulares. — Repugnancia de Pasqually a admitir a las mujeres, sus motivos; autorización condicional otorgada por los Estatutos de la Orden; la iniciación de Mne Willermoz; las tres Elegidas Cohens

Capítulo IV. Martinês de Pasqually y la Francesa Elegida Escocesa (1760-1765).

Nacionalidad incierta de Pasqually; argumentos a favor de su ascendencia judía. -— Su retrato moral. Inicios desafortunados

en Toulouse. — Éxito en Foix. — Afiliación a la Francesa de Burdeos. — Reacción de los masones racionalistas de Burdeos contra la propaganda ocultista. — Declaración de guerra de la inglesa de Burdeos. — Reconocimiento de la Francesa Elegida Escocesa por la Gran Logia de Francia

Capítulo V. — El Tribunal Supremo y el reclutamiento de 1766-1770.

Lucha de la Gran Logia contra los Capítulos y Ritos Escoceses. — Rivalidad entre los Caballeros de Oriente y los Emperadores de Oriente y Occidente. — Decreto de la Gran Logia prohibiendo los Altos Grados (14 de agosto de 1766)

Primer viaje de Pasqually a París; condena dictada contra él por la Gran Logia; disolución de la Gran Logia el 21 de febrero de 1767 en virtud de un edicto real; fundación y composición del Tribunal Supremo; apertura del Templo de Versalles. — Visitas de Pasqually a las logias que encontró en su camino de regreso. — Asunto Bonnichon-Du Guers. — Progresos de la Orden. — Conversión de los «antagonistas» de Burdeos. — Lista de logias afiliadas

Capítulo VI. — París y Lyon contra Burdeos.

Recriminaciones del Tribunal Supremo. — J. B. Willermoz: su importante situación en la Orden; su recepción en el grado supremo; sus decepciones. — La falsa maniobra de Grainville. — Requisitoria de Willermoz. — Memoria justificativa y réplica de Pasqually. — Propuestas condicionales del Tribunal Supremo y réplica del Maestro. — Victoria provisional obtenida gracias a la tenacidad de Pasqually

Capítulo VII — El fin del reinado del Gran Soberano (1771-5 de mayo de 1772).

Redacción apresurada de los cuadernos de grados. — Envíos frecuentes de documentos a Lyon. — Quejas continuas de Willermoz. — El vestido de seda de la Sra. Pasqually.

Segunda estancia de Pasqually en París (febrero a mayo de 1771); reclutamiento del abate Rozier. — Tercera estancia (agosto a octubre de 1771); misterioso y grandioso proyecto de Pasqually; instalación definitiva del Templo de Versalles. — Desacuerdos entre Rozier y Willermoz.

Redacción de la *Reintegración*; extractos comunicados a Willermoz. — Nuevos envíos de documentos a Lyon. — La Operación Equinoccio de marzo de 1772.

Partida de Pasqually hacia Santo Domingo (5 de mayo de 1772).

Capítulo VIII. — La agonía y la muerte de la Orden.

Esfuerzos de Pasqually por mantener el contacto con sus discípulos. — Campaña cismática de d'Hauterive. — Intrigas fusionistas de Bacon retomadas por Willermoz. — Negociaciones de los Elegidos Cohens de Lyon con la Estricta Observancia alemana. — Los Caballeros Benefactores de la Ciudad Santa. — Desánimo de Pasqually. — Su muerte (20 de septiembre de 1774).

Deserción general al sur del Loira. — Enfriamiento del celo entre los principales discípulos del Maestro. — La evolución mística de Saint-Martin; sus oscilaciones entre la «vía externa» y la «vía interna»; su propaganda disidente entre los Elegidos Cohens de Eu y Versalles. — Planes de reforma de Grainville y Champoléon.

El Convento de las Galias. — Desorientación de los Elegidos Cohens ortodoxos. — Petición de los ocho Orientales al Gran Soberano de Las Casas (16 de agosto de 1780). — Abdicación masónica del Gran Soberano. — Depósito de los documentos de los Templos en los archivos del Régimen de los Filaletos (1781). — Desaparición de la Orden

Capítulo IX. — Leyendas y estadísticas.

Viajes de Pasqually a Oriente. — Interpretaciones dadas a la palabra «Cohen». — Doctrinas falsamente atribuidas a la Orden

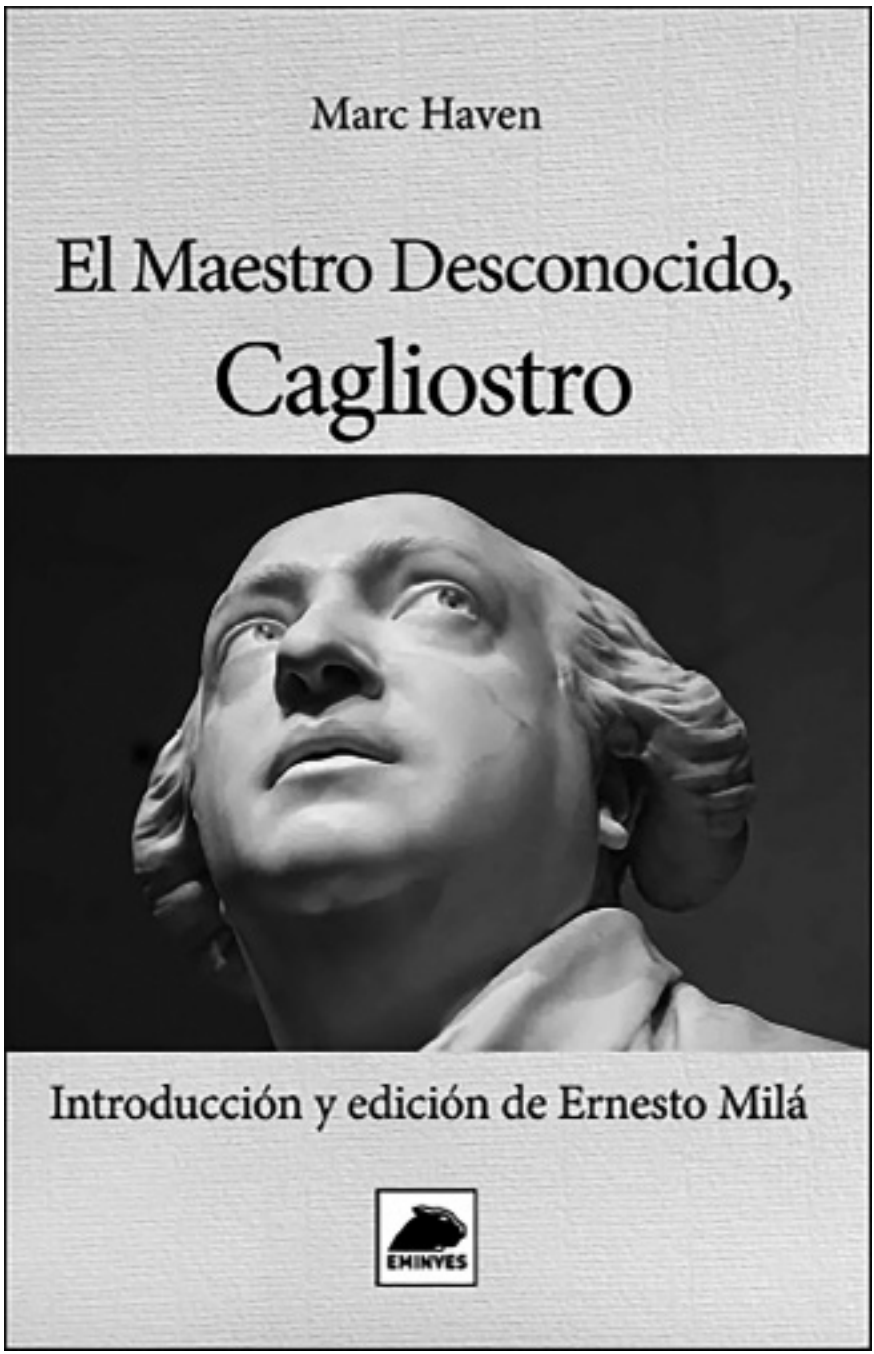
por Thory y Gleichen.

Los martinistas: confusión entre la Orden de los Elegidos Cohens, los Caballeros Benefactores y los lectores de San Martín. — Juicio en parte erróneo de J. de Maistre.— Los martinistas según Barruel, J.-J. Mounier y Thory.

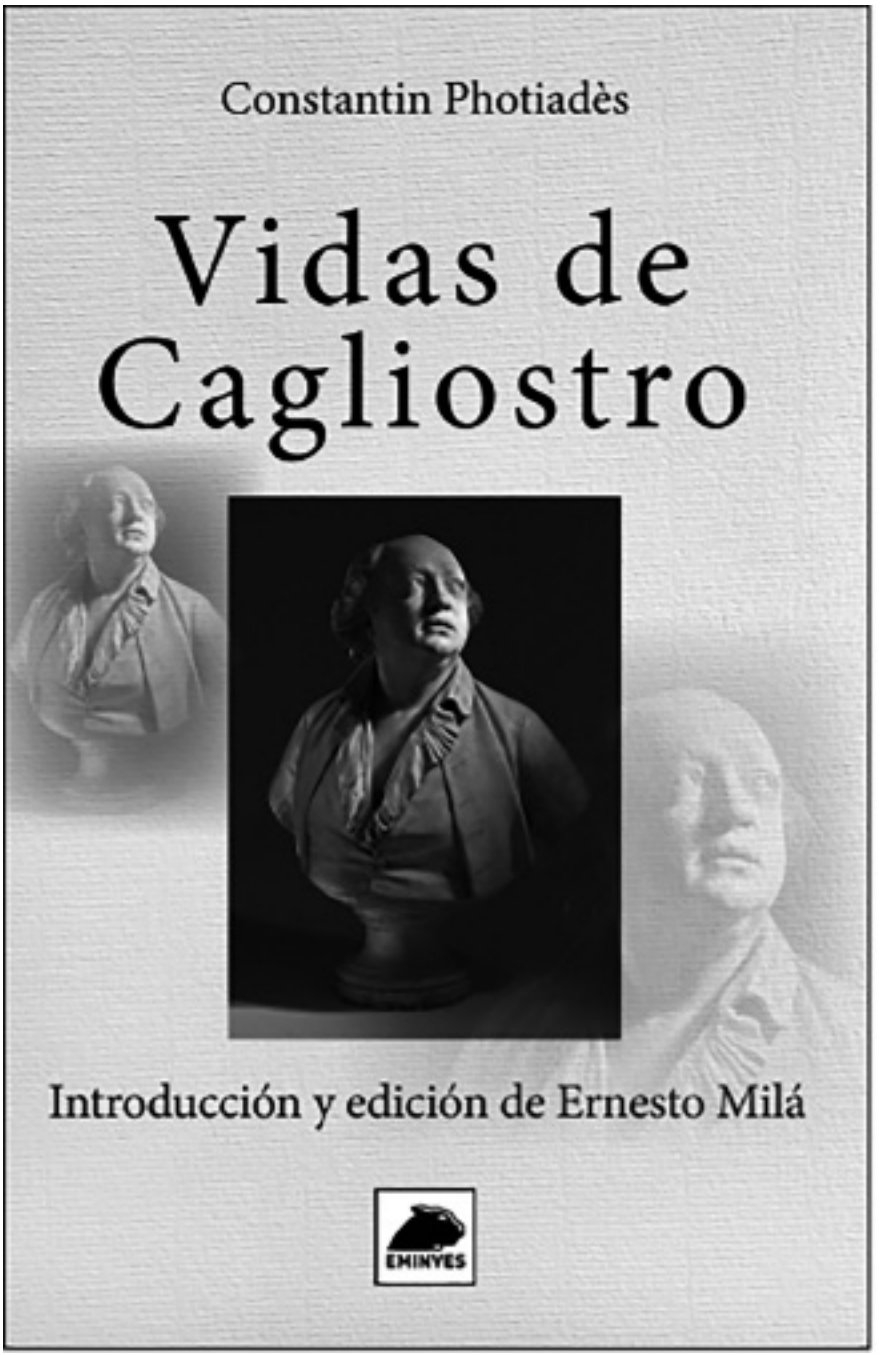
Efectivo real de la Orden: incertidumbre y lagunas en la documentación; cifra aproximada de adeptos, Réau-Croix y Templarios. — Interés secundario de la cuestión

Capítulo X. — Perfiles de émulos.

El abate Fournié: sus dudas, sus visiones y su tratado. — Los éxtasis de Duroy d'Hauterive. — Bacon de la Chevalerie: su carrera militar y masónica; diletantismo de su ocultismo. — El canónigo Rozier: su doble carácter de masón ambicioso y ocultista convencido; su muerte sacrificial. — La marquesa de la Croix: su juventud disoluta y su conversión; sus curaciones de obsesionados y poseídos: sus relaciones con los espíritus. — Jacques Cazotte: su condición de martinista; consecuencias de la publicación de *El diablo enamorado*: influencia de las teorías de los Elegidos Cohens; sus prácticas exorcistas; su «clarividencia»; sus operaciones mágicas en favor de Luis XVI; su matrimonio místico con Mme de la Croix; el discurso del presidente del Tribunal Revolucionario.



Pedidos en Amazon - o en eminves@gmail.com



Pedidos en Amazon - o en eminves@gmail.com

ARTURO REGHINI

Escritos sobre masonería, hermetismo y simbolismo

Recuperando la Tradición Occidental

EMINVES

Pedidos en Amazon - o en eminves@gmail.com